

Renunció a las comodidades de su confortable cuna y a la gloria literaria para convertirse en tenaz propagandista de la libertad de pensamiento. Abandonó el selecto grupo de privilegiados para adentrarse en la otra orilla, la que pueblan masones, amancebados, republicanos, feministas, proletarios, regeneracionistas... Fue insultada, perseguida, acosada y, ya en la vejez, se vio obligada a huir de su querida España para no ser apresada.

He aquí la historia de una mujer que, renunciando a los privilegios de su confortable cuna, emprendió una larga y desigual batalla en defensa de la Verdad y de la Libertad, en una época en la que en España se estaban consolidando los dos bandos antagónicos que, siendo incapaces de tolerarse, no habrán de tardar en llevar sus antagonismos hasta los campos de batalla.

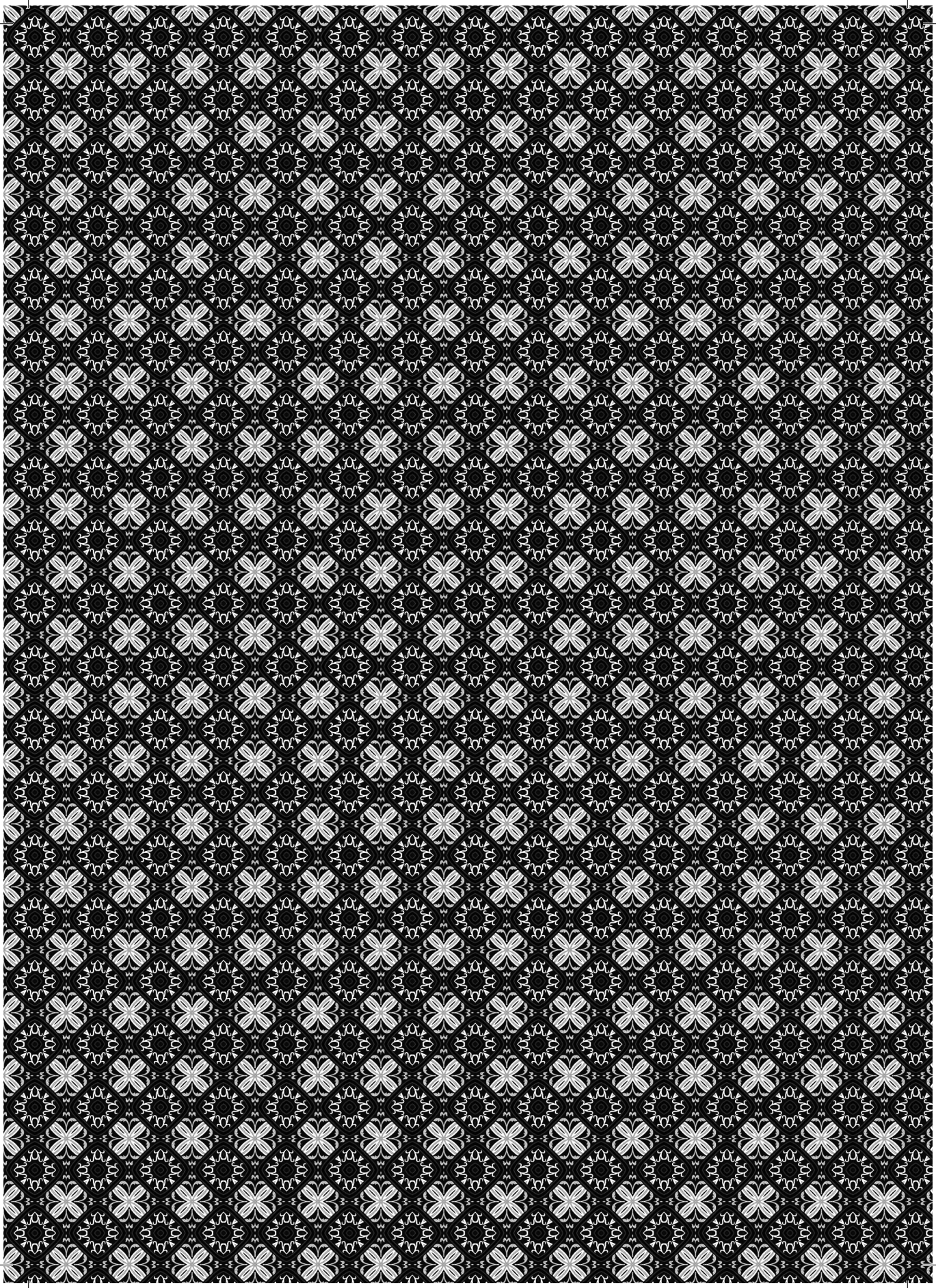
**UNO**  
EDITORIAL



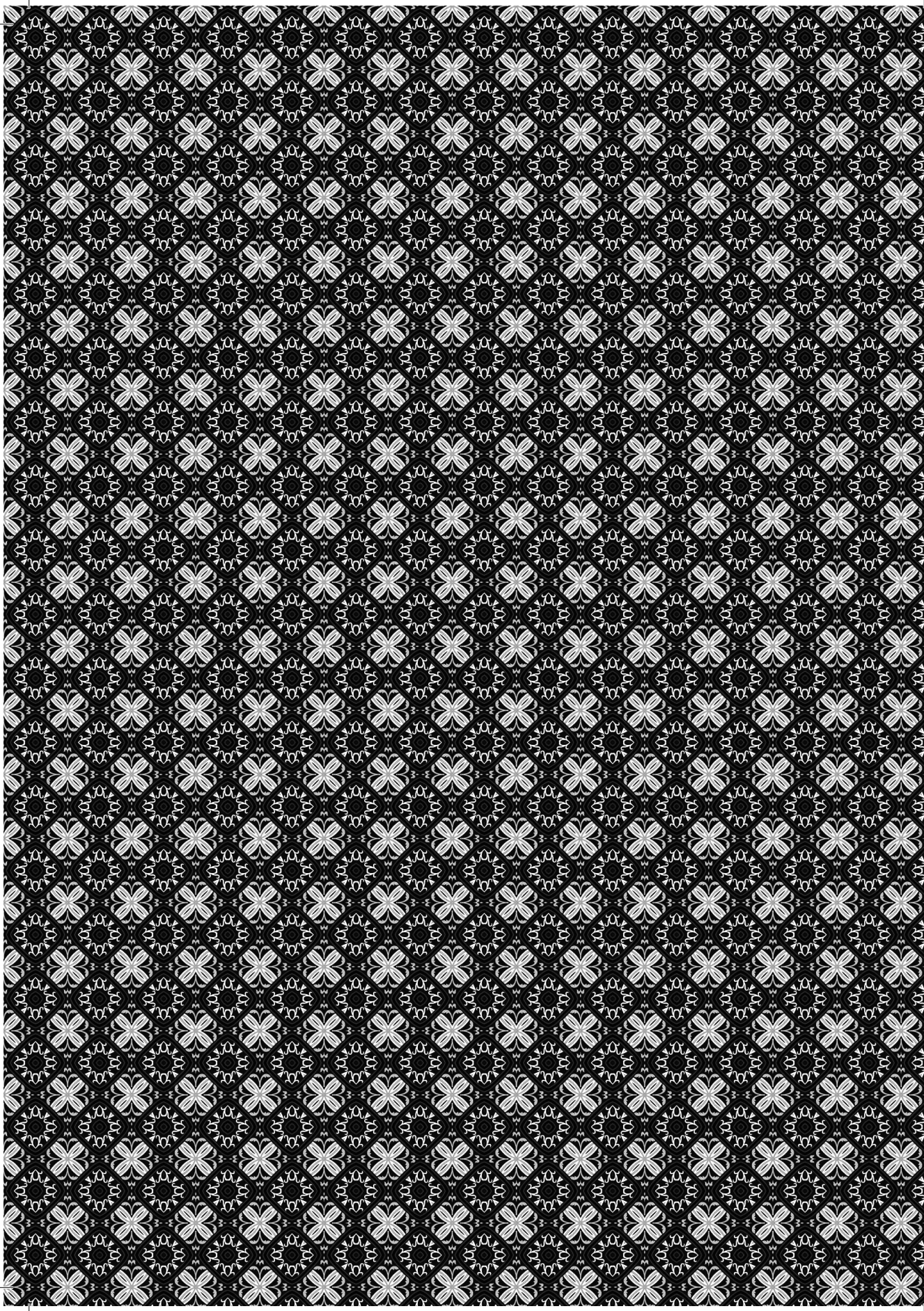
# *¿Quién fue Rosario de Acuña?*



Macrino Fernández Riera









# *¿Quién fue Rosario de Acuña?*

MACRINO FERNÁNDEZ RIERA

**U**

© Macrino Fernández Riera, 2017

© Ilustración de portada: Miguel Ángel Méndez García

Depósito Legal: AB-50-2017

I.S.B.N.: 978-84-16823-99-4

Impreso en España

**UNO**  
**EDITORIAL**

[unoeditorial.com](http://unoeditorial.com)

[info@unoeditorial.com](mailto:info@unoeditorial.com)

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

A Lola Márquez Fernández



## Introducción

LA SORPRENDIÓ LA MUERTE DE UN MODO INESPERADO; cuando se hallaba dedicada a los quehaceres domésticos, que, a pesar de sus setenta y dos años, atendía con la energía de una joven, sin que por eso descuidase sus valiosos y bellos trabajos literarios, en los que ponía jirones de su alma como ofrenda a las gentes humildes [...]

La circunstancia de no haber publicado los periódicos la triste noticia, fue causa de que no llegase a conocimiento de muchas personas; no obstante, y pese a lo desapacible del día, afrontando las molestias de una lluvia incesante se dirigieron al Cervigón numerosos elementos obreros, representaciones de sociedades y entidades democráticas y muchas personas, en fin, de todas las condiciones sociales [...]

El cadáver, encerrado en un modestísimo féretro [...] fue sacado a hombros de obreros, que se disputaban este honroso tributo. La carroza fúnebre, también modestísima, resultó innecesaria, porque el pueblo, las gentes humildes que viven del trabajo y a las que dedicó doña Rosario el fruto de su talento y el tesoro de su innata bondad, se apoderaron del querido despojo encerrado en aquel modesto féretro y quisieron rendirle el último homenaje de su gratitud.

Nada más conmovedor que presenciar el desfile de aquella multitud silenciosa y apenada, en la que ponían una nota doblemente sentimental las mujeres. Doña Rosario de Acuña fue ante todo una mujer ejemplar que dedicó sus mayores entusiasmos a orientar por caminos más sanos a las mujeres de España. La representación femenina en el cortejo fúnebre era un deber de agradecimiento, y el haber cumplido este deber con el espontáneo impulso que se manifestó el domingo dice mucho a favor de las mujeres gijonesas.

¿Quién era esta mujer que recibía tales muestras de afecto, admiración y respeto por parte del pueblo gijonés una lluviosa tarde del mes de mayo de 1923? ¿Quién era la tal doña Rosario, a quien tanto debían las mujeres de España? Los lectores de la edición del diario gijonés *El Noroeste* correspondiente al martes día 8 del referido mes de mayo del año veintitrés encontrarían alguna información al respecto, pues en sus páginas no solo se da cuenta de las circunstancias de su muerte y del posterior sepelio, sino que también se menciona los hitos principales de su biografía y su relación con la villa gijonesa, el lugar que ella eligió para pasar los últimos años de su vida. También se refiere el cronista en varias ocasiones a las disposiciones testamentarias de la finada, en relación con la prohibición de dar noticia de su muerte o con las características del féretro y demás atavíos funerarios. Dado que el conocimiento de esa última voluntad bien pudiera ser de gran utilidad en esta introductoria aproximación al testimonio vital de nuestra protagonista, he aquí algunos de los párrafos del testamento ológrafo al que se hace mención en las páginas del diario gijonés:



Habiéndome separado de la religión católica por una larga serie de razonamientos derivados de múltiples estudios y observaciones conscientes y meditados, quiero que conste así después de mi muerte, en la única forma posible de hacerlo constar, que es no consintiendo que mi cadáver sea entregado a la jurisdicción eclesiástica, testificando de este modo, hasta después de muerta, lo que afirmé en vida con palabras y obras, que es mi desprecio completo y profundo del dogma infantil y sanguinario, visible e irracional, cruel y ridículo, que sirve de mayor rémora para la racionalización de la especie humana.

Conste pues, que viví y muero separada radicalmente de la Iglesia católica –y de todas las demás sectas religiosas– y, si en mis últimos instantes de vida manifestase otra cosa, conste que protesto en sana salud y en sana razón de semejante manifestación, y sea tenido como producto de la enfermedad o como producto de manejos clericales más o menos hipócritas impuestos en mi estado de agonía. Y por lo tanto ordeno y dispongo que diga lo que diga en el trance de la muerte –o digan que yo dije– se cumpla mi voluntad aquí expresada, que es el resultado de una conciencia serena derivada de un cerebro saludable y de un organismo en equilibrio.

Cuando mi cuerpo dé señales inequívocas de descomposición –antes de ningún modo, pues, es aterrador ser enterrado vivo– se me enterrará sin mortaja alguna, envuelta en la sábana en que estuviese; si no muriera en cama, échese como esté en una sábana, el caso es que no se ande zarandeando mi cuerpo ni lavándolo y acicalándolo, lo cual es todo baladí. En la caja más humilde y barata que haya, y el coche más pobre –en el que no haya ningún signo religioso ni adornos o gualdrapas de ninguna clase, todo esto cosa impropia de la sencilla austeridad de la muerte–, se me enterrará en el cementerio civil y si no lo hubiere donde muera, en un campo baldío, o a la orilla del mar, o en el mar, pero lo más lejos posible de las moradas humanas. Prohíbo terminantemente todo entierro social, toda invitación, todo anuncio, aviso o noticia ni pública ni privada, ni impresa, ni nada de palabra que ponga en conocimiento de la sociedad mi fallecimiento: que vaya una persona de confianza a entregar mi cuerpo a los sepultureros y testificar dónde quedé enterrada [...]<sup>1</sup>

¿Quién era esta mujer que tan claras parecía tener las cosas en asuntos de religión, en una época en la cual, no lo olvidemos, no era tan fácil –y menos para una mujer– defender el racionalismo y abjurar públicamente de la fe católica, «la única de la Nación española»? ¿Quién era esta mujer que, no conforme con hacer pública profesión de sus heterodoxas creencias, se empeñó en dedicar buena parte de su vida a su difusión, convirtiéndose en una activa propagandista de la libertad de pensamiento?

Aquella opción tuvo consecuencias. Fue blanco de todas las críticas de sus poderosos e influyentes enemigos. La calificaron de «mujer extraviada», para añadir a renglón

---

1 Testamento ológrafo de Rosario de Acuña y Villanueva firmado en Santander el 20 de febrero de 1907, según transcripción realizada por Luciano Castañón en «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña».

seguido que «aprendió a recitar y a escribir en público las blasfemias más atroces de la impiedad y del librepensamiento»<sup>2</sup>. Lanzaron sobre ella la lista de los insultos más comunes (histérica, alcohólica, cretina, degenerada), y aun la de los menos frecuentes y más elaborados («harpía laica», «proxeneta roja», «engendro sáfico», «chantajista de sufragio universal» o «trapera de inmundicias»)³. En titulares le negaron su condición de mujer y de española, por ser una «*radicala* desaprensiva»⁴. Bien es verdad que también hubo quien alabó su «firmeza de convicciones y sus virtudes cívicas»⁵; quien afirmó que era «admirable por su talento y más admirable porque, siendo mujer y española, ha logrado sobreponerse, con la sinceridad de su espíritu y la rectitud de su conciencia a las hipocresías y prejuicios...»⁶; y quien, tras visitarla en su solitaria casa, exclamó «¡Qué mujer más santa; qué mujer más hermosa, en un elevado sentido de la palabra!»⁷.

Rosario de Acuña y Villanueva había nacido en Madrid en 1850 en el seno de una familia lo suficientemente acomodada para que la suya hubiera sido una vida plácida, dedicada a disfrutar de los viajes, los conciertos, los eventos sociales, las tertulias literarias, las excursiones por la naturaleza, las estancias en las posesiones jiennenses de sus abuelos paternos, la creación literaria. Y así fue hasta que, mediada la década de los ochenta, cuando apenas había llegado a los treinta y cinco de su vida, decidió tomar otro rumbo. Abandonó la capital y se instaló en una quinta situada a las afueras de una pequeña localidad; proclamó su adhesión a la causa del librepensamiento; se convirtió luego en masona. Con cada acción que emprende se involucra más en aquella pugna ideológica que parece no tener fin. Así las cosas, llega un momento en que decide poner tierra de por medio, alejarse todavía más, instalándose en una pequeña localidad de Cantabria, en la cual pondrá en marcha una modesta industria avícola y donde vivirá en compañía de un joven con el que permanecerá hasta su muerte. Lo dicho: librepensadora, masona, burguesa convertida en granjera... y jamancebada! Cada año que pasa está más lejos de lo que defienden quienes configuran lo que un día fue su grupo social, del cual solo recibe improperios y desprecios, cuando no agresiones y querellas. En cambio, las heridas de la batalla van forjando en ella un sentimiento de fraternal solidaridad con los que, como en su caso, se rebelan contra los convencionalismos y las injusticias

---

2 «Un discurso de Rosario Acuña», *La Unión Católica*, Madrid, 25-4-1888, en referencia al que con el título Las consecuencias de la degeneración femenina pronunció unos días antes en el Fomento de las Artes de Madrid.

3 Ernest Homs: «Los estudiantes y la Rosario», *Cataluña*, Barcelona, 2-12-1911.

4 «Ni mujer ni española», *Diario de Galicia*, Santiago de Compostela, 20-8-1918.

5 Ángel Samblancat: «Una mujer ejemplar», *El Ideal*, Tortosa, 23-9-1916.

6 Joaquín Dicenta: «La vuelta del gladiador», *El Liberal*, Madrid, 19-3-1907.

7 Manuel Tejedor: «La solitaria de El Cervigón», *El Socialista*, Madrid, 19-5-1923.

de una sociedad instalada en la apariencia y la hipocresía. En la última etapa de su vida, la que transcurre en Gijón desde 1909 hasta su muerte en 1923, su implicación en la defensa de los más desfavorecidos, se hace mucho más evidente, involucrándose activamente en diversas campañas destinadas a socorrer a los más débiles. La burguesa ilustrada, que defiende la libertad de pensamiento como un instrumento para luchar contra el clericalismo reinante y que ansía ver, tras la victoria sobre la ceguera y la cerrazón, cómo se inicia la regeneración de la savia putrefacta que alimenta la patria, parece tener muy presente que mientras esa victoria llega es preciso echar una mano a quienes son víctimas de tan injusta sociedad. Instalada en su apartada casa situada sobre un acantilado de la costa gijonesa, a pesar de los años de lucha que ya lleva a cuestas y de las heridas recibidas, aún habrá de enrolarse en nuevas refriegas, algunas cruentas, como aquella que, por defender el derecho de las mujeres a realizar estudios universitarios, la obligó a huir a Portugal, en donde vivió durante más de dos años. El exilio se llevó la mayor parte de sus ahorros y pasó estrecheces durante los últimos años de su vida, aquellos en los que aprendió que no basta con defender la libertad de pensamiento, que es preciso involucrarse también en la lucha cotidiana, en el campo de las acciones, participando en manifestaciones por las calles gijonesas en apoyo de la *Ley del Candado*, asistiendo a los mítines de Melquíades Álvarez, líder del Partido Reformista, o al que se celebra en Madrid en 1917, en apoyo de los países aliados que combatían en la Primera Guerra Mundial. Se encuentra cómoda con la coalición entre reformistas y socialistas que preparó la huelga general de ese mismo año y que ella misma alentó, razón por la cual su casa fue objeto, en dos ocasiones diferentes, de un minucioso registro por las fuerzas policiales durante el verano. También estará al lado de los presos anarquistas acusados de atentar contra un miembro de la patronal, de los pescadores que, desasistidos de cualquier medida preventiva, ponen cada día en peligro su vida frente a los embates del bravío mar Cantábrico, de los humildes trabajadores que son tentados en el lecho mortal por la interesada caridad de quienes pretenden anotar en su cuenta la salvación de una nueva alma...

Dramaturga, masona, *iberista*, montañera, poeta, regeneracionista, librepensadora, avicultora, articulista, exiliada, feminista, melómana, filo-socialista, autodidacta, deísta, republicana, propagandista... Una vida intensa la suya. Una vida de la cual hasta hace unos pocos años casi nada conocíamos, pues los esfuerzos de sus próximos por mantener viva su memoria fueron sepultados bajo la losa del silencio de la posguerra. Tras varias décadas de vagar en el olvido, a finales de los años sesenta del pasado siglo hubo quien dio con una mujer que había sido su amiga, testigo directo de sus últimas andanzas. Se recuperaron fotografías, escritos, libros, algún que otro objeto y los recuerdos que no se llevó el tiempo. A partir de entonces comenzó una tarea laboriosa que, años después, dio su fruto.

Llevo años dedicado a colaborar en esa tarea colectiva que ha conseguido recatar del olvido el testimonio de esta mujer ejemplar. De mis investigaciones surgieron *Rosario de Acuña en Asturias* y, algo más tarde, *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato*; también «Rosario de Acuña. Vida y obra» ([www.rosariodeacuna.es](http://www.rosariodeacuna.es)) –una página, de acceso libre y actualizado en el que se puede encontrar la mayor parte de sus escritos– y «Rosario de Acuña y Villanueva. Comentarios» ([rosariodeacu.blogspot.com.es](http://rosariodeacu.blogspot.com.es))<sup>8</sup>, un espacio con glosas, notas y acotaciones a los hechos más relevantes de su biografía.

Me piden ahora una biografía de Rosario de Acuña, pues se agotan los ejemplares de los libros antes mencionados que fueron editados ya hace unos años. De hecho, de *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato* no quedan disponibles más ejemplares que los que se encuentren en las bibliotecas, la edición está agotada y no hay indicios de que se vuelva a reeditar. Me dicen que sea menos ambiciosa, que procure que resulte más *biográfica* que la última. Creo que con lo primero me están sugiriendo que reduzca su volumen, pues sus casi quinientas páginas deben parecerles excesivas para la tarea de divulgación que persiguen. Puedo entenderlo. Más difícil me resulta asimilar que «más biográfica» sea prescindir de todo aquello que configura el escenario en el cual se desarrolla la vida de una persona, pues soy de los que piensan que lo que uno es, o ha sido, tiene mucho que ver con la interrelación que se establece con cuanto te rodea. Más en el caso de nuestra protagonista, pues, como bien resalta la profesora Elena Hernández Sandoica, «la biografía de Rosario de Acuña representa una fusión ejemplar entre las esferas privada y pública»<sup>9</sup>. En fin, todo sea en pro de la divulgación del testimonio vital de doña Rosario, labor en la que llevo involucrado desde hace ya casi dos décadas.

Claro está que una cosa es asumir, en la medida en que resulte posible, las recomendaciones recibidas y otra, muy distinta, contar lo mismo que ya he contado, pero con otras palabras, con una nueva redacción. Creo que ello sería una tarea ardua, estéril y artificiosa, razón por la cual he decidido dar respuesta a la pregunta que da título a este libro utilizando las partes más «biográficas» de *Una heterodoxa en la España del Concordato*, el contenido de artículos y conferencias que a ella he dedicado en los últimos años, así como aquellas novedades o matices, tanto acerca de su vida como de su obra, que he ido publicando en los dos sitios que mantengo en internet,

---

8 Estos espacios aparecieron en internet en el año 2009, pero por entonces no tenían la actual dirección. La página *Rosario de Acuña. Vida y obra* se alojó en los servidores de una empresa de comunicación por cable con la dirección [www.telecable.es/personales/mfrie1](http://www.telecable.es/personales/mfrie1). Allí permaneció hasta que en el año 2015 la citada compañía dio por concluido aquel servicio de páginas personales, lo cual me obligó a adquirir el dominio [www.rosariodeacuna.es](http://www.rosariodeacuna.es) y buscar un nuevo alojamiento.

9 Elena Hernández Sandoica: «Rosario de Acuña. La escritura y la vida», p. 195.

tanto la página *Rosario de Acuña. Vida y obra*, como el blog *Rosario de Acuña y Villanueva. Comentarios*.

Confío en que el resultado –este libro que, estimada lectora, estimado lector, tienes en tus manos– consiga satisfacer tanto a quienes hayan leído *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato*, como a cuantos se acerquen por primera vez a la figura de nuestra protagonista. Los primeros sabrán apreciar las novedades que aquí encontrarán; los segundos tendrán cumplida respuesta a la pregunta que encabeza esta obra. Unos y otros disfrutarán, sin duda, con la selección de escritos de doña Rosario que figuran al final del volumen.



## Buena cuna, buena crianza

MARÍA DEL ROSARIO SANTOS JOSEFA ACUÑA Y VILLANUEVA viene al mundo el primero de noviembre de mil ochocientos cincuenta en la madrileña calle de Fomento<sup>10</sup>. Era hija, la única hija, de Dolores Villanueva y Felipe de Acuña, dos jóvenes que habían contraído matrimonio el cuatro de diciembre de 1847, cuando ambos contaban diecinueve años de edad.

De la familia materna apenas tenemos noticias, tan solo las que constan en los archivos parroquiales y las escasas referencias que la protagonista de esta historia nos han contado en sus escritos. Conocemos que Dolores Villanueva de Elices había nacido en Yebrá, localidad no muy alejada de Ocaña, de donde era originaria su abuela, María Polonia de Elices. También sabemos que de la montaña leonesa procedía su abuelo materno, el doctor Juan Villanueva Juanes, médico y naturalista que estudió medicina en Alemania, recibió distinciones y premios por su trabajo como horticultor en diversos países y fue uno de los primeros en introducir en España las teorías evolucionistas de Darwin<sup>11</sup>. Para que nada faltara, también había en la familia quien defendía las ideas de la tradición y del Antiguo Régimen; para eso estaba el tío Miguel de Elices, el carlista, miembro de la Guardia Real, quien allá en los años treinta se había sublevado en favor del pretendiente Carlos.

De su padre y de la familia paterna contamos con más datos. Felipe de Acuña y Solís, nacido en la villa jienense de Arjonilla en el año 1828, pertenecía a un linaje que hunde sus raíces en la Edad Media: los Acuña de Baeza, cuyo origen lo sitúa Fernández de Bethencourt<sup>12</sup>, en la nobleza visigoda. Antecedentes más cercanos los encontramos en la familia lusitana de los *da Cunha*, algunos de cuyos miembros se instalan en la corte del rey castellano Enrique III a finales del siglo XIV. Estos portugueses recién llegados, convertidos desde entonces en «De Acuña», se van a ver agraciados con el favor real que

---

10 Según consta en la partida de bautismo celebrado en la madrileña iglesia de San Martín el día 2 y de la cual se conserva una copia en el Archivo General de la Administración (signatura 12, 52, CA21704). Hasta no hace mucho tiempo se daba por válido el año 1851 como el de su nacimiento y así figura todavía en algunas enciclopedias y manuales. En *Rosario de Acuña en Asturias*, publicado en 2005, ya apunté que la fecha de su nacimiento era la del 1 de noviembre de 1850, como quedó confirmado cuando, poco tiempo después, recibí la copia del documento que lo corrobora.

11 Así lo cuenta en «Conversaciones femeninas. Preámbulo», artículo publicado en el diario santanderino *El Cantábrico*, 19-2-1902.

12 Francisco Fernández de Bethencourt: *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía Española. Casa Real y Grandes de España*.

les otorgará diversas dignidades y señoríos que engrandecerán las diferentes ramas en que quedará dividida la estirpe primigenia. Martín de Acuña llegó a ser un importante ricohombre fundador de las ramas de Alcalá de la Alameda, de Bedmar, Escalona, Montijo, Osuna, Puebla del Maestre, de la Puebla de Montalbán, de Requena, de la Torre de Sirgadas, de Ureña, de Valencia de Don Juan, Villanueva del Fresno y Villena. Los descendientes de Lope de Acuña, por su parte, darán origen a cuatro ramas: Pinto, Falces, Ducado de Huete y el Ducado de Buendía, del que derivará la rama de los Acuña de Baeza y de ahí al Señorío de la Torre de Valenzuela, que habrá de continuar un tío de Felipe de Acuña, pues su padre, el abuelo de Rosario, era el segundogénito de Juan Plácido de Acuña, IX Señor de la Torre de Valenzuela y de la Casa Solar de Largacha<sup>13</sup>.

No pudiendo heredar la dignidad nobiliaria, que continúa su tío Pedro y, posteriormente el hijo de éste, su primo Luis de Acuña Valenzuela y Calmaestra, el camino que se abre ante el joven Felipe es el mismo que han seguido anteriormente otros miembros de su familia: los estudios de Leyes. Con este fin se traslada a Madrid desde su Jaén natal cuando tan solo contaba quince años de edad, quedando al cuidado de un pariente suyo, de nombre Miguel de Cuadros. Según consta en su expediente académico, tres cursos en un colegio preparatorio le permiten obtener en 1846 el grado de bachiller en Filosofía y el posterior ingreso en la Facultad de Jurisprudencia<sup>14</sup>. Parece ser que no concluyó la carrera, al menos no consta que así fuera. Y no es de extrañar pues a finales de 1847, al poco de haberlos iniciado, asumirá nuevos compromisos que, a no dudar, vendrían a alterar la recién estrenada vida de estudiante: en diciembre se casa con la joven Dolores Villanueva de Elices<sup>15</sup>; semanas antes había comenzado a trabajar como escribiente en el Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas<sup>16</sup>. El sueldo no es muy alto, pero el trabajo ofrece cierta seguridad y, dados los contactos familiares, promete algún que otro ascenso en un futuro no muy lejano. Tres años más tarde, cuando ambos contaban con veintidós años de edad, nacerá su hija, a la que pondrían de nombre Rosario, una opción muy extendida en la familia paterna.

---

13 Ésta es la única vinculación de Rosario de Acuña con la nobleza que se puede considerar documentada. Sobre su condición de «condesa de Acuña» que poseía aunque «no usó jamás», según se afirma en *Rosario de Acuña en la escuela* –y que se ha venido repitiendo desde su publicación en 1933 por cuantos han escrito algo sobre ella–, no he encontrado ninguna otra fuente que pudiera confirmarlo, a pesar de haber consultado obras de Genealogía y Heráldica, como la ya citada *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía Española* de Fernández de Bethencourt o la renombrada *Elenco de Grandezas y Títulos Nobiliarios Españoles*, recopilada y redactada por Alonso de Cadenas, de cuyo prestigio dan buena cuenta las veinticinco ediciones con que ya contaba en el año 1992.

14 Archivo Histórico Nacional, 73.4.1. Universidades, 3522, exp. 6.

15 La boda tuvo lugar el 4 de diciembre de 1847 en la iglesia parroquial de San Miguel y San Justo de Madrid, según consta en el folio 203 del Libro de Matrimonios correspondiente al periodo 1827-1850.

16 Archivo General de la Administración, signatura 12, 52, CA 21704.

En alguna ocasión Rosario de Acuña saca a relucir esta noble progenie: «cuento en mi ascendencia de cuatrocientos años, a reinas, obispos, conquistadores y santos» le telegrafía a Galdós en 1910<sup>17</sup>. A los obreros santanderinos les cuenta que es «heredera directa del Acuña, obispo rebelde, prócer comunero, que desafió el poder autócrata del emperador Carlos V»<sup>18</sup>, refiriéndose a Antonio Osorio de Acuña, obispo de Zamora (1507-1526) quien se convirtió en uno de los líderes de la Revuelta de los Comuneros contra Carlos I y que finalmente será ajusticiado en Simancas en el año 1526 tras la derrota de los sublevados. No obstante, el plural que emplea la propia interesada alude a la existencia de más de uno de estos jerarcas católicos entre sus ancestros. Y es que, efectivamente, «obispos» hubo en el origen de la Casa de Acuña de Baeza, pues Diego Vázquez de Acuña, quien es considerado por los especialistas como el indiscutible tronco común de la Casa en Jaén, parece ser hijo del que lo fuera de Mondoñedo y de Jaén y Baeza, Alonso Vázquez de Acuña (muerto en 1474), sobrino, por su parte del más famoso Alonso Carrillo de Acuña (1410-1480), arzobispo de Toledo.

De tronco tan brillante, la lógica sucesoria sitúa a la familia paterna de Rosario en una rama secundaria al comienzo del siglo XIX. Su abuelo, Felipe de Acuña y Cuadros (1790-1873) es hijo del X Señor de la Torre de Valenzuela. Por su condición de segundogénito, no puede heredar el Señorío y se dedica a la carrera militar, participando en la guerra de la Independencia en el Cuerpo de Carabineros Reales; se retirará con el grado de teniente. A pesar de este papel segundón en el devenir familiar, la estirpe paterna gozará de cierta influencia en la vida social y política del momento gracias a sus familiares directos o políticos. Su tío, Antonio de Acuña y Solís, será gobernador civil de Albacete, Castellón, Sevilla, Granada, Guipúzcoa, Salamanca y Tarragona. Otros tíos tendrá que ocuparán altas dignidades políticas o eclesiásticas.

Llegados a este punto creo conveniente hacer una aclaración sobre su parentesco con Antonio Benavides. En algunas reseñas biográficas que sobre nuestra autora se han escrito, se comenta que –como luego se verá– pasó un tiempo en Italia en la casa de éste, «de su tío don Antonio Benavides y Fernández de Navarrete», a la sazón embajador español ante la Santa Sede. La nula coincidencia de los apellidos de ambos me hacía pensar que el parentesco no debía de ser muy cercano, que quizás se tratara de un pariente lejano que por el trato frecuente con la familia así le llamasen. Cuando dispuse del certificado de bautismo del que fuera ministro de Gobernación y de Estado<sup>19</sup>, miembro de las Academias de la Lengua, de Ciencias Morales y Políticas y de Historia,

---

17 *El Noroeste*, Gijón, 2-7-1910.

18 *La higiene en la familia obrera. Conferencia dada en el Centro Obrero de Santander el 23 de abril de 1902.*

19 Según el citado certificado de bautismo, Antonio Benavides y Fernández Navarrete se bautizó en la Iglesia Colegial Parroquial de Santa María del Alcázar y San Andrés de Baeza el 20 de junio de 1807. Era hijo de Manuel Benavides y Zambrano y de Francisca de Paula Fernández Navarrete.

senador, etcétera, me afiancé más en esa idea. Los apellidos de don Antonio eran Benavides, Fernández Navarrete, Zambrano, Montilla... ¡un tío muy lejano! Pudiera ser que en alguno de los cruces que habían tenido las familias Acuña y Benavides a lo largo de los siglos, no solo en Jaén sino también en Pinto, se hubiese producido esa cercanía familiar... Bethencourt nos concreta más el parentesco al referirnos el matrimonio de Cristóbal de Acuña y Solís, tío carnal de la escritora, con María del Carmen Martínez de Pinillos y Benavides, sobrina de don Antonio<sup>20</sup>. Esto es, el político y embajador es tío de la mujer de un tío de Rosario.

Por todo lo anterior, podemos concluir afirmando que la secular genealogía señorial de los Acuña jienenses, reverdece en esta nueva aristocracia asentada en el mundo político del estado liberal burgués, pues si tío era el gobernador, tío (aunque sea tío del tío) era el ministro y senador, y tío, hermano del anterior, Su Eminencia don Francisco de Paula Benavides y Fernández de Navarrete, obispo de Sigüenza, arzobispo de Zaragoza, patriarca de las Indias Occidentales, senador vitalicio... Este es, pues, su ilustre linaje<sup>21</sup>.

\* \* \*

Cuando, mediado el siglo diecinueve, Rosario de Acuña y Villanueva se incorpora a la nómina de quienes por entonces habitan en el reino de doña Isabel II, el *ángel del hogar* prevalece en la imaginería patria, configurando el modelo familiar que impone la burguesía emergente: la vida en el hogar pivota sobre la esposa-madre virtuosa, soporte y refugio del varón que, industrial y emprendedor, ocupa su tiempo dirimiendo en el foro público los intereses materiales de la familia. Todos parecen empujar en la misma dirección: las escritoras isabelinas se afanan en perfeccionar este modelo de mujer en las páginas de las revistas a ella dedicadas, al tiempo que curas y prelados utilizan los pulpitos y los confesionarios para reconducir y perfilar el papel, bendito papel, de la mujer consagrada a los suyos. La escuela, por su parte, dedica sus mejores esfuerzos a lograr que las niñas, futuras mujeres de su casa, sean mañosas con los fogones, pri-

---

20 Francisco Fernández de Bethencourt: *op. cit.* tomo III, p. 365.

21 A pesar de la evidencia señalada por Fernández de Bethencourt que sitúa la relación entre Francisco Benavides y Rosario de Acuña en el ámbito del parentesco por afinidad y un tanto alejado (tío de la mujer de un tío carnal); a pesar de que la nula coincidencia en los apellidos de ambos situaría esa relación familiar en un grado distante, la propia escritora no duda en reivindicar su sobrinazgo de tan preclara personalidad; se dice sobrina del político don Antonio y, por tanto, del cardenal don Francisco de Paula. Así, en un escrito publicado en *El Noroeste* el 29 de noviembre de 1916 afirma lo que sigue: «Mi tío era el cardenal Benavides, como lo era D. Antonio Benavides, ministro famoso y embajador cerca del Vaticano en los tiempos del reinado de Isabel II, y en cuya compañía (era hombre de gran cultura y bastante astuto) visité, estudié y conocí la Roma papal, durante algunos meses de estancia en ella y en Italia». Quédense ambos, pues, como «tíos» si como tal los trata la ilustre sobrina.

morosas con los dedales y comedidas con la economía doméstica. Ese es el escenario y ese el papel que espera a la hija de Felipe de Acuña y Dolores Villanueva. Desde la cuna su vida va a estar condicionada por el rol que a las de su género asigna la sociedad en la que ha nacido: se espera de ella que sea una buena esposa y una buena madre.

Los jóvenes progenitores se van a dedicar en cuerpo y alma al cuidado de la criatura: la madre se ocupa directamente de su crianza; el padre se dedica a intentar mejorar los ingresos familiares aprovechando para ello los ascensos que, por renunciaciones o jubilaciones, se producen cada cierto tiempo en el Ministerio<sup>22</sup>, lo cual les permitirá llevar un nivel de vida más acorde con el de sus familias de origen<sup>23</sup>. La niña, mientras tanto, va creciendo entre juegos y paseos por las calles del centro, el mismísimo centro, de la capital de las Españas («Nací y me crié en Madrid y en su centro más populoso; alrededor de la Puerta del Sol pasé mi infancia»)<sup>24</sup>. Pero cuando la pequeña apenas contaba cuatro años de edad, la felicidad familiar se verá bruscamente truncada. Fue por entonces cuando Rosario comenzó a padecer los primeros síntomas de una enfermedad ocular que la habría de someter a grandes padecimientos durante buena parte de su vida. Tras consultar a los mejores especialistas, no hubo más remedio que aceptar con resignación el diagnóstico: conjuntivitis escrofulosa, esto es, una afección de la córnea caracterizada por la aparición de dolorosas vesículas, que por entonces estaba asociada a procesos tuberculosos. Ya en la madurez, cuando la cirugía había eliminado el problema, la propia paciente nos inculca con sus palabras el dolor del mal durante tanto tiempo padecido y, peor aún, el de la terapia con ella practicada:

---

22 Según consta en su hoja de servicios, el escribiente Felipe de Acuña asciende en 1853 a la categoría de auxiliar, con una mejora sensible de su sueldo, pasando de los 5000 a los 8000 reales (2000 pesetas). En la década de los sesenta los ascensos se sucederán: inspector de segunda clase de ferrocarriles (1864, 4000 pesetas anuales), inspector jefe administrativo y mercantil de ferrocarriles de tercera clase (1868, 5000 pesetas), inspector jefe administrativo y mercantil de ferrocarriles de segunda clase (1869, 6000 pesetas). En 1874 será nombrado jefe de administración con un sueldo anual de 6500 pesetas. Posteriormente vendrá la cesantía, la jubilación y, con la llegada de un primo suyo al ministerio, el regreso, como más tarde se verá.

23 En más de una ocasión ella afirma que vino al mundo en el seno de la «alta burguesía». Aunque el sueldo que recibe su padre a mediados de los cincuenta no justifica tal afirmación, sí es cierto que algunos datos de los años sesenta y setenta nos acercan más a tal apreciación. Dejando a un lado las propiedades de la familia paterna en Jaén, el presumible desahogo económico del doctor Villanueva o el hecho de que la joven Rosario dispusiera de algún criado que la acompañara en sus paseos por Madrid, lo cierto es que el tiempo en que Felipe de Acuña desempeña el cargo de inspector de ferrocarriles coincide con los viajes familiares (por España y el extranjero) o con su participación en diversas cacerías de osos. Por último y por lo que conocemos, es indudable que ambas familias disponían de capital suficiente para permitir que Rosario pudiera vivir durante buena parte de su vida con los réditos.

24 Roberto Castrovido, quien fuera director de *El País* desde 1907 hasta su desaparición en 1924, llega a situar la casa familiar en la céntrica calle de Fomento, razón que le llevará a sugerir en diversas ocasiones que sea ésta a la cual el Ayuntamiento madrileño debiera otorgar el nombre de nuestra protagonista (véase *El Noroeste*, 22-5-1925).

Desde mis cuatro años empezaron a poblarse mis ojos de úlceras perforantes de la córnea. El cauterio local, los revulsivos, las fuentes cáusticas... todo el arsenal endemoniado de la alopatía sanguinaria y cruel empezó a ejercitarse sobre mis ojos y sobre mi cuerpo. Y, si las quemaduras con nitrato de plata roían los cristales de mis pupilas y las cantáridas en la nuca y detrás de las orejas llegaban a veces a descubrir el hueso, era solo para darme algunas semanas de respiro. Un constipado, un granito de arena, un exceso de golosina infantil, volvían a entronizar el proceso ulceroso, y mis ojos tornaban a la ceguera, y el quejido del atroz dolor helaba la risa en mis labios de niña, y mis manos, *ávidas de ver*, comenzaban de nuevo a tantear objetos y muebles, siendo mi usual conocimiento de las cosas más por el tacto y el presentimiento que por la realidad de la forma y el color<sup>25</sup>.

\* \* \*

A juzgar por los datos de los que disponemos, bien puede decirse que esta enfermedad crónica que habría de acompañarla de manera intermitente, eso sí, hasta los treinta y cinco años de edad (momento en el que la cirugía remedió definitivamente el mal) cambió el curso de su vida, pues a resultas de la misma, aquella niña de lacerados ojos recibió una educación diferente a la inicialmente prevista: el colegio de monjas que, al parecer, su familia había elegido para la formación de la pequeña fue sustituido por las lecciones impartidas por su madre y su padre, las frecuentes estancias en el campo y los viajes por España y el extranjero. De esta forma, la hija de doña Dolores y de don Felipe escapaba a lo que la tradición, el concordato y el nuevo sistema educativo, habían previsto para la correcta educación de las niñas.

En efecto, la Ley de Instrucción Pública de 1857, promovida por Claudio Moyano Samaniego, a la sazón ministro de Fomento, va a establecer los principios fundamentales del sistema educativo del Estado liberal que se mantendrá vigente durante décadas, entre los que se encuentran la obligatoriedad del estudio de la Doctrina Cristiana para todos los alumnos de primera enseñanza, en consonancia con los acuerdos alcanzados con la Santa Sede unos años antes, y la diferenciación de los programas de estudios que han de seguir los niños y niñas españoles en función, claro está, de las diferentes expectativas que la sociedad tiene para cada uno de los sexos.

La enfermedad ocular de Rosario va a impedir, por tanto, que su educación estuviera regida por lo preceptuado en este plan de estudios, que tuviera que estudiar las materias allí establecidas, a las cuales, con toda probabilidad, se hubiera añadido alguna otra, como Piano o Francés, con la pretensión de dar mayor realce al programa, cosa que solía ser frecuente en los colegios que acogían a las niñas de la buena sociedad del momento. Pero ese no fue el caso: su formación discurrió por otros derroteros y estuvo

---

25 «Los enfermos», *El Cantábrico*, 26-5-1902.

caracterizada por algunos rasgos distintivos que vamos a comentar seguidamente. Sabemos que una vez superados los aprendizajes de la lectura y la escritura, instrumentos imprescindibles para permitir cierta autonomía en la formación, su padre se ocupó de introducirla en el estudio razonado de la Historia al que, según ella misma cuenta, dedicaba largo tiempo leyendo y comentando fragmentos de «obras amplísimas y documentadas», con la esperanza de que, poco a poco, aquellas enseñanzas fueran sedimentándose de manera adecuada: «Mi padre me las leía con método y mesura, yo las oía atenta, y en mis largas horas de oscuridad y dolor, las grababa en mi inteligencia»<sup>26</sup>. Aquellas lecciones de historia debieron de estar leídas con la visión progresista y aderezo patriótico que animaba el sentimiento de don Felipe, que por entonces era subteniente de la Milicia Nacional<sup>27</sup>. Junto a la historia, las ciencias naturales ocuparon lugar preeminente en la educación de la jovencita: no en vano contaba con un abuelo que, según sus propias palabras, era un experto naturalista. Junto a otras lecciones de contenido más ortodoxo, se aventuraba a explicarle las teorías evolucionistas de Charles Darwin, lo que constituía una verdadera innovación en cualquier programa de estudios del momento, y rozaba lo revolucionario en el caso que se trata: una delicada y católica jovencita.

Hubo quien llegó a afirmar que «el quedar ciega fue lo que le dio vista, lo que hizo que recobrara la facultad de pensar»<sup>28</sup>, refiriéndose, sin duda, al hecho de que la educación recibida como consecuencia de sus problemas de visión favoreció el desarrollo de aquella mentalidad abierta, inquisitiva y positivista de que hizo gala en su madurez. Lo que parece fuera de toda duda es que su formación trascendió con mucho el papel de «ángel del hogar» que por entonces la sociedad reservaba a las mujeres. Y ello fue así no tanto por no haber recibido las «enseñanzas propias de su sexo» que, con toda probabilidad, su madre se encargó de transmitirle, sino por haber recibido otras, por haber podido desarrollar las capacidades de la observación sistemática, el análisis y la crítica que por entonces los programas educativos vedaban a muchos españoles y a casi la totalidad de las españolas. No se trata, por tanto, de que Rosario se hubiera quedado al margen de la tendencia, generalizada por entonces, según la cual las niñas debían de ser adecuadamente formadas en todo lo necesario para atender como Dios manda el hogar familiar y para que asumieran de buen grado el rol de esposa y madre

---

26 «A un soldado español voluntario en el ejército francés durante la Gran Guerra», carta publicada en *El Pueblo* (Tortosa) en varias entregas a lo largo del mes de diciembre de 1916. Años después será incluida en el volumen titulado *El secreto de la abuela Justa* publicado en Barcelona por la Editorial Cooperativa Obrera.

27 Gracias a un manifiesto aparecido en *La Iberia* el 29 de abril de 1856, sabemos que en esa fecha pertenecía al 5º Batallón de la Milicia Nacional de Madrid, cuyo comandante era el diputado y, en aquel tiempo, exministro Pascual Madoz.

28 Regina de Lamo (ed.): *Rosario de Acuña en la escuela*, p. 250.

perfecta; no. En algunos de sus escritos de madurez, y aun de la vejez, ha hecho gala, orgullosa, de sus habilidades domésticas, que parecen no tener límite, pues lo mismo elabora mantequilla, mermeladas y todo tipo de conservas, que diserta sobre cuál es la mejor manera de fregar las maderas del entarimado o sobre la forma de elaborar unas sardinas rellenas. Parece que la niña contó con una madre que había desarrollado destacadas habilidades en el terreno de las labores domésticas. Doña Dolores Villanueva era, entre otras cosas y según nos cuenta su hija, una virtuosa de la costura, capaz de bordar, con aguja y sedas de colores, réplicas de famosas pinturas del momento:

Apasionada, mi madre, por los bordados, y no satisfecha con las filigranas en blanco que se aguja ha trazado durante muchísimos años en todas las prendas de ropa interior, acometió la empresa de copiar con sedas de colores algunos cuadros de los más notables del arte contemporáneo; y en sillones de roble del siglo XVII bordó, en respaldos y asientos, verdaderas preciosidades, elogiados por ilustres pintores españoles y extranjeros. Esta colección de sillones legada por ella, y con mi voluntad, a un museo de antigüedades, confío en que será un timbre de honor para la mano y la inteligencia que trazó esta obra de arte tan primorosa, testificadora del caudal de paciencia, habilidad y delicadeza femeninas<sup>29</sup>.

No es, por tanto, la ausencia de aprendizajes *femeninos*, sino la presencia de otros que no se tenían por propios, lo que caracteriza la educación de la niña de los Acuña y los Villanueva. Y ahí, en la decisión de abrir el ámbito de las enseñanzas que debían configurar la formación de su única hija, es donde cobra una importancia especial la figura paterna; y no es el suyo el único caso<sup>30</sup>. Detrás de aquellas mujeres que en este siglo XIX –y en otros anteriores– tuvieron la suerte de recibir una educación que trascendía los constreñidos límites que la costumbre y los preceptos legales les tenían reservado, solía haber un padre que favorecía o, al menos, permitía que sus hijas pudieran acceder a otros conocimientos que la opinión general consideraba «inapropiados». Consciente de ello, Rosario no desaprovechó ocasión para agradecer a su progenitor todo cuanto había hecho en este sentido.

---

29 «Pequeñas industrias rurales», *El Cantábrico*, 14-7-1902. Además de esta colección de sillones, sabemos que doña Dolores bordó la canastilla de boda de su hija. Quién le habría de decir a la joven Rosario que, andando el tiempo, cuando las penurias económicas estrecharan su vejez, una prenda de este ajuar, un abanico bordado por su madre, sería su única contribución posible a quienes estaban intentando paliar la hambruna en Rusia (*El Noroeste*, 28-2-1922).

30 Una situación análoga será la de Emilia Pardo-Bazán, cuya educación es también deudora del pensamiento liberal de su padre, quien creía en la igualdad intelectual de hombres y mujeres, y que unos y otros debían desarrollar al máximo sus facultades. Como consecuencia de estos planteamientos, la jovencita coruñesa completará la educación que recibe en un elegante colegio madrileño, privado y laico, con lecciones de matemáticas y ciencias, lecturas de todo tipo de obras y la asistencia a las tertulias familiares a las que concurren destacadas personalidades de la intelectualidad del momento.



Viene al mundo en un hogar acomodado, «de la alta burguesía» como diría ella más tarde, al cargo de cuya intendencia se encuentra su querida madre. Como señora de la casa que es supervisa y dirige el trabajo de la servidumbre, sin que por ello rehúse realizar primorosas labores de bordado. Las enseñanzas maternas debieron prender hondo en su hija, pues siempre tuvo a bien ser una excelente *mujer de su casa*, como bien prueban algunas recomendaciones que incluye en sus escritos, bien sea acerca del modo en que se deben fregar los suelos de la vivienda («agarré el estropajo, esparcí la arena y a fregar, tabla por tabla, no de través –fregadura de sucias– sino al hilo del madero»<sup>31</sup>) o sobre la forma de preparar una perdiz deshuesada rellena, según propia receta que «no fue sacada de libro de arte culinario o de lección de cocinera»<sup>32</sup>.

A pesar de que la senda de la domesticidad parece estar trazada en la vida de aquella niña, a pesar de que los valores tradicionales se suponen bien anclados en una noble familia del Antiguo Régimen con fuertes raíces en el campo andaluz, a pesar de la impronta católica que han dejado las ilustres prelaturas de algunos de sus antepasados, a pesar de aquel colegio de monjas destinado a pulir las virtudes de la futura esposa y madre, a pesar de que todo parecía estar escrito para asegurar un destino predecible, la enfermedad ocular que padece la hija de don Felipe y de doña Dolores interrumpe el camino apenas iniciado. La conjuntivitis escrofulosa que le diagnostican con tan solo cuatro años de edad hace añicos el guión, pues la educación alternativa que recibe desde entonces la apartará un tanto de la grey estudiantil isabelina: el padre y la madre sustituyen a las monjas; la historia se hace sitio junto a los bordados; las ciencias naturales se abren intermitentemente ante sus doloridos ojos en el campo jienense; la geografía se convierte en materia de estudio a lo largo de los diversos viajes que realiza en compañía de sus progenitores... Cuando las llagas oculares le conceden un respiro, sus ojos se afanan en observar minuciosamente todo lo que la rodea, como si quisiera aprehenderlo todo, ansiosamente, antes de que su vista de nuevo se volviera a nublar. Aquella visión discontinua parece haber estimulado sus capacidades de observación y de análisis que, a la postre, le van a permitir alcanzar mayores conocimientos que los reservados a las jóvenes de su edad, al tiempo que desarrollar un gran amor por la Naturaleza que mantendrá durante toda su vida.

\* \* \*

Además de estas enseñanzas, digamos teóricas, impartidas en la ciudad, la niña aprendió muchas otras cosas acerca del funcionamiento de la Naturaleza en la práctica, en el campo, en aquellas ocasiones, frecuentes y numerosas, en que se cobijaba

---

31 «Servando Bango en El Cervigón», *El Noroeste*, 18-4-1917.

32 «El trabajo. La cocina», *El Correo de la Moda*, Madrid, 18-11-1883.

en los salutíferos aires de las serranías andaluzas para intentar paliar los sufrimientos que su enfermedad le ocasionaba. Como ella misma ha dejado escrito, cuando ni los grandes oculistas del momento ni los remedios farmacológicos por ellos recetados conseguían mitigar los dolores, llegaban casi al tiempo las prescripciones de sus abuelos; el uno desde Londres, Viena o cualquier otro lugar en que se encontrara: «¡Esa niña al campo!»; el otro, desde sus campos jienenses: «¡Venga esa niña al campo!». Y al campo se iba la niña acompañada de su joven padre, «...en el tren andaluz hacia las posesiones de mi abuelo en pos de las valles floridos, en pos de las selváticas cumbres de la sin par Sierra Morena». Allí podía observar detenidamente y con asombro el animado transcurrir de la vida en las umbrías de Madrona, los llanos de Navalahiguera, las cumbres del Tamaral o las mesetas de la Solana, pues aquella niña ciega veía curar sus ojos con el solo roce de los vientos serranos. Cuántas cosas pudo aprender del comportamiento de los animales, de las plantas o de los hombres, con solo mirar con curiosidad y atención de sagaz exploradora, cualidad probablemente heredada de aquel abuelo naturalista, doctor y viajero. Muchos fueron los momentos de su niñez y juventud pasados en las posesiones de su familia paterna. Cualquier ocasión era buena para trocar las penalidades oculares madrileñas por el terapéutico disfrute y la provechosa lección que casi siempre proporcionaba la campiña andaluza. Con todo, no fueron esas tierras las únicas que enseñaron a Rosario las lecciones básicas del funcionamiento de la Naturaleza, pues los beneficios terapéuticos de las aguas yodadas del mar llevaron también, en alguna que otra ocasión, a que padre e hija emprendieran viaje hacia las proximidades del Cantábrico. Sabemos de sus estancias en la villa de Gijón donde, quizás por primera vez, sus ojos, calmados por la brisa marina, se posaran extasiados ante la inmensidad del océano<sup>33</sup>. Allí, ante aquel mar, presto a perder la calma con prontitud, aprendería otras lecciones sobre otras gentes, otras aves, otras plantas, que no habría visto en las tierras del sur. También conoció la otra imagen, la más calmada, aquella que ofrece el mar cuando baña las costas alicantinas, pues sabemos que cuando contaba apenas con doce años realizó una expedición por tierras alicantinas e ilicitanas<sup>34</sup>.

Así es que aquella niña, que en razón de sus problemas oculares no pudo tener una infancia como correspondía a las de su posición, recibió clases de materias que no estaban en el programa oficial y desarrolló aptitudes de observación, análisis, clasificación, comprobación o deducción que, de otra forma, habría tenido más dificultades en desa-

---

33 En el artículo «Un recuerdo de mis quince años» nos cuenta las peripecias de un viaje en ferrocarril de Madrid a Gijón, ciudad en la que padre e hija pasarían un mes de vacaciones (*El Noroeste*, 11-4-1916).

34 *La Unión Democrática*, Alicante, 12-2-1886; «Recuerdos de un día en Elche», *El Eco Popular*, Madrid, 9-11-1872.

rrollar convenientemente. Las continuas estancias en el campo, el amor y respeto hacia el maravilloso funcionamiento de la Naturaleza con el que asistía desde bien pequeña a las monterías que se organizaban en las fincas familiares, inocularon en la joven Rosario un confesado gusto por las ciencias naturales, del que derivaría su afición por el análisis de la naturaleza humana. Para este otro campo de estudio, le vinieron muy bien las enseñanzas de índole práctica y, hasta cierto punto, experimental obtenidas en los diferentes viajes que realizó por España, Francia e Italia durante su juventud.

El gusto por los viajes, como privilegiada forma de conocimiento de los lugares y sus gentes, del funcionamiento del planeta y de los seres que lo habitan, será una constante en su vida que, por lo que conocemos, también se cimentó en estos primeros años de formación. Además de las periódicas visitas a las serranías de Jaén y a otros lugares de España, sabemos que realiza un viaje a París, en compañía de su padre y de su madre, cuando contaba con apenas quince años. Allí, en el observatorio astronómico, tuvo ocasión, como más adelante nos contará, de dirigir un telescopio hacia las proximidades del planeta Venus y observar «sus polos brillantes, y su ecuador ceñido de plateadas nubes»<sup>35</sup>.

\* \* \*

La familia de los Acuña y los Villanueva sería una de las que, con toda probabilidad, se alegrarían de la entrada en Madrid de Alfonso XII, de la promesa de paz y orden que la llegada del joven rey parecía traer consigo<sup>36</sup>. Su más que probable satisfacción por la restauración de la dinastía borbónica, promovida por Cánovas, estaría en consonancia con la privilegiada situación que gozaban sus integrantes en el entramado social del momento y que, de alguna manera, se había visto inquietada por las turbulencias políticas y sociales que tuvieron lugar en el inmediato pasado, hasta el punto de hacer aconsejable que la joven Rosario pasara un tiempo en la vecina Francia. En efecto, en estos años en que da comienzo el reinado alfonsino ocupaba la familia de nuestra protagonista puestos influyentes en la administración del Estado ya sea en los ministerios, la jerarquía eclesiástica, la judicatura o el ejército, al tiempo que sus parientes

---

35 «El ateísmo en las escuelas neutras», conferencia pronunciada en el acto de inauguración de la Escuela Neutra de Gijón. El texto completo se puede consultar en dos de mis publicaciones: *La Escuela Neutra Graduada de Gijón y Rosario de Acuña en Asturias*; también en [www.rosariodeacuna.es](http://www.rosariodeacuna.es).

36 Como muestra de la satisfacción que tal suceso provocaría en la familia, contamos con el poema «Al rey Don Alfonso. Cuando llegó a Madrid», escrito por Rosario de Acuña en enero de 1875, tras asistir casi ciega a la solemne entrada de Alfonso XII en la capital del reino: «Hoy que sintiendo mi pupila inerte/ oigo el murmullo que por REY te aclama/ si bien con pena por vivir sin verte/ espero un día proclamar tu fama/ ¡REY ALFONSO, si el sueño de la muerte/ velase el fuego que mi frente inflama,/ que el eco de mi voz noble y sincero/ sirva a tus glorias de laurel primero.» (*Ecos del alma*, p. 210.)

atesoraban haciendas, títulos y propiedades en el terruño jienense. Su padre, de quien ya sabemos que había llegado a Madrid a muy temprana edad para estudiar el bachillerato y dar comienzo a los estudios de Leyes, se coloca pronto, apenas cumplidos los diecinueve, en el Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, más tarde de Fomento, en el cual llegará a ostentar un alto cargo dentro del escalafón: inspector jefe de ferrocarriles, con la categoría de jefe de administración civil. No sabemos si en su ingreso y posterior ascenso tuvo algo que ver el influyente Antonio Benavides y Fernández Navarrete quien, en aquellos años en los que el joven Felipe de Acuña se casa y tiene una hija, es un influyente político, varias veces diputado y ministro. Por lo que respecta a los dos hermanos de su padre que aún permanecen vivos, hay que señalar que su tío Antonio María, había sido alcalde de Baeza (1869-1872), gobernador civil de Albacete (1872) y Castellón de la Plana (1874), y lo será de Sevilla (1881), Guipúzcoa (1890) y Tarragona (1891-92). Cristóbal, por su parte, ha emparentado con los Benavides y Fernández Navarrete al casarse en 1857 con María del Carmen Martínez de Pinillos y Benavides, sobrina carnal del político.

De no existir parentesco anterior, a resultas de este matrimonio, los Acuña quedan unidos por razones de afinidad no solo con Antonio de Benavides, de quien ya se ha dado cuenta, sino, y como es lógico, con su hermano Francisco de Paula, quien había optado por el ministerio sacerdotal, donde llegará a desempeñar posiciones muy significadas: desde 1875 es el patriarca de las Indias Orientales, puesto que desempeña tras haber sido obispo de Sigüenza desde 1858 hasta 1875; en 1877 será nombrado cardenal y cuatro años más tarde será designado para ocupar el arzobispado de Zaragoza. De él cuenta Rosario que por este tiempo le enviaba cartas de admiración hacia sus dotes poéticas, en las que le llamaba «poeta insigne» y otras lindezas parecidas<sup>37</sup>.

En cuanto a los familiares que ostentan títulos nobiliarios, es de destacar a la condesa de Benazuza, su prima Petra Solís y Acuña, con quien debió de mantener buenas relaciones pues es la única a quien tiene presente en su testamento. Era hija de Francisca de Acuña y de Luis Solís y Manso, marqués de Rianzuela, ambos primos de don Felipe. Papel importante juega también quien por entonces ostenta la jefatura de la Casa de Acuña y el Señorío de la Torre de Valenzuela: el primo carnal de su padre Pedro Manuel de Acuña y Espinosa de los Monteros que ha desempeñado diversos cargos políticos durante el Sexenio: gobernador civil de Jaén, Toledo y Sevilla; diputado en Cortes por el distrito de Baeza o director general de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales.

Rosario de Acuña y Villanueva es consciente de la privilegiada posición que ocupa en aquella convulsa España y lo será más cuando, padeciendo las penurias económicas que le habrán de sobrevenir, eche la vista atrás y recuerde estos momentos de holgura.

---

37 «Carta abierta», *El Noroeste*, 29-9-1916.

Se acordará entonces de los muchos objetos ricos y preciosos de las casas solariegas de sus progenitores, algunos de los cuales hubo de ir vendiendo para poder afrontar los gastos cotidianos. En ese tiempo de estrecheces habrá ocasiones en las que también se verá impelida a desplegar el noble pedigrí de su progenie: «cuento en mi ascendencia de cuatrocientos años, a reinas, obispos, conquistadores y santos»<sup>38</sup>. Pero ahora, cuando el joven rey inicia un nuevo periodo en la historia patria, la hija de don Felipe de Acuña y Solís, inspector jefe de Ferrocarriles del ministerio de Fomento, la sobrina de don Antonio María de Acuña y Solís, gobernador civil cesante de Castellón, la prima de don Pedro Manuel de Acuña Espinosa de los Monteros, diputado y gobernador, al tiempo que Señor de la Torre de Valenzuela, la prima del marqués de Rianzuela, la prima de la condesa de Benazuza, la «sobrina» del por entonces académico y senador por la provincia de Jaén, el ex ministro don Antonio Benavides y Fernández Navarrete, la «sobrina» del patriarca de las Indias Orientales... se dedicaba a disfrutar de todos los placeres que su acomodada situación le brindaba y su enfermedad le permitía: las temporadas campestres en Jaén, los viajes, el teatro, las veladas musicales en el Real... Allí, en el palco que disponía su familia, disfrutaría entonces de las actuaciones de Enrico Tamberlick, afamado tenor a quien nuestra poeta dedicaría en 1879 un soneto («Quiso bajar del cielo la armonía/ y al llegar a la tierra cual señora/ como don de su mano encantadora/ le otorgó al ruiseñor la melodía/...»), o de la malograda contralto Elena Sanz; y allí se encontraría con toda probabilidad en el estreno de la ópera *Rienzi*. Desde el palco, en compañía de sus allegados, observaría el comportamiento ritual de la buena sociedad madrileña que, tranquilizada por el nuevo orden político y social que estaba cimentando el señor Cánovas, se aprestaba a disfrutar de la velada. De haber sido posible, no es de dudar que hubiera coincidido en aquella función con Jacinta, la tercera de las hijas de Gumersindo Arnaiz e Isabel Cordero y esposa de Juan Santa Cruz, de quien sabemos que sí asistió, a juzgar por lo que nos cuenta Galdós diez años después:

Una noche fue al teatro Real de muy mala gana. (...) Mal humorada y soñolienta, deseaba que la ópera se acabase pronto; pero desgraciadamente la obra, como de Wagner, era muy larga, música excelente según Juan y todas las personas de gusto, pero que a ella no le hacía maldita gracia. No lo entendía, vamos. Para ella no había más música que la italiana, mientras más clarita y más de organillo mejor<sup>39</sup>

Rosario, al contrario que Jacinta Arnaiz, sí disfrutaba con los decorados, el vestuario y la voz de Tamberlick, y ello a pesar de que algunos comentaran que el tenor había perdido aquella voz robusta, timbrada y sonora de que hacía gala unos años antes. Y

38 Telegrama enviado a Benito Pérez Galdós, *El Noroeste*, 2-7-1910.

39 Benito Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, tomo I, p. 289.

no solo aprendió a amar la música en el palco familiar; también lo hizo en el campo, en la serranía jienense, escuchando a los hijos del pueblo cómo arrancan del alma amores y penares a poco que empiece a sonar una guitarra («Estoy llorando tu ausencia/ porque murió mi esperanza;/ lágrimas, tened paciencia/ que el tiempo todo lo alcanza.»). También allí, en la serranía, la música entusiasma a una joven que, quizás por estar medio ciega buena parte del tiempo, no pierde detalle de todo cuanto pasa a su alrededor y así nos lo cuenta:

La copla se la llevan las auras, y los acordes melodiosos, breves y ligeros vuelven a enturbiar los ecos perdidos de la noche. De las chozas vecinas sale alguna serrana atraída por el sonido de aquella voz: «Perico, canta», le dice a su compañera que también la escucha. «Vamos a que nos eche un fandango», «Madre grite usted a la María que se venga a bailar que nos vamos a la casa del tío Vicente». Pocos momentos después algunas parejas se mueven lánguidamente en torno al apagado hogar del cantador o bajo el oscuro azul del firmamento. Perico ha entonado y los dos o tres del pueblo han acudido para bailar con las que pronto serán sus compañeras...<sup>40</sup>

Su afición a la música perdurará durante toda su vida. No hace falta rebuscar mucho entre sus escritos para poder afirmar que a Rosario de Acuña le encantaba la música, se deleitaba oyendo cantar a otros y disfrutaba cantando las coplas que ella misma creaba sobre la marcha, mientras atendía a sus animales o arreglaba la casa («Los cantares que yo canto/ todos se los lleva el viento.../son mariposas del alma/ cuyo jardín es el cielo»). Entre óperas del Real y cantes de la serranía el gusto por la música arraigó profundamente en nuestra protagonista, que no desperdició ocasión para ponerlo de manifiesto, por más que –salvo excepciones– no hiciera públicas las coplas que creaba para acompañar sus quehaceres: «Péinate siempre de espaldas/ al espejo de tu cuarto;/ que seas bonita o fea/ lo mejor es olvidarlo». Contamos, sin embargo, con algunos escritos suyos que tienen por protagonistas a varios músicos del momento o que están dedicados a ciertos instrumentos, como la guitarra o la gaita<sup>41</sup>.

Dices que lleve mi amor  
a la fuente del olvido;  
mucho mejor que olvidarte  
fuera no haberte querido.

40 «Correspondencia de Andalucía», *La Mesa Revuelta*, Madrid, 15-6-1875.

41 Tal es el caso de Rafael Ducassi, un niño violinista al que conoció durante su estancia en Zaragoza (*El Liberal*, Madrid, 10-4-1881); Jiménez Manjón, el genial guitarrista a quien su ceguera no impidió alcanzar merecida reputación, en España y en el extranjero, como compositor e instrumentista (*El Imparcial*, Madrid, 7-1-1889); o el barítono Servando Bango (*El Noroeste*, 18-4-1917).

Por un minuto de dicha  
se paga un año de pena;  
haberte querido tanto  
al infierno me condena<sup>42</sup>.

\* \* \*

Qué ajena vive a los problemas que ocupan y preocupan a otros compatriotas. Qué lejos parece estar de su pensamiento el ansia por la libertad de conciencia, de reunión y de asociación que defienden los demócratas; qué lejos de aquellos que abogan por instaurar en España el sufragio universal, la libertad religiosa o el matrimonio civil; qué lejos de los que se manifiestan a favor de los catedráticos expedientados; qué lejos de quienes reclaman justicia, que no caridad, para mejorar las condiciones de los más necesitados; qué lejos de los masones, de los librepensadores, de los republicanos, de los socialistas, de los anarquistas... Y es que su mundo es otro mundo. Ella es una de las privilegiadas que forma parte de lo que Jover denomina «estrato social superior», esto es, el grupo más alto y selecto de la sociedad en tanto conjunto cuyos miembros «se interrelacionan, cruzan de alguna manera sus caracteres específicos de grupo, hacen fluidas sus fronteras y constituyen un conjunto unitario sin perjuicio de su esencial pluralidad»<sup>43</sup>

---

42 «Cantares», *Ecos del alma*, p. 12.

43 José María Jover Zamora y otros: *España: Sociedad, política y civilización (siglos XIX y XX)*, p. 210.

## A las puertas del Parnaso

ALGUNOS AÑOS DESPUÉS de que hubiera visitado París en compañía de sus padres, volverá al país vecino. Allí permanecerá una temporada, cuando en España se vivían momentos de turbulencias sociales y políticas. Sus progenitores debieron de pensar que, durante aquellos agitados años del Sexenio, era conveniente que la jovencita se alejase del solar patrio hasta que la situación se tranquilizase un tanto. Al fin y al cabo, aquel era buen momento para que Rosario, ya en edad de merecer, completase su educación con ese toque de distinción que aportaba el idioma y la cultura del país vecino. ¿Fue sola o en compañía de alguien? Sabemos que fijó su residencia en Bayona o, al menos, que allí pasó buena parte del tiempo que estuvo fuera de España. En aquel lugar conoció a una joven viuda que se habría de convertir en un referente significativo en el porvenir de nuestra protagonista. La señora en cuestión, al hallarse sin marido y con tres hijos a su cargo, tomó la decisión de poner en marcha una granja avícola en las inmediaciones de aquella localidad francesa y, por lo que sabemos, la iniciativa resultó tan satisfactoria que, años después, la propia Rosario habría de emularla. De esta etapa francesa nos han llegado, además, dos obras que, por haber sido escritas en 1873, han de incluirse entre las primeras que salieron de su pluma. Se trata de la poesía titulada «A una golondrina», fechada en «Bayona, 25 de julio de 1873» y de *Un ramo de violetas*, una «obrita», según sus propias palabras, de siete páginas dirigidas a la reina Isabel II, que allí se encontraba expatriada, y que fue editada en la imprenta Lamaignère de aquella ciudad francesa. Además de escribir y de conocer gentes y costumbres diferentes, aprovecha la proximidad a la gran cordillera que une los dos países para practicar la que será durante toda su vida una de sus aficiones más queridas: el montañismo. En 1874 ya se encuentra de nuevo en Madrid; no obstante la experiencia pirenaica, placentera a tenor de la repetición, la lleva a tomar de nuevo aquel rumbo ese mismo verano, instalándose en esta ocasión en la localidad oscense de Panticosa.

Al año siguiente realizará otro viaje al extranjero; en esta ocasión será Italia el destino elegido. Aprovechando que en marzo de 1875 su tío Antonio Benavides y Fernández Navarrete es nombrado embajador ante la Santa Sede, a Roma se marchará, a la embajada de España<sup>44</sup>. El citado don Antonio, nacido en Baeza en 1807 era un

44 Tal y como se ha señalado en una anterior nota, el tratamiento de «tío» con el que la escritora se refiere a Antonio Benavides en alguno de sus escritos debería de entenderse como sinónimo de «pariente» y no como «hermano o primo de padre o madre», habida cuenta de que don Antonio era tío de la mujer de un tío carnal de Rosario de Acuña.



personaje bien conocido en la política española, pues a ella se había dedicado durante las últimas décadas. Adscrito al bando moderado desde que en el año 1837 obtuvo por primera vez su acta de diputado por la circunscripción de Jaén (representación que renovó en 1838, 1839, 1840 y 1846), a partir de las elecciones celebradas en 1847 ocupará su escaño por el distrito de Villacarrillo en la misma circunscripción; y en los años sesenta lo será por el distrito murciano de Mula. Fue ministro de Gobernación en los gobiernos de Pacheco (1847), Roncali (1852-53) y Arrazola (1864), y de Estado con Narváez en el año 1864; senador en tres legislaturas: en 1867 (por designación real), 1876-77 (electo por la provincia de Jaén) y 1877 (por la Academia de la Historia). Destacó también por su dedicación a los estudios históricos, siendo miembro de las academias de la Lengua, de la de Ciencias Morales y Políticas y de la de Historia, de la cual fue presidente durante cinco mandatos consecutivos. Estamos, por tanto, ante un veterano político que ve ahora recompensados sus servicios con este cargo de representación ante el Vaticano, suceso que permitirá a su *sobrina* permanecer una temporada en tierras italianas en compañía de aquel distinguido político, durante la cual «visité, estudié y conocí la Roma papal, durante algunos meses de estancia en ella y en Italia»<sup>45</sup>. De aquellas semanas, de las experiencias vividas en tierras italianas, tomó buenos apuntes, pues la chica era aficionada a trasladar al papel sus impresiones y vivencias. Por aquel entonces ya había dado a la imprenta alguna de sus poesías, y la vieja Italia y sus gentes le brindaban temas suficientes para ejercitar sus habilidades literarias, que tomarían forma en el artículo «Una ramilletera en Venecia» fechado en esta localidad italiana en septiembre de 1875 y enviado a Julia Asensi para que fuera publicado en la revista *La Mesa Revuelta* con la que ya había colaborado anteriormente, así como la poesía «Ante el sepulcro de Rafael» que será incluido en el poemario *Ecos del alma* (1876).

Las cotidianas lecturas sobre temas históricos que atentamente escuchaba de boca de su querido padre; la observación minuciosa del comportamiento de los animales o de los cambios que en las plantas producía el normal discurrir de las estaciones; las sabias explicaciones de aquel abuelo viajero y sabio que podía explicar las leyes que regían el funcionamiento de los seres vivos; las coplas que entonaban los jornaleros andaluces en las cálidas noches de verano; el rugido del mar Cantábrico embravecido por los cambiantes vientos borrascosos; las gentes francesas e italianas, sus costumbres, su pasado y sus creencias; su padre, su madre, sus abuelos, sus amigas... sus ojos: «¡No me dejéis en la sombra!/ ¡solo pensarlo me espanta!/ ¡antes que dejarme ciega/ quédese el cuerpo sin alma!/ ¡Un rayo de luz tan solo,/ un rayo solo me basta!»<sup>46</sup>. Todas sus vivencias, todo aquello que había ido aprehendiendo a lo largo de estos largos años de

45 *El Noroeste*, 29-9-1916.

46 «A mis ojos», poesía incluida en *Ecos del alma*, p. 46.

formación, todo lo adquirido en la anchurosa escuela campestre a la que asistió obligada por el mal que atenazaba sus ojos, se había ido engarzando a su ser a lo largo de su infancia y juventud, y ahora, con el aderezo literario obtenido en sus muchas lecturas robadas a las dolorosas llagas que, por momentos, cegaban su visión, ansiaban brotar y florecer. Eran muchas cosas, muchos temas, muchas ilusiones, muchas dudas... y muchas ganas de contarlo.

\* \* \*

Al principio, cómo no, la poesía. Parece ser que nuestra joven poeta comenzó a utilizar los versos para expresar sus emociones siendo aún muy jovencita. Tan prematura debió de ser en esto de la rima que a la edad de veinticinco años nos dice que ya llevaba dieciocho haciendo versos, «muchos y desiguales renglones que con lápiz, carbón o tinta iba escribiendo en ratos tan perdidos, que ni de ellos me daba cuenta»<sup>47</sup>. La aprobación de los más próximos contribuiría a estimular su largo aprendizaje<sup>48</sup>, que, al fin, dio sus primeros frutos con la publicación del poema «En las orillas del mar», una extensa composición dividida en seis cantos que agrupan noventa y dos estrofas con variada rima, pues si bien predominan los serventesios, tampoco faltan los quintetos, las quintillas y las octavas reales. El poema fue publicado en *La Ilustración Española y Americana* el 22 de junio de 1874 y debió de contar con el aprecio y la estima de sus lectores, pues en 1876 no duda en incluirlo en el poemario *Ecos del alma* y en publicarlo, ese mismo año, en un volumen independiente que será reeditado hasta en cuatro ocasiones en los años siguientes. La experiencia, por tanto, resultó favorable y ello parece abrirle las puertas de imprentas y redacciones, razón por la cual pocas semanas después sus versos vuelven a ocupar las páginas de la prensa madrileña. *El Imparcial* publica en su edición del 20 de julio «A la muerte», una oda que, según propia confesión, estaba inspirada en las reflexiones surgidas ante la contemplación de un cadáver. Cualquier acontecimiento es ocasión propicia para que la pluma de la joven poeta se afane en transcribir al papel sensaciones y sentimientos. «A la memoria de Fortuny», una nueva oda publicada el 23 de diciembre de 1874 en *La Iberia* despide con enfática admiración al pintor reusense, fallecido en Roma el mes anterior: «¡Alcázar de la luz, patria del genio/ inmensa eternidad que en pabellones/ el porvenir ocultas de la vida/ entre la gasa azul de tus festones!...» En el verano siguiente, sus rimas reaparecen en la prensa: lo hacen

47 Así lo cuenta en «Al público», texto con el cual, a modo de prólogo, inicia su poemario *Ecos del alma*.

48 Tanto su padre como su madre debieron ver con buenos ojos las incipientes aficiones literarias de su hija, que bien pudieron ser consideradas como el esperado fruto del mimo que habían puesto en su formación, salpicada de buenas lecturas, instructivos viajes y frecuentes conciertos. ►

el 31 de agosto en honor de Francisco Delgado Jugo, un afamado oftalmólogo de origen venezolano que se había ocupado de su enfermedad ocular en los pasados años («...Ya que libre te ves, y el pensamiento/ puede bajar al mundo donde vivo,/ deja un instante la mansión del alma,/ y entre una triste lágrima de pena / recoge aquesta palma/ que el corazón te envía;/ que gracias a tu ciencia/ gozan mis ojos de la luz del día.»)

Aquellas primeras publicaciones, aquellos primeros versos aparecidos en periódicos y revistas no pasaron desapercibidos. Algunos ya alertaron por entonces de la valía de la nueva escritora. Tal fue el caso de Gumersindo Laverde, quien no perdió tiempo para comunicar a Menéndez Pelayo su nuevo hallazgo. En una carta fechada a primeros de enero de 1875 le escribe: «Y ya que de noticias sobre escritores hablo, diré a usted que en el periódico *La Crítica* aparece una nueva poetisa, D<sup>a</sup> Rosario Acuña». Unos días después le señala que la citada «suena entre los autores de poesías leídas en uno de los teatros de Madrid para solemnizar el primer aniversario de Bretón»<sup>49</sup>. Más extenso es el comentario, laudatorio y alentador, que a la recién llegada le dedica en septiembre de 1875 el poeta Juan Tomás Salvany en el artículo titulado «Escritoras madrileñas» publicado en el *Álbum de la mujer*:

Amiga de Julia y como ella joven e inspirada<sup>50</sup>, aunque más soñadora, más intrépida y menos práctica es la bella poetisa, si mal no recordamos andaluza, Rosario de Acuña y Villanueva. Tuvimos ocasión de oírla una noche en el Liceo Piquer, notabilísima tertulia artístico-literaria, de la que tal vez nos ocupemos otro día. Leyó una bella composición que supo arrancar a la selecta concurrencia aplausos espontáneos. Su voz era delicada y conmovida como sus versos; su figura ideal, y distinguidas sus maneras; sus rubios cabellos y azules ojos parecían otras tantas baladas alemanas, cayendo como benéfica lluvia del espíritu sobre los marchitos corazones. Desde entonces no hemos vuelto a verla, pero jamás la olvidaremos. Pasó como una exhalación que deslumbra y muere, y por esta circunstancia tal vez no sepamos apreciarla en su justo mérito. Encumbrada en las altas regiones de la fantasía que usurpa frecuentemente la solidez de la inteligencia, peca acaso de difusa, pero sus versos son conmovedores y fluidos siempre.

---

► Don Felipe, que tanta ascendencia tuvo sobre ella, no debió de estar muy alejado de los ambientes artísticos de la época, como bien parece desprenderse de la carta de recomendación que en 1870 dirige a Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría y a la sazón director general de Infantería, solicitando su apoyo para una iniciativa promovida por Maximino Fernández «director de escena del teatro de Rossini» (Archivo Histórico Nacional, Mendigorría, C.54, D. 273).

49 Gumersindo Laverde Ruiz: *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo (1874-1890)*, vol.1, carta 166.

50 Se refiere a Julia de Asensi y Laiglesia, hija del diplomático Tomás de Asensi y Lugar y de Rosario de Laiglesia y Laiglesia, prima carnal de quien, no tardando, se habrá de convertir en marido de la joven Rosario. Ella será la destinataria, la «querida Julia», de las cartas que fueron publicadas con el título «Correspondencia de Andalucía» en *La Mesa Revuelta*, publicación dirigida por el también poeta Tomás de Asensi y Laiglesia.

Al principio fue, en efecto, la poesía; incluso cuando escribía de seguido hasta terminar los renglones, pues poesía había en aquel escrito fechado en 1870 con el título «Una lágrima» que fue publicado años más tarde en *La siesta*, un volumen con sus primeros artículos; o en los que publicó en el semanario *La Mesa Revuelta* en el verano del setenta y cinco acerca de las tierras andaluzas («Correspondencia de Andalucía») o las gentes venecianas (el ya citado «Una ramilletera en Venecia»); o, incluso, en aquellas siete páginas que, dedicadas a la reina Isabel II que pasaba sus días en el exilio parisiño, publicó en Bayona en 1873.

\* \* \*

Pero no fue la prosa, la poética prosa de la joven Rosario, la que le daría la entrada oficial en el parnaso madrileño. Ni siquiera aquella lírica femenina de sus primeros poemas. No. Será con el verso grave y viril de un drama trágico con el que reciba el reconocimiento del público y la crítica capitalina. Su primer gran éxito: *Rienzi el tribuno*<sup>51</sup>.

¿Cuáles fueron las fuentes en las cuales la joven autora se inspiró? Es posible que durante su estancia en Roma hubiera perfilado el estudio del personaje acudiendo a los textos de Petrarca y a la *Vita di Cola di Rienzi*, una crónica anónima del siglo XIV que se había publicado de nuevo en 1854. Quizás fuera más tarde, a su regreso. En Madrid existía una gran expectación ante el anunciado estreno de la ópera wagneriana y pudiera ser que fuera entonces cuando se decidiera a leer la traducción que del texto de la misma publica Antonio Peña y Goñi o, acaso, la obra de más reciente aparición: *Nicolás Rienzi*, drama escrito por Carlos Rubio; quizás las dos. Lo cierto es que en la capital de España se espera desde hace semanas el estreno de la ópera *Rienzi* de Richard Wagner. Al fin, el telón del teatro Real se alza la noche del 5 de febrero de 1876 para que el público se deleitara con las interpretaciones de Enrico Tamberlick (afamado tenor romano a quien, como ya se ha referido, la joven Rosario había dedicado un soneto en 1879) o de Antonietta Pozzoni. Los satisfechos asistentes volvieron a sus casas sabiendo que una

---

51 El interés que sintió por el protagonista de esta historia lo habían experimentado antes otros escritores. La figura de Nicolás Gabino Rienzi, más conocido por *Cola di Rienzi* (Roma, 1313-1354), debía de tener un gran atractivo literario, muy del gusto romántico: un hombre de origen plebeyo que lucha por liberar al pueblo romano de la tiranía de la nobleza y que, una vez alcanzado el poder, lo ejerce de manera tiránica y orgullosa, razón por la cual es desterrado y, tras su regreso, asesinado.

A lo largo de la primera mitad del siglo fueron varias las obras inspiradas en la biografía del tribuno: en 1825 la inglesa Mary Russell Mitford publica la tragedia *Rienzi*; diez años después aparecerá con el mismo título una novela histórica escrita por su compatriota Edgard George Bulwer Lytton; poco más tarde Richard Wagner estrenará una ópera en cinco actos que tiene como argumento la vida del malogrado italiano.

semana después se estrenaría en el teatro del Circo un drama de autoría desconocida que llevaba por título *Rienzi el tribuno*.

El empresario había hecho muy bien su trabajo y el sábado 12 de febrero el teatro se hallaba lleno al completo. Entre los asistentes se rumorea que la autoría de aquel drama se debe a la mano de una joven poetisa, lo que aumenta la expectación. Al finalizar el primer acto, el público «seducido por los pensamientos, que abrillantaban versos rotundos, galanos y armoniosos, quiso conocer el nombre del autor», según cuenta el también escritor Ramón de la Huerta Posada, allí presente<sup>52</sup>. Ante la insistencia mostrada por los espectadores, el actor Ricardo Calvo tuvo que rogarles que fueran un poco pacientes, que aguardasen hasta el final de la obra. Sin embargo, concluido el segundo acto la autora tuvo que subir al escenario para saciar la curiosidad del público. Al ver aparecer en escena a la joven artífice del drama, el asombro fue tan grande que la sala ensordeció con los inacabables aplausos de los presentes. La cosa no acabó ahí, pues, según cuentan las crónicas, el tercer acto transcurrió entre una sucesión interminable de aplausos. Al final, una noche gloriosa que tendrá su continuidad en los siguientes días en los cuales la prensa, entre loas y alabanzas a la autora del drama, viene a coincidir a la hora de resaltar el carácter viril que Rosario, la señorita de Acuña, ha impregnado a los versos de aquel drama, muy lejos de la delicadeza y el lirismo que son atribuidos a las mujeres. Las críticas ensalzan a la joven autora, «poeta de gran aliento, de rica fantasía y alto vuelo», a la actriz Elisa Boldún, al actor Rafael Calvo y a la empresa del teatro «por haber dado a conocer a esta poetisa, a esta verdadera poetisa, que parece encender sus inspiraciones en la luz de la estrella inmortal en que vive el alma de la Avellaneda»<sup>53</sup>.

La hija de don Felipe y de doña Dolores vive entonces un momento dulce. La obra se mantiene en cartel durante dieciséis días seguidos con el aforo completo. *La Ilustración Española y Americana* se enorgullece de haber sido «el primer periódico que dio cabida en sus columnas a la primera composición poética de la señorita D.<sup>a</sup> Rosario de Acuña y Villanueva», al tiempo que publica en su sección de grabados uno de la joven escritora que, por cierto, se ha convertido en su imagen más difundida<sup>54</sup>. Los comentarios de críticos, autores dramáticos y literatos parecen coincidir en las excepcionales condiciones para el drama que atesora aquella pluma. Algunos veteranos poetas deciden homenajear a la recién llegada con unos versos plagados de parabienes y piropos que recogen en un álbum que piensan entregar a la joven. Allí se juntan, con ingenio más bien forzado, los versos de autores consagrados como Pedro Antonio de Alarcón, José Echegaray o Gaspar Núñez de Arce con los de otros más veteranos aún como Ramón de Campoamor o Juan Eugenio Hartzenbusch («Dos versitos, no más, para

52 *El Álbum Ibero Americano*, Madrid, 14-8-1896.

53 *El Imparcial*, Madrid, 13-2-1876.

54 *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 29-2-1876.

Rosario/¡Versos, un carcamal septuagenario!...»<sup>55</sup>, que lisonjean a la autora, no sé si más por su juventud y belleza que por su obra: «Para formarse idea/ de las diversas gracias que atesora/ Rosarito, que vea/ el curioso su Rienzi, y a la autora./ Dirá «Me gusta el drama» (por supuesto)./ Pero aún me gusta más quien lo ha compuesto».

Dejando a un lado los almibarados versos de estos veteranos poetas, alguno, por cierto, ya setentón, lo cierto es que parece haber una clara coincidencia en las alabanzas dedicadas a la autora y a su dominio de la técnica poética: se dice que tiene mucha soltura con el verso, que ha escrito la obra en unas pocas semanas, que tiene grandes dotes como dramaturga...

¿Dónde reside la clave de tan rara unanimidad?, ¿dónde se encuentran los méritos de esta primera obra dramática?, ¿cuáles son las virtudes de esta joven escritora? Después de haber leído con detenimiento los comentarios de estos afamados y avezados críticos, creo que el éxito alcanzado por *Rienzi* también es deudor de la sorpresa, del desconcierto producido al conocerse que aquel texto había sido escrito por una mujer que, además, era muy joven. Las críticas coinciden a la hora de atribuir a los versos de aquel drama una fuerza y un vigor que solo pueden ser obra de la recia pluma de un hombre curtido en las mil peripecias de la ruda realidad. Sin embargo, aquellas rimas vigorosas, enérgicas, que enaltecen el patriotismo, la abnegación, el sentimiento exaltado de la justicia y la libertad son obra de una joven mujer. Peregrín García Cadena, crítico de *La Ilustración*, lo refleja con gran nitidez: los afectos que entretejen aquella obra «no están en esas fibras delicadas que un fino instinto de mujer, dotada de peregrino entendimiento, puede penetrar sin esfuerzo»<sup>56</sup>. No; allí hay «palpitaciones robustas, fiebres ardientes, arteros movimientos de la pasión que no se traducen sino con el auxilio de un aliento viril». He ahí la sorpresa; he ahí la chispa que enciende el espontáneo elogio de los espectadores: ante ellos se presenta una jovencita que no parece contentarse con el estrecho reducto de intimismo lírico que la sociedad ha asignado a las poetisas. En vez de encerrarse en el entorno doméstico para pintar con tiernos versos las bellas canciones de amor que solo la sensible alma femenina es capaz de entonar, aquella mujer se atreve a contar con pasión encendida asuntos de honor, de patriotismo, de libertad... tan alejados del papel que aquella sociedad burguesa ha asignado al «ángel del hogar».

---

55 Eugenio Hartzenbusch, hijo del escritor, incluye estos versos en la «Bibliografía» que realiza sobre la obra de su padre. En la referencia de los mismos se señala que forman parte del *Álbum de la Srta. D<sup>a</sup> Rosario de Acuña*, fechado por error el 11 de marzo de 1873. Sabemos, por una nota publicada en *El Imparcial* el 21 de febrero, que el promotor de la iniciativa fue el marqués de Dos Hermanas y conocemos parte de su contenido, pues algunas de las poesías escritas para la ocasión fueron incluidas en el folleto *¿Quién fue Rosario de Acuña?*, editado por el Ayuntamiento de Madrid con ocasión de la inauguración del centro escolar que lleva su nombre, y en el libro *Rosario de Acuña en la escuela*, publicaciones que vieron la luz en 1933.

56 *La Ilustración Española y Americana*, 15-2-1876.

El reto parece que ha tenido un resultado feliz. Rosario de Acuña y Villanueva será desde entonces «la autora de Rienzi»; una de las escasas poetisas del panorama literario español, abandonando, de esta forma, el grupo de las poetisas, que desde el apogeo del Romanticismo ha seguido nutriéndose de nuevas componentes. La diferenciación no parece que sea entonces nada sutil, sino sustancial, a juzgar por el escrito que sobre tal distinción realiza Manuel de la Revilla, por entonces catedrático de Literatura en la Universidad Central, además de escritor y uno de los más influyentes críticos del momento. En su sección habitual del número de *Revista Contemporánea* que ve la luz el 15 de julio de 1876, coincidiendo con la aparición de *Ecos del alma*, un volumen de poesías que Rosario de Acuña publica tras el estreno exitoso de *Rienzi*, se detiene precisamente en explicar la diferencia entre ambos términos. Nada más comenzar la reseña, lo primero que comenta es que a los nuevos versos les falta entusiasmo, no tienen el genio vigoroso y la pasión impetuosa que sí están presentes en el drama: «Rosario, poeta en su drama, es poetisa en sus obras líricas». Y abundando en la diferencia, señala: «Aquel drama parecía de un hombre, estas poesías se parecen a las de todas las mujeres». Ahí está la clave; ahí el por qué de ese empeño de los críticos en hablar de «versos vigorosos» al referirse a los de *Rienzi*. Diferencian, pues, muy bien entre unas y otras; entre las escritoras que son «poetas» y las que son «poetisas».

Y a la joven señorita de Acuña parece gustarle más que la incluyan entre las primeras y así lo hace saber en la poesía titulada «¡Poetisa...!» que, paradójicamente, incluye al comienzo de *Ecos del alma*:

Si han de ponerme nombre tan feo,  
todos mis versos he de romper:  
No me cuadra  
tal palabra,  
no la quiero;  
yo prefiero  
que a mi acento  
lleve el viento,  
y cual sombra  
que se aleja  
y no deja  
ni señal,  
a mi canto,  
que es mi llanto,  
arrebate  
el vendaval.

El de 1884 es un año destacado en la historia del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. El 31 enero tiene lugar el solemne acto de inauguración de su nueva sede, un edificio en propiedad construido en la calle Prado. La tribuna la ocupa ese día Antonio Cánovas del Castillo, a la sazón presidente del Consejo de Ministros y presidente también del Ateneo. Unas semanas más tarde, el sábado 19 de abril de 1884, Rosario de Acuña y Villanueva se convertirá en la primera mujer en ocupar esa misma, flamante, tribuna. La primera mujer en los casi cuarenta años transcurridos desde que Ángel de Saavedra (Duque de Rivas), Salustiano Olózaga, Mesonero Romanos, Alcalá Galiano, Juan Miguel de los Ríos, Francisco Fabra y Francisco López Olavarrieta aprovecharan los nuevos aires de libertad que se respiraban en España tras la muerte de Fernando VII para abrir sus puertas.

Su presencia en el estrado constituyó toda una sorpresa para la mayoría de los socios, lo cual no es de extrañar pues si leemos los discursos pronunciados con motivo de la inauguración del curso 1884 no encontramos pista alguna que pudiera llevarnos a la sospecha de que la junta directiva de la institución tuviera en mente tal posibilidad. Si, por ejemplo, nos fijamos en el pronunciado por Antonio Cánovas del Castillo en el acto inaugural no encontramos otra alusión a las mujeres que las que utiliza para referirse a la «ordinaria liviandad de sus mujeres» (refiriéndose al teatro de Tirso de Molina) o a las «mujeres fáciles», en este caso de Quevedo. Sin embargo, tal y como de forma más o menos discreta anuncian los periódicos, «la eminente poetisa doña Rosario de Acuña de Laiglesia dará lectura a su último poema *Sentir y pensar*». La cita será a las ocho y media de la noche del día citado, y –a juzgar por los comentarios que recogerán periódicos y revistas– la velada no dejó a nadie indiferente.

Josefa Pujol, corresponsal en Madrid de la revista *La Ilustración de la Mujer* que se edita en Barcelona, saludaba alborozada la llegada de la mujer a tan ilustre tribuna, hasta entonces reservada en exclusiva a los hombres:

Nunca con mayor gusto que hoy corre la pluma sobre el papel para consignar un nuevo e importantísimo triunfo femenino. Rosario [de] Acuña, la ilustre autora de *Rienzi el tribuno*, sobreponiéndose a rancias preocupaciones, arrostrando las prevenciones de unos cuantos y confiando en la imparcialidad y justo criterio de muchos, ha ocupado la cátedra del primer ateneo español. Y debemos confesar que la denodada dama e inspirada poetisa ha dejado bien sentado el pabellón femenino en nuestra primera corporación literaria<sup>57</sup>.

57 *La Ilustración de la Mujer*, Barcelona, 1-5-1884. De la importancia que la revista concede al acto del ateneo madrileño, puede ser suficiente prueba que pocas semanas después de aparecer en sus páginas el referido artículo de Josefa Pujol, publica en la portada del número correspondiente al 8 de junio un dibujo de Rosario de Acuña, dando continuidad a la serie «Galería de retratos de mujeres notables», iniciada un año antes, en su primer número.



El eco de esta intervención no se limitará tan solo al suelo español. Cruzará el océano y llegará a México, en cuya capital se edita *El Álbum de la Mujer*, que dirige Concepción Gimeno de Flaquer. En el número correspondiente al 25 de enero de 1885 la revista saluda a la que, según parece, ya es una prestigiosa escritora dedicándole la portada –donde se reproduce el grabado de Camacho incluido en *Ecos del alma*– y un artículo en el cual, además de referirse a la velada literaria del Ateneo, realiza un pormenorizado repaso a todas sus publicaciones. No será ésta la única vez que su nombre aparezca en aquellas páginas: a lo largo de todo ese año varios de sus escritos ocuparán espacio destacado en las sucesivas ediciones de la publicación mejicana<sup>58</sup>.

Bien pudiera considerarse aquella intervención en el ateneo madrileño como el espaldarazo a la nueva escritora. El hecho de que ella fuera la primera mujer en leer sus poesías en la «cátedra del primer ateneo español», vendría a suponer la pública aceptación de la candidatura a su ingreso en el selecto grupo de literatos del parnaso nacional que habría presentado ocho años atrás con el estreno de *Rienzi el tribuno*. De ser así, estaríamos ante una gran paradoja, pues tan solo unos meses después la vitoriosa escritora rechazará todo cuanto había publicado hasta entonces. Todo. Incluso su primer drama, el tan alabado *Rienzi*:

Lo que antes escribiese, lo rechazo como nacido en una edad nebulosa que tenía reminiscencias del candor y recuerdos (emocionales para la mujer) de la propia mística. Parto desde mi *Rienzi*; sigo con mi *Amor a la patria* y *Tribunales de venganza*...<sup>59</sup>

---

58 En el mismo mes de enero se inicia la publicación por entregas de «Pobres niños». A continuación se publicarán «Fuerza y materia», «La roca del suspiro», «Sobre la hoja de un árbol», «Una lágrima», «Una corona marchita»...

59 *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 28-12-1884.

## Señora de Laiglesia y residente en Zaragoza

PREGUNTADO DON JOSÉ ECHEGARAY POR SU OPINIÓN acerca de la obra *Rienzi el tribuno* el día de su estreno, contestó lo que sigue: «Una maravilla. No se parece a ninguna de las Safos del siglo; hace resonar los viriles acentos del patriotismo, y siente la nostalgia de la libertad como si fuera un correligionario de don Manuel Ruiz Zorrilla. Una mujer muy poco femenina»<sup>60</sup>. A lo cual su interlocutor se apresuró a contestar: «No lo crea usted, don José. Tiene la muchacha novio y está muy enamorada de él». Y al inquirirle el señor Echegaray por «el afortunado mortal», consigue averiguar que se trata de «un capitán de infantería». Ciertamente, como señala el acompañante de don José, Rosario de Acuña y Villanueva tiene por novio a un joven militar, de nombre Rafael, a la sazón teniente de Infantería con el grado de capitán que le fue concedido por méritos de guerra. No lo dice por decir, lo sabía de primera mano, pues quien así habla, el también escritor Emilio Gutiérrez Gamero, es cuñado del novio de la señorita de Acuña.

Se llama, en efecto, Rafael. Bueno, según consta en la correspondiente partida de bautismo su nombre completo es Rafael Pedro Pablo Ramón de Laiglesia y Auset y nació en Madrid el 31 de enero de 1854<sup>61</sup>. Era hijo de María del Rosario Auset y Pérez de Lema, una sevillana de padre catalán y madre gallega, y de Augusto de Laiglesia y Laiglesia, madrileño de nacimiento, aunque parte de su familia, asentada en Cádiz, procedía de suelo francés<sup>62</sup>. Desde muy joven se sintió muy atraído por la vida militar, influido probablemente por el peso de una tradición familiar que había comenzado su abuelo paterno, el coronel Francisco de Laiglesia y Darrac (1771-1852), fundador y director de la Real Escuela Militar de Equitación, al tiempo que autor de diversos textos sobre el caballo y las ventajas de su utilización en los ejércitos. Tal era el interés de Rafael, que solicita el ingreso en el Colegio de Cadetes del Arma de Caballería cuando tan solo contaba con trece años de edad<sup>63</sup>. No obstante, las modificaciones que se introdujeron por entonces en

60 *La Libertad*, Madrid, 19-1-1928.

61 Partida de bautismo registrada en el libro 11, folio 435 de la parroquia San Ildefonso de Madrid.

62 Según el árbol genealógico familiar incluido en el Extracto de la pruebas de nobleza de su padre, que se instruye en 1802 con motivo de su nombramiento como caballero de la Real Orden de Carlos III, los abuelos materno y paterno de Francisco de Laiglesia y Darrac eran franceses. (Archivo Histórico Nacional, Carlos III, Exp. 1183).

63 Es probable que la muerte de su madre ocurrida en 1862 (archivo de la parroquia de San Juan Bautista de Écija, Libro 8, folio 2), dejando cinco hijos al cuidado paterno, también tuviera algo que ver con el ingreso de Rafael en el colegio militar.

la enseñanza militar retrasarán su ingreso en el Ejército hasta el mes de junio de 1871, momento en el que se convertirá en caballero cadete, aunque, curiosamente, no del arma que era su primera opción, sino de Infantería<sup>64</sup>. A los pocos meses, se iniciará la tercera de las guerras carlistas lo que precipitará la incorporación del joven militar a la lucha armada. Su participación en las campañas del setenta y tres, setenta y cuatro y setenta y cinco, por un lado, y la estancia de Rosario en el sur de Francia, que se prolonga hasta 1873, invitan a pensar que su noviazgo pudo comenzar a finales del setenta y cuatro, momento en el que Rafael pasará unos meses en Madrid: desde octubre, en que regresa a la academia después de haber tomado parte en unas operaciones en Andalucía, hasta abril en que parte con su regimiento hacia Valencia; o bien en el invierno siguiente, durante una nueva estancia en la capital, adonde había llegado a finales de octubre y donde permanecerá hasta que en el mes de mayo vuelva a marchar con el Batallón provincial de Jaén nº 1, al que ha sido destinado.

Aunque no sepamos cuando dio comienzo su relación sentimental, es muy probable que ambos se conocieran de bastante tiempo atrás, que integraran el mismo grupo de amigos, pues sabemos que entre las familias de los dos jóvenes existían lazos de amistad. No en vano, tanto Rafael de Acuña como Augusto de Laiglesia habían coincidido en el Ministerio de Fomento, donde ambos desempeñaron funciones administrativas durante varios años<sup>65</sup>. Quizás fuera esa amistad familiar la razón por la cual Rafael estuvo alojado en la casa de Antonio de Acuña y Solís, tío de Rosario y por aquel entonces gobernador civil de Castellón, cuando a principios del mes de mayo de 1874 el joven militar fue herido en una escaramuza contra los carlistas que tuvo lugar en las proximidades de Borriol<sup>66</sup>.

Aquel espíritu romántico henchido de ardor patriótico que anida en el juvenil corazón de Rosario; aquellos ojos lacerados por la enfermedad que ven el entusiasmo del pueblo de Madrid a la llegada del joven rey; aquella pluma encendida que dibuja el futuro con esperanzadores versos («Esta patria te elige hoy soberano/ y seguirá valiente tus pendones; / ¡ALFONSO XII! ¡España está esperando/ un digno sucesor de San Fernando!»<sup>67</sup>)... Aquella jovencita, quizás por entonces poetisa más que poeta, parece

---

64 El 29 de mayo de ese año realiza el examen de ingreso que supera con la calificación de «Bueno», según consta en su expediente que se conserva en el Archivo General Militar (sección 1ª, legajo I-302).

65 En el año 1855 Augusto de Laiglesia ocupa el puesto de auxiliar tercero de la clase de terceros; Felipe de Acuña se sitúa más abajo en el escalafón: auxiliar segundo de la clase de sextos.

66 *La Correspondencia de España*, Madrid, 10-5-1874.

67 «Al rey don Alfonso», *Ecos del alma*, p. 210.

que ha quedado prendada del joven militar, valiente y generoso, que pone en juego su vida defendiendo con ardor el futuro de su patria. La guerra los mantiene separados: en el verano del setenta y cinco ella está en tierras andaluzas; él combatiendo a las partidas carlistas por los alrededores de Calatayud. En septiembre Rosario recorre el Panteón romano, contempla las tumbas de ilustres italianos y ante una de ellas, la de Rafael, escribe «La gloria de una vida en ti se encierra/ ¡¡No hay pórfido en el mundo/ que levante en la tierra/ monumento más grande ni profundo!!<sup>68</sup>», al tiempo que el joven militar, su Rafael, guerrea por las inmediaciones de Sangüesa con tanto arrojo y valentía que sus superiores le conceden un ascenso por su meritoria labor en el combate.

A finales de octubre de 1875 se encuentran los dos en Madrid. Recobra la paz el militar al tiempo que se agita el corazón de la escritora, que por entonces escribe poesías con títulos tan sugerentes como «Conjugación del verbo amar». Tienen mucho que contarse: las bellezas romanas, las fortificaciones enemigas, los canales venecianos, la herida en campaña, el verano en familia, la concesión del grado de capitán, el proyecto de escribir un drama... Tiene por entonces veinticinco años y aquel de 1876 se presenta lleno de venturas para ella. Primero fueron los aplausos del teatro Circo y las alentadoras críticas posteriores; más tarde las alabanzas rimadas de aquel ramillete de consagrados poetas; luego la publicación de sus poesías de juventud reunidas en *Ecos del alma*; poco después la boda con aquel militar de buena familia de quien se decía que estaba muy enamorada.

\* \* \*

El sábado 22 de abril, Rafael de Laiglesia y Auset, teniente de Infantería con el grado de capitán que le fue concedido por méritos de guerra, y Rosario de Acuña y Villanueva, joven escritora a la que auguran un brillante futuro en el mundo de las letras, se otorgan mutua promesa de fidelidad eterna ante el católico ministro y sus respectivas familias, muestra representativa de la clase acomodada del nuevo Estado liberal.

La familia del novio está en alza por obra y gracia del creciente protagonismo que está adquiriendo Francisco, su hermano mayor, quien no hace mucho ha conseguido un acta de diputado por la circunscripción de Puerto Rico. Nacido en Madrid tres años antes que Rafael, pronto se convertirá en un alto funcionario del Ministerio de Hacienda, puesto que abandonará poco después (es declarado cesante por una real orden publicada en la *Gaceta de Madrid* el 20 de junio de 1872) para iniciar una larga carrera política en las filas del Partido Conservador. Desde ese mismo año de 1876, en que consigue su acta por Puerto Rico, será diputado en diversas legislaturas (en abril

---

68 «Ante la sencilla tumba de Rafael», *La Mesa Revuelta*, Madrid, 15-10-1875.

de 1879 es elegido por el distrito de Játiva, por el de Gandía en las de 1884 y de nuevo por Játiva en las de 1887, 1891, 1898, 1899, 1901, 1903, 1907 y 1914), así como vicepresidente del Congreso de los Diputados en 1891, primero, y de 1899 a 1903, después. Ese año será nombrado gobernador del Banco Hipotecario, cargo que desempeñará hasta su fallecimiento, ocurrido en 1922. Durante todo este tiempo compatibilizará los cargos políticos con la pertenencia al consejo de administración del Ferrocarril del Tajo y con el desarrollo de una intensa actividad como historiador y coleccionista especializado en el reinado de Carlos V, tema sobre el que versará su discurso de ingreso en la Academia de la Historia en octubre de 1909, así como la mayoría de sus publicaciones: *Una crisis parlamentaria en 1538* (1903), *Los caudales de Indias en la primera mitad del siglo XVI* (1904), *Las deudas del imperio* (1904), *Cómo se defendían los españoles en el siglo XVI* (1906), *Los gastos de la Corona en el Imperio* (1907)... Es conocida también la relación de amistad que mantuvo con Gustavo Adolfo Bécquer<sup>69</sup>, de la que ha dejado cumplida constancia Emilio Gutiérrez-Gamero:

Mi cuñado, Laiglesia, adoraba a Gustavo, a quien conoció en casa de González Bravo, y desde entonces a ambos les unió una estrechísima amistad, pues eran coincidentes en ideas y en aficiones literarias. Mis visitas casi a diario, juntamente con mi mujer, al domicilio de los suyos, me pusieron en contacto con el excelso poeta, y así pude conocerlo de cerca y holgarme con su amable y afectuoso trato, como me holgaba leyendo cuanto salía de su privilegiada inteligencia<sup>70</sup>.

Tampoco se quedó atrás, en lo que a protagonismo social se refiere, el ya citado Emilio Gutiérrez-Gamero y Romate, convertido desde 1868 en un miembro más de la familia Laiglesia al contraer matrimonio con Dolores, una de las hermanas de Francisco y Rafael. Nacido en Madrid en 1844, estudió la carrera de Leyes en la Universidad Central, pasando a desempeñar el cargo de secretario de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación a finales de los sesenta. A la hora de decantarse políticamente se decidió en los agitados años del Sexenio por el Partido Radical que lideraba Manuel Ruiz Zorrilla, en cuyas listas fue elegido diputado a Cortes en 1872. No tardando mucho, las cosas se le pusieron más difíciles tanto económica como políticamente por lo que decidió instalarse en Francia, donde desarrolló una intensa actividad cultural. A su regreso a España, compatibilizará el desempeño de diversos puestos en

---

69 En el año 1922 publica un folleto de cuarenta y pocas páginas titulado *Bécquer (sus retratos)*, donde pone de manifiesto, entre otras cosas, la facilidad con la que fluye la fuerza creativa de su amigo, capaz de «escribir Las hojas secas sin una corrección, sin una enmienda», apremiado por la necesidad de cobrar los sesenta reales que le habían ofrecido el día anterior por poca cosa, por una cuartilla, destinada a un almanaque próximo a publicar.

70 Emilio Gutiérrez Gamero: *Mis primeros ochenta años*, p. 26.

la Administración (desde oficial a gobernador civil, desde jefe de administración a delegado de Hacienda) con su actividad literaria. Autor de cuentos y novelas, académico desde 1920 hasta su fallecimiento en 1936, es hoy recordado sin embargo, como un destacado cronista de su época, pues tanto sus artículos y ensayos como las sucesivas entregas de sus memorias son considerados como una interesante descripción de los sucesos literarios y políticos en los que participó de una u otra manera o, simplemente, de los que tuvo conocimiento a lo largo de su longeva vida<sup>71</sup>.

En cuanto a la familia de la novia, hemos de recordar que Rosario, además de ser hija del por entonces inspector jefe de Ferrocarriles del ministerio de Fomento, es sobrina de don Antonio María de Acuña y Solís, gobernador civil cesante de Castellón; prima de don Pedro Manuel de Acuña Espinosa de los Monteros, diputado y gobernador, al tiempo que Señor de la Torre de Valenzuela; prima también del marqués de Rianzuela y de la condesa de Benazuza; así como *sobrina* del por entonces académico y senador por la provincia de Jaén, el exministro don Antonio Benavides y Fernández Navarrete; *sobrina* del patriarca de las Indias Orientales...

Así pues, los distinguidos miembros de aquellas dos familias, dignas representantes del bien vivir y bien estar de los que hace gala la burguesía capitalina<sup>72</sup>, ven cómo sus jóvenes vástagos unen sus destinos para iniciar una nueva vida que comienza ese mismo día con el viaje de novios que, tras la preceptiva bendición eclesiástica, emprenden por tierras andaluzas. Al regreso, el joven matrimonio conocerá el lugar en el que deberán fijar su nueva residencia, pues a Rafael lo destinan al Depósito de Ultramar que tiene su sede en Zaragoza.

Tras la unión católica, bien casada ante Dios y ante los hombres, aquella jovencita de rostro ovalado y tirabuzones clareados, con la mirada perdida, entre esperanzada y

---

71 A la publicación en 1925 de *Mis primeros ochenta años* siguieron *Mis primeros ochenta años. Lo que me dejó en el tintero* (1927), *Clío en pantuflas, continuación de mis primeros ochenta años* (1930), seguidos de nuevas ediciones que, con títulos diferentes (*La España que fue*, *El ocaso de un siglo*, *Gota a gota el mar se agota*), no hacían otra cosa que ampliar la descripción de la sociedad de su tiempo que había iniciado en su primera entrega.

72 Claro está que en esta carrera hacia el éxito social que parece alentar el nuevo Estado liberal no todo es ejemplar. Los negocios, las influencias...el poder, llevan a algunos a cometer más de un traspiés que, si todo va bien, puede ser convenientemente olvidado. A mediados de los setenta, cuando las familias Laiglesia y Acuña celebran la boda de Rafael y Rosario, pocos –aparte, cómo es lógico, de los directamente interesados– se deben de acordar de la sentencia que condenó en 1862 a don Augusto de Laiglesia y Laiglesia, padre del novio, a la pena de cuatro años de prisión menor y suspensión de todo cargo y derecho público (que le fue conmutado posteriormente por igual tiempo de confinamiento en Segovia), por un delito de falsificación y estafa, cometido en el desempeño de su función como delegado de Sementales de Leganés. Afortunadamente para él y para su familia, la pena se redujo a la mitad pues dos años después fue indultado (Archivo General de la Administración, 12,52, CA 20497).

temerosa<sup>73</sup>, abandona el regazo familiar para dar comienzo a una nueva etapa que por entonces se vislumbra muy prometedora y feliz. En la primavera del año setenta y seis la joven dramaturga y el teniente de infantería inician una nueva vida en común con arreglo a la norma por entonces vigente: él, que tiene veintidós años, debe proteger a su esposa; ella, que cuenta con veinticinco, debe obedecer a su marido y seguirle adonde vaya. Prometido y rubricado el compromiso, en los últimos días de junio de 1876, tras regresar a Madrid después de su viaje por Andalucía, Rafael y Rosario parten hacia Zaragoza, ciudad a la que ha sido destinado el teniente. En la capital maña la pareja podrá lucir sus mejores galas: al joven militar le ha sido autorizado el uso de la Medalla Conmemorativa de la Guerra Civil; la escritora sigue viviendo un momento dulce: *Rienzi* continúa cosechando aplausos allí donde se presenta; *Ecos del alma*, su primera colección de poesías, recibe críticas favorables... Sus nuevos vecinos la aclaman:

Según vemos en los periódicos de Zaragoza, el sábado se ha puesto en escena por primera vez en dicha ciudad el drama *Rienzi el tribuno*, de Rosario de Acuña, habiendo alcanzado un brillante éxito y siendo llamada a la escena diversas veces por el numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades, y que le ha demostrado con nutridos y espontáneos aplausos, así como con flores, palomas y coronas, el aprecio que hace a esta obra, que ha conquistado a su autora un envidiable puesto entre nuestros poetas dramáticos<sup>74</sup>.

\* \* \*

*Rienzi*, otra vez *Rienzi*<sup>75</sup>. También en Zaragoza recibe vítores y parabienes. Entonces tan solo tenía veinticinco años y el éxito de *Rienzi* la había situado en el centro del escenario; los ojos de cuantos tenían algo que decir en el mundo del teatro nacional estaban puestos sobre ella. Todos esperaban el estreno de una nueva obra para poder confirmar que aquella joven había llegado para quedarse; que de su fecunda y ardorosa inspiración podían surgir primorosos dramas; que Rosario de Acuña y Villanueva podía convertirse en la sucesora de la Avellaneda.

---

73 Podemos conocer cuál era su aspecto en aquel tiempo gracias a dos grabados publicados por entonces: el primero aparece en la edición de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 29 de febrero de 1876; el segundo, de facciones más juveniles, es obra de J. Camacho (seudónimo del pintor francés Jules Adolphe Aimé Louis Breton) y se incluye en su poemario *Ecos del alma*.

74 *La Iberia*, Madrid, 2-12-1876.

75 Tras su estreno en el madrileño teatro del Circo, las representaciones de *Rienzi* se suceden por toda España: a finales de abril será en el teatro Principal de Valencia; antes de que el año acabe, en Zaragoza, ciudad en la que ha fijado su residencia; al año siguiente, en el mes de abril, la propia Rosario de Acuña se traslada a Valladolid para dirigir los ensayos previos a su representación en el teatro Calderón; en junio de 1877 la representación tendrá lugar en el madrileño teatro Apolo...

Ella sabía de la sorpresa y admiración que aquel estreno había causado. Conocía las alabanzas de Manuel de la Revilla, de Peregrín García Cadena, de Ramón de Navarrete, *Asmodeo*. Sabía que Rienzi le brindaba la oportunidad de consagrarse como poeta dramático, de alcanzar la gloria literaria, de agradecer los desvelos que su padre había realizado para ilustrar a su hija semiciega, de colmar de orgullo y satisfacción a los suyos... Lo sabía bien. Y fue pronto consciente de ello, pues pocas semanas después del estreno escribe en el prólogo de su poemario *Ecos del alma* lo que sigue acerca de Rienzi:

...él me sirvió de carta de naturaleza entre los aspirantes a la entrada del Parnaso, y aunque en el número de orden sé que estoy de los últimos, no por eso dejo de vanagloriarme de haber logrado siquiera la aproximación a los umbrales de tan hermoso reino...

En efecto, sabía de los parabienes que su primer drama había cosechado, pero también de los defectos que los críticos habían encontrado en Rienzi, achacables –según opinión compartida– a la inexperiencia de la autora. García Cadena habla de elementos desordenados y señala que «el conjunto está desprovisto de cohesión y de sólida textura». Manuel de la Revilla, por su parte, afirma que es un drama «mejor sentido y escrito que pensado, lleno de inexperiencia», por más que también diga que la obra rebosa inspiración, que los personajes están «vigorosamente acentuados», que la autora utiliza recursos atrevidos, versificación robusta, bellas imágenes y hermosos pensamientos.

Era consciente de que se encontraba a la puerta que daba acceso al Parnaso; también de que franquearla o no dependía en gran medida de lo que hiciera a continuación, de su segundo drama. ¿Sería capaz? ¿Podría conseguirlo? Las dudas acechan; la responsabilidad cobra entonces mayor presencia que cuando escribiera Rienzi; la inseguridad se va abriendo camino... Por si fuera poco, se encontraba lejos de todo, lejos de los suyos, lejos de los amigos que bien pudieran aconsejarla...

Bien. De la necesidad se hace virtud: está en Zaragoza, pues Zaragoza será el escenario. Su segundo drama estará ambientado en uno de los episodios más renombrados de la historia de la ciudad: la resistencia de sus habitantes ante los diferentes asedios, «Los Sitios», a que fueron sometidos por las tropas napoleónicas. Se llamará *Amor a la patria*... Una vez tomada la decisión, no queda más que coger la pluma y aplicarse a la labor, por más que las dudas surjan una y otra vez. La presión no aminora cuando la obra está concluida. ¿Será buena?, ¿estará a la altura de lo que de mí se espera? ¿Estrenarla en Madrid o mejor en Zaragoza? ¿Qué dirá la crítica?... Dudas y vacilaciones que seguían acechando, hasta tal punto de que a ellas bien pudiera deberse el hecho de que usara un seudónimo –por primera y única vez– cuando a finales de noviembre de 1877 se estrenara la obra en la capital aragonesa<sup>76</sup>.

<sup>76</sup> *El Diario de Zaragoza* mantiene la incógnita sobre la autoría del drama, pues en su edición del día del estreno solamente avanza que el autor es conocido y que dedica la obra «...a los nobles descendientes de los inmortales zaragozanos de 1808».



Y con el estreno de su nuevo drama no se aquietó su ánimo, por más que fuera aclamado por el público, por más que fuera alabado y aplaudido por José Ortega y Munilla. No, las dudas persistían, los temores seguían al acecho. Así que, apenas unas semanas después del segundo estreno, cuando las fiestas navideñas la retornan a Madrid, reúne a algunos de sus amigos escritores para pedirles auxilio y consejo. A su llamada acuden, al menos, José Echegaray, Francisco Pérez Echevarría, Gaspar Núñez de Arce y Ramón Rodríguez Correa. La velada tuvo por protagonista el teatro: se leyó el único acto de la obra recién estrenada y se trataron los problemas que se encontraba su autora para estrenarla en Madrid; también se habló de un nuevo proyecto en el cual la joven poeta estaba trabajando... Y todos se dieron cuenta del estado en que se encontraba su anfitriona. Rodríguez Correa nos lo cuenta:

...al ver el decaimiento de la autora para escribir más dramas, en vista de las dificultades que se experimentan para ponerlo en escena –dificultades que si forman una carrera de obstáculos para un hombre, son casi insuperables para una dama–, todos los que allí estábamos, dejando aparte la galantería, exigimos y obtuvimos la promesa de ver pronto en el mundo un hermano de *Rienzi*, comprometiéndonos todos a que si el niño nacía viable correríamos con los afanes y cuidados de sacarle de pila<sup>77</sup>.

Pocos meses después, los asistentes a aquella velada son convocados de nuevo para asistir en el teatro Español de Madrid a la lectura de *Tribunales de venganza*, un drama en tres actos inspirado en las Germanías valencianas. De nuevo es Rodríguez Correa quien nos cuenta las impresiones de los presentes tras aquella lectura:

...causó el entusiasmo de cuantos le oíamos, en lo que se refiere a la forma bellísima literaria y a la admirable sujeción a la verdad histórica de su asunto y personajes. Todos opinamos que el drama tenía un flaco y era el segundo acto en el que, además de parecer más premiosa la inspiración de la autora, se acumulaban recursos que podían comprometer el éxito de la obra. En cambio, la nitidez de la exposición en el primer acto y las maravillas de versificación, de majestad y de grandeza que formaban el tercero, reducido a una protesta elocuente y en acción contra la pena de muerte por delitos políticos, constituía un asunto que debía ser simpático en la época moderna, y en cuya representación no había peligro si se llegaban a salvar los inconvenientes que a nuestro juicio ofrecía la representación del segundo acto<sup>78</sup>.

Después de algunas dificultades y más de un retraso, el martes 6 de abril del año ochenta se estrena el drama en el escenario del teatro Español. Su autora no utiliza en

---

<sup>77</sup> *El Imparcial*, 12-4-1880.

<sup>78</sup> *Ibidem*.

esta ocasión un seudónimo, pero su nombre no es conocido por el público. Parece que las dudas continúan. Están presentes hasta tal punto que, según cuentan las crónicas, Rosario de Acuña no asistió al estreno, y ello a pesar de haberse trasladado de Zaragoza a Madrid con esa intención. Dicen que, a última hora, decidió no acudir y pasar la noche en Aranjuez. Allí se entera de que, finalizado el primer acto, los presentes aplauden y llaman al autor al escenario, pero se mantiene la incógnita. Entre aplausos se escucha el segundo, volviendo a pedirse al final el nombre del autor, que continúa sin saberse. Se aplauden varios trozos del tercer acto, pero al caer el telón y ser llamado nuevamente el autor, se establece una división entre el público.

Según parece, alguien de su entorno que se encontraba en el teatro comunica por telegrama el resultado. Al conocer el inconsistente veredicto del público, la autora toma una drástica decisión: aquella sería la primera y también la última representación del drama, no habría más. Las dudas que albergaba desde que *Rienzi* la hubiera llevado hasta las puertas de la gloria, no se disipaban. Sus amigos escritores le habían aconsejado que modificara el segundo acto, y el público lo aplaudió; alabaron el tercero («maravillas de versificación, de majestad y de grandeza»), y al público no le convenció...

Cuatro años atrás, cuando el estreno de *Rienzi*, público y crítica habían coincidido en las alabanzas. *Amor a la patria*, que cosechó el aplauso de sus nuevos vecinos zaragozanos, seguía siendo desconocido por la crítica madrileña. Y ahora que, ilusionada por el aliento de los próximos, había conseguido volver a estrenar en Madrid, para *Tribunales de venganza* no obtiene otra cosa que la tibieza, la división de opiniones. El éxito cosechado por *Rienzi* constituía una pesada losa. Los dos dramas que había escrito después no habían conseguido brillar a la misma altura. *Rienzi* era la medida. El cronista lo resume perfectamente: «Tribunales de Venganza contiene grandes bellezas líricas; como drama vale mucho menos que *Rienzi*, primera y afortunada tentativa teatral de su aventajada autora»<sup>79</sup>.

\* \* \*

Si la utilización de seudónimo quedó limitada al estreno de *Amor a la patria*, la sustitución del apellido de su madre por el de su marido se mantuvo durante mucho más tiempo: a partir del día de su boda fue conocida como Rosario de Acuña de Laiglesia. Con ello no hacía otra cosa que integrarse en la creciente lista de escritoras que tomaban el apellido de su esposo. Tal era el caso de Ángela Grassi... de Cuenca, Faustina Sáez... de Melgar, María del Pilar Sinués... de Marco, Josefa Pujol... de Collado o Concepción Gimeno... de Flaquer. Hay quien dice que lo hacen para demostrar públicamente que en su actividad literaria cuentan con el apoyo de sus maridos, casi

---

79 *La Moda Elegante*, Madrid, 24-4-1880.

siempre personajes respetables e influyentes. Tal vez fuera así. Lo cierto es que ese fue el nombre que desde entonces utilizó para firmar sus obras, pues la esposa del teniente De Laiglesia no renunció a su actividad literaria.

Es cierto que tras su matrimonio no desistió, que siguió escribiendo, pero el escenario no se parecía en nada al que estaba acostumbrada. ¿Sería capaz Rafael de darle el apoyo con el cual los suyos la habían arropado? ¿Terminaría la distancia por acallar el eco de su nombre? Zaragoza era una capital de provincias y quedaba lejos de las tertulias, de los teatros, del aliento de los próximos. Tras el éxito de *Rienzi* todo sucede muy rápido. Cuatro meses después, el 20 de abril de 1876, firma el prólogo de su poemario *Ecos del alma*; dos días más tarde contrae matrimonio; a finales de junio abandonan Madrid. Muchos fueron los que le perdieron la pista, como bien señala Asmodeo (seudónimo de Ramón de Navarrete) dos años más tarde:

Hace tres o cuatro años estrenábase en el incendiado teatro de la plaza del Rey una obra escrita con vigoroso estilo, en versos sonoros y armoniosos, abundante en situaciones dramáticas y en bellezas literarias. Titulábase *Rienzi el tribuno*, y obtuvo un grande y legítimo éxito. Su autora era la señorita doña Rosario de Acuña, quien en pocas horas alcanzó merecida reputación por su talento. Algunas muestras dio de él en revistas y periódicos; pero después la joven e inspirada poetisa enmudeció totalmente; más aún, desapareció de Madrid. ¿Qué había sido de la elevada musa que nos prometía composiciones no menos notables que las publicadas? ¿Qué de la autora colocada desde su primer paso al nivel de los más aventajados ingenios? Algunos decían que, trocando la corona de laurel por la de azahar, se había unido a un bizarro militar; otros que había renunciado a la gloria por deberes sagrados o imperiosos; pero ninguno precisaba sus informes, ninguno sabía con exactitud el paradero de Rosario de Acuña...<sup>80</sup>

A pesar de la distancia procura mantener abiertos sus contactos en diarios y revistas. En agosto *La Moda Elegante* publica su poesía «El canto del poeta»; antes de que el año termine *Revista Contemporánea*, tres sonetos («Casualidad», «Europa» y «Al siglo XIX»). Algunos más escribirá en los años siguientes, tanto poesías (los sonetos «La fraternidad», o «A Tamberlick», que aparece en *Crónica de la Música*; y otros poemas más extensos como *A la luz de la luna* o *Morirse a tiempo* cuya primera edición tiene lugar en la capital aragonesa en 1879), como artículos («Pipaon», un singular gallo zaragozano que lleva el nombre de un conocido personaje galdosiano; «El camino de Torrero», el que conduce al cementerio y donde el cortejo fúnebre, todo medida en su recorrido urbano, se convierte en descompuesta carrera para abandonar prontamente la llorada carga que transportan; o «Rafael Ducassi», un niño de corta edad que apunta cierto virtuosismo musical).

---

80 *La Época*, Madrid, 15-1-1879.

No obstante, Madrid queda lejos y su firma parece haber desaparecido de los periódicos. Está tan lejos de la corte que *Amor a la patria*, su segundo drama fue estrenado a finales de noviembre sin que apenas llegase eco alguno a la crítica madrileña, la cual solamente se dio por enterada cuando más de un año después, en los inicios de 1879, se puso a la venta en las principales librerías madrileñas y sus integrantes recibieron un ejemplar de la obra.

Alejada como estaba de lo que constituía el principal centro literario del país, no duda en enviar alguna de sus composiciones cuando en la capital se organizaban eventos de cierta relevancia. Tal sucede en febrero de 1879, cuando en el teatro de La Comedia se celebra una función destinada a recaudar fondos con la finalidad de construir un mausoleo para los restos del actor Julián Romea. Tras la representación de la comedia en tres actos *Por derecho de conquista*, de Manuel Catalina, y de la pieza cómica *Una de tantas*, de Bretón de los Herreros, alguno de los actores presentes procede a dar lectura a varias poesías, entre ellas la que envió nuestra protagonista para la ocasión y que lleva por título «A Romea». Meses después son los damnificados por las inundaciones que han asolado la huerta murciana, quienes reciben el homenaje y los fondos obtenidos en la velada teatral que tiene lugar en el teatro Español. Ella envía desde Zaragoza su poesía «Una limosna para Murcia».

Lejos de todo. Tan lejos queda Madrid, que durante los años que pasó en Zaragoza el correo se convirtió en su principal nexo con su ciudad natal.

\* \* \*

No solo vivía alejada de la capital, sino que lo hacía en un ambiente completamente nuevo, diferente por completo a cuantos conocía hasta ahora. Los cambios que experimentó su vida en unos pocos meses fueron muy grandes, y el del escenario, no fue de los menores. Zaragoza era una de las ciudades más pobladas del país, por más que a la joven pareja les pudiera parecer pequeña y tranquila, pues sus cerca de ochenta y cinco mil habitantes suponen algo menos de la quinta parte de los que pueblan la capital que los vio nacer. Era más pequeña, pero menos conocida, menos familiar. Todo está por descubrir y será en la capital aragonesa donde comience a ver la ciudad de otra manera. La nueva vida que allí lleva, el nuevo paisaje urbano, las nuevas gentes que allí se encuentra... Una nueva situación que la lleva a repensar la ciudad. Las calles ya no son el lugar amable donde transcurriera su niñez y su juventud, extensión del espacio familiar de su crianza; ni siquiera las simpáticas estampas que contempla en sus viajes a Gijón, Alicante, Córdoba, Roma o Venecia. No. La ciudad, cualquier ciudad, eliminadas las vinculaciones afectivas que desprenden sus piedras y los lazos familiares que enraízan su trama urbana, es el desnudo escenario en el que sus habitantes muestran lo más profundo de su ser: sus miedos, sus creencias o sus esperanzas.

Las reflexiones que siguen a la atenta observación del funcionamiento urbano, del cotidiano comportamiento de sus pobladores, hacen asomar los primeros síntomas de desesperanza y desengaño acerca de la vida en las ciudades, que no habrá de abandonar hasta su muerte. Un artículo escrito en aquel tiempo habla bien a las claras del cambio que en ella se está produciendo. Se trata de «El camino de Torrero»<sup>81</sup>, en referencia a la vía que une el centro de la capital con el cementerio, paso obligado de los cortejos fúnebres y también una de las rutas más utilizadas por los paseantes zaragozanos. Para compatibilizar ambas funciones la costumbre ha fijado el mediodía como el momento en el cual se produce el necesario cambio de uso del camino, evitando con ello que las fúnebres procesiones puedan enturbiar la diversión de los paseantes («deberían sacarlo de noche, por los tejados y en un globo cautivo que [...] lo depositara en el camposanto sin que la misma tierra lo sintiera»). Pues bien, la nueva residente repara en un hecho que se repite vez tras vez: una descarga cerrada despide al cortejo fúnebre a las puertas de la ciudad, «punto donde terminan los honores oficiales, como si fuera de la población el muerto no fuera ya ni muerto». A partir de ese punto, todo cambia: los cuatro caballos que tiran del coche se ponen a galopar azuzados por los conductores para dejar pronto la enojosa carga que transportan. La comedia está clara; «¡cuántos y cuántos pensamientos no acuden a la mente al contemplar la descompuesta carrera de un cortejo que en la ciudad fue todo medida y comedimiento, y que fuera de aquel recinto se convierte en palenque de cocheros y rufianes!».

A esa observación siguieron otras del mismo o parecido tenor. No tardando mucho, la hipocresía y los convencionalismos que ha visto en la ciudad moderna la empujarán a volver sus ojos al campo, a los salutíferos beneficios que, en el pasado, le ha regalado su amada Naturaleza: las milagrosas pócimas que a sus ojos enfermizos dispensaba el aire limpio de la serranía jiennense y las brisas, cargadas de yodo, de las costas cantábricas; la paz espiritual que emanaba de los paisajes que contemplaba desde cualquier cumbre nevada; la hermosura del mundo animal que obediente sigue las ancestrales costumbres de su especie; la «serenidad inmortal» que ofrece la observación del cotidiano funcionamiento del planeta... ¡tantas cosas!

\* \* \*

No; aquella no era la vida que ella había soñado. Alejada de su madre, alejada de su padre, alejada de los suyos... Alejada de los escenarios que había conocido en su juventud, de su Madrid natal, de los montes de Jaén. El cambio había sido muy brusco para ella y, según parece, surgieron las dudas, todas las dudas. Acerca de su capacidad como dramaturga, acerca del comportamiento y la naturaleza humana... ¿acerca del matri-

---

81 *El Liberal*, Madrid, 25-8-1880.

monio?, ¿acerca de su matrimonio? Por lo sucedido después, todo parece indicar que sí; que durante aquellos casi cuatro años que Rafael y Rosario vivieron en Zaragoza<sup>82</sup>, las cosas no fueron todo lo bien que habían pensado cuando en la madrileña primavera de 1876 decidieron contraer matrimonio.

Parece razonable pensar que el necesario proceso de adaptación a la nueva situación sería tanto más llevadero cuanto mayor fuera la complicidad de la pareja, cuanto mayor fuera el apoyo mutuo y la comprensión. ¿Sucedio así cuando surgieron las primeras dudas? ¿Coincidió Rafael con la visión cada vez más negativa que Rosario tenía de la vida ciudadana?, ¿compartía con ella su deseo de vivir en el campo? ¿Fue sensible el joven militar a las dudas de su mujer sobre su capacidad como escritora?, ¿a su necesidad de no romper la comunicación con el Madrid literario? Quizás, y sin salir del ámbito de las conjeturas, podríamos aventurar que, al igual que sucediera en otros casos conocidos, la decisión de Rosario de mantener su actividad literaria pudiera haber chocado con los planteamientos vitales de su marido quien, recordemos, era tres años más joven que su mujer y, no lo olvidemos, había crecido al cuidado de sus hermanas tras el fallecimiento de su madre en 1862, cuando él contaba con ocho años de edad. Ignoramos si el joven militar aceptó de buen grado aquellos viajes que con cierta frecuencia realizaba la señora de Laiglesia, bien fuera por motivos familiares o literarios: además de desplazarse a Madrid a finales de agosto de 1878 para asistir al entierro de su abuela materna, nos consta que en diciembre del año anterior reúne en su casa madrileña a un grupo de literatos para presentarles *Amor a la patria*, o que en ocasiones se la ve en algún estreno que tiene lugar en la capital.

También tenemos noticia de que en la primavera de 1877 estuvo en Valladolid, donde dirigió los ensayos de *Rienzi* y visitó la denominada Casa de Cervantes. Aunque pudiera ser que los dos sucesos tuvieran lugar en fechas diferentes, es bastante probable que Rosario aprovechara su desplazamiento a la capital castellana para rendir su testimonio de admiración al autor del Quijote:

¡Gloria a tu nombre, ilustre mártir de la inteligencia! Tu corona de espinas la has trocado por la inmortal de la gloria. Bendita la Justicia Eterna, que graba en la historia del mundo el nombre de los genios. ¡¡¡Yo te saludo!!!<sup>83</sup>

---

82 Su traslado de Madrid a Zaragoza tiene lugar a finales de junio de 1876. En cuanto a su regreso, sabemos que Rafael es autorizado a residir en Madrid a principios de 1880, pero parece ser que no realizan el traslado inmediatamente, pues consta que cuando en abril de ese año se estrena *Tribunales de venganza*, aún residen en la capital aragonesa; también que la poesía «A la luz de la luna» está firmada en Zaragoza en mayo de ese año.

83 Fidel Pérez Mínguez: *La casa de Cervantes en Valladolid*, p. 164. Lo cierto es que el texto fue escrito en algún momento del periodo comprendido entre el 23 de abril de 1875, fecha en la que se abrió el álbum dedicado a don Miguel, y el año 1905 que fue el de la edición del libro en el que aparece.

Cuadra bien esa fecha de abril de 1877 con el evento que a continuación se refiere y que también tiene a Miguel de Cervantes Saavedra como protagonista. Resulta que para el día 23 de ese mes y de ese año, en Zaragoza, lugar de residencia del matrimonio, han organizado un homenaje al simpar autor y con tal motivo le piden unos versos a nuestra protagonista. El día previsto, aniversario de la muerte del homenajeado, se da lectura a las diez estrofas de que consta su poesía «A Cervantes». A la hora de elegir, la poeta se pone en situación, se ambienta en la época del genio, y opta por la quintilla, una estrofa muy utilizada en el teatro clásico del Siglo de Oro. La primera dice así:

Me dijeron sin por qué,  
que escribiese para ti,  
por ser galante accedí,  
mas luego que lo pensé,  
juro que me arrepentí.

\* \* \*

Tres años más joven que su ilustre esposa, una afamada escritora, una mujer con una historia y una vida propia; una mujer que, por muy alejada que se encontrara de los cenáculos literarios, adquiere compromisos que la obligan a viajar; una mujer cuya nueva situación, casada y residente en Zaragoza, salpicaba su vida de dudas y de vacilaciones. No tenemos constancia cierta acerca del papel que jugó entonces su marido, de si Rafael de Laiglesia y Auset estuvo entonces a la altura de las circunstancias, de si se preocupó de prestar el apoyo que su mujer precisaba en aquel nuevo escenario, en aquella novísima realidad. Lo que sí conocemos son las palabras que en relación con este tema ella escribió años después:

Impuse al matrimonio la condición expresa de vivir en los campos, pues nada me importaba que el hombre corriese al placer ciudadano, si era respetado mi aislamiento campestre...<sup>84</sup>.

---

84 «Avicultura femenina», *El Cantábrico*, 20-12-1901.

## Una nueva vida en Pinto

FELIPE DE ACUÑA Y SOLÍS tenía un primo que tuvo cierto protagonismo en su vida y también en la de su hija Rosario: se llamaba Pedro Manuel de Acuña y Espinosa de los Monteros. Bueno, en realidad don Felipe no era primo suyo, sino de su padre Pedro Antonio, pero por cuestiones de edad fue con el hijo con quien mantuvo una relación más estrecha.

Había nacido Pedro Manuel seis años más tarde que Felipe de Acuña. Los dos lo habían hecho en la provincia de Jaén; el uno en Andújar, el otro en Arjonilla. Ambos iniciaron la carrera de Leyes, por más que fuera bien diferente la suerte que corrió cada cual: Felipe los abandonó antes de concluir, integrándose como escribiente en la plantilla del Ministerio de Fomento después de haber contraído matrimonio; Pedro Manuel, en cambio, los finalizó con éxito, lo cual debió de favorecer su carrera política: gobernador civil de Jaén (1868), Toledo (1869), Sevilla (1871); diputado por Baeza (1871, 1872, 1881-84), Martos (1884-86), La Carolina (1896-98); director general de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales (1874).

No obstante, será su nombramiento como director general de Agricultura, Industria y Comercio el que tendrá trascendencia en el devenir de don Felipe y de su hija Rosario. Y es que con la llegada al poder de Sagasta el sistema bipartidista ideado por Cánovas empieza a consolidarse: la alternancia de victorias electorales lleva aparejada una profunda renovación de los ministerios, cuyos puestos son ocupados, cuando llega la vez, por algunos de los miembros de las familias influyentes de cada turno. Así que, tras la publicación del nombramiento<sup>85</sup>, Pedro Manuel –convertido en un alto cargo del nuevo gobierno– no tarda en situar a los suyos en el Ministerio de Fomento: apenas unos días después de tomar posesión de su cargo, Cristóbal de Acuña y Solís es nombrado comisario de Agricultura en la provincia de Jaén. No esperó tanto con Felipe, hermano del anterior, quien es reincorporado a su puesto de jefe de administración de cuarta clase, oficial de la de terceros en el ministerio. La decisión resulta un tanto sorprendente pues, por más que en la *Gaceta de Madrid* se dice que se encontraba cesante de este puesto, lo cierto es que la situación administrativa de don Felipe era la de jubilado, tal y como señala un real decreto publicado en el diario oficial el 18 de mayo de 1878, en virtud del cual se le concede la jubilación que solicita «siendo notoria su imposibilidad física para continuar en el servicio activo del Estado, y reuniendo los

---

85 *Gaceta de Madrid*, 16 de febrero de 1881.



años de servicio que las disposiciones vigentes exigen». En fin, cosas de familia y –es de suponer– del turno de partidos que por entonces se estaba poniendo en práctica.

Lo cierto es que aquella reincorporación debió de resultar muy estimulante para don Felipe de Acuña que ahora recobraba cierto protagonismo social, tras haber pasado por la cesantía a los cuarenta y seis años y por la jubilación a los cincuenta. Y lo debió de ser no tanto por haber recuperado su puesto en el ministerio, sino porque, en la práctica, se convirtió en el hombre de confianza del director general, participando junto a su primo en inauguraciones y banquetes, al tiempo que hacía valer su influencia a la hora de conceder alguna de las peticiones que le hacían llegar. De hecho, su reincorporación al puesto que ocupara en el escalafón como oficial no fue óbice para que fuera nombrado jefe del Negociado de Agricultura y Exposiciones, ni para que se convirtiera en secretario del Consejo Superior de Agricultura, cargo éste que llevaba aparejado el tratamiento de «ilustrísimo» en las referencias y actos oficiales<sup>86</sup>.

Para Rosario de Acuña la rehabilitación laboral de su padre no fue la única alegría que le deparó la llegada del primo Pedro Manuel a la Dirección de Agricultura. Apaciguados los ánimos de aquel venturoso 1876, el año del exitoso estreno de Rienzi y también el de su boda con Rafael, vivía ahora un momento de transición. Las dudas habían terminado por nublar su entusiasmo inicial y tal parecía que ansiaba dar un cambio radical a su vida; cambio que no tarda en llegar. A finales del mes de enero de 1880 Rafael cesa en su anterior destino, pasando entonces a la situación de reemplazo con la misma residencia; posteriormente es autorizado a trasladar su domicilio a Madrid. Han pasado casi cuatro años en Zaragoza y durante ese tiempo las cosas no debieron ir tal y como se habían imaginado. Pretenden dar un giro a su vida y Rosario parece que ha puesto algunas condiciones: nuevo trabajo, nuevo escenario.

Finalizaba el año cuando Rafael, que ya debe tener tomada la decisión de abandonar el Ejército, se traslada a Alcalá la Real (Jaén) donde le han ofrecido desempeñar el puesto de agente del Banco de España. Pero aquella nueva ocupación tampoco resulta satisfactoria. No tarda mucho en aparecer una nueva alternativa: el primo Pedro, director general de Agricultura, tiene la solución. Todo se precipita. El primero de marzo de 1881 Rafael de Laiglesia es nombrado visitador de Agricultura, Industria y Comercio, con un sueldo anual de nueve mil pesetas. Unos días después la administración militar le concede el pase a la situación de supernumerario por el término de tres años «a fin de dedicarse a asuntos de familia»; obteniendo seguidamente autorización para residir en Pinto, una pequeña localidad del sur de la provincia de Madrid, donde el matrimonio ha construido una vivienda la cual, aunque alejada de la capital, está bien comunicada por ferrocarril, pues se halla situada en las proximidades de la estación del ferrocarril Madrid-Aranjuez. Recibe el nombre de Villa Nueva y el matrimonio parece iniciar allí una nueva vida.

---

86 *Anuario del comercio, de la industria, de la magistratura y de la administración*, Madrid, 1882, p. 20.

A resultas de los nuevos empleos obtenidos por obra y gracia de la posición que por entonces ocupa Pedro Manuel de Acuña y Espinosa de los Monteros, Rafael de Laiglesia ha visto incrementarse notablemente sus ingresos, pues al sueldo que cobra como visitador hay que añadir otras tres mil pesetas más que percibe como miembro del equipo responsable de la *Gaceta Agrícola*, una publicación que desde 1876 edita el Ministerio de Fomento para divulgar entre los agricultores los nuevos avances técnicos. De las dos mil doscientas cincuenta pesetas anuales que percibía en el Ejército ha pasado a doce mil, lo cual constituye un notable impulso a esa nueva etapa que el matrimonio está iniciando en Pinto. Además, Rosario tiene a su disposición las páginas de la revista para divulgar las bondades de la vida en el campo y allí publicará por primera vez dos de sus estudios sobre el tema: «El lujo en los pueblos rurales» y «La educación agrícola de la mujer»<sup>87</sup>.

\* \* \*

La decisión de romper con la vida que ha llevado en el pasado más inmediato, ya sea junto al que aún es su marido o separada de él, parece hacerse evidente en la misma elección del nombre de su pequeña quinta campestre: Villa-Nueva. La fe e ilusión en el camino emprendido le impulsan a iniciar esta aventura a partir de un modesto proyecto constructivo «para ir ensanchando sus límites con el tributo del trabajo y de la economía». Con la ayuda, en calidad de sirvientes, de un matrimonio manchego y su hija, a los que, gracias a la fortuna que por entonces poseía, podía pagar espléndidamente, se dispuso a disfrutar de aquel oasis paradisíaco, con la firme pretensión de convertir su morada en una unidad de producción autosuficiente, al tiempo que acogedora estancia para el solaz de sus moradores. Veamos: tal y como ella nos describe, su nueva villa pinteña disponía de un palomar con pichonas moñudas o *voltadoras*; un corral con gallinas *cochinchinas* y de otras variadas razas; un establo con dos caballos, fuertes y mansos, compañeros necesarios en sus múltiples expediciones por los caminos patrios; frutales diversos entre los que no faltaban los ciruelos, el albaricoquero, el nogal o la morera; arbustos y plantas de todas clases (acacias, madreselvas, enredaderas, claveles, azucenas, lirios...) que cubrían de sombra los cenadores y envolvían de delicados aromas el ambiente; un maizal, una cuidada huerta... y todo ello bien regado por múltiples regueras de animada agua<sup>88</sup>.

87 El primer texto se publicará poco tiempo después de que su marido se integrara en el equipo encargado de la revista, pues aparece en el número correspondiente al segundo trimestre del año 1882; el segundo estudio se incluye en la edición del primer trimestre del siguiente año. *El lujo en los pueblos rurales* será editado poco después como folleto independiente; «La educación agrícola de la mujer» se publicará de nuevo en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, el 8 de febrero de 1885 y en *La Luz del Porvenir*, en dos entregas correspondientes al 29 de julio y el 5 de agosto de 1886.

88 «Villa-Nueva», *El Correo de la Moda*, 10-4-1885.

Entusiasmada con aquel prometedor futuro que de nuevo se abre en su vida, emocionada con la recuperación de las sensaciones rurales, recuperado su ánimo por efecto de los salutíferos aires campestres, convencida, en fin, de la influencia regeneradora de la vida en el campo para las personas y, por ende, para la sociedad, se muestra decidida a propagar sus firmes convicciones; quiere esparcir la nueva simiente regeneradora en terreno apropiado: en el de la mujer sensata, con cierta preparación, abierta a las ideas razonables que puedan mejorar la vida de los suyos. Nada mejor para ello que una revista dirigida a lectoras femeninas, a mujeres preocupadas por las últimas novedades en todo aquello que atañe a la moda y al hogar, a su vida y a la de los suyos. En el ejemplar de la revista *El Correo de la Moda* publicado el 11 de marzo de 1882 aparecerá el primero de sus artículos. Lleva por título «Cuatro palabras de prólogo» y constituye un compromiso de comunicación periódica con las lectoras para contarles sus experiencias y reflexiones en una serie de artículos que aparecerán bajo un título genérico, que habla bien a las claras de sus intenciones: En el campo.

Desde las páginas de esta publicación, subtitulada «Periódico ilustrado para las señoras», hace pública su voluntad regeneradora:

...si queréis que vuestra existencia dé un paso hacia el perfeccionamiento al cual la llama el sentido moral y la constitución de la sociedad del porvenir... He aquí otra razón poderosísima que me impulsa a dirigiros la palabra: el *porvenir*; quien observa y siente, por fuerza ha de lamentar esa degradación paulatina que, como frío sudario, envuelve nuestras juventudes; quien lo observa y lo lamenta no tendría perdón si no señalase enérgicamente algún reactivo en contra de tan invasora carcoma que amenaza reducir nuestra escogida naturaleza a los límites de la animalidad... perdonadme la frase, y haced acopio de la indulgencia para otras muchas que habréis de oír y que acaso lastimen vuestros oídos, acostumbrados a las melifluidades de la lisonja.

Pinto era el lugar ideal para los propósitos de Rosario: estaba poco poblado y, sin embargo, no se encontraba muy alejado de sus padres, pues, como ya se ha dicho, la línea de ferrocarril que unía la capital con Aranjuez tenía estación en el pueblo, en las proximidades de su villa campestre, con lo cual el viaje hasta su antigua vivienda familiar le resultaría bastante cómodo. Por tanto, una nueva vida autónoma en las proximidades de la naturaleza y alejada de las vanidades capitalinas, pero con facilidad de comunicación a sus seres queridos; con línea directa a su progenitor, a quien tanto admiraba. A pesar de las bondades que reunía su nueva quinta campestre, a pesar de las promesas de paz y tranquilidad que se cobijaban en aquel oasis rural, las cosas no empezaron todo lo bien que cabía esperar y será, precisamente, su padre quien tenga que intervenir para mejorar las relaciones de Rosario con sus nuevos vecinos. Parece ser que los recién llegados no fueron muy bien recibidos, pues alguno de los habitantes

de la villa, haciendo buena la fama de ser bastante brutos que por entonces tenían en la Corte, decide apedrear una y otra vez las ventanas de la vivienda que quedan más próximas al camino vecinal: «Así que se concluyó la casa empezaron a romper a pedradas los cristales de la fachada exterior; y pasó un año rompiéndose cristales y poniéndose cristales»<sup>89</sup>.

Para poner remedio a tan mal comienzo, la nueva vecina, enterada de que su nuevo pueblo lleva tiempo intentando conseguir, sin éxito, autorización para organizar una feria de ganados, se pone manos a la obra. Valiéndose de sus amistades y de la ayuda de su padre quien, no lo olvidemos, ocupa por entonces el cargo de jefe del Negociado de Agricultura y Exposiciones, consigue, al fin, la ansiada autorización y una dotación de tres mil pesetas para premios. Con el permiso en una mano y con un arma de fuego en la otra, se presenta ante el alcalde dejando bien a las claras su firme voluntad de resolver el asunto:

Por mi mano tiene el pueblo de Pinto la feria que con tanto afán pretendía, por mi mano y esta fiel amiga, que manejo con regular acierto, va a tener el primer vecino de Pinto que apedree los cristales de mi casa una perdigonada en sitio donde no pueda matarlo, pero donde le deje recuerdo para toda su vida. Vea usted de qué modo libra a sus vecinos de una desgracia<sup>90</sup>.

Superados estos primeros problemas de convivencia, vencidos de forma contundente los iniciales amagos de rechazo, se dispone a comenzar en aquel paraíso campestre una nueva etapa: una vida más sana, más pura; lejos de la vanidad, la superficialidad y la envidia que había respirado en la gran aglomeración urbana. La situación parece haber cambiado de forma radical para el joven matrimonio. El nuevo trabajo de Rafael, más próximo a las expectativas que por entonces tiene su mujer, y la tranquila y salutífera vida que deben llevar en el campo parece que han mejorado algo las cosas, y la pareja se anima a realizar durante el verano un largo viaje por diversos lugares de España y de Francia, del que ha quedado fiel constancia tanto en la hoja de servicios del militar<sup>91</sup>, como en el escrito de Rosario que publica el diario madrileño *El Liberal* con el título «Desde Pau a Panticosa», fechado en el mes septiembre en esta localidad oscense<sup>92</sup>.

---

89 «Los aldeanos», *El Cantábrico*, 31-3-1902.

90 *Ibidem*.

91 La anotación correspondiente dice así: «1881- Por RO de 8 de julio SM tuvo a bien concederle cuatro meses de licencia para viajar por varios puntos de España y Francia, la cual empezó a disfrutar el 10 del mismo mes, finándola el 9 de octubre de este año» (Archivo General Militar, legajo I-302).

92 *El Liberal*, 31-10-1881.

Su decisión de instalarse en el campo es la consecuencia lógica del negativo análisis que realiza acerca de la vida urbana. Se aleja de los males que la acechan pero, no por eso, se desentiende de los problemas que padecen quienes en ella viven, entre los cuales, no lo olvidemos, se encuentran su padre y su madre, a quienes visita con cierta frecuencia. Sigue al tanto de los problemas que aquejan a su ciudad y uno de ellos es el de los perros vagabundos, los cuales, apenas el verano llega a la urbe, se convierten en una de las principales preocupaciones de la ciudadanía. El temor a ser mordido por uno de estos animales abandonados, cuyo famélico aspecto convierte en peligrosas fieras portadoras de la rabia, enfermedad que, como bien conocen los asustadizos viandantes, puede resultar fatal.

Para evitar los efectos funestos de las mordeduras producidas por estos canes rabiosos, los regidores municipales, apenas los primeros calores llegan a las calles, suelen poner en marcha una serie de medidas preventivas. Los hay que optan por la caza del animal y a esta labor se dedican los empleados municipales provistos de un buen lazo. Otros, en cambio, confían más en la eficacia de la estricnina. José Abascal y Carredano, alcalde de Madrid, es más partidario de esta última medida y a finales del mes de abril del año 1881 ya ha cursado las instrucciones pertinentes para que se desparrame estricnina de la forma habitual.

Aunque su quinta campestre estuviera situada a las afueras de una pequeña localidad un tanto alejada de la capital, no estaba tan distante como para que hasta allí no llegaran los ecos de aquellos asuntos ciudadanos que tuvieran un cierto interés, razón por la cual no tardaría en conocer el contenido de aquel edicto municipal. Conociendo el culto que rinde a la Naturaleza, conociendo su amor por los animales, del cual ha quedado amplia constancia en muchos de sus escritos, no debería de extrañarnos que la medida tomada por el alcalde de Madrid no fuera de su agrado; tampoco que cogiera la pluma y presentara al señor Abascal una alternativa para evitar el fatal contagio.

La carta en cuestión, dirigida al «señor alcalde y amigo» fue difundida en las páginas de *El Campo*, una publicación quincenal dedicada a la agricultura, la jardinería y el *sport*, con el título «La hidrofobia y los perros». Dedicó la primera parte de la misma a poner en evidencia lo ineficaz que, en su opinión, resulta la medida municipal:

El perro padece de hidrofobia: puede morder al hombre y ocasionarle la muerte; de esto se deduce que es menester matar al perro. Efectivamente, hay que matar a todos los perros, o que ninguno muera, porque si de la raza queda uno, y éste llega a rabiarse, es completamente inútil que los demás hayan muerto<sup>93</sup>.

---

93 «La hidrofobia y los perros», *El Campo*, Madrid, 1-8-1881.

A continuación expone su alternativa que se sustenta en lo que para ella es una constatación irrefutable, un axioma: «entre los perros sucede como entre los hombres, exactamente igual: la miseria engendra la rabia». Siendo esto así, es preciso mejorar las condiciones en que malviven algunos perros, acogiéndolos en un local acondicionado para ellos, al estilo de los que existen en otros países (el ejemplo que se cita por entonces es el londinense refugio para perros de Battersea): «hágase un hospicio de perros míseros»

Pongo por ejemplo: encárguese a esa misma sociedad que contrata las pieles de los perros –y que por esta razón beneficia su interés cuando los ejecutados son los más hermosos, grandes y rollizos–, encárguese, repito, a dicho centro la vigilancia de los perros míseros, su recogimiento en calles, plazuelas y alrededores de la población, desde las doce de la noche en adelante y, debidamente acollarados, sea conducida esta crápula de la raza a sitio ventilado e higiénico...

Adelantándose a las críticas de quienes ya habían calificado proyectos similares de desmesura, inabordables por las arcas municipales, su propuesta ya apuntaba algunas posibles fuentes de financiación:

En cuanto al perro de las clases acomodadas, cazador, propietario y empleado, debería estar sujeto a una contribución en relación con la mayor o menor utilidad del perro, cuyos productos podrían aplicarse también al sostenimiento de la casa de los perros vagabundos y a la inspección y vigilancia del perro del proletario. En cuanto a los perros de lujo, propios de ciertos círculos sociales, impóngaseles una contribución, tanto mayor cuanto más chicos y más inútiles sean, e inviértase tan pingüe renta en las casas de beneficencia, para que el óbolo arrancado al lujo enjague el llanto del desdichado y alivie los dolores del paciente, y multándose con rigor a sus dueños, siempre que la hidrofobia de alguno de ellos cause desgracia grave, y que estén éstos, como todos los demás, sujetos a inspección veterinaria.

Llegará un tiempo en el cual la autora de aquel escrito defenderá para los humanos algunas medidas similares, que bien podrían dimanar del axioma que ahora utiliza para los canes: «entre los perros sucede como entre los hombres, exactamente igual: la miseria engendra la rabia».

\* \* \*

La nueva vida en el campo parece satisfacerla plenamente. No obstante, aquella aventura vital, aquella nueva esperanzadora etapa va a verse bruscamente alterada al poco de haber comenzado. En el mes de enero de 1883 fallece su padre, joven aún,

pues apenas cuenta cincuenta y cuatro años de edad. La muerte «vino a recoger de mi lado el más querido, el más idolatrado de cuantos seres me rodeaban», se lamentaba a los pocos meses su desconsolada hija, quien ha dejado escritas numerosas muestras del cariño y admiración que sentía por su padre. Por los datos disponibles, Felipe de Acuña y Solís no debía de andar en los últimos tiempos muy bien de salud, hasta el punto de haber obtenido en 1878 la jubilación por su «notoria imposibilidad física para continuar en el servicio activo del Estado», aunque posteriormente y como ya se ha comentado, se hiciera cargo del Negociado de Agricultura, Industria y Comercio<sup>94</sup>. Por más que su salud no fuera todo lo buena que cabría desear, su prematura muerte pilló por sorpresa a su hija, dejándola postrada por el dolor, desconsolada por la ausencia, naufragando en un mar de dudas:

...pero fuera de ese imaginar incesante; fuera de este dolor del pensamiento silencioso y terrible, sin consuelo ninguno (que el pensamiento, cuando no fantasea en las supersticiones, no tiene consuelo para su dolor más que en el dolor mismo); fuera de esta vida de sentimiento que me invadía como una ola monstruosa, anegando, cegando con su amargura y espesor todas mis facultades intelectuales; fuera de este constante padecer, de esta rebeldía soberbia de la voluntad ante el inexorable destino de los seres y de las cosas, que es el morir, mi pensamiento frío, mudo, hundido allá en un no sentir ni pensar, no daba luz, ni sonido, ni forma; era como una máquina rota y desquiciada por violento choque<sup>95</sup>.

La muerte del padre parece precipitar la ruptura definitiva de su matrimonio. En el mismo mes de enero cesa Rafael de Laiglesia y Auset en su puesto de visitador de Agricultura, Industria y Comercio y en la *Gaceta Agrícola*. Cuatro meses después, se convierte en el nuevo jefe de la Sección de Contribuciones de la sucursal del Banco de España en Badajoz, mientras su mujer continúa en la casa de Pinto. Cabe pensar que la ruptura del matrimonio ya era un hecho y que Rosario prefirió aguardar para evitar a su padre el disgusto. Quizás en la ruptura tuviera que ver la nueva ocupación de Rafael que le obligaba a realizar visitas de inspección por provincias. Quizás en alguno de esos viajes pudo tener lugar el episodio que Patricio Adúriz publicó en 1969<sup>96</sup>, tras haberlo recogido de Aquilina Rodríguez Arbesú, una mujer que había conocido a

---

94 Este era el puesto que ocupaba en el momento de su muerte, como bien se resalta en la esquila publicada en el diario *El Imparcial* (28-1-1883). Días después, el Ayuntamiento de Pinto, agradecido por las gestiones que dieron como resultado la celebración de la ansiada feria de ganado, publica otra esquila anunciando la celebración de honras fúnebres en la iglesia parroquial «por el alma de su inolvidable amigo» (*La Correspondencia de España*, 6-2-1883).

95 «A mis lectoras», *El Correo de la Moda*, 10-11-1883.

96 Patricio Adúriz: «Rosario Acuña. II. Tras las huellas del pasado», *El Comercio*, Gijón, 23-2-1969.

la escritora. Parece ser que Rosario se desplazó hasta la ciudad donde, por cuestiones de trabajo<sup>97</sup>, residía temporalmente su marido. Al preguntar por él en la recepción del hotel en el que se hospeda recibe una sorprendente respuesta: «Acaba de salir con su esposa». Aunque, de ser ello cierto, no harían falta otros motivos para la ruptura, es posible que hubiera otras razones, que tuvieran que ver con nuevos ideales, con nuevas reflexiones acerca de la vida, de su vida, a juzgar por los comentarios que realiza la propia escritora en «Hipatia», un largo trabajo publicado en varias entregas en el periódico alicantino *La Unión Democrática*:

Un alma como la suya, gemela en el amor hacia todas las lealtades, y de la cual había brotado íntegro y completo su espíritu y su cuerpo, el alma de su padre, hundiose en el sepulcro, viniendo a extender la sombra de todas las amarguras sobre su triste vida: estaba sola. Enfrente rugían los contenidos odios de los heridos en sus vanidades por la altivez de raza y la independencia de carácter de la huérfana, y el hiel de un escepticismo ignorante era el único baluarte para defenderla. Todo fue hecho como la maldad lo imponía, y ofendida en su lealtad de mujer honrada, ultrajada en su dignidad de alma libre humillada en sus aspiraciones de inteligencia pensadora...<sup>98</sup>

Sea como fuere, lo cierto es que aquella relación se acaba. Fueron casi siete años de matrimonio, como bien sabemos gracias a la existencia de una dedicatoria escrita por la protagonista de esta historia. En 1876 la «muy enamorada» y joven esposa escribe en un ejemplar de *Rienzi el tribuno* la siguiente dedicatoria<sup>99</sup>:

A mi marido:  
Sobre palmas de laurel  
entré en la escena española;  
allí me encontrastes, *sola*;  
¡no lo olvides, Rafael!

---

97 Resulta improbable que tal suceso pudiera haber ocurrido mientras Rafael estuvo destinado en Zaragoza, pues en su hoja de servicios no consta ninguna misión lejos de su destino. Más probable es que ocurriera en este momento al que nos estamos refiriendo, pues ahora debe viajar con cierta frecuencia por cuestiones de trabajo, como reflejan las informaciones que con tal motivo recoge la prensa de las provincias que visita. Así sucede, por ejemplo, cuando *El Diario de Córdoba* informa que en el mes de marzo de 1881 Rafael de Laiglesia efectúa una visita de inspección a las juntas de agricultura de las provincias de Málaga, Córdoba, Jaén, Granada y Almería.

98 *La Unión Democrática*, 7-4-1886.

99 Las quintillas se publican el día 5 de mayo de 1926 en un artículo que el diario madrileño *La Libertad* le dedica coincidiendo con el tercer aniversario de su fallecimiento.



Siete años después, cuando, por el olvido marital, aquel matrimonio se ha hecho añicos, la autora del poético obsequio añade una nueva quintilla. Dice así:

27 de abril de 1883:  
¡Siete años de ayer a hoy!  
Vivo entre penas, sin gloria...  
Tienes mi cuerpo... ¡la escoria!  
Sola estaba, sola estoy.

Veintisiete de abril de 1883: separados. A la solitaria esposa no le queda otro camino que la separación pues, como antes comprobara Emilia Pardo-Bazán<sup>100</sup>, la sociedad y las leyes que la regulan favorecen claramente al marido. Si la escritora coruñesa descubrió que la legislación que regulaba el matrimonio concede a su marido la potestad de impedir que publicara sin su consentimiento, la madrileña se topó con unas costumbres y una normativa que resultaban muy benévolas con la infidelidad o la intransigencia del marido. La ley de 1870 que regulaba el matrimonio, aunque no estaba vigente en algunos aspectos para aquellos que habían sido celebrados según los cánones católicos, establecía una clara distinción entre los esposos en cuanto a las causas de separación («divorcio» se denomina en el texto legal, aunque no llevaba aparejada la disolución del vínculo): en el caso de la mujer bastaba con que hubiera adulterio (art. 85, 1ª), en cuanto al marido, se necesitaba que éste ocurriese con «escándalo público o con el abandono completo de la mujer, o cuando el adúltero tuviese a su cómplice en la casa conyugal» (art. 85, 2ª). Si un tribunal civil tuviese que atender su demanda de divorcio-separación, no lo tendría nada claro. Además, tampoco cabía esta opción pues, como se ha visto, desde 1875 los matrimonios celebrados canónicamente dependían de la jurisdicción eclesiástica. Así las cosas, la mejor solución fue aquel acuerdo de separación.

Rosario de Acuña y Villanueva, oficialmente casada, vivió lejos de su marido primero en Pinto y luego en tierras cántabras. Desde que se separaron, desde aquella primavera en que abandonó Villa Nueva, Rafael de Laiglesia y Auset residirá en diversas

---

100 Emilia Pardo-Bazán de la Rúa y Rosario de Acuña y Villanueva son coetáneas casi perfectas, pues sus nacimientos se producen con tan solo unos meses de diferencia y la muerte le llega a la madrileña dos años después de fallecida la primera. A pesar de que no pueda decirse, ni mucho menos, que sus vidas siguieran trayectorias semejantes, sí que hubo situaciones a las que ambas tuvieron que hacer frente con idéntica decisión y empuje. Mujeres, escritoras, esposas, dotadas con una gran personalidad, conscientes de su marginación en aquella sociedad patriarcal...

localidades españolas a las que sucesivamente es destinado por el Banco de España: a finales de 1884 abandonará Badajoz para desempeñar el puesto de delegado en Albacete; a principios del ochenta y siete se convertirá en el director de la sucursal de Guadalajara; y en noviembre de 1890 lo será de la de Alicante, en donde permanecerá hasta su fallecimiento ocurrido el 16 de enero de 1901<sup>101</sup>. Según recoge el certificado correspondiente, una gastritis hemorrágica acabó con su vida de manera prematura, cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta y siete años<sup>102</sup>. La noticia, que fue ampliamente comentada por la prensa alicantina<sup>103</sup>, llegó al fin a Cueto, localidad cántabra donde por entonces residía la que había sido su mujer, y, desde ese momento, su respetable viuda. Iniciados los oportunos trámites administrativos, el diez de enero de 1902 la Sala de Gobierno del Consejo Supremo de Guerra acuerda que «su viuda, como comprendida en la ley de 22 de julio de 1891, tiene derecho a la pensión anual de mil ciento veinticinco pesetas», la que correspondía de acuerdo con el Reglamento del Montepío Militar a familias de comandantes en actividad, situación que disfrutaba el causante cuando falleció. La resolución concluía señalando que «dicha pensión debe abonarse a la interesada mientras permanezca viuda por la Delegación de Hacienda de Santander desde el siguiente día al del fallecimiento de su marido».

\* \* \*

Huérfana de padre («un alma como la suya, gemela en el amor hacia todas las lealtades») y definitivamente separada de su marido, los meses que siguieron a aquel aciago inicio de 1883 conformaron un tiempo de gran trascendencia para nuestra protagonista, a juzgar por el brusco giro que, tiempo después, tomó su vida. Fueron aquellos meses momento de analizar las leyes que rigen el universo, de diseccionar las costumbres animales, de echar mano de la teoría darwiniana que su abuelo

---

101 Datos obtenidos de su expediente personal que se conserva en el Archivo Histórico del Banco de España (Legajo 1585).

102 Registro Civil de Alicante, sección 3ª, libro 64, página 391.

103 De la importancia que se otorgaba al cargo que desempeñaba en la capital alicantina da cuenta la cobertura informativa que la prensa tanto local como provincial otorgaron a su fallecimiento. Entre los periódicos que se hacen eco del suceso encontramos a *La Unión Democrática*, *El Heraldo de Alcoy* o *La Correspondencia Alicantina*. En este último diario aparece una nota necrológica en la cual, entre otras cosas, se comenta lo siguiente: «Con la rapidez de las malas noticias ha circulado por esta ciudad, la del fallecimiento del director de la sucursal del Banco de España don Rafael de Laiglesia. En todos nuestros círculos sociales ha sido sentidísima la desaparición, tras brevísima enfermedad, del dignísimo funcionario que en los largos años que llevaba ocupando tan importante cargo se había granjeado el respeto y las simpatías personales».

materno, fallecido unos meses antes<sup>104</sup>, se empeñó en que conociera; de repensar las enseñanzas del Evangelio, de analizar los principios de otras religiones, de separar la paja del grano; de diseccionar el alma humana, de contemplar su bondad y de indagar acerca de las causas que la enturbian; de rememorar las primeras imágenes del pasado de la humanidad, que su padre le hizo ver cuando ella estaba casi ciega; de evocar sensaciones: el olor de las serranías jiennenses, de las umbrías de Madrona, de los llanos de Navalahiguera, de las cumbres del Tamaral, de las mesetas de la Solana; la imagen del inmenso mar, probablemente el Cantábrico, acompañada de su padre, su querido padre que ya no estaba a su lado, que ya no estaba, que yacía para siempre en el cementerio de la Sacramental de San Justo, tan cerca, tan lejos, y a quien –más bien a su ausencia– había dedicado aquellos catorce versos que, según nos cuenta la prensa, ha mandado esculpir en la losa que cubre su sepulcro:

Piedra que serás polvo deleznable  
pues todo al paso de los años muere,  
el pensamiento en su amargura quiere  
fundirse en lo que guardas imparale;

alcanza en lo infinito y no le es dable  
darse a la muerte si el dolor le hiere,  
que el pensamiento en el dolor adquiere  
una fuerza vital imponderable.

En los abismos de la muerte hundido  
está mi padre, luz del alma mía,  
y aún más allá del polvo y del olvido,

más allá de mi noche eterna y fría,  
concibo su recuerdo bendecido  
y la esperanza de encontrarlo un día.

Los meses que siguieron al nefasto enero del año ochenta y tres fueron meses de agonía constante, de existenciales dudas, de profundas vacilaciones, de juveniles evocaciones, de repensadas vivencias; fueron meses de reacomodo, de cambio, de metamorfosis. Al fin, no puede menos que adaptarse al imparale ritmo de la naturaleza, que sin percatarse de su pena, sin notar aquel vacío inmenso que siente, ha seguido inexorablemente su camino. La vida continúa y ella siente cómo palpita cada mañana

---

104 *La Iberia*, 17-5-1882.

en aquella parcela del mundo, en su Villa-Nueva. Allí siguen las pichonas moñudas, las gallinas *cochinchinas*, los mansos y nobles caballos, los ciruelos, el albaricoquero, el nogal, la morera, las acacias, las madreselvas, los claveles, las azucenas, los pájaros, el rumor del agua que riega... Es preciso continuar el camino, seguir viviendo, y así se lo cuenta a sus lectoras de *El Correo de la Moda* cuando en noviembre reanuda su sección En el campo:

El tiempo ha pasado, la reorganización se va verificando lentamente en mi ser, que la vida jamás sigue a la muerte cuando está en equilibrio; morir es rendirse, bien sea al sentimiento subjetivo o a los agentes exteriores; es un rendimiento incondicional de nuestro ser, y rendirse es la pérdida de la armonía, del equilibrio. Si la tierra lo perdiese, rodaría hecha polvo en las frías soledades del espacio, es decir, moriría; de no morir, he tenido que vivir, porque la naturaleza no admite como permanente un estado determinado. «Vivir o no vivir», dijo Shakespeare, el inmortal poeta inglés; en efecto, morir o no morir, esta es la vida; el que vive muriendo, es un parásito de la naturaleza<sup>105</sup>.

---

105 «A mis lectoras», *El Correo de la Moda*, 10-11-1883.

## Librepensadora y masona

EL AÑO 1883 HA SIDO NEFASTO PARA ELLA: primero la muerte de su padre, más tarde la definitiva ruptura de su matrimonio. Los meses que siguen son duros: tiempo de reflexión. Poco a poco la cotidianidad va volviendo a su vida; los ciclos circadianos, tan manifiestos en el campo, van regulando sus jornadas; las necesidades de sus plantas y de sus animales programan su agenda diaria. No obstante, el proceso iniciado durante aquellos meses, aquellos largos meses que siguieron al nefasto mes de enero, siguió su curso. El huevo se hizo larva y ésta se hizo pupa... La crisálida está a punto; solo necesita una situación favorable, el empujón definitivo. Y ese momento, ese preciso momento, se produjo, según su propio testimonio, en el retorno de uno de sus viajes a Madrid. Traía varios paquetes envueltos en papel de periódico. Al desenvolverlos, sus ojos repararon en un título que nunca antes había leído: *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Allí se encontraba, hecho tinta, encarnado, el ideal de libertad. Al ojear sus páginas, al leer sus escritos, al desmenuzar sus frases, su ser se estremeció ante aquel ejemplo real, lo tenía entre sus manos, de lo que para ella había sido hasta entonces parte de un ideal inalcanzable, al menos en aquella sociedad que le había tocado vivir: por las cinco columnas de cada una de las páginas de aquel semanario rezumaban las esencias de la libertad, de la justicia y de la fraternidad:

...me pareció haber soñado cuando terminé de leer *Las Dominicales* porque en ellas palpaba la vida de la *libertad*, de la *justicia*, de la *fraternidad*, no como una abstracción del pensamiento, sino como una realidad viviente, enérgica, activa, llena de promesas de redención y de esperanzas de felicidad. Aquel periódico, extendido ante mis ojos, con aquel lenguaje de sublimes sinceridades; con aquella altivez indómita que se manifestaba en cada una de sus líneas; con aquel entusiasmo arrojado, vehemente, despreciativo de lo convencional y al mismo tiempo lleno de generosidad y de austeridades era el grito primero, el más valiente, el más conmovedor y el más imposible de ahogar de un pueblo que despierta, de un pueblo que, desperezándose como el león harto de míseros despojos, lanza los candentes hierros si no logra, con su vigorosa fuerza, romper las cadenas que lo aprisionan<sup>106</sup>.

---

106 El texto es un fragmento de la carta dirigida a Ramón Chies que es publicada con el título «Valiosísima adhesión», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 28-12-1884.

La lectura de aquellas páginas debió de surtir efectos balsámicos en su dolorido espíritu. Llevaba años reconcomiéndose ante la amarga visión que desde los tiempos de Zaragoza se había hecho de su querida España. Durante ese periodo no hizo otra cosa que darle vueltas a todo lo que no le gustaba de la sociedad en la que vivía: la fatuidad, la hipocresía, el sibaritismo, la vanidad, la insalubridad ciudadana... La única alternativa que encontró para hacer frente a tanto mal como veía era la huida: abandonarlo todo y recluirse en el campo, al abrigo de la Naturaleza, para llevar allí una vida más auténtica, más acorde con las leyes naturales que los humanos parecían haber olvidado. Sin embargo, no era ésa la única forma de luchar contra los males de la patria, como bien había comprobado al leer *Las Dominicales*. Allí estaba plasmada la idea de la Libertad, «en su más alta representación, la libertad del pensamiento»; allí se camina en pos del progreso, de la verdad; allí se venera a la ciencia y a la razón.

Tras este primer encuentro con el aún joven semanario, pues su primer número había visto la luz en febrero de 1883, apenas unos meses antes, Rosario se convirtió en fiel lectora de sus páginas: «¡Cuánto he meditado teniéndolas delante y con los ojos a medio cerrar, para resumir mejor la síntesis de cada uno de sus artículos!». Las intensas horas de reflexión vividas en aquel tiempo, durante aquellos largos meses que siguieron a la muerte de su padre, se vieron profusamente alimentadas por la bocanada de libertad que transportaban las páginas del semanario. Y es que *Las Dominicales*, codirigido por el librepensador y republicano Ramón Chies, se había convertido en los pocos meses que llevaba en la calle, en portavoz de los librepensadores españoles, de los masones, de todos aquellos que se situaban voluntariamente fuera de la ortodoxia religiosa, social y política que la Restauración parecían haber inoculado en los distintos estamentos sociales.

Por su mesa de trabajo fueron pasando uno a uno los números que semanalmente llegaban repletos de escritos de Chies, de Fernando Lozano *Demófilo* o de Odón de Buen; de noticias y propuestas que, desde todos los puntos del país, los defensores de la libertad de pensamiento hacían públicas; de las reflexiones que sobre la realidad social del momento ponían sobre la mesa estos otros hijos de la patria. Aquellos textos constituyeron, durante los últimos meses de 1883 y los que siguieron de 1884, pócima eficaz que reforzará los salutíferos efectos del ungüento que el campo unta sobre los males de su espíritu. La vida continúa, intensa y arrolladora, en el oasis de Villa Nueva; fuera, hay lugar para la esperanza: hay personas de bien que han entablado una lucha feroz en pro de lo bueno, de lo justo y de lo bello.

\* \* \*

En el otoño de 1884 los universitarios madrileños andan revueltos: han salido a la calle para manifestarse en contra de lo que consideran un ataque en toda regla a la libertad de cátedra. La protesta estudiantil había comenzado tras la campaña de acoso que, iniciada por *El Siglo Futuro*, se sigue contra el catedrático Miguel Morayta, a quien la prensa confesional acusa de haber pronunciado un discurso irreverente y herético en el acto de inauguración del curso 1884-85 que se había celebrado en la Universidad Central. En las semanas siguientes se aviva el debate: se acusa al Gobierno, al nuevo ministro de Fomento, al otrora neocatólico y antiguo líder de la Unión Católica, Alejandro Pidal y Mon, de ser muy permisivo con los profesores liberales. Algunos obispos publican duras cartas pastorales contra el contenido del discurso. La reacción liberal no se hace esperar: los universitarios se echan a las calles, produciéndose duros enfrentamientos con la policía entre el 17 y el 20 de noviembre.

La situación se complica. Las autoridades quieren atajar el problema cuanto antes y sopesan adoptar medidas drásticas contra los estudiantes. Rosario de Acuña no se queda callada y hace pública una nota que remite a la Comisión de alumnos de la Universidad Central:

Si los acontecimientos universitarios acarrearán la pérdida de la matrícula de honor a los estudiantes de la Facultad de Medicina de Madrid, pongo en conocimiento de estos que estoy dispuesta a pagar la matrícula del estudiante que más adelantado en su carrera y con mejores notas, poseyendo dicho privilegio lo perdiese por resistirse a entrar en clase, mientras no se dé satisfacción cumplida a la maltratada dignidad de la cátedra<sup>107</sup>.

El ofrecimiento de la escritora tiene una extraordinaria acogida en la universidad, según cuentan los representantes estudiantiles en una nota pública de agradecimiento. La prensa, por su parte, se muestra dividida. Diarios hay que alaban la postura; otros, la critican de forma más o menos abierta. Así sucede con *La Época*, en cuyas páginas se tacha el ofrecimiento de político, y se le hace notar, a «la libre pensadora poetisa», que «si es aceptable la mujer literata, no lo es seguramente la mujer política»<sup>108</sup>.

No se arredra con las críticas recibidas, algunas de las cuales parecen ir dirigidas a aspectos personales (enterados probablemente de su ruptura matrimonial hay quienes escriben: «Rosario de Acuña ¿y por qué no de Laiglesia?»). No se amilana, no; parece decidida a defender aquella causa, la de la Libertad, cueste lo que cueste y días después ofrece un banquete a una comisión de estudiantes. A la comida, celebrada

---

107 El comunicado, fechado en «Quinta Villanueva, Pinto, 7 de diciembre de 1884», es remitido por la Comisión de alumnos a los principales diarios de Madrid, siendo publicada en los días siguientes por algunos de ellos (*El Progreso*, *El Globo*, *La Iberia*, *El Liberal*, *La República*, *El Día*, *La Discusión*...).

108 *La Época*, 9-12-1884.

el lunes 15 de diciembre en un conocido local de la capital, asisten también otros invitados, entre los que cuales se encuentra el profesor Morayta y el codirector de *Las Dominicales*, Ramón Chies. A la hora de los brindis, la anfitriona, tras realizar un canto a la libertad y a la juventud, expresa su deseo de que la mujer se incorpore de manera activa en el bando de los que reivindican la libertad de pensamiento. Antes de finalizar la velada<sup>109</sup>, comunica a los presentes su decisión de adherirse públicamente a la causa del librepensamiento que con tanto afán defienden *Las Dominicales*.

\* \* \*

Tal y como había anunciado, unos días después envía una larga carta al director de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, a la sazón don Ramón Chies Gómez, en la cual le ofrece su entusiasta colaboración en la defensa de la libertad de pensamiento. Dada la importancia de lo que en ella se dice y la relevancia que la firmante ha alcanzado, el señor Chies no duda en retirar otros originales que iban a ser publicados y dedica un sitio preferencial al texto enviado por la escritora. Será la primera página del número 98, correspondiente al domingo 28 de diciembre, el lugar desde el cual, bajo el título «Valiosísima adhesión», Rosario de Acuña y Villanueva da a conocer públicamente su «entusiasta concurso a la causa del libre-pensamiento»; su inscripción en el club de quienes llevan tiempo defendiendo la Libertad, con mayúscula, la libertad para poder pensar según la conciencia de cada cual; su alistamiento en el grupo, minoritario grupo, de quienes ven en el clericalismo reinante un lastre para superar el analfabetismo y la ignorancia; su enrolamiento en la tropa de los que se afanan en aventurar propuestas para mejorar el país, para regenerar la patria.

La suerte está echada. Desde el mismo momento en que los ejemplares de aquel número de *Las Dominicales* llegaron a sus destinatarios, su incorporación es acogida con gran satisfacción por los lectores. Las páginas del dominical muestran en los números siguientes el entusiasmo con el que se ha recibido la llegada de la autora de Rienzi: felicitaciones de diferentes logias masónicas, agradecimientos de colaboradores de periódicos de provincias, reconocimiento de asociaciones de mujeres... un sinfín de plácemes y parabienes procedentes de todos los rincones de España, lo cual evidencia bien a las claras que su manifiesto público va a tener cierta trascendencia, al menos en aquel sector de la población con alguna inquietud intelectual para cuyos integrantes ni su persona ni sus escritos les resultan desconocidos. Para este grupo de españoles, reducido, sin duda, pero con evidente influencia social, el paso al frente que ha dado nuestra protagonista tiene una manifiesta significación: ha abandonado su posición,

---

109 En su edición correspondiente al 21 de diciembre de 1884, *Las Dominicales del Libre Pensamiento* da cumplida cuenta de aquel banquete en un artículo titulado «Rosario de Acuña».



su cómoda posición social que le había deparado su nacimiento y se ha colocado en la otra orilla, la de aquellos que viven desprotegidos, fuera del protector paraguas de la ortodoxia. Defender públicamente la libertad de pensamiento en la España de la Restauración, en la cual el pensamiento colectivo estaba regido por el monopolio de la doctrina católica, suponía entrar en una cuarentena social, arrostrar cierto grado de ostracismo, encontrar cerradas puertas que antes habían estado entreabiertas; y más en su caso, que hasta no hace mucho tiempo había pertenecido al sector más beneficiado de la sociedad. De cualquier forma, la nueva situación social que se abría para la nueva librepensadora no iba a suponer para ella ninguna sorpresa; en su escrito ya apuntaba la certidumbre de que así habría de suceder:

Pero ¿acometer la obra de regeneración del librepensamiento no será arrostrar el sarcasmo, la sátira, la desestimación de los *prudentes*, de los *sensatos*, de los del *modus vivendi*, personajes respetabilísimos en el mundo del oropel y los cuales, no hay duda, tienen grandes influencias en mi patria? Sí. No hay duda<sup>110</sup>.

No obstante, la decisión está tomada y el camino que se ha abierto tras aquella valiosísima adhesión parecía no tener retorno. Al tiempo que se suceden las reacciones a una y otra orilla, la recién llegada al campo del librepensamiento español, imbuida del inicial entusiasmo de los militantes neófitos, ¿de los conversos?, se afana en la nueva tarea emprendida. En los meses que siguen a la aparición de aquella carta de intenciones librepensadoras, de militancia en las huestes de los combatientes por la libertad de pensamiento, son numerosos los escritos salidos de su pluma que se publican en *Las Dominicales*. Es consciente de cuál es su papel en aquella lucha sin cuartel: no es posible defender la libertad de pensamiento sin contar con la mujer. Sabe que sus nuevos compañeros llevan un par de años luchando por cizallar las cadenas de oscuridad que aprisionan al pueblo español; sabe que cada día es mayor el número de hombres que en los pueblos de España se sienten copartícipes en esta tenaz lucha que llevan a cabo. Pero no han tenido en cuenta que todo este esfuerzo se puede venir abajo frente a la tenaz resistencia que ha de encontrar en el seno familiar: «La mujer enfrente del librepensamiento lo ahogará». Por medio de ella, el poder del confesionario llegará a cada hogar español y allí perecerá cualquier idea de libertad que el hombre trajere del exterior si no cuenta con el beneplácito de la mujer: «Ella no puede vivir sin fe. Desconociendo la fe de la naturaleza, de la ciencia y de la humanidad, se aferra a la que le enseñaron en la niñez...» El hombre, por temor a considerarla su igual, ha preferido mantenerla en la ignorancia y ahora se encuentra con que la mujer se ha convertido en un dócil

---

110 Carta dirigida a Ramón Chies, publicada con el título «Valiosísima adhesión», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 28-12-1884

instrumento de los enemigos de la humanidad, de la ciencia y de la naturaleza. Sigán ustedes combatiendo las leyes, los prelados o los gobiernos que se oponen al progreso de la libertad; «yo me contentaré con combatir a los enemigos, sean los que fueren, del hogar, de la virtud femenina, de la ilustración de la mujer, de la dignificación de la *compañera del hombre*».

Dicho y hecho; las primeras colaboraciones que envía al semanario tienen por objeto la religión o, mejor dicho, la confesión pública de sus firmes creencias religiosas. Empeñada en decir a las mujeres que mienten quienes afirman que los librepensadores son todos ateos y que están empeñados en destruir las firmes convicciones religiosas que atesoran los corazones femeninos, dedica sus primeros esfuerzos a dar testimonio de la honda religiosidad que anima su existencia. Tres semanas después de la publicación de su carta, aparece en la primera página del semanario un largo artículo titulado «Recuento», en el que, tomando como punto de partida los frescos que Miguel Ángel pintara en la Capilla Sixtina, separa a los verdaderos creyentes de los que no lo son utilizando criterios que, ciertamente, no compartirían los defensores de la ortodoxia: la Humanidad apartará de sí a todos cuantos integran la larga lista de hipócritas que teniendo siempre la palabra de Dios en los labios, el pecho lleno de encomiendas bendecidas, el Cristo en el cuello y la Dolorosa en la cabecera del lecho, no titubean a la hora de atentar contra sus congéneres encendiendo guerras fraticidas en nombre de la religión, ajustando las sentencias al poder del delincuente o profanando el sagrado templo de la vida. ¡Fuera con ellos! En el lado opuesto, el de los elegidos, situará a las criaturas sencillas, a ese grupo que hace de la sobriedad virtud, que a pesar de estar acostumbrado a sufrir todo tipo de imponderables lleva en su boca una palabra conciliadora, que «pasa sobre la tierra desapercibido, pobre casi siempre, cargado de obligaciones y de trabajos».

El mensaje que envía a sus lectoras, a quienes por propia voluntad expresada públicamente considera las principales destinatarias de sus artículos, está cargado de complicidad: apelando a las comunes enseñanzas religiosas aprendidas durante la niñez, a las sencillas convicciones que sustentan el sentimiento religioso de quienes han de leer sus escritos, les dice que de establecerse una línea divisoria, ésta no ha de separar a las clericales, que son casi todas, de las anticlericales, sino que habría de situarse entre los verdaderos creyentes y los fariseos. Por esa razón, no duda en incluir entre los primeros al «joven sacerdote que renuncia a la herencia de sus antepasados en favor de los pobres, para cruzar los mares y llevar la doctrina de la igualdad a los pueblos de Asia». Ése sí, ése debe figurar al lado de la anciana que enseña a sus nietecillos a bendecir a la Providencia; al lado de «los mansos, de los que sostienen una fe suave, profunda, sincera, arraigada en un corazón tierno y compasivo»<sup>111</sup>. En esa misma línea

---

111 «Recuento», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 18-1-1885.

de religiosidad compartida, de verdadera religiosidad, se mantiene su segunda colaboración que, con el título de «Ateos», aparecerá durante ocho semanas consecutivas en la primera de *Las Dominicales*. A lo largo de esta serie de artículos se dedica a combatir con ardor la acusación que sobre los librepensadores arroja la Iglesia de Roma: «negáis a Dios, ultrajáis a Dios, osáis a Dios. ¡ATEOS!» La línea argumental que utiliza consiste en contraponer las diferentes visiones que sobre el hombre (su naturaleza, su pasado y su futuro) tienen el catolicismo y el librepensamiento. El primero es negación; el segundo, esperanza. Los verdaderos ateos –dice– son quienes han convertido al catolicismo en una religión que niega la libertad del hombre («la carne es tu enemigo; tu enemigo es la sensación, la voluntad, el pensamiento»), y negándosela, niegan a Dios, pues es el hombre su criatura más perfeccionada. Ateos son los que no dejan a los hombres más que dos opciones: o bien los arrojan a los desiertos ascetas, a las comunidades contemplativas o a las piras purificadoras; o bien los dejan en manos de los siete pecados capitales. Ateos son los que en nombre de su religión han sembrado el pasado de la humanidad de sufrimientos y pesares, bien fuera por «príncipes sanguinarios» que colocaban la cruz en lo más alto de sus fortalezas construidas sobre la miseria de sus súbditos, o por ejércitos de dementes que sembraban el caos y la barbarie en santificadas razias redentoras sobre territorio pagano. Ateos son quienes han convertido las ceremonias religiosas en impúdicas representaciones de hipocresía social. Ateas son las mujeres que al salir de la iglesia se dedican a rebajar a la amiga, a vender a la rival, a festejar a la viciosa, a consultar adivinos, a fiarse de curanderos, a ostentar la caridad, a esconder el vicio, a profanar la virtud aparentando santidad». Ateos son los hombres que tras descender por las gradas del santuario con ostentosa demostración de la gracia recibida, caminan imperturbables a «ensoberbecerse con los humildes, arrastrándose ante los poderosos»; a condenar con virulencia la paja en el ajeno, mientras prostituyen sus hogares en los antros del placer; «a premeditar ventas de esclavos, contratas fraudulentas, o compras de falsificados productos». Frente a la religión de la negación, alza orgullosa la de la esperanza: «Mi vida es corta, mi entendimiento es rudo, para ofrecerte toda la admiración y darte todo el amor que mereces, ¡a Ti!, que resides en mi conciencia para inspirarme toda idea de felicidad».

No; de ninguna de las maneras; los librepensadores no tienen por qué ser ateos. Y ella quiere transmitir a sus lectoras cuán próximas están a ella quienes viven la religión con autenticidad; cuánta admiración siente ella por los santos, los sabios y los mártires del cristianismo. En su opinión todos ellos deberían figurar en la excelsa estirpe de los escogidos de la Humanidad, junto a los que sufrieron persecución por su defensa de la Libertad y de la Ciencia, junto a los sabios y filósofos de todos los tiempos, pues los merecimientos de tal distinción lo son con independencia de la religión que hubieran profesado: « ¡No son grandes por católicos! El catolicismo se hizo grande por ellos, que llevaban en sí mismos una parte de la Verdad, de la Belleza y del Bien».

Su pública adhesión a la causa del librepensamiento, dada a conocer en la portada de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* del 28 de diciembre de 1884, desató la euforia entre quienes llevaban años batallando frente al clericalismo. Muchos fueron los parabienes y las felicitaciones que se hicieron públicas durante los meses siguientes en las mismas páginas del semanario. No faltaron tampoco las que vieron la luz en otras publicaciones animadas por similares objetivos. Tal fue el caso de *La Luz del Porvenir*, semanario en el cual se reprodujo el texto de la carta tan solo dos semanas después<sup>112</sup>. La revista fundada y dirigida por Amalia Domingo Soler con la finalidad de propagar los principios del movimiento espiritista y de batallar en pro de los derechos de la mujer y en defensa del laicismo, saluda con entusiasmo la nueva incorporación: «La adquisición de Rosario [de] Acuña es para el racionalismo filosófico de alta trascendencia; los librepensadores podemos decir que es nuestra la victoria».

Madrid, Barcelona... no se quedó aquí el eco de sus palabras, sino que traspasó fronteras y cruzó el océano; llegó hasta los mismísimos Estados Unidos. Allí, en Nueva York, ve la luz cada mes *El Progreso*, revista ilustrada que edita y dirige Ramón Silvestre Berrea García, un librepensador pontevedrés que se instaló en la ciudad donde la libertad ilumina el mundo tras una década de estancia en la isla de Cuba. Don Ramón también recibe con entusiasmo la buena nueva que llega desde España y decide dar a conocer a sus lectores el contenido íntegro de la carta que tan solo un mes antes había visto la luz en suelo español.

Las palabras de doña Rosario aparecen precedidas de un artículo titulado «Una heroína», en el cual su autor se deshace en elogios a quien no duda en calificar como «primer apóstol femenino del librepensamiento»

¡Qué brillantez y verdad en la expresión!, ¡qué profundidad y delicadeza en el pensamiento! La poetisa tiene sobrada razón para decir que la debilidad de la mujer es el mayor obstáculo que ha de vencerse para conseguir la libertad de pensamiento. Mientras la mujer sea esclava del fanatismo, el hombre no puede ser libre. Nuestros pensadores ganarán siempre la batalla librada en campo abierto contra los defensores del oscurantismo, pero sucumbirán siempre a los encantos de sus compañeras en las escaramuzas del hogar. Hacía falta una mujer para luchar con la mujer y la tenemos ya<sup>113</sup>.

El entusiasmo del señor Berrea es compartido por otros muchos librepensadores, dentro y fuera de las fronteras. Durante los primeros meses del año ochenta y cinco

112 *La Luz del Porvenir*, Gracia, Barcelona, 15-1-1885.

113 *El Progreso*, Nueva York, 13 (1885), p. 1.

las páginas de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* se nutren de cartas que, procedentes de distintos rincones de España, felicitan a la escritora por la decisión tomada, al tiempo que muestran su satisfacción por tenerla a su lado, como correligionaria. Además de conocer los motivos que impulsan a cada cual a enviar su escrito al periódico, la lectura de estas cartas nos permite aproximarnos a la variedad de lectores con que cuenta el semanario y concluir que éstos componían un grupo ciertamente heterogéneo, pues en él encontramos desde quienes se identifican con un escueto «repúblicanos», hasta los que lo hacen como «racionalistas cristianos», pasando por los más numerosos que se limitan a definirse como «librepensadores»; también hay algún que otro grupo espiritista, como Luz de la Verdad de Granada. En cualquier caso, las más abundantes son las enviadas por diferentes logias masónicas entre las que podemos citar las siguientes: Acacia, número 25 (Valencia); Alces (Alcázar de San Juan); Amigos de la Naturaleza y de la Humanidad (Gijón); o, Luz de Finisterre, número 4 (El Ferrol).

Después de las felicitaciones y los halagos, hubo quien no se conformó con la declaración de intenciones que había realizado la nueva correligionaria en su ya famosa carta de adhesión, ni siquiera con lo expresado en «Ateos», un largo estudio que, como ya se ha dicho, fue publicado a lo largo de ocho entregas aparecidas en febrero y marzo de 1885. Querían más; que la nueva librepensadora se decantara por alguna de las tendencias que se agrupaban en torno a *Las Dominicales*. Tal es la intención de una carta firmada por Violeta (seudónimo utilizado por la periodista Consuelo Álvarez) publicada en *El Buen Sentido*, revista espiritista con periodicidad mensual que se editaba en Lérida desde mediados de los setenta. El escrito, que estaba dirigido a Amalia Domingo Soler<sup>114</sup>, resalta la trascendencia que para el futuro de la mujer española ha de suponer la llegada de la señora de Acuña a la causa del librepensamiento: «Nuestro sexo –dice–, te deberá el haber roto y pisoteado los hierros del vergonzoso fanatismo que nos sume en una ceguera eterna. La redención femenina se halla más cerca, dejarán las mujeres de ser siervas para convertirse en compañeras del hombre; ya no serán «reses llevadas al matadero de nuestra propia dignidad, por esos que se llaman pastores de nuestras almas y que no son sino mercaderes de nuestros sentimientos». Los parabienes con los que saludan éstas y otras mujeres el concurso de la nueva librepensadora parecen darle la razón en su planteamiento inicial: es preciso dirigirse a ellas sin pretender destruir sus creencias, firmemente arraigadas desde la niñez. Puesto que no pueden vivir sin fe, hay que hablarles desde la fe, desde las más profundas creencias en la Divina Providencia. La luz, al final, se abrirá paso entre las tinieblas.

---

114 Amalia Domingo Soler (Sevilla, 1835 - Barcelona, 1912) fue una de las principales divulgadoras del espiritismo en España durante el último tercio del siglo XIX. Fundó y dirigió durante quince años, de 1879 a 1894, *La Luz del Porvenir*, periódico dedicado a las mujeres y escrito únicamente por ellas, en el que colaboraban habitualmente escritoras librepensadoras, fueran o no espiritistas.

No obstante, la indefinición inicial de Rosario de Acuña alimentará los intentos de unos y otros para conseguir que la pensadora termine alistándose bajo una bandera, profesando una doctrina o fundamentando una secta. Y es que, como señala Violeta en su carta, las creencias de la escritora no están nada claras fuera de esa adscripción al librepensamiento que ha hecho públicamente. «¿En qué consiste su fe? ¿Cuáles son aquellas creencias *que por nada ni por nadie consentiría en perder?*» La carta, aparecida en *El Buen Sentido* en el número correspondiente al mes de junio, tuvo una rápida contestación por parte de la interpelada, quien ese mismo mes envía su respuesta al director de la publicación ilerdense<sup>115</sup>. Rosario cuenta en ella que no es la primera vez que en los últimos meses le hacen llegar ese tipo de preguntas, de manera especial «desde las avanzadas espiritualistas», con la intención, según le dicen, de seguir el sendero que recorren sus pasos. A pesar de la pena que le produce oír aquello («¡Ay del pensamiento que reclama para guía y mentor a una mujer oscura, humilde y desvalida!»), no duda en reafirmar su firme convicción librepensadora: «mi representación en las filas de los librepensadores está bien definida y es bien exacta». En cuanto a guías y líderes, ella tiene claro que si alguien debe ostentar el papel de liderazgo ellos son Chies y Lozano, «que tan noblemente luchan por avanzar algo sobre los antiguos ideales de la sociedad, es donde deben fundar los amantes del progreso sus esperanzas y sus aspiraciones». Y de ahí no la sacan. Se resiste a colaborar en el debilitamiento de la familia librepensadora al que contribuye, en su opinión, el empeño en hacer agrupaciones, escuelas o sectas que parece animar a unos y a otros. A quienes le llaman «materialista» les contesta lo mismo que a quienes le dicen «espiritualista»: «Librepensadora respetuosísima con el pensamiento ajeno».

No parece que estas explicaciones convencieran a sus interpelantes: Violeta afirma en una nueva carta que la insigne escritora rehúsa hacer público testimonio de su fe, «para no entorpecer con insulsa fantasmagoría, el gran movimiento revolucionario que palpita en nuestra generación»<sup>116</sup>. Tampoco se muestran conformes con la

115 Tanto la carta de Violeta como la contestación de Rosario de Acuña, así como las de otras mujeres que intervienen en el diálogo entre ellas entablado, aparecen publicadas en *Sus más hermosos escritos*, obra póstuma de Amalia Domingo Soler, pp. 139-160. Una copia de la carta escrita por Rosario de Acuña se incluye en *Las Dominicales del Libre Pensamiento* de 27 de diciembre de 1885. Existe entre ambas una diferencia, ya que en la versión que publica el periódico figura como destinatario don José Amigó y Pellicer, director de *El Buen Sentido*, mientras que en el libro la carta se inicia con un «Estimada amiga» que, probablemente, fuera introducido para sustituir al original por quienes prepararon la edición de esta obra póstuma.

116 Desconozco si la comprometida trayectoria que posteriormente seguirá Rosario de Acuña en las filas del librepensamiento y de la masonería terminaría por satisfacer las demandas de Violeta. Lo que sí conocemos por las informaciones publicadas en la prensa de entonces es que la escritora Consuelo Álvarez, Violeta, fue una de las oradoras que intervino en la velada necrológica que se celebró en el Ateneo de Madrid el 29 de mayo de 1923 en honor de la ilustre librepensadora que había fallecido en su casa de Gijón pocas semanas antes.

prioridad que la señora de Acuña pone en la destrucción de lo existente como paso previo para construir el porvenir venturoso: «Lo primero es quitar el último murallón hasta el último cascote, dejar el terreno limpio de escombros y de barro, y después se socava más hondo aún que el primitivo cimiento, para levantar la nueva fábrica». Así se lo hizo saber Amalia Domingo cuando le contestó que los espiritistas se resisten a arrancar unas creencias, cualesquiera que éstas sean, sin sustituirlas por otras. A pesar de esta diferencia de criterio, las relaciones entre ambas debieron ser fluidas, a tenor de las frecuentes apariciones de artículos de Rosario de Acuña en *La Luz del Porvenir*, publicación de la que era fundadora y directora Amalia.

\* \* \*

Si la premeditada indefinición de la recién llegada no satisface a quienes, como Violeta, quisieran verla al frente de un ejército de coligados y no como soldado suelto, uno más, francotirador bienintencionado que lucha en un campo «donde todos pelean en legiones cerradas»; ni tampoco a los espiritistas a quienes asusta la estrategia demolidora de la que hace gala doña Rosario, pues ellos son partidarios de construir al tiempo que destruyen; no debió de desagradar, en cambio, a los masones que durante este tiempo se pusieron en contacto con ella, tal y como podemos comprobar al leer la correspondencia mantenida entre algunas logias y la escritora.

De su lectura se puede deducir que existen puntos de coincidencia en, al menos, dos aspectos importantes: por un lado, la importancia que para la causa del librepensamiento supone ganarse el favor de las mujeres y, por otro, el carácter abierto y no sectario que debe animar a los librepensadores españoles, posibilitando que en sus filas puedan tener cabida todos cuantos aspiran a librar a la patria de la tiranía de la superstición y el fanatismo religioso. Esa sintonía se aprecia claramente en la carta que le envía la logia Luz de Finisterre de El Ferrol, en donde se define al librepensamiento en términos muy queridos para la destinataria: no se trata de una doctrina sistemática –dicen– ni de una secta ni escuela; «no es tampoco la negación de la religión como propalan los modernos fariseos [...] porque sabe que no es doctrina la religión sino sentimiento»; y en donde, también, se alaba con entusiasmo la aportación que para la causa del librepensamiento habrá de desarrollar tan ilustre escritora: «¿qué corazón femenino osará resistiros»<sup>117</sup>. Agradece la escritora en carta de respuesta el apoyo que para ella supone la expresión de aquellos sentimientos tan coincidentes con los suyos, al tiempo que hace lo propio con los recibidos de la logia Constante Alona de Alicante.

---

117 Carta de respuesta a la respetable logia masónica Luz de Finisterre nº4, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 12-2-1885.

¿Se mantuvo en el tiempo la correspondencia que había iniciado con los masones ferrolanos? Sí que lo hizo con los alicantinos, como bien sabemos merced a las informaciones que en este sentido nos ha aportado Álvarez Lázaro<sup>118</sup>. Estamos al corriente de la publicación a finales de febrero de 1885 de un extenso escrito en *La Humanidad*, órgano oficial de la logia que se publicaba con carácter decenal, firmado por *Juana de Arco*, nombre simbólico de la escritora Mercedes Vargas de Chambó<sup>119</sup>, en el cual ensalza la labor emprendida por Rosario de Acuña contra la ignorancia y la superstición de la mujer. Conocemos también que a primeros de junio los responsables de la logia le envían a su residencia de Pinto una carta acompañada de algunos ejemplares de *La Humanidad*. Sabemos que la carta de respuesta incide en el tema de la emancipación de la mujer, lo que parece indicar que ese asunto ocupó una parte importante de la misiva de la logia alicantina, y que les ofrece algún trabajo para el periódico. Todo apunta, pues, a que fuera la decidida defensa que había emprendido Rosario de Acuña en pos de la emancipación de la mujer lo que, a la postre, condujo a que, unos meses después, tuviera lugar la ceremonia de iniciación en la masonería de la escritora en el seno de la Constante Alona.

A un librepensador no habría de resultarle sorprendente que diera tal paso. Antes al contrario, no son extraños los casos de quienes llegan a identificar ambos conceptos. Incluso, entre los que no lo hacen así, muchos son los que comparten la necesidad de aunar esfuerzos, dada la unión de ideales entre la masonería y el librepensamiento, para hacer frente a la intransigencia de la Iglesia Católica. Por si esto no fuera suficiente, y para el caso que nos ocupa, no debemos olvidar que tanto Fernando Lozano como Ramón Chies, así como otros colaboradores de *Las Dominicales* como Odón de Buen o García Vao, compartían su doble condición de librepensadores y masones. No es extraño, pues, el paso dado por Rosario de Acuña. El que se iniciara en la Constante Alona, y no en cualquier otra de las muchas que, es de suponer, estarían encantadas en que así fuera, se debe en mi opinión a varias razones. En primer lugar, al empeño que debió de poner Mercedes Vargas en incorporar a quien consideraba una brillante combatiente en la lucha por la regeneración de la mujer; en segundo, al hecho de que la logia defendiera posturas muy similares a las de *Las Dominicales* en cuanto a la identificación entre librepensamiento y masonería; y por último, y quizás más importante, a que la logia alicantina era una de las pocas que contaba por entonces con cámara de adopción, esto es, que permitía la iniciación de las mujeres en el rito masculino, admitiendo su asistencia a los trabajos de la logia<sup>120</sup>.

118 Pedro Álvarez Lázaro: *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración*.

119 Una muestra de su actividad literaria ha quedado recogida en *Ensayos poéticos* (Segorbe: Imp. Antonio Romani, 1865) y *Colección de artículos y poesías* (Barcelona: Est. Tip. de B. Baseda, 1892), publicado tras su fallecimiento ocurrido un año antes.

120 A mediados de los ochenta eran pocas las que existían en España. En el anuario del Gran Oriente Español correspondiente a 1895, solamente se recogen siete logias de adopción (José Antonio Ferrer Benimeli: *Masonería española contemporánea*, v. II, p.18).



Llega a Alicante en la mañana del jueves 11 de febrero de 1886. *La Unión Democrática* informa al día siguiente que entre las numerosas personas que habían acudido a esperarla a la estación del ferrocarril se encontraban, además de los representantes de la Sociedad dramática Echegaray y de algunos destacados republicanos fusionistas alicantinos, los comisionados de las logias Alona y Constante Alona, a los que habría que añadir, de acuerdo con las informaciones facilitadas por Álvarez Lázaro, los de la también logia alicantina Numancia. La presencia de masones en el comité de recepción se justificaría, en principio, por el deseo de manifestar de forma pública y notoria su apoyo a la meritoria actividad que en defensa de la libertad y el progreso llevaba tiempo desarrollando la «ilustre propagandista del libre pensamiento», como así queda expresado en el comunicado que, en este sentido, hace público la logia Progreso nº 172 de San Vicente. Lo cierto es que en algún momento de la jornada siguiente, ocupada en recibir a las diversas comisiones que quieren testimoniarle su admiración y en asistir a diversos actos culturales, encuentra el hueco para firmar su solicitud de iniciación en la Constante Alona. El domingo día 14, cuando la escritora participa en la expedición a la vecina localidad de Elche que se había organizado en su honor, ya conoce que su solicitud, tramitada con excepcionalidad rapidez, ha recibido la preceptiva autorización del delegado del Gran Oriente de España para que la logia proceda a la iniciación de forma inmediata «relevándola de las tramitaciones ordinarias por exigirlo así el bien de la Orden» y que la ceremonia se habrá de celebrar en la noche siguiente, la del lunes día 15. El miércoles, en el escenario del alicantino teatro Principal, la nueva masona recita verso tras verso, con ademán distinguido, dominando la situación, convertida ya en Hipatia<sup>121</sup>, como bien sabe Rafael Sevilla, director de *La Unión Democrática* que así lo hace saber en la crónica que publica su periódico el día 19: «...la defensora acérrima de las libertades patrias, la Hypatia española, ha conquistado el laurel de la inmortalidad en lo mejor de su vida...»<sup>122</sup>.

---

121 El nombre simbólico elegido es una muestra significativa de la voluntad que anima a Rosario de Acuña al ingresar en la masonería. Tal y como había anunciado en su carta de adhesión al librepensamiento, llega al campo de combate sabiendo que tiene que sacrificar su felicidad en pro de la victoria final, «que no han de ver sus ojos». Nada mejor, pues, que aparecer ante los ojos de todos con la enseña de Hipatia de Alejandría (c.370-c.415), una mujer que dedicó parte de su vida a investigar y enseñar Matemáticas, Geometría, Astronomía, Lógica, Filosofía y Mecánica en el museo de su ciudad, y que murió a manos de un grupo de cristianos al negarse a abjurar de sus creencias.

122 A partir de entonces, la librepensadora –y ya masona– tendrá siempre un hueco preferente en las páginas del periódico alicantino. Ese mismo año, por ejemplo, allí verán la luz varias de las poesías leídas por su autora en el recital que tuvo lugar en el teatro Principal; un largo trabajo titulado «Hipatia», que fue publicado a lo largo de seis entregas a partir del 3 de abril; y el artículo «Los descamisados de arriba», aparecido entre el 15 y el 19 de agosto.

## En la otra orilla

YA NADA SERÁ IGUAL. A partir de la publicación de su carta de adhesión al librepensamiento, primero, y de su ingreso en la masonería, después, todo cambiará. Ha abandonado la orilla en la que había nacido y en la que se había criado. Al otro lado la esperan alborozados. Desde entonces Rosario de Acuña y Villanueva reconocerá como próximos a republicanos, librepensadores, regeneracionistas, masones, institucionistas, socialistas... identificará como correligionarios a periodistas de la «mala prensa», a científicos no creacionistas, a líderes republicanos, a autores de «obras impías»... Una vez que ya es pública y manifiesta su condición de librepensadora y masona, su nombre se convierte en una referencia para quienes, como ella, se alojan en la otra orilla, donde se encuentran los que luchan contra el poder clerical, contra el monopolio religioso, contra la ignorancia, la incultura y la superstición en que está sumida la católica España.

Al principio todo fueron parabienes, vítores, aplausos y felicitaciones para la recién llegada a las filas del librepensamiento. Los halagos continuaron tras su ingreso en la masonería, pasando a ser identificada como «amante sincera de la libertad» o «notable propagandista del librepensamiento». No obstante, pronto habrán de llegar los primeros contratiempos. Ya lo esperaba; no en vano se había situado en la heterodoxia, el lugar en el que las fuerzas bien pensantes del país ubicaban el origen de todos los males que acechaban a la católica patria.

Es consciente de que ha cruzado a la otra orilla y que el camino emprendido le podía arrostrar no solo el sarcasmo y la sátira, sino también la hostilidad de la gente de orden, de los que «tienen grandes influencias en mi patria». El asunto tampoco es que fuera baladí: la chica de los Acuña, aquella que tanto prometía como poeta y dramaturga; que ya había publicado varios poemarios (*La vuelta de una golondrina*, *Ecos del alma*, *En las orillas del mar*, *Morirse a tiempo*), tres dramas (*Rienzi el tribuno*, *Amor a la patria*, *Tribunales de venganza*), así como numerosos artículos en diversos periódicos y revistas del país, algunos de los cuales habían sido incluidos en sus libros *Tiempo perdido* y *La siesta*; la que tan buena pareja hacía con el joven y encantador militar, convertido por entonces en un alto funcionario del Ministerio de Fomento; la que había pasado a ser cuñada de un joven diputado a cuya antigua amistad con Bécquer añadía ahora un prometedor futuro en el mundo de la política, a la sombra del mismísimo Romero Robledo; la sobrina del cesante gobernador civil de Castellón y de otros tíos que ocupaban altos cargos en las instituciones civiles y eclesiásticas... aquella jovencita se había hecho librepensadora y masona. ¡Por Dios!

Desde ese momento, mediada la década de los ochenta del decimonoveno siglo y cuando ella camina hacia la segunda mitad de la treintena, su vida se desarrolla por entero al otro lado, en la primera línea de los que en aquel país, en el cual la jerarquía católica se encarga de velar por la pureza ideológica de la educación y por la moralidad de sus moradores, luchan en defensa de la libertad de pensar y de creer. Desde entonces, aplaudida por los suyos y vituperada por los otros, su pluma abandona los cómodos renglones que ha surcado hasta entonces para convertirse en eficaz instrumento de la buena nueva: la pictórica poeta y viril dramaturga se transforma en afanosa publicista. Militante convencida de la causa del librepensamiento, colaborará en cuantas publicaciones comprometidas con la nueva causa requirieran sus palabras, enviando todo tipo de escritos a cuantas asociaciones estuvieran empeñadas en romper el monopolio de la verdad institucionalizada, participando en cuantos actos se organizaran para reclamar la entrada de luz, más luz, y aire renovado en el solar patrio.

\* \* \*

Su vida ha sufrido una gran transformación desde que en los primeros meses del año 1881 se instalara en Pinto. Se muere su padre, se separa de su marido, proclama su adhesión al librepensamiento, se convierte en masona... Han cambiado muchas cosas en su vida, pero al menos hay una que no ha variado: el gusto por los viajes. Y cada año, cuando el sol de mayo comienza a calentar las tierras, parte a lomos de un dócil caballo, con escaso equipaje en la grupa y acompañada en las primeras expediciones por su viejo criado Gabriel, y más tarde por «un amigo abnegado y también respetuoso». Durante varios meses cabalgan por las tierras de su vieja España en largas jornadas en las que recorren de seis a ocho leguas diarias (lo que, en medida actual, supone varias decenas de kilómetros, entre treinta y tres y cuarenta y cuatro), y que finalizaban con un merecido descanso, bien en una pensión, bien al resguardo de una tienda de campaña.

Así lo hizo durante once años. De esas once expediciones contamos con alguna referencia escrita, pero de la que realiza en 1887 tenemos una información más detallada, lo cual nos permite conocer no solo los detalles del viaje, sino también las reacciones que la llegada de una librepensadora y masona provoca en los distintos lugares que recorre. Aquel viaje que tuvo por escenario las tierras del norte es diferente, pues tiene pensado escribir un libro «sacando a la luz a los hijos del pueblo de las montañas y las costas», razón por la cual toma notas de todas sus andanzas. Del contenido de las mismas conocemos las que se refieren a una de las etapas, pues, por razones que ignoro, no cumplió su propósito más de una vez anunciado de publicar aquel libro. A pesar de ello, no carecemos de informaciones al respecto, pues cada cierto tiempo enviaba a *Las Dominicales del Libre Pensamiento* una carta narrando alguna de las peripecias de aquel viaje.

La expedición comienza en León, lugar en el cual ya se encontraban a principios de junio. Lo más probable es que Gabriel, Rosario de Acuña y su yegua Chiquita se hubieran desplazado hasta allí en ferrocarril. Se alojaron en una pensión y permanecieron en la capital leonesa los días necesarios para comprar vituallas y una yegua leonesa para Gabriel. Con el lamento de no haber podido visitar la catedral por encontrarse en obras, parte nuestra protagonista hacia Pola de Gordón donde permanecerán dos noches. La siguiente parada de la cual tenemos noticia es ya en tierras asturianas, en Trubia. De los cinco días con sus cinco noches que pasó en este rincón de Asturias «donde la mohosa, inhábil y torpe máquina del Estado tiene sentado uno de sus reales», dejó cumplida noticia en el artículo titulado «Restos del feudalismo», en el cual hace hincapié en el férreo control al que están sometidos los obreros de la fábrica de armas: «Bajo la planta de esta aristocracia, encarnada en el Ejército bajo el nombre de “artillería”, como la crisálida en el interior de su capullo, gime Trubia, con su población numerosa que no puede moverse, ni hablar, ni sentir, ¡ni siquiera pensar! sin el permiso tácito de sus señores...»<sup>123</sup>.

La siguiente etapa concluye en Luarca, donde ya se encuentra a finales de julio. Como quiera que su llegada a la capital valdesana sea conocida con antelación, sus vecinos han preparado un recibimiento a la altura de su ilustre visitante, tanto quienes se consideran sus correligionarios, como los que la tienen por una atea y enemiga de la religión católica. Los primeros organizan una velada en el casino, cuyos salones resultan insuficientes para dar cabida a las numerosas personas que acuden a escuchar a la famosa librepensadora. Los segundos le envían anónimos amenazantes, pues según cuenta *Las Dominicales*, a las manos de doña Rosario llegó un escrito firmado por «Los centinelas valdesanos» en el cual la amenazan de muerte «si no cesa en su propaganda de hereje»<sup>124</sup>. Aunque la destinataria no le dio importancia, los responsables del periódico sí que lo hicieron, pues aún tenían presente al compañero García Vao, librepensador y masón, que había sido asesinado unos meses antes al salir del instituto madrileño donde impartía clases de francés.

La prensa amiga (no solo en las páginas de *Las Dominicales* se criticó con dureza aquel amenazante escrito amenazante, también lo hicieron *La Crónica de Luarca* y *La Verdad*, de Oviedo) mostró su preocupación y manifestó su más enérgica protesta ante aquella amenaza de muerte. La destinataria de la misma se limitó a entregar el

123 *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 9-7-1887.

124 Los codirectores del semanario se toman tan en serio aquella amenaza que solemnemente proclaman: «Si un crimen como el de García Vao la hiciera caer antes que nosotros en esta batalla de la vida, nuestra amistad sabría aún más que vengarla, glorificarla, colocándola en el altar del corazón de los librepensadores al lado de la única mujer española a quien Rosario de Acuña es comparable, junto a la sublime doctora de Ávila, que nosotros, reconociendo todas las grandezas, respetamos...», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 6-8-1887.

anónimo a sus amigos de la localidad «en demostración del desprecio que esas cosas le merecen»; tal parece que para ella aquel suceso no era sino un lance más de la lucha. Cuando tomó la decisión de proclamar su adhesión al bando de los luchadores por la libertad ya contaba con el hecho de que estas cosas habrían de pasar. Al abandonar la villa asturiana, tras varios días de estancia, reafirma en un escrito titulado «¡Luarca!...» su voluntad de seguir luchando:

Atendedme, amigos míos, vosotros los que temisteis, tal vez por conocerme poco, que el encuentro de algunos reptiles detuviera mi marcha: como el ave de vuestros mares que se cierne sobre el desierto escollo, solitaria, porque el huracán destrozó su nido, así camina mi alma sobre los escollos de la existencia, llena de recuerdos y vacía de esperanzas; las olas embravecidas del mar de las pasiones no pueden llegar ni aun a salpicar con sus espumas mi cansada planta, que habiéndose hundido todos los bienes de mi vida en el abismo sin fondo de la desesperación, mi paso, aligerado por la falta de cargamento, me hizo subir a una altura donde nunca llegan las turbulencias de este océano. Como la caríatide impasible que ostentan las momias egipcias, así mi voluntad incommovible en su quietud de muerte, defiende de las inclemencias sociales los secos restos de mi corazón. A medida que pasan los días, siento con más vehemencia la necesidad de subir, y aunque allá arriba no espero otra cosa que la paz de un descanso eterno, todas mis energías parece que tienden a la ascensión. En mi ruta he dejado atrás, primero a los ambiciosos, después a los ilusos, más tarde a los vanos; mi afán es encontrarme con los convencidos... y subo, ¡subo sin cesar!...<sup>125</sup>

La siguiente escala de la que tenemos noticias tendrá por escenario La Coruña, en donde la encontramos en los primeros días de septiembre. En la capital gallega residirá unos quince días, tiempo que aprovechará para recorrer las villas y pueblos de los alrededores, algunos de los cuales celebran por entonces sus fiestas patronales. Tal es el caso de Arteijo (Arteixo) donde el 16 de septiembre tiene lugar la romería de Santa Eufemia, abogada de las enfermedades nerviosas. Allí presencia un ritual repetido desde antiguo mediante el cual las almas piadosas conducen a varios «endemoniados» ante la imagen de la santa y una vez allí los conjuran para que arrojen el enemigo que llevan dentro:

...y entonces, como si su sistema nervioso no hubiera esperado más que aquellas palabras estridentes para dejar de estar en expectativa, salta bravío, comprimiendo las arterias con sus sacudidas y contrayendo las vías respiratorias. Comienza su batalla, transformando las blandas y demacradas carnes en trozos de acero rígidos y vibrantes. La espuma acude a los labios cuando ya el pulmón cesó en sus esfuerzos por expeler el aire que recibe, y los

---

125 «¡Luarca!...», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 17-9-1887.

apretados dientes, rechinando como goznes mohosos que no pudieran abrir el grito del dolor, se niegan a dejar paso a una pócima horrible, a un brebaje asqueroso, que los parientes y amigos del endemoniado pretenden introducirle en la garganta apelando a una navaja que, como palanca, meten en la boca del desgraciado. El brebaje es un vaso de agua bendita tomado de la pila de la entrada del templo, donde se mojan las manos de cien y cien romeros, y cuyo color de infusión de café anuncia ¡la pureza que la distingue!<sup>126</sup>

No puede más; solo es capaz de aguantar las actuaciones practicadas con dos de los siete «endemoniados» que en aquella ocasión participan en la ceremonia. Está asombrada, no tanto por lo que ha presenciado, sino por saber que tales actos son consentidos, al considerarlos cosa sin importancia, por toda clase de autoridades. «¿A quién hay que suplicar? ¿A quién hay que acudir, si es preciso con la rodilla en tierra y las manos cruzadas, para que cesen espectáculos como el de Arteijo...?» Horrorizada por aquel nefasto espectáculo realizado en nombre de la fe, llama a la lucha contra la superstición a cuantos racionalistas quieran unirse contra aquel mal nefando: «¡llamaros como queráis!, o “cristianos”, o “espiritistas”, o “ateos”, pero reconoceos por “hombres racionales” y luchad».

No lejos de aquel lugar se encuentra el santuario de Santa María de Pastoriza en donde la viajera obtiene una visión bien diferente de la religiosidad imperante: «Arteijo es el catolicismo *bárbaro* del siglo X; Pastoriza el catolicismo *ilustrado* del siglo XIX». Aquel es el «santuario bonito» de Galicia, al que cada año acuden miles de campesinos que –deslumbrados por los sahumerios, el lustre y los dorados– salen de allí suponiendo que «han estado en la mismísima presencia de Dios y de su santísima madre». Ellos integran la larga nómina de donantes que mantiene en pie la eficiente estructura mercantilista de la religión del Estado.

Catolicismo complaciente, galante, de *ancha manga*, que asiste con mitra a los banquetes palatinos, sin escandalizarse con las desnudas carnes de las cortesanas siempre que le den para sus santuarios alguna de las piedras preciosas de los deslumbrantes aderezos. Catolicismo que vende, compra y cambia, reliquias, indulgencias, bendiciones, prerrogativas y títulos sin cuidarse de a dónde van a parar si el negocio le sale redondo. Catolicismo de templos llenos de santos y santas, artísticos, sonrosados, expresivos, con el arte de lo concupiscente, con el arte de las formas plásticas; santos de madera, representando solo carne, sin almas, ni inteligencias, ni virtudes, colocados en altares pulcros, siempre recién dorados, donde el blanco campea para hacer resaltar con tonos más risueños los jarrones elegantes de china o cristal con flores y plantas, estudiadamente colocadas<sup>127</sup>.

126 «Los endemoniados de Arteijo y el santuario de Pastoriza», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 8-10-1887.

127 *Ibidem*.

Por *El Correo Gallego* sabemos que el diecisiete de septiembre, el mismo día en que está fechado el escrito que con el título «Los endemoniados de Arteijo y el santuario de Pastoriza» se publicará días después en *Las Dominicales*, Rosario de Acuña abandona La Coruña<sup>128</sup>. Se la espera en Vigo, donde los librepensadores del lugar, encabezados por Fernando Lozano que veranea en una villa cercana, le preparan un gran recibimiento. A finales de mes cuentan con ella en Ribadavia, pero de camino hacia la localidad orensana paran en Villasobroso, en el concejo de Mondariz, donde visitan el castillo que allí se encuentra, en ruinas por entonces. La contemplación de aquellas piedras mohosas, le proporciona una nueva ocasión para reflexionar, con ojos anhelantes de regeneración, acerca de la situación que vive su querida España:

El aspecto general de estas ruinas es la imagen del general aspecto de las clases privilegiadas en la época presente. Por fuera aún están *derechitas*; desde lejos parecen *algo* [...] Pero así que se mira adentro, están como los torreones de sus castillos, llenas de maleza y de escombros; sin derechos más que para el aparato, sin distingos más que entre los vanidosos, esconden debajo de los rimbombantes escudos el moho de cien y cien generaciones hundidas, por las garras de todos los vicios, en las bajezas de lo inútil y de los despreciable<sup>129</sup>.

Han pasado algunas semanas ya desde que describiera con crudeza las dos caras del catolicismo español, desde que denunciara el mercantilismo de la Iglesia y la alimentada superstición en que se apoya. Tiempo suficiente para que su escrito fuera publicado en *Las Dominicales*, para que fuera alabado por cuantos la consideraban su correligionaria y, también, para que fuera condenado por sus ya acérrimos enemigos. Ese crítico artículo sobre los «endemoniados» y sobre Pastoriza debió de provocar tal irritación en las estructuras caciquiles de la tierra, que cuesta trabajo no compartir la sospecha de su autora cuando afirma que ahí se encuentra el origen de la persecución que padeció en tierras orensanas.

A la salida de Orense y en el camino que conducía a Tribes, Rosario de Acuña y su criado Gabriel se percataron de que eran seguidos por un jinete. Al llegar a la posada más próxima el desconocido interrogó hábilmente al criado. A la mañana siguiente se unió a la expedición mostrándose como un conversador amable y cortés. Antes de llegar a Castro Caldelas se despidió de sus acompañantes. Intrigada por aquel extraño suceso, la viajera preguntó por el individuo a lo largo del camino, dando las señas más precisas. Algunos le dicen que lo han visto y que no es de la zona.

128 «Ayer salió de La Coruña, donde ha permanecido quince días, la escritora librepensadora doña Rosario de Acuña. Como los príncipes viaja de incógnito y de incógnito estuvo hace días en esta población», *El Correo Gallego*, 18-9-1887.

129 «Las ruinas de un castillo feudal», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 12-11-1887.

Pensando que la presencia de aquel hombre bien pudiera formar parte de una trama contra ella, se dirige al puesto de la Guardia Civil de Tribes. Un amable oficial decidió que al día siguiente una pareja de guardias escoltaría a los dos viajeros. Por ciertas frases escuchadas y por la excesiva amabilidad del comandante del puesto, Rosario de Acuña tuvo la sospecha de que aquellos guardias que habrían de acompañarles lo hacían más para custodiarlos que para protegerlos. Una vez que llegaron a Barco de Valdeorras se confirmaron todas las sospechas. Al cabo de una hora se presenta en la habitación de la fonda donde se había hospedado el juez de primera instancia acompañado de un escribano. Vienen a interrogarla, pues hay una denuncia contra ella. A medida que va dando respuesta a las preguntas, aumenta la confusión de sus interlocutores pues no es aquella la mujer a la que venían poco menos que a prender; no es aquella la temible conspiradora que les habían dicho, la repartidora de proclamas revolucionarias, la instigadora de tenebrosos planes de levantamientos sociales...

La verdad, la hermosa y nunca bastante amada verdad, triunfó, como triunfa siempre, de las bajas calumnias, de las ruines villanías, de los manejos hipócritas. Por mi boca, por esta boca que sería despedazada por mis propias manos antes de servir de paso a la mentira, aunque con ella se me asegurase toda una vida de felicidades, iba surgiendo en frases rotundas y vibrantes la verdad: quién era, lo que había ido a hacer a Asturias y Galicia, mi posición social, hasta mis pensamientos; todo, todo surgió allí, ante aquella autoridad sorprendida por el torrente manso, pero caudaloso y potente que brotaba de mis labios...<sup>130</sup>

Tal fue la consistencia de sus palabras, tal la disposición a aclarar cuantas dudas le fuesen planteadas, que el juez, «una persona decente», se despojó de su autoridad y le pidió disculpas. Había sido mal informado, se habían equivocado. Le dijo que en su jurisdicción no tendría nada que temer; no obstante, no respondía de lo que pudiera ocurrirle en otros partidos judiciales.

En León, ya de vuelta, se pregunta una y otra vez ¿de dónde podría haber partido aquella delación calumniosa? El origen debía de estar en aquel artículo en el cual, indignada, contaba a sus lectores todo lo que vio en Arteixo. Aquel escrito habría generado inquina y odio en los corazones huecos y apolillados. Es posible –se respondía– que, valiéndose del caciquismo, este odio haya extendido una red de calumnias intentando sorprender la buena fe de una justicia dependiente de los poderes políticos de las localidades.

La reacción de la prensa amiga no se hizo esperar. *Las Dominicales* publica el 26 de octubre un número extraordinario, en cuya portada incluye una dura crítica a la

---

130 «Mis últimas jornadas», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 26-10-1887.



persecución a la que fue sometida doña Rosario de Acuña, así como la carta donde la escritora da cuenta de todo lo acontecido<sup>131</sup>. Por aquella vez se había librado, pero la lucha no está más que en sus comienzos. Habrá otras ocasiones en las que tendrá que padecer los embates de quienes no toleran a quienes honestamente buscan la Verdad. Tal y como ella había supuesto, el camino que ha emprendido es estrecho y está orlado de precipicios. Tal y como aventuraba en su carta de adhesión al librepensamiento, el enemigo es poderoso:

...el monstruo de las sombras, el verdadero monstruo apocalíptico, representación terrible de todas las ignorancias, las rutinas, las supersticiones, los egoísmos, las vanidades, las envidias, las sensualidades y las soberbias, esa esfinge de cien cabezas que afianza sus garras de tigre en las huestes de esclavos que alzaron las pirámides del Egipto y sujetó con los anillos escamosos de su cola de serpiente a los siervos de la Edad Media y a los proletarios de las sociedades contemporáneas, no se dejará vencer ni rendir sin revolverse con toda su furia de monstruo, con toda la poderosa fuerza que le presta una desesperada agonía<sup>132</sup>.

\* \* \*

Librepensadora y masona, su nombre se convierte en una referencia para cuantos, como ella, representan una alternativa a la «gente vieja» que permanece anclada en el conservadurismo y la tradición. Gente nueva frente a gente vieja. Tal oposición, tal dicotomía, no resulta ninguna novedad; de tiempo en tiempo, aparece algún grupo –con voluntad o no de serlo, con voluntad o no de configurarlo– al cual se denomina «nuevo», «moderno», «novísimo» o algún otro término similar que remarque las diferencias que mantiene con lo que por entonces está vigente.

Quienes han estudiado a estos nuevos disidentes<sup>133</sup>, integrantes del grupo que en los años ochenta del siglo XIX fue conocido como «Gente Nueva», coinciden a la hora de señalar algunos de los rasgos que identifican a sus miembros: proclives a las novedades del progreso científico, voluntaria marginación del poder, cierto carácter iconoclasta y

---

131 Queda dicho que a lo largo de aquel viaje se encontró con muchos partidarios, también en Barco de Valedoras. Uno de ellos, de nombre José Núñez, no duda en enviar una carta a la prensa en la que da cuenta de todo lo sucedido en la villa orensana: «...de seguro que el señor juez quedó, como quedamos todos, esto es, convencido de que aquel mandato de autoridades superiores fue la cosa más risible y más ridícula que puede caber en un cerebro por muy estrecho que sea», *El Regional*, Lugo, 27-10-1887.

132 Carta dirigida a Ramón Chies, publicada con el título «Valiosísima adhesión» en el número de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* correspondiente al 28 de diciembre de 1884.

133 Así, por ejemplo, Miguel Ángel del Arco Bravo: «Periodismo y bohemia», José Luis Calvo Carrillo: *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*.

revolucionario, vocación por convertirse en punta de lanza, en avanzada social. Mayor concreción nos aporta Dolores Thion<sup>134</sup>, quien fija dos hitos de importancia en la génesis del grupo: las huelgas estudiantiles de finales de 1884 y los actos de homenaje a Giordano Bruno promovidos por alumnos de la Universidad Central. Del primero ya se ha hecho mención anteriormente: la virulencia de los ataques contra el discurso pronunciado por el profesor Miguel Morayta en la inauguración del curso en la universidad madrileña subleva a muchos estudiantes, ante lo que consideran una embestida contra la libertad de cátedra. En cuanto al segundo, baste decir que los universitarios madrileños se sumaron con premura y entusiasmo a la celebración «del aniversario del suplicio de Giordano Bruno» que pretenden realizar sus colegas de la universidad de Roma. Con este motivo acuerdan invitar al resto de universidades españolas para que se unan a dicha solemnidad, nombrar presidente de honor al profesor Morayta y crear comités locales en las sedes de las universidades españolas<sup>135</sup>.

En ambos sucesos tuvo participación destacada Luis París y Zejín, a la sazón un activo estudiante de Medicina<sup>136</sup>. En noviembre de 1884, cuando tienen lugar las protestas estudiantiles, conocidas como «La Santa Isabel»<sup>137</sup>, en defensa del profesor Morayta, Luis París forma parte de la comisión de estudiantes sublevados, y en calidad de tal firma la carta en la cual los universitarios agradecen a Rosario de Acuña el apoyo que les ha brindado, ofreciéndose a correr con los gastos de matrícula de uno de los estudiantes que, contando con el derecho de matrícula de honor, «lo perdiese por resistirse a entrar en clase, mientras no se dé satisfacción cumplida a la maltratada dignidad de la cátedra»<sup>138</sup>.

---

134 Dolores Thion Soriano-Mollá: «La gente nueva del fin de siglo».

135 *El Globo*, Madrid, 10-1-1885.

136 Ya en los primeros años ochenta su nombre aparece de forma reiterada en la prensa. Se trata entonces de asuntos que tienen que ver con su actividad estudiantil, bien sea encabezando una carta de protesta contra los ataques vertidos contra médicos y estudiantes por algún periódico confesional (*El Globo*, 21-12-1881), impulsando una comisión encargada de defender la propuesta de dividir en dos una de las asignaturas de su carrera (*El Genio Médico-Quirúrgico*, Madrid, 22-1-1882), o presidiendo la junta superior de gobierno de la Academia Española de Ciencias Antropológicas (*El Genio Médico-Quirúrgico*, 31-10-1882).

137 En relación con estos sucesos, véase el artículo de Jorge Vilches: «El posibilismo republicano ante el catolicismo durante el reinado de Alfonso XII. A propósito de los sucesos de *La Santa Isabel* (1884)».

138 Son varios los periódicos madrileños que el día 5 de diciembre y siguientes hacen pública la nota enviada por Luis París y Zejín: «En la comisión de alumnos de las facultades de la Universidad Central se ha recibido hoy el adjunto comunicado de la señora doña Rosario de Acuña, acompañado de una carta, en la cual suplica la remisión de copias del mismo a los distintos periódicos de esta capital. El interés que dicho comunicado entraña, especialmente para la clase escolar,...»

Por lo que respecta al homenaje a Giordano Bruno, bien pudiera considerarse un episodio más de aquella batalla que se libra en defensa de la libertad. Entre los mensajes de apoyo y solidaridad recibidos por los estudiantes de la Universidad Central no faltaron los de numerosos profesores y alumnos del resto de las españolas; también de otras extranjeras, entre las cuales figuraron las de Turín y Roma. Los representantes de esta última, tras alabar el heroísmo de los universitarios madrileños que sufren persecuciones por reivindicar la libertad de enseñanza y de pensamiento, manifiestan su intención de «abrir como protesta contra esta cruzada de los clericales una suscripción internacional para levantar en Roma un gran monumento a Giordano Bruno»<sup>139</sup>.

Aquel comunicado recibido desde Italia parece dar alas a los huelguistas, que intensifican sus acciones de protesta. Algunos de sus más destacados integrantes, entre los cuales se encuentra Luis París, son procesados «por ejercer coacción sobre sus compañeros para que no entrasen en clase»<sup>140</sup>. No obstante, el campo de batalla no se reduce al entorno de la universidad, está también en los periódicos, está en la calle. Los estudiantes, sabedores de que una parte de la prensa les es hostil, no tardan en editar *La Universidad*, «periódico escolar libre pensador», y convertirlo en su «órgano de prensa». Será en las páginas de esta publicación donde aparezca un comunicado firmado el 14 de febrero de 1885 y dirigido a «Los estudiantes de España»:

El día 17 del corriente mes de febrero cúmplense doscientos ochenta y cinco años que Giordano Bruno, de Nola, subió a la hoguera, levantada en Roma por la Inquisición, a sufrir el martirio impuesto por la intolerancia religiosa, en castigo a haber afirmado el libre examen en las escuelas y universidades de Italia, Suiza, Francia, Inglaterra y Alemania. Nuestros compañeros los estudiantes italianos reclaman el concurso de los españoles...

Tal parece que se ha abierto una fisura en el monopolio ideológico ejercido por la jerarquía católica. El discurso de Miguel Morayta resultó ser el detonante y los estudiantes han salido a la calle en defensa de la libertad de cátedra. Quienes en España se han venido significando en defensa de la libertad de pensamiento aprovechan aquella coyuntura favorable. El impulso venido desde Italia alienta sus esfuerzos: Giordano Bruno es el mejor de los estandartes en aquella guerra abierta contra la intransigencia. Los universitarios madrileños, haciéndose eco de las propuestas de sus camaradas italianos, constituyen una comisión organizadora de los actos de homenaje a Giordano Bruno y convocan a los estudiantes de toda España a constituir comisiones similares y a enviar «trabajos en prosa o en verso sobre el asunto que mejor les

139 *El Liberal*, 2-12-1884; *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 7-12-1884.

140 *El Liberal*, 23-12-1884.

plazca, pero relacionado con el acto que en ella se conmemora»<sup>141</sup>. Está claro que algo se está moviendo; también fuera de los recintos universitarios: el 17 de febrero *Las Dominicales* publica un número extraordinario dedicado a Giordano con escritos de Demófilo, Emilio Castelar, Rosario de Acuña, José Nakens, Rafael M. de Labra, Miguel Morayta, Ramón Chies y otros colaboradores.

Como queda dicho, Luis París Zejín jugó un destacado papel en las huelgas del mes de noviembre de 1884; en la creación *La Universidad*, órgano de prensa de los estudiantes; y en los actos que en honor del filósofo italiano tuvieron lugar en los meses siguientes<sup>142</sup>. Su nombre encabezó manifiestos y convocatorias; será su nombre también el que figure al pie de la obra *Giordano Bruno y su tiempo*, uno de aquellos trabajos que la comisión organizadora había solicitado a los estudiantes de toda España y que Luis sometió al juicio de sus compañeros. Será también Luis París quien, unos años más tarde, ponga nombre y apellido a aquella nueva gente que emergía frente a la «vieja», pues en 1888 publicará *Gente Nueva. Crítica inductiva*<sup>143</sup>, en cuyas páginas se analizan la personalidad y la obra de Pompeyo Gener, Luis Bonafoux, José Nakens, Mariano de Cavia, Federico Degetau, Alejandro Sawa, Carlos Fernández Shaw, José Zahonero, Federico Urrecha, Manuel Paso, Joaquín Dicenta, Juan B. Amorós, Emilio Ferrari, Eduardo López Bago, Rafael Altamira, José Verdes Montenegro y José Ortega Morejón. Y, por supuesto, Rosario de Acuña, la única mujer entre todos los integrantes. De ella dice París:

En estos últimos años ha emprendido una campaña periodística que la ha hecho popular y que ha dado no poco brillo e importancia a *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, acumulando en cambio sobre su cabeza odios y persecuciones que hubieran hecho vacilar y detenerse a cualquiera, pero que a ella solo le han impulsado más y más, sirviéndole de acicate y estímulo para continuar su tarea, muy fructuosa en la propaganda de los ideales racionalistas<sup>144</sup>.

Con algunos de los integrantes de aquella «gente nueva» mantuvo doña Rosario una relación que va más allá de las coincidencias ideológicas. Tal es el caso del propio Luis París y Zejín, de Nakens –con quien mantendrá una fluida correspondencia, al menos en los últimos años de su vida– Bonafoux o Dicenta. Por lo que respecta a estos

---

141 En algunos periódicos de Madrid se publica el contenido de los acuerdos tomados por la comisión. Véase, por ejemplo, *La Discusión*, 28-2-1885.

142 El periódico *La Universidad* organizó un acto de homenaje en su honor que se celebró en el teatro Alhambra.

143 A pesar de que en la obra no aparece el año, sabemos que se publicó a finales de 1888 merced a los anuncios que de la misma realiza *El Motín*. En el número correspondiente al 20 de diciembre se hace público que «Con este título pondremos a la venta en toda esta semana la obra de *Crítica inductiva* de Luis París...».

144 Luis París: *Gente Nueva. Crítica inductiva*, p. 76.

dos últimos, el lazo afectivo se habría alimentado con algunos encuentros personales, haciéndose extensivo a la parentela de ambos escritores.

La duradera relación de amistad entre Rosario de Acuña y Luis Bonafoux Quintero está salpicada por algunos episodios dignos de consideración. El más destacado, sin duda, tiene que ver con la publicación en *El Internacional*, un periódico editado en París y dirigido por Bonafoux, del famoso artículo «La jarca de la universidad», que posteriormente copió sin permiso de su autora el barcelonés *El Progreso*, provocando tan airadas reacciones que su autora no tuvo más remedio que exiliarse en Portugal, huyendo de la orden de busca y captura que se había dictado contra ella. Aquel escrito no lo había enviado ni a *El Progreso* ni a ningún otro periódico español. Sí que lo hizo a su amigo Bonafoux, quien publicaba todo cuanto le remitía la ilustre librepensadora «sin leerlo», «sin enterarme de su contenido»; todos sus artículos veían la luz tal y como le llegaban, pues «despuntarlos o modificarlos hubiera sido desacato»<sup>145</sup>, según manifiesta en su obra *Bilis*.

*El Internacional* no fue el primer periódico que dirigiera don Luis; había habido otros, tanto en España como en Francia. En la capital francesa, donde durante muchos años ejerció como corresponsal de diarios españoles, fue responsable del semanario *La Campaña* y, tras su desaparición, de *Heraldo de París*. El primer número de esta publicación sale a la calle el 20 de octubre de 1900 y no tardará en publicar la que será la primera colaboración de Rosario de Acuña. En la primera página de la edición del 4 de noviembre de 1900 apareció el soneto titulado «Al siglo XIX» (Huye, siglo, a esconder-te en las edades...), fechado poco antes, en el mes de octubre.

Un mes después otro soneto ocupa la primera del *Heraldo*; no va solo. Al parecer, el señor Bonafoux no pudo resistir la tentación y junto a los catorce versos que su amiga le había enviado publicó una fotografía de la autora. Al lado de aquel retrato *robado* figuraba este texto por toda explicación:

*Heraldo de París* se honra publicando el retrato, que debemos a feliz casualidad, de doña Rosario de Acuña. Tenemos la certeza de que con ello desagradamos a la amiga, pero debemos este homenaje a la primera española contemporánea, la primera por la inteligencia, y, lo que vale más, por el corazón; por el odio que su corazón profesa a todo lo injusto y por el amor que tiene a todo lo noble. Una mujer así es una excepción en todas partes. Es un acontecimiento en España. Acontecimiento que alienta, que hace esperar mejores días para la patria española, tan flagelada por nuestra verdaderamente eximia colaboradora, no porque la odie, no porque la desprecie, sino porque, amándola demasiado, prefiera verla muerta a corrompida y le dice con el poeta: ¡Húndete en el mar que te circunda, y a surgir vuelve inmaculada y pura...!

---

145 Luis Bonafoux: *Bilis*, p. 274.

Y por si quisiera justificar las palabras escritas, por si quisiera ejemplificar cuánto le duele España a Rosario de Acuña, cuánto amor siente por su dolorida patria, al lado del retrato publica el soneto «España a principios de siglo», fechado en noviembre de ese año y que luego tantas veces sería reproducido en las páginas de la prensa amiga.

Con toda probabilidad y tal como supone Bonafoux, la publicación de aquel retrato no debió de gustarle nada a la fotografiada. No obstante, el enfado, de haberlo sentido, no debió de durar demasiado, pues no tardará en enviar al *Heraldo* un escrito que comienza así: «Oye tú, obrero; no soy de tu clase; vengo de muy alto; en mi ascendencia hubo reinas, obispos, grandes capitanes, señores de horca y cuchillo...», que verá la luz bajo el epígrafe «Crónica», habitual en la primera página del semanario<sup>146</sup>.

En 1904, cuando en España hay algún periódico que llama «hampa dorada» a quienes colaboran con el *Heraldo de París*, Rosario de Acuña le envía una nueva carta a Bonafoux en la cual, entre otras cosas, le dice que «es un verdadero honor el contarse entre sus colaboradores, pasados o presentes» y le ruega le haga «partícipe de todo ese cieno los sapos de la prensa española arrojan sobre el *Heraldo*»<sup>147</sup>. Y pocas semanas después le remite un extenso artículo titulado «Linares y el clero santanderino» en el que narra con todo lujo de detalles los esfuerzos realizados por la jerarquía católica para que el naturalista Augusto González de Linares retornase a la fe católica en los últimos días de su vida<sup>148</sup>.

Ciertamente, la publicación de aquel retrato *robado* en la primera del *Heraldo* no debió de hacerle mucha gracia a doña Rosario de Acuña y Villanueva. No obstante, la amistad con Bonafoux no se resintió por este hecho. Siguió colaborando en sus periódicos y dando público testimonio del afecto que sentía por él y por su familia, como bien prueban la dedicatoria «a los hijos de Bonafoux» del cuento El secreto de la abuela Justa y la que figura en el soneto «El lirio silvestre»: «A mi buena amiga Ricarda Valenciana de Bonafoux»

En cuanto a la relación con Joaquín Dicenta Benedicto no resulta fácil establecer el momento en el cual se inicia, pero sí sabemos que ya a finales de los ochenta ambos compartieron inquietudes y sensibilidades en las páginas de los periódicos más combativos del país. También tenemos constancia de alguno de sus encuentros, como el que tuvo lugar en marzo de 1907, cuando Rosario de Acuña se traslada de Santander a Madrid para acudir al estreno del drama *Daniel*. Con tal motivo la librepensadora asiste a la representación, publica una carta abierta alabando el contenido de la obra («Bravo, Dicenta; la noche del estreno mis manos se llenaron de vejigas de tanto

146 *Heraldo de París*, 5-1-1901.

147 La carta, fechada en su residencia cántabra de Cueto, fue publicada en la edición del 2 de mayo de 1904.

148 *Heraldo de París*, 27-5-1904.

aplaudir...»<sup>149</sup>) e invita a comer al autor, quien, por su parte, nos ha dejado escritas algunas de sus impresiones de este almuerzo:

Rosario de Acuña, la autora de *Rienzi* y *El padre Juan*, admirable por su talento y más admirable porque, siendo mujer y española, ha logrado sobreponerse, con la sinceridad de su espíritu y la rectitud de su conciencia, a las hipocresías y prejuicios despotizadores de mujeres... y de hombres en esta patria de los frailes, me invitó a almorzar en el Inglés. El almuerzo fue íntimo, fraternal. Cuatro o cinco viejos amigos asistimos a él para conmemorar épocas juveniles, años en que nuestras cabelleras eran negras o rubias, nuestras caras tersas y nuestros corazones mozos. Ahora el pelo está cano, los rostros falsilleados por arrugas. Los corazones siguen siendo mozos. Aún sueñan porvenires de justicia, que acompañarán sus latidos; aún, al evocarlos, acude a ellos presurosa la sangre; aún no los encalló el egoísmo, ni los pudo la envidia, ni los encanalló el ambiente. Aún vibran, en su golpear contra el pecho, nobles virginidades. Almuerzo encantador, durante el cual se disecó el doloroso presente humano para abocetar el risueño futuro...<sup>150</sup>

Sabemos también que dos años más tarde volverán a coincidir en las calles de Madrid con ocasión de la multitudinaria manifestación que tiene lugar contra el gobierno de Maura. Y que en el verano de 1911 Rosario de Acuña recibe en su casa gijonesa de El Cervigón a Joaquín Dicenta, con quien realizará una excursión a Santander. Quizás fuera durante esta visita cuando el señor Dicenta le hable del interés de su hijo Fernando por el mar y, a resultas de la conversación, se comentara la posibilidad de que el chico realizara los estudios de Náutica en Gijón, en el instituto de Jovellanos.

Al final, esa será la opción tomada y a finales de febrero del siguiente año llega Fernando Dicenta Alonso al puerto de Gijón en compañía de su padre a bordo del vapor *Dolores*. Motivos de fuerza mayor impiden a doña Rosario de Acuña acudir a recibirlos, pues lleva unas semanas en tierras portuguesas, huida del proceso que contra ella ha iniciado un juzgado barcelonés tras las tumultuosas manifestaciones de los estudiantes contra su artículo «La jarca de la universidad».

Sí que los recibirá de nuevo cuando, tras el indulto, retorne a la casa del acantilado. Y no escasearán las ocasiones para ello, ahora que Fernando se ha convertido en un gijonés más y su padre visita la ciudad con cierta frecuencia, hasta el punto de convertirse en «un apasionado de Gijón», donde tenía muchísimos amigos, a decir de Antonio L. Oliveros, director del diario *El Noroeste* que compartía amistad con ambos. De su pluma sabemos que «su famosa novela *Los bárbaros* la escribió a bordo de los vapores gijoneses Felisa y Dolores» y que en este último buque, «amarrado a los muelles de Fomento, nos concedió a unos cuantos gijoneses las primicias de uno de los más recios

149 Bajo el título «Carta abierta» fue publicada en *El País*, el 12 de marzo de 1907.

150 Joaquín Dicenta: «La vuelta del gladiador», *El Liberal*, 19-3-1907.

capítulos de la revolucionaria obra»<sup>151</sup>. Probablemente entre los asistentes se encontraría Rosario, su amiga y correligionaria.

Varias fueron, a buen seguro, las visitas que Joaquín realizó a la casa del Cervigón, hasta el punto que en alguna ocasión dibujó a su contertulia en el escenario que desde allí se contempla, recordando la figura de la escritora «puesta en pie, frente a las olas del Cantábrico que a nuestros pies rompían». Tras la muerte del padre, ocurrida en febrero de 1917, su hijo Fernando mantendrá la relación y aprovechará cualquier ocasión para pasar por El Cervigón a charlar sin prisa con su vieja conocida, como nos ha relatado en algún escrito publicado en la prensa gijonesa, en el cual hace referencia a la vieja amistad de los autores de *Juan José* y *El padre Juan*:

Niño aún conocí a Rosario de Acuña. Fue entonces, cuando su voz preñada de infinitas dulzuras hubo de salir de sus labios, entonando las estrofas viriles, pletóricas de fe, de uno de sus versos: Ya se escucha en las orillas/ el rumor de la marea:/ Traen sus olas turbulentas/ vendavales de dolores./ Son lamentos y sollozos/ de incontables muchedumbres,/ que murieron asfixiadas/ bajo el yugo de la fuerza./ ¡Bien henchida de agonía! /¡Ya se acerca!<sup>152</sup>

\* \* \*

Su cuarto estreno teatral, constituye el paradigma de esta nueva etapa como propagandista de la regeneración. El nuevo drama, en este caso en prosa, narra los hechos que acontecen en una pequeña aldea de la montaña oriental asturiana cuando un joven del pueblo pretende convertir la ermita de la localidad, comprada por una fuerte suma al obispado, en una casa de salud que aprovechara las aguas medicinales que afloran en sus proximidades. Ramón de Monforte, joven, rico, republicano y librepensador, tiene además el propósito de combatir las creencias supersticiosas que anidan en las gentes de aquel remoto lugar. Con la colaboración de su prometida Isabel de Morgovejo, pretende que la racionalidad empiece a anidar entre sus convecinos con la puesta en marcha de una escuela, una granja modelo y un instituto industrial que se construirán a su cargo. No obstante, la envidia y el fanatismo, sutilmente alimentados durante largos años por el magisterio del padre Juan, un franciscano de gran ascendencia sobre las gentes del lugar, darán al traste de manera trágica con aquellos proyectos de Isabel y Ramón.

---

151 *El Noroeste*, 22-2-1917.

152 Así comienza el artículo escrito por Fernando Dicenta y que con el título «Rosario de Acuña» fue publicado en *El Noroeste*, el primero de abril de 1918. Los versos pertenecen a la primera estrofa de la poesía «La marea», publicada en 1902 en varios periódicos: *El Porvenir del Obrero*, Mahón, 15-2-1902; *¡Avante!*, Granada, 3-8-1902...



Buena conocedora de la eficacia del teatro como medio de propaganda, pone en juego todos sus conocimientos de la técnica dramática al servicio de la difusión de las ideas que profesa. La apología del librepensamiento que se realiza desde el inicio al final de la obra se apoya en un planteamiento claramente maniqueo: ensalza al protagonista, al joven librepensador, al que adorna de todo tipo de virtudes, convirtiéndolo finalmente en mártir; al tiempo que demoniza al padre Juan, a quien –a pesar de no pronunciar ni una sola palabra a lo largo de los tres actos– configura como la sombra que domina las conciencias del pueblo, responsable último del asesinato del idealista y desinteresado joven. La última escena constituye el adecuado colofón del drama: el franciscano resulta ser el padre de su joven rival que ha sido asesinado; en su juventud, llegado de Buenos Aires por unos negocios bancarios, había seducido con astucia e hipocresía a la madre de Ramón. Tomar partido resulta sencillo: ya se ha encargado la autora de ponérselo fácil al espectador, de que no surjan vacilaciones en la elección: el bueno resulta muy bueno y el malo, malísimo, como bien queda de manifiesto cuando Isabel, al final del primer acto, ensalza las cualidades de su novio:

Ramón no es hipócrita; no oculta sus ideales, sus creencias; obra según piensa, piensa racionalmente; su moral es la eterna moral del amor puesta en práctica aquí, en la tierra, ejerciendo una caridad tiernísima, y ostentando una tolerancia sin límites... ¿A qué decirle a usted lo que es? ¿No es su retrato, e hijo de aquel masón ilustre fundador de una logia, allá en América? El padre Juan no puede menos de ser irreconciliable enemigo de Ramón<sup>153</sup>.

El profesor Antonio Pineda añade una nueva manifestación dicotómica a la que se establece entre los dos personajes centrales de la obra: «el enfrentamiento entre ellos (la tribu de fanáticos de la España profunda) y nosotros (el clan familiar librepensador y cosmopolita)»<sup>154</sup>. Los primeros están adornados por la envidia, la avaricia, la ignorancia, la hipocresía, el fanatismo, la calumnia, la superstición, la mentira, la cobardía...; los segundos, en cambio, son generosos y honestos, al tiempo que educados y cosmopolitas. Si bien el objetivo de la obra es la propaganda, la apología del racionalismo librepensador, los medios que utiliza la autora para nada tienen que ver con la razón, sino con lo emocional y lo mítico, caracterizando a Ramón de Monforte como el rebelde utópico que se habrá de convertir en el Prometeo que sembrará de luz el mundo para conseguir un Nuevo Hombre. Al fin, el progreso conseguirá que aquella aldea remota se convierta en modélica experiencia de desarrollo. Mitos, emociones y efectos dramáticos al servicio de «La causa».

---

153 *El padre Juan*, p. 30.

154 Antonio Pineda Cachero: «Propaganda y literatura: *El padre Juan* de Rosario de Acuña», p. 231.

Ningún empresario quiso embarcarse en la aventura de producir este provocador drama, razón por la cual será la autora quien tenga que poner en marcha aquella empresa con su propio dinero. Forma una pequeña compañía, dirige los ensayos, alquila el teatro Alhambra, cuida con esmero los decorados y el vestuario y, al fin, tras dos meses de preparativos, en la noche del viernes 3 de abril de 1891, con el oportuno permiso gubernativo, se alza el telón para presentar en sociedad aquel drama que ya no es histórico, que ya no es en verso. A pesar de que parte del público ha acudido al teatro por simpatía con la autora, algunos pronto se atragantan con la dureza del tema y estalla el escándalo.

Al día siguiente, la prensa informa que por una orden verbal del gobernador se han suspendido las funciones, al considerar aquella autoridad provincial que la obra es antirreligiosa. Para asegurar que la orden se cumple convenientemente, a las puertas del teatro se sitúan unas parejas de orden público en evitación de que se expidan localidades<sup>155</sup>. Las críticas de la obra que publican los periódicos en los siguientes días no hacen más que poner en evidencia la existencia de los dos bloques en los que se está dividiendo la sociedad española. Apenas hay matices: unos pocos están a favor (*El Globo, La Justicia, Las Dominicales del Libre Pensamiento...*); la mayoría, en contra. La autora, por su parte, considera que el esfuerzo y el quebranto económico padecido han merecido la pena<sup>156</sup>. Así lo hace saber en una carta dirigida a Antonio Zozaya, el autor de la positiva crítica que sobre la obra publica *La Justicia*:

En cuanto al éxito positivo de *El Padre Juan*, ¡qué éxito! Cuando algunos amigos fidelísimos (ventajas de los que tenemos pocos; los que lo son, son buenos) fueron desafortunados a avisarme para que corriera al teatro, me hallaba profundamente dormida: dos meses de trabajo extenuante para reunir, ensayar y aclimatar a escena a la gente que había de interpretar el drama, se veían al fin coronados por una completa seguridad de que nada me quedaba ya por hacer; y con la felicidad de toda tarea terminada, me había entregado a un sueño delicioso, en que todo mi ser descansaba con plena paz: los gritos de los emisarios me despertaron sobresaltada.

—Qué es eso, ¿vamos ya a la cárcel? —fueron mis primeras palabras.

---

155 *El Imparcial*, 4-4-1891.

156 La suspensión gubernativa va a tener dos efectos contrapuestos en lo que se refiere al tema del dinero: por un lado, supone la pérdida de los ingresos que se hubieran obtenido en la segunda función para la cual, según la autora, estaban vendidas casi todas las localidades; por el otro, una inusitada demanda de la obra impresa acaba con los dos mil ejemplares que se habían puesto a la venta, lo que obliga a realizar una segunda edición con la misma tirada. No obstante, el descalabro debió de ser importante, pues para recuperar parte de los gastos ocasionados por el montaje de la obra, la autora-empresaria decide reponer *Rienzi* en el mismo teatro, en una representación que tendrá lugar el 12 de abril, tal y como ella comunica al público en un anuncio que aparece en *El Heraldo de Madrid* el día anterior.

–¡Al teatro! ¡Pronto, pronto, que el público está delirante aplaudiendo y esperando!  
Los miré sorprendida, temiendo que se burlaran de mí; ¡tan lejos de la mente se hallaba aquel resultado!

–¿El público que está hoy en la Alhambra me aplaude y me llama?

–¡Pronto! siguieron diciendo mis amigos.

Ínterin el coche en que iba desempedrabas calles, reflexioné hondamente: estamos más avanzados de lo que creemos, amigo Antonio. El público de los estrenos en los teatros de Madrid no solo había oído *El Padre Juan*, sino que aplaudía y me llamaba: ¡qué sorpresa! Muchos de los que después, sin duda rabiosos contra sí mismos, se han desatado (según me han dicho, pues yo no los he leído) contra mí, aplaudían frenéticos las escenas del segundo acto. Uno que ha vertido después las escorias de su alcoholismo crónico por entre los puntos de su pluma, se levantó de la butaca para aplaudir con más fuerza –sin duda aquella noche estaba en período lúcido–. ¡Qué sorpresa para mí! Un público numerosísimo, compuesto de la *crema* social, haciendo suspender la representación para llamarme, haciéndome salir a escena cinco veces ¡Confieso que correspondí a su fineza, medio dormida y deslumbrada! ¡Se me figuraba estar soñando! Amigo Antonio: estamos más cerca del fin de lo que creemos. *Luchemos donde podamos...*<sup>157</sup>

Queda claro, no son criterios literarios los que utiliza para definir como exitoso el estreno de *El padre Juan*. La respuesta del público que asistió al estreno, las demandas de entradas para la segunda función, la prohibición gubernativa, las críticas favorables y las contrarias (ésas que no ha leído) constituyen inevitables episodios de la batalla ideológica en la que, desde hace unos años, está enfrascada.

\* \* \*

Si en este punto echamos la vista atrás, si nos detenemos en el momento en que aquella joven, esposa defraudada y ciudadana desencantada, decide instalarse en su Villa Nueva y rodearse de gallinas, patos, caballos, conejos, madreselvas, claveles, lirios, azucenas y frutales varios, no podemos menos de concluir que los cambios que ha experimentado su vida en poco tiempo han sido bien profundos: la prometidora autora dramática, de cómodo vivir y mejor carácter, «ángel» en los versos del Duque de Rivas, vinculada a la prelatatura y la política, ha dado, en efecto, un brusco giro a su vida. En poco más de diez años la metamorfosis se ha completado y ya está en la otra orilla: de rentista pudiente a arruinada insolvente, de católica vieja a librepensadora y masona, de burguesa madrileña a campesina militante, de decepcionada esposa a compañera ilusionada, de invidente estacional a incansable espectadora, de hija amorosa a desconsolada huérfana, de prometidora escritora a publicista combatiente...

---

157 *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 25-4-1891.

Todo lo sucedido en torno a *El padre Juan* supondrá la última etapa del proceso de ruptura que ha venido manteniendo con el sector de la sociedad del cual era originaria y con lo que éste representaba. Si en 1876 fue enaltecida como dramaturga por los voceros de la sociedad dirigente, ahora, apenas quince años después, el brazo gubernativo se encarga de poner freno a los *disolventes* ideas que defienden los personajes de esta obra, fruto de la misma pluma que antes fuera tan entusiásticamente aplaudida.

## La naturaleza humana

MUCHOS CAMBIOS EN CORTO TIEMPO. Poco a poco su vida se va adaptando a la nueva situación. Así lo vive, así lo siente, así lo cuenta: «El tiempo ha pasado, la reorganización se va verificando lentamente en mi ser [...] de no morir, he tenido que vivir... pues el que vive muriendo, es un parásito de la naturaleza». Así que con el paso del tiempo la cotidianidad va volviendo a su vida; los ciclos circadianos tan manifiestos en el campo, van regulando sus jornadas. Aquel proceso de cambio, o de reorganización como ella lo llama, siguió su curso y tuvo sus consecuencias. Algunas son más conocidas, como su pública adhesión a la causa del libre pensamiento (finales del 84) o su posterior ingreso en la masonería (febrero del 86). Otras, lo son menos. Tal sucede con su interés por el estudio de la naturaleza humana, por conocer las razones últimas de su comportamiento, por indagar acerca de las alteraciones que pueden conducir a los hombres a la perversión y al crimen.

El inicio de tal inquietud habría que situarlo en los tiempos en que reside en Zaragoza, pues es a su regreso cuando su pluma se afana en cantar las virtudes que para la regeneración humana tiene el retorno a la naturaleza, abandonando las ciudades «donde se amontonan las pasiones bastardas, las ambiciones mezquinas, los pensamientos innobles». Ella que nació en el centro de Madrid, que se crió en las proximidades de la Puerta del Sol, tiene ahora una visión bastante más negativa de las ciudades, como bien podemos deducir de lo que cuenta en *Influencia de la vida en el campo en la familia*, publicado en 1882:

¿Qué se podrá decir de esos abismos hondos y negros, llamados calles, donde la luz opaca, vergonzosa, llena de ráfagas de sombra, penetra amarillenta al iluminar con esplendores difusos la vida del hombre, que cruza, va y vuelve sin otra noción del tiempo que la que le presta su reloj o los relojes públicos, sin más idea de lo infinito que el paso de un cortejo fúnebre, empenachado y reluciente, y sin más contacto con el cielo que la contemplación de un jirón azul estrecho, encerrado en marco de tejas, y hacia el cual tiene que dirigir la mirada violentando su cabeza hacia atrás en postura incómoda? [...] Nada tiene de extraño que el hombre, viviendo así, se enerve, que sus facultades intelectuales se reduzcan a los límites estrechos donde gira su existencia, y que su corazón, sin el cálido fluido que prestan los rayos del sol, se deje penetrar por el hielo del desengaño, envolviéndose en un sudario de indiferencia y de escepticismo que pervierte su naturaleza y afea y empobrece sus actos.<sup>158</sup>

158 *Influencia de la vida en el campo en la familia*, p. 6.

Si la tesis defendida en esta obra se sustenta en el hecho de que el escenario urbano en el que vive el hombre es, por su alejamiento de la naturaleza, el causante de su degeneración moral, no por ello deja de indagar también en el propio personaje y en el papel que la sociedad desempeña en el comportamiento de sus miembros. Y es ahí donde se encuentra con José María Esquerdo, un afamado médico que se había especializado en el estudio de las enfermedades mentales y en las necesidades y particularidades de quienes las padecían. El doctor Esquerdo sostenía que, en un entorno favorable y con un tratamiento adecuado, estos enfermos podrían encontrar una mejoría en sus males. Para probar sus teorías, en el año 1877 pone en funcionamiento un hospital mental en Carabanchel, por entonces a las afueras de la capital. Allí, en un ambiente propicio, los enfermos llevan a cabo diversas terapias ocupacionales, bien fuera en los huertos y jardines o en el teatro, donde solían representar algunas obras dramáticas junto a familiares y enfermeros.

Aquel novedoso proyecto contribuyó a avivar el debate sobre el origen y las causas de la locura, del papel que en la enfermedad mental jugaba la herencia o acerca de los mecanismos que conducen a la degeneración humana, asuntos éstos que, como bien se puede colegir de lo anteriormente expuesto, despertaban por entonces un gran interés en Rosario de Acuña, en pleno proceso de readaptación interior. Así que a nadie debe de extrañar que se fuera hasta Carabanchel a comprobar todo cuanto se pregonaba acerca del doctor Esquerdo y su sanatorio. Y a juzgar por lo que dejó escrito, quedó encantada con la visita:

Su casa de salud es un pueblo, mejor dicho, un Estado, cuyo rey es el racionalismo. ¡Raro contraste! Toda aquella muchedumbre de locos, está regida por la razón: para ellos no hay violencias, contradicciones, brusquedades, ni satíricos ultrajes; diríase, al verlos en amigable consorcio, que es una reunión de verdaderos cuerdos: para ellos no hay más que dulzura, condescendencia, suavidad y una firmeza *racional*, en cuya tersa superficie se estrellan impotentes las olas de sus extraviadas sensaciones. He aquí porqué ha conseguido Esquerdo redimir al loco: él le da nombre, tratamiento, palabra, libertad y, por último, *le da la razón*, primer paso que le ofrece para regenerar su pensamiento. Y este sabio, esta gran figura de nuestra época, que está tan plagada de fantasmas irrisorios de sabiduría y grandeza, se encuentra solo ante su obra, como estuvo solo Sansón para derribar el templo filisteo: su ciencia ha creado escuela; su fe ha reunido discípulos; su voluntad y su honrado trabajo han levantado ese edificio donde se refugian todos los dolores de la pasión, de la herencia o del organismo, y desde cuyas ventanas amplias y siempre abiertas, se contempla un horizonte extenso y un anchuroso cielo; su obra es de gigante, como toda obra de redención<sup>159</sup>.

---

159 «Un redentor de locos», *El Liberal*, 4-6-1883.

Además de las entusiastas alabanzas a la labor de Esquerdo, en el artículo, publicado con el expresivo título «Un redentor de locos», anticipaba algunas de las líneas de investigación y estudio que habría de seguir en el futuro. Así, cuando afirma «El loco es un efecto cuya causa son los cuerdos», está señalando a la sociedad como responsable, directa o indirecta, de la locura, lo cual le lleva a hacerse una pregunta crucial: «¿qué importa que llevando sus conclusiones al límite, es decir, hasta la puridad más absoluta, nos encontremos con la absolución del criminal...?» Ahí es nada. La señora de Acuña se ha metido de lleno en una disputa de altos vuelos que no ha hecho más que empezar, la que enfrentará a juristas y alienistas acerca de la responsabilidad penal de los dementes.

El tema le apasiona porque intuye que en ese ámbito de investigación puede encontrar buena parte de las explicaciones que anda buscando. Tanto le atraen las tesis defendidas por los alienistas que no duda en convocar un certamen público bajo el lema «Irresponsabilidad del loco lúcido», dotado con mil pesetas. ¡Mil pesetas!. ¡Qué bien le hubieran venido a ella al final de su vida!, cuando ésas eran las pesetas con las que contaba para atender los gastos de todo un año. ¡En fin!, a lo que vamos. Quedamos en que Rosario de Acuña está interesada en «averiguar y dilucidar en lo posible la línea divisoria entre la razón y la locura» y que, movida por este interés, a finales de 1885 hace público ofrecimiento de un premio de mil pesetas a quien presentara el mejor estudio acerca de este tema. Nuestra protagonista lo explicaba públicamente años después:

...fundé el certamen que, a más de servir de honra a la memoria de un sabio [en referencia al doctor Luque, fundador del cuerpo de médicos forenses], me sirviera a mí para conocer las capacidades frenopáticas que poseía mi patria y, además, para aclarar algún punto de la oscura cuestión de la zona médica, que solamente de la investigación brota la verdad y un concurso de la naturaleza del que cito había de servir de gran estímulo a la investigación<sup>160</sup>.

Resta por decir que el jurado, integrado por «eminencias científicas», según expresión utilizada por la fundadora, otorgó el premio a la memoria presentada por José María Escuder, un discípulo del doctor Esquerdo a cuyas órdenes trabaja en el sanatorio de Carabanchel, quien pocos años después de recibir el galardón adquiriría cierta notoriedad con ocasión de su intervención en calidad de perito en el denominado Caso Galeote, un crimen que, dada la identidad de los protagonistas, suscitó apasionados debates.

No era para menos. El 18 de abril de 1886, Narciso Martínez, primer obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá caía herido de muerte, a las puertas de la iglesia-catedral de

---

160 Carta al señor director de *El Resumen*, publicada en ese diario madrileño el 5-10-1886.

San Isidro y ante numerosos testigos, tras recibir por la espalda tres disparos efectuados por el cura Cayetano Galeote. Aunque para muchos el asunto estaba claro desde el principio, y el tal Galeote era un asesino, hubo un sector de la prensa que, apoyándose en los informes de los frenópatas, defendía que el cura era un demente. O sea, que lo que se estaba dirimiendo en el proceso tenía que ver con esa línea divisoria entre la razón y la locura que a ella tanto parecía interesar. Hasta el punto de acudir un día tras otro a la sala donde se celebra el juicio. Decidida a no perder detalle de todo lo que allí se dice, va provista de lápiz y cuartillas para realizar las anotaciones que considera pertinentes, lo cual no pasa desapercibido para los miembros de la prensa, alguno de los cuales se refieren a ella en sus crónicas como la «señora del rincón», alusión que motivó una respuesta pública e inmediata de la aludida:

Como podrá ver en el mismo calificativo *de la del rincón*, jamás he procurado hacerme visible; antes bien, me gusta contemplar todos los actos de la comedia humana desde los rincones, por crearme de este modo en mejores condiciones de observación, único medio positivo de llegar a saber algo de todas las sabidurías, fin absoluto y sin solución de continuidad que antes, ahora y supongo que después mueve a las actividades de mi vida. Pero como quiera que el párrafo citado da lugar a otros en que se descubre a través de culto estilo toda la fina ironía del hombre ilustrado cuando trata de la mujer, siquiera no sea ilustrada, sino meramente ambiciosa de ilustración, salgo de mi *rincón*, y como siempre que se trata del esclarecimiento de un hecho en que la verdad queda desconocida y su desconocimiento puede causar la depreciación de una mayoría, firmo con mi nombre las siguientes líneas, sin temor a colocarme a plena luz, porque es muy importante que una mayoría, la mayoría de las mujeres, recobre su verdadero sitio de seres aptos para pensar, al igual que la mayoría de los hombres, verdad que se encuentra algún tanto combatida en el hecho que motiva estas líneas. Ahora, particularmente, y para que si es posible se me deje tranquila en el *rincón*, único sitio de mi agrado en aquella sala [...], voy a manifestarle las causas que, a más de la expuesta como esencial, me mueven a la anotación del juicio de Galeote<sup>161</sup>.

Y es aquí donde se refiere al interés que le suscita el estudio de las enfermedades mentales, que intenta satisfacer con la adquisición de cuantas obras va produciendo la ciencia europea y que fue la razón que motivó la fundación del certamen científico al que me he referido, en el cual, como también queda dicho, fue premiado el trabajo presentado por el doctor Escuder, uno de los peritos presentes en la causa... Es tal la curiosidad que despierta en ella el caso Galeote, que al final de su carta, hace públicas sus intenciones de escribir sobre el tema:

---

161 *Ibidem*. En su edición del día anterior el periódico había publicado lo que sigue: «Ante el problema que hoy ha de someterse al juicio de la sala, hay muchos que miran escamados a sus vecinos de asiento, al ver a su compañera del rincón armarse de lápiz y cuartillas dispuesta a tomar notas».



Ahora bien, el juicio clínico frenopático sobre el desgraciado Galeote es una a modo de continuidad el tema sobre el cual quiero saber lo posible, y por tanto, armada de lápiz y cuartillas, si bien incómoda por no encontrarme ante los pupitres de la prensa, tomo nota de todo lo que puede servir a mis fines, y demostrar con científicas aclaraciones el pavoroso problema de lo que es razón y lo que es locura. Doy por terminadas estas explicaciones que he creído necesarias a la verdad; no es ésta la sola vez que he de ocuparme del proceso Galeote [...], tengo el propósito de escribir extensamente sobre este asunto, uno de los de más trascendencia teológica, metafísica, social y frenopática que podrá verse en lo que resta de siglo.

¿Escribió, tal como anuncia, alguna cosa más sobre el caso del cura Galeote? Sí que tenemos constancia de sus reflexiones en torno a otro proceso que, apenas un par de años después, volvió a atraer su atención: el conocido como «Crimen de la calle de Fuencarral».

En la madrugada del 1 al 2 de julio de 1888, los vecinos de un bloque de viviendas situado en la madrileña calle de Fuencarral dan la voz de alarma al percatarse de que sale humo de uno de los pisos del inmueble. Cuando la policía consigue franquear la puerta, descubre el cadáver casi carbonizado de Luciana Borcino, la dueña de la casa; en otra estancia encuentran desmayada a Higinia Balaguer, una joven que estaba ocupada como sirvienta. Conocido el suceso, la prensa no tarda en facilitar nuevos datos: se dice que la fallecida era una viuda rica (se le calcula una renta anual de unos cinco mil duros); que el cadáver tenía una herida incisa punzante en la región torácica, mortal de necesidad, y otras dos heridas en los costados; que al lado de la desmayada criada se halló un perro muerto a quien, al parecer, nadie oyó ladrar; que el móvil no pudo haber sido el del robo pues en la casa se encontró el dinero y las alhajas... Las sospechas recaen desde el principio en la joven Higinia, que apenas lleva una semana en la casa. No obstante, lo que iba camino de ser un crimen más, de esos que pronto se olvidan, pasa a convertirse en un asunto principal para buena parte de la prensa. Todo empieza a cambiar cuando la sirvienta es interrogada: acusa entonces a José Vázquez Varela, el hijo de la víctima. A quienes le conocen, la acusación no les debe sorprender en absoluto, pues el joven, también llamado «Varelita» o el «Pollo Varela», tiene una merecida fama de pendenciero y delincuente. Sin embargo la acusación de Higinia tropieza con algo que tiene visos de ser una coartada perfecta: Varela está cumpliendo condena en la cárcel Modelo.

Sin querer dar el caso por concluido, los periódicos se hacen eco de un rumor que circula por Madrid que afirma que el Pollo Varela entra y sale de la cárcel cuando quiere, y lo hace con el consentimiento del mismísimo director de la Modelo: unos testigos dicen que al reo lo han visto por la calle, otros afinan más y señalan que a mediados de junio estuvo en los toros, en la corrida de Beneficencia... Desde ese mismo momento, la vista acrecienta su interés para buena parte de la prensa, pues el director

de la Modelo no es otro que José Millán Astray, un protegido del mismísimo Montero Ríos, por entonces presidente del Tribunal Supremo. Por tanto, atacar a Millán supone debilitar a Montero Ríos y, por extensión, dañar al Gobierno.

La prensa que, gracias al respaldo de leyes más permisivas, como la liberal de 1883, se encontraba por entonces inmersa en un proceso de expansión intentando captar el interés de nuevos lectores y anunciantes, apuesta de manera decidida por aquel caso. El seguimiento se hace diario, con informaciones que los gacetilleros obtienen del tribunal, las descripciones más o menos realistas de los bajos fondos por donde suelen moverse algunos de los protagonistas o las historias que se cuentan del pasado de algunos de ellos, todo ello bien acompañado de dibujos o grabados de los principales actores de este drama. Como diría un cronista que siguió atentamente el caso: «La prensa busca en primer lugar emociones con que saciar la voracidad de sus lectores, procura dar a estos cada día noticias estupendas», para añadir, a modo de ejemplo, «En cuanto se indica que tal o cual persona va a ser interrogada por el juez, los periodistas buscan su domicilio, le encuentran, se encaran con la persona, la acosan a preguntas, y no vuelven a la redacción sin un caudal más o menos auténtico de noticias»<sup>162</sup>

El cronista al que me refiero era un escritor llamado Benito Pérez Galdós, quien, fascinado por todo cuanto se relaciona con aquel suceso se ocupó de él en profundidad escribiendo varias crónicas para el diario bonaerense *La Prensa*, aunque para ello tuviera que dejar a un lado sus otras ocupaciones, tanto la de novelista reputado (no en vano acababa de publicar una que llevaba por título *Fortunata y Jacinta*), como la más reciente de diputado en Cortes, pues en 1886 obtuvo el acta de diputado por la circunscripción de Guayama (Puerto Rico).

Así las cosas, no nos debería de extrañar que, conociendo lo que conocemos, a doña Rosario de Acuña aquel asunto le habría de resultar muy atractivo, por más que sus objetivos no fueran, ni por asomo, los que empujaban a la prensa a la febril actividad que desarrolló por entonces, ni siquiera coincidieran con los de su admirado Galdós. Ya sabemos que a ella lo que le interesa es la razón o la sinrazón de la naturaleza humana, la causa última de sus desvaríos. Y para que no haya dudas así lo hace saber en el mismo inicio de sus reflexiones públicas sobre el tema:

Elevándose con la posible serenidad sobre este hervidero tempestuoso de exacerbadas pasiones que «el crimen de la calle de Fuencarral» (como la mayoría lo nombra) ha producido en nuestra sociedad, se descubre un extendido campo de problemas cuyo eje fundamental e inmovible, ante una indagación de buena fe, se caracteriza con una sola palabra: educación<sup>163</sup>.

---

162 *La Prensa*, Buenos Aires, 16-8-1888.

163 *El crimen de la calle de Fuencarral*, p. 7.

A ella no parece interesarle ni la repercusión social que está teniendo aquel proceso, ni el papel que en este asunto desempeña la prensa, ni si se está intentando aprovechar este juicio para sacar rédito político. Lo que le preocupa es indagar en el pasado de Vázquez Varela para intentar localizar el inicio del mal pues, aunque Varela no llegara a ser condenado por parricida, suficientes pruebas hay de su malignidad y, por tanto, es menester conocer cómo y en qué circunstancias empezó a caminar por la senda de la perversión. Su conclusión al respecto parece clara: «su cuna fue el mullido barbecho donde empezó a desarrollarse el germen del vicio». Y lo fue por haber sido un niño excesivamente mimado, a tenor de lo que el propio Varela confiesa «su madre siempre empezaba por negarle lo que después le concedía». Y esto es para el autora un gran error, por cuanto «No guiándose el plan educativo por un sentido moral inquebrantable, la irresolución y debilidad es la primera consecuencia que recibe el niño, el cual pierde la fe en la superioridad de la madre».

A la nociva falta de criterio maternal durante la primera crianza, suma Rosario de Acuña la perversa educación que el niño Varela recibió después en un convento donde fue impregnado de toda la pedagogía jesuítica: allí «se le dijo todo lo bueno, se le enseñó todo lo malo». Para añadir:

«Al que te pida la capa le das la capa y la túnica», esto dice la moral del Evangelio cristiano [...]; esto debió oírlo mil veces en la católica, apostólica, romana mansión que le abrió sus puertas. Y a la par que esto aprendía en las lecciones, su inteligencia, viva tal vez para toda observación maliciosa, comprobaba esta enseñanza ideal con la real de los hechos. Acaso oyó una y cien veces en el seno de su hogar maldecir del coste de su educación, de las socaliñas de propinas, rifas y regalos con que en los conventos acosan a las familias de los educandos, de la carestía de la pedagogía jesuítica y –con juicio exacto que para esta deducción bien escasa potencia intelectual se necesita– comprobó la virtud aprendida con la virtud acostumbrada. Y su sentido moral, falseado en su más hondo cimiento, le hizo apreciar como secundarios accidentes de la vida el desinterés, la abnegación, la generosidad, jesas tres maravillosas virtudes esenciales de la moral, que deben incrustarse en las almas infantiles como tres diamantes de inapreciable valor, con los cuales pueden comprarse todas las dichas juntas de la tierra!<sup>164</sup>.

A estas alturas, camino ya de los treinta ocho años, bien podemos decir que nuestra protagonista ha dado un vuelco a su vida: la encantadora y prometedora escritora, la joven e ilusionada esposa, la bien querida hija de don Felipe y doña Dolores, la vástaga de la noble estirpe de los Acuña, se ha convertido en una mujer separada, librepensadora, republicana y masona. Y actúa en consecuencia.

---

164 *El crimen de la calle...*, p. 19.

A ella, ciertamente, del crimen de la calle de Fuencarral no le preocupa el mayor o menor interés literario que pueda tener aquel folletón por entregas, protagonizado por, al decir de algunos, unos personajes muy galdosianos. Lo que le interesa de Higinia Balaguer será todo cuanto atañe a su crianza, para indagar en las condiciones en las cuales se forjó la naturaleza de esta mujer, calificada por el abogado de la acusación particular como «criminal inteligentísima y extremadamente peligrosa». Con los datos disponibles en el sumario, se atreve a recrear el escenario en el cual transcurrió la infancia de Higinia en una pequeña aldea del Campo de Borja.

El hambre tal vez acosaba; la ignorancia no necesitaba acosar, porque es el estado natural de los habitantes de nuestras aldeas. La pequeñuela nace, «¿para qué servirá?»: he aquí la primera pregunta mental que cruza por la inteligencia de sus padres. Se la lleva a la siega, a la vendimia o al pastoreo [...] Por la noche la madre está rendida, duerme y duerme, y mil veces la pequeña buscó en vano el amoroso calor del seno materno; se cría sin amor porque el hambre, la miseria y el trabajo borran en las madres de nuestro pueblo hasta los instintos de la maternidad [...] En el hogar de la pequeñuela no hay más que una esperanza: la de verla grande para que sea útil. Pronto se hace cargo del cuidado de sus hermanos. Crece al fin, sus pequeños hermanos ya tienen en ella su niñera...<sup>165</sup>

Y de su educación ¿qué sabemos? Poca cosa, lo que ella contó en el juicio: «Usted aprendió bien el Catecismo, ¿verdad?» «Sí, señora, como todos lo aprendemos; pero eso, ¿qué?» Ahí está toda su educación, «en que se aprendan de memoria esos diez mandamientos estriba todo el plan de enseñanza que rige nuestros pueblos rurales». Y a renglón seguido se aventura en la tarea de demostrar, mandamiento a mandamiento, que la letra resbala sobre los espíritus incultos, sin dejar el menor vestigio, y lo hace porque, en su opinión, una cosa es aquello que recitan de carrerilla y otra, muy distinta, lo que ven a su alrededor: apariencia, hipocresía, supervivencia... Así pues, con la letanía en los labios y con el corazón bien hollado por el duro aprendizaje adquirido día tras día, comienza Higinia a caminar sola por la vida:

Allá marcha, a la ciudad, con el Catecismo aprendido. No sabe leer ni escribir; no conoce las cosas más fundamentales y sencillas leyes de la naturaleza, de las cuales se desprende una moral tan pura; no aprendió ni siquiera a reflexionar sobre sí misma. Ha sufrido el desamor, los golpes, el trabajo, acaso superior a sus fuerzas. Lleva en su mente –no la semblanza del amor a Dios y a su prójimo–, la inquina contra la Providencia y la desconfianza hacia sus semejantes...<sup>166</sup>

---

165 *El crimen de la calle...*, p. 26.

166 *El crimen de la calle...*, p. 34.

¿A qué esperar a la sentencia? Para Rosario de Acuña no hace ninguna falta: los encausados Varela, Higinia, Dolores Ávila, María Ávila y Millán Astray aunque fueran culpables de los hechos que se les imputan, no por ello dejan de ser, además, víctimas de un sistema hipócrita y corrupto, de una sociedad enferma:

...en donde por desgracia encuentra tan fácilmente calor y savia el germen del vicio. En todos nosotros hay algo de esa responsabilidad que se lanza sobre el criminal; solo estando convencidos de ello podrá desaparecer el crimen. Escudriñemos con firme serenidad los fondos sociales y veremos en ellos, bajo la superficie cristalina de transparentes manantiales, un lecho de infecundo cieno. Todo lo somos, ¡todo menos hombres! ¡Ni una mirada a la conciencia! ¡Ni una mirada a la dignidad! ¡Ni una mirada al pudor! ¡Ni una mirada al cielo, a lo eterno, a lo incorruptible! Nuestra vista está fija en una línea rasante con los más inmediatos horizontes: el dinero, el poder...<sup>167</sup>

Y si mal está la parte más baja de la sociedad, peor es la opinión que tiene de los dirigentes, no muy diferente, por cierto, a la que se suele escuchar en nuestros días:

He aquí el lema de nuestros gobiernos. Dan contratas donde los plebeyos endiosados, acaso presidiarios ayer, ganen millones a cambio de que caiga en sus manos los desperdicios de la ganancia; préstanse influencias a entes degenerados, cuyo único mérito es atusarse simétricamente la perfumada barba a cambio de que su cabeza, al decir sí o no, contribuya al triunfo de éste o aquél programa; y la gobernación de provincias, departamentos o regiones, es el sabroso premio con el cual se recompensan los saltos de los más impúdicos<sup>168</sup>.

Ahí la tenéis. Ella es aquella mujer que en los primeros meses del año ochenta y tres, desengañada y dolorida, inició una larga travesía del desierto, un periodo de agonia constante, de existenciales dudas, de profundas vacilaciones, de juveniles evocaciones, de repensadas vivencias; un tiempo de análisis sistemático de la naturaleza humana, de darle vueltas y más vueltas al origen del mal y de la degeneración... Cinco años después se muestra convencida de que es la sociedad la que está mal, la que no funciona, que «el penado no brota de una manera espontánea».

No contenta con describir el cuadro de la enfermedad, con unir su voz a quienes no tardando habrán de clamar por una regeneración de la sociedad, apunta a la educación como el principal remedio y asigna a las mujeres el papel protagonista en el proceso de cambio:

---

167 *El crimen de la calle...*, p. 22.

168 *El crimen de la calle...*, p. 43.

Sed dignas madres de los futuros hombres. En vosotras radica la viril rectitud de vuestra descendencia. Dadles primero el fluido de una inteligencia rica, vigorosa, firme y segura; dadles después la noción de una virtud sincera, inquebrantable, tranquila y consciente; enseñadles al criminal y explicadles el crimen, y que de sus ojos brote una lágrima de piedad para el delincuente y de sus labios un grito de horror para el delito <sup>169</sup>

---

169 *El crimen de la calle...*, p. 48.

### Carlos: «un amigo abnegado y respetuoso»

TODO HA SUCEDIDO MUY RÁPIDO desde aquel mes de enero de 1883 en que ocurriera el fallecimiento de su padre: unos meses después del fatal desenlace tiene lugar la separación definitiva del matrimonio que habían formado Rosario de Acuña y Villanueva y Rafael de Laiglesia y Auset; en el mes de diciembre nuestra protagonista sorprende a más de uno cuando hace público su apoyo a los estudiantes universitarios que se encuentran en huelga en defensa de la libertad de cátedra y en apoyo del profesor Miguel Morayta; antes de que termine el año se hace pública su adhesión al librepensamiento; en febrero de 1886 tiene lugar la ceremonia de iniciación en la logia alicantina Constante Alona...

Se ha convertido en adalid de la libertad, en una militante del librepensamiento, en una masona. Está claro que todo aquello, su nueva militancia, le acarrearán consecuencias. Para empezar, no tardará en perder el favor de antiguos amigos y de algunos familiares, pero, a cambio, empezará a contar con la gratitud de muchos librepensadores, de muchas mujeres y también de la amistad de los estudiantes a los que ha apoyado. Así sucederá con Luis París y Zejín, uno de los miembros destacados de la comisión de alumnos que se había constituido durante la huelga, hijo de un antiguo amigo de la familia y con el cual mantendrá una afectuosa amistad que se mantendrá en el tiempo, hasta tal punto que él será uno de los dos «ejecutores testamentarios» por ella designados<sup>170</sup>.

Para Rosario de Acuña, desde entonces librepensadora confesa, las iniciativas estudiantiles a favor de la libertad representaban todo un estímulo. Se sentía bien con aquellos jóvenes entusiastas. Por eso no es de extrañar que aceptase ser la presidenta honoraria de un «ateneo familiar» que otros universitarios dieron en organizar años después. El presidente de aquella sociedad era Carlos de Lamo Jiménez<sup>171</sup>, un activo

170 Si acaso la encomienda testamentaria no fuera prueba suficiente del afecto que Rosario de Acuña sentía por Luis París, contamos con un par de escritos que lo ponen de manifiesto. El primero es un artículo publicado en *Las Dominicales* el 3 de abril de 1886 tras la aparición del libro de Luis titulado *Fray Giordano Bruno y su tiempo*, en el que la autora realiza una amigable crítica de su contenido. El segundo, una carta que le envía con motivo de un homenaje que se le brindó en la primavera del año 1909, y que concluye con la siguiente despedida: «La justicia te corone de la gloria que mereces y que te desea tu hermana del alma» (*Heraldo de Madrid*, 23-3-1909).

171 Así es, con jota, como el propio interesado escribía su apellido. No obstante, existen documentos oficiales en los que aparece escrito con «G».

estudiante de segundo curso de Derecho que permanecerá al lado de la escritora hasta el momento de su muerte.

\* \* \*

Hacía pocos años que aquel joven había llegado a Madrid. Lo había hecho en compañía de su familia tras haber pasado buena parte de su infancia en Úbeda. En esta ciudad jiennense vino al mundo el 18 de agosto de 1868, convirtiéndose en el primero de los hijos de Micaela y Anselmo, al que pusieron por nombre Carlos Tomás de Santa Clara<sup>172</sup>. Dos años después, nacerá Regina, su única hermana. Para sacar adelante a sus dos hijos, el matrimonio hubo de repartirse las tareas productivas: Anselmo, sastre de profesión, complementaba su actividad habitual, recorriendo los pueblos andaluces en labores de promoción y venta de las máquinas de coser Singer, que por entonces se estaban introduciendo en España. Micaela, por su parte, realizaba demostraciones del manejo de la máquina en la tienda que poseían en el pueblo.

«Huérfano miserable e ignorante», según propia confesión, la infancia de Anselmo no debió de ser nada fácil, pero gracias a la constancia y al trabajo honrado pudo forjarse una vida independiente y una inusual amplitud de miras, que le llevaría a convertirse en un militante defensor de las ideas liberales<sup>173</sup>. Esta mentalidad abierta no siempre será bien entendida por sus convecinos, razón por la cual tanto Micaela como su marido se enfrentarán a más de un contratiempo. Gracias a una de sus descendientes, la conocida abogada, escritora y feminista Lidia Falcón O'Neill, conocemos alguno de estos sucesos:

Después de un tifus, difícilmente superado con la ayuda de la medicina de la época, Micaela se vio en la necesidad de cortarse la larga cabellera que exigían las buenas costumbres y la moda. Y no quiso usar ni pelucas ni postizos. Durante varias semanas, los gritos de los chiquillos, «la pelona, la pelona», y las risas de las mujeres, la acompañaron por las calles del pueblo. El atraso de sus contemporáneos proporcionó numerosos sinsabores a mis bisabuelos. La suciedad de las casas y de las personas era comentada siempre por mi familia. Micaela tenía fama de mala mujer porque se lavaba continuamente, incluso en el bidé<sup>174</sup>.

---

172 Tal y como consta en su partida de bautismo, celebrado en la iglesia parroquial de San Pablo de Úbeda (libro 17, folio 46), su familia paterna era originaria de la localidad burgalesa de Madrigal del Monte, mientras que la materna lo era de Jaén.

173 En el verano de 1869 ostenta el cargo de secretario del comité republicano federal de Úbeda, según informa el madrileño diario *La Discusión* de fecha 4-7-1869.

174 Lidia Falcón: *Los hijos de los vencidos (1939-1949)*, p. 16.



Según nos cuenta su bisnieta, la repetición de episodios similares colmó la paciencia de Anselmo y Micaela, hasta el punto de plantearse seriamente la posibilidad de trasladarse a Madrid, con objeto de que sus hijos pudieran educarse en un ambiente más abierto y tolerante. La instalación de la familia de Lamo Jiménez en la capital de España debió de producirse a finales de 1882, pues a principios del año siguiente Anselmo ya trabaja como sastre en la calle Montera. Tenemos constancia de que en el mes de julio de 1885 Carlos se encuentra matriculado en el instituto San Isidro, donde va a continuar los estudios de Bachillerato que había comenzado en el provincial de Jaén en el año setenta y ocho. Tras superar los ejercicios del grado de bachiller, iniciará los de Derecho en la Universidad Central. Mientras tanto, su hermana Regina estudia Piano y Solfeo con gran aprovechamiento, pues en los concursos que anualmente organiza la Escuela Nacional de Música y Declamación obtiene un Segundo Premio en 1888 y un Primer Premio en 1889. Bien parece que las expectativas que Micaela y Anselmo se habían planteado para sus hijos se están cumpliendo.

Será en ese tiempo, finales de 1887 o principios del siguiente año, cuando Rosario de Acuña conozca a los Lamo Jiménez. Probablemente sea Carlos, universitario por entonces y quizás miembro del grupo con el que la escritora había establecido contacto tras las huelgas estudiantiles de finales de 1884, el primero en relacionarse con ella. Lo cierto es que el hijo de Micaela y Anselmo es presidente de una entidad cultural denominada Ateneo Familiar, que los miembros de la sociedad han decidido nombrarla presidenta honoraria, y que nuestra protagonista acepta el nombramiento. Del contenido de la misiva en la cual da respuesta a la invitación recibida, podemos deducir que no hace mucho tiempo que Rosario y Carlos han entablado amistad y que la nueva presidenta honoraria de aquel ateneo familiar parece haber recuperado el ánimo, reconfortada por la vitalidad que exhibe aquel grupo de jóvenes entusiastas:

Sr. D. Carlos Lamo:

Estimado amigo: empiezo por suplicarte que me dispenses el tuteo, ciertas hebrillas blancas que van tornasolando con visos de plata el oro de mi cabellera, vuelven un tantico despreocupada mi voluntad cuando se dirige hacia una juventud tan flamante como la tuya, que apenas ha dejado al tiempo trazar sobre tu rostro el albor de la primavera de la vida.

[...]

Atiende, Carlos, y hazlo presente a tus asociados. Tengo por seguro que la regeneración española, es decir, el levantamiento de las energías laceradas y entumecidas de mi patria no se realizará sino por la juventud. ¿Vas comprendiendo tú y los tuyos por qué me congratulo tanto de ser vuestra presidenta? Vuestra generación es la España del porvenir;

con ella están en los códigos del Estado: la República, sin adjetivos, sin *reyes* y sin *histriones*; la Iglesia sin autoridad devastadora, sin rentas sacadas del trabajo del pueblo contra su voluntad, y sin soberanía sobre la dignidad de los ciudadanos [...]»<sup>175</sup>.

Tras las profundas transformaciones que ha experimentado la vida de Rosario en los pasados años, aquel ateneo familiar se convertirá en un revulsivo para ella, será el núcleo de sus nuevas relaciones. Con los miembros de esta sociedad parece sentirse tan a gusto que no duda en organizar una fiesta en su villa de Pinto, en su quinta campestre. Por una crónica publicada en el semanario en el que ella colabora habitualmente, conocemos que a la cita acuden alrededor de cuarenta asociados entre los que se encuentran algunos profesores, muchos alumnos y la familia Lamo Jiménez al completo. Según ha dejado escrito el cronista, en el transcurso de aquella velada de ambiente familiar se alabaron los méritos de los ateneístas, se recitaron poesías, se «cantaron cuantos himnos recuerdan los triunfos de la libertad en el mundo», y también se bailó. A la hora de los brindis muchos fueron los intervinientes. Habló Carlos en calidad de presidente de aquella fraternal sociedad; lo hizo también Anselmo, quien «presentó sencillamente su vida como ejemplo de lo que pueden lograr la constancia y el trabajo honrado». La anfitriona puso fin a las intervenciones con entusiastas palabras a favor de una trinidad presente y viva: libertad, mujer y juventud; como instrumentos ineludibles para «que las edades futuras puedan dedicarse al culto de otra trinidad, definitiva en el pensamiento humano y perenne para todas las humanidades: Dios, Naturaleza y Trabajo»<sup>176</sup>.

No tardó Anselmo de Lamo en encontrar los cauces adecuados para continuar la actividad que como republicano, masón y librepensador había desarrollado en Jaén. A la vista está que en todas esas facetas habrá de coincidir, al igual que su mujer y sus hijos, con Rosario de Acuña. Y aún habrá nuevos puntos en común, pues Anselmo va a adquirir cierto protagonismo en Fomento de las Artes<sup>177</sup>, una sociedad de artesanos, artistas e industriales empeñada en contribuir a la emancipación de las clases trabajadoras, en cuyos salones pronunciará doña Rosario dos conferencias a lo largo del año 1888<sup>178</sup>.

---

175 Carta dirigida a don Carlos de Lamo y publicada con el título «Ateneo familiar», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 31-3-1888.

176 «Fiesta del libre pensamiento», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 3-6-1888.

177 Empeñado en conseguir integrar a los de su profesión en aquella sociedad, consigue que algunos sastres constituyan una asociación, de la cual será presidente, que terminará por integrarse como una sección de Fomento de las Artes (*El Genio y el Arte*, Madrid, 18-12-1888).

178 Se trata de *Los convencionalismos* (pronunciada el 14 de enero de 1888 y cuyo texto fue publicado íntegramente en un número especial de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* que salió a la calle cuatro días después) y *Consecuencias de la degeneración femenina* (21-4-1888, *Las Dominicales*, 25 de abril).

Parece evidente que el ochenta y ocho tuvo una gran significación en lo que respecta a las relaciones entre la familia Lamo Jiménez y Rosario de Acuña, y más aún si consideramos que el 5 de abril de ese año tiene lugar la constitución del Grande Oriente Español a partir de la fusión de dos de las obediencias masónicas existentes en España. Tal era la importancia de aquella unión que la fecha dio nombre a una de las logias que se constituyó por entonces. Ni Rosario, ni Micaela, ni Anselmo, ni Carlos, ni Regina debían de andar muy lejos de los hermanos masones que la integraban (tampoco de las hermanas, pues la logia 5 de abril del 88 lo era de adopción, esto es, que, al igual que la alicantina Constante Alona, donde se inició Rosario, permitía la presencia de las mujeres). Coincidirían con sus integrantes en los anhelos por conseguir una masonería más fuerte, más unida; abierta de par en par a las mujeres. También en la defensa del iberismo, tan querido de muchos republicanos de entonces, y que se habría de poner a prueba en 1890 con ocasión del ultimátum del gobierno británico, mediante el cual pretende que el ejército portugués retirase sus tropas del territorio comprendido entre Angola y Mozambique. Fue entonces cuando aquella logia decide enviar un escrito de apoyo a sus hermanos lusitanos. Lleva por título «La logia 5 de abril del 88 al pueblo portugués» y está firmado por una nutrida lista de nombres, que encabeza el de Rosario de Acuña y entre los que se encuentran los de Anselmo de Lamo, Micaela Jiménez, Carlos de Lamo y Regina de Lamo<sup>179</sup>.

Aquella jovencita que había sido recibida en audiencia privada por Pío IX, que había saludado alborozada la entrada en Madrid de Alfonso XII, que se había sentido plenamente integrada en la burguesía isabelina, católica y liberal, con una vela puesta en el Cádiz de las Cortes y la otra en el Vaticano, con un ojo en el pariente Francisco de Paula Benavides y Navarrete, primero obispo y luego cardenal, y el otro en el progresista Pascual Madoz, comandante del subteniente de las Milicias Felipe de Acuña<sup>180</sup>, sabe que ya no pertenece al grupo social en el que se crió. Las relaciones con la familia de su marido se han roto por completo<sup>181</sup>; las que mantiene con la suya se han enfriado en grado sumo; sus antiguos amigos y conocidos, muchos de ellos representantes acaudalados de aquella sociedad ostentosa y enfermiza que tanto ha criticado, parece que han desaparecido. Republicana, masona y librepensadora, encuentra en la familia Lamo y Jiménez nuevos vínculos que mantendrá hasta la muerte.

---

179 *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 8-3-1890.

180 Cuando el turno de partidos obligó a muchos españoles a optar entre moderados y progresistas, don Felipe de Acuña, al igual que otros miembros de su familia como, por ejemplo, su tío Pedro Manuel de Acuña, no dudaron en mostrar su pública adhesión a Sagasta, a quien ya habían apoyado durante el Sexenio como prueba esta nota aparecida en *La Iberia* el 13 de noviembre de 1872: «El señor don Felipe de Acuña se apresuró a ofrecer al señor Sagasta, en carta de 31 de octubre, sus sentimientos de leal adhesión, cariño y respeto».

181 Su suegro, Augusto de Laiglesia y Laiglesia, falleció el 3 de junio de 1889. En la esquila que publica *La Correspondencia de España* ese mismo día no aparece mención alguna a su nuera; sí figura, en cambio, su otro hijo político el «Excmo. Sr. D. Emilio Gutiérrez Gamero».

Carlos es por entonces un combativo estudiante que se sitúa a la cabeza de las protestas estudiantiles. Su nombre es el primero que aparece en artículos y manifiestos, bien sea para felicitar a los universitarios sevillanos por sus protestas («¡Llor a vosotros, compañeros estudiantes de la Universidad de Sevilla! Habéis probado con vuestra manifestación imponente, que hay algo más eficaz y más demoledor que las armas agresivas...»<sup>182</sup>), o para pedir solidaridad con los estudiantes portugueses frente a las amenazas lanzadas por el Gobierno británico («Que de todos los ámbitos del mundo escolar español surja una protesta de adhesión al pueblo portugués...»<sup>183</sup>). El asunto del Ultimátum parece interesarle vivamente pues su firma encabeza el manifiesto «Los estudiantes españoles a los estudiantes portugueses», el cual fue publicado por dos periódicos portugueses antes de aparecer en las páginas de *Las Dominicales* el fechado el 1 de marzo de 1890<sup>184</sup>.

La amistad entre Rosario y Carlos se va consolidando poco a poco, hasta el punto de que es más que probable que sea él quien la acompañe en el largo viaje por la cordillera Cantábrica al que hace mención en la Dedicatoria incluida en *El padre Juan*: «A mi lado había un ser valeroso, cuya respetuosa amistad, llena de abnegaciones y de fidelidades, había querido compartir conmigo los peligros y vicisitudes de cinco meses de expedición a caballo y a pie por lo más abrupto del Pirineo Cantábrico»<sup>185</sup>. Aquel viaje era uno más de los que por entonces solía hacer Rosario en compañía de su sirviente Gabriel recorriendo a caballo durante varios meses una extensa zona del suelo patrio. En aquella ocasión, la partida se debió de retrasar hasta los primeros días de junio para que Carlos pudiera presentarse a los correspondientes exámenes<sup>186</sup>. La admiración del estudiante

182 *El País*, Madrid, 10-11-1888.

183 *El País*, 14-2-1890.

184 Según cuenta Pilar Vázquez en «Un noventa y ocho portugués: el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España», p. 567, el escrito será publicado en *O Rebate*, de Oporto, el primero de marzo y en el lisboeta *A Patria*, el día 13. Coincidiendo con los planteamientos iberistas defendidos por Rosario de Acuña y que tan queridos eran para los republicanos españoles, el texto firmado por Carlos apela a la comunión de españoles y lusitanos: «Al grito de indignación de vuestras almas, ha respondido el grito de indignación de las nuestras: que unas y otras han nacido bajo el mismo cielo, meciéndose en iguales cunas, aprendiendo las mismas enseñanzas y nutriéndose con idénticas pasiones».

185 *El padre Juan*, p. 5.

186 La hipótesis de que Carlos fuera el acompañante en aquel viaje queda reforzada por el hecho de que en septiembre no se encontrara en Madrid, razón por la cual, tal y como consta en su expediente académico (Archivo Histórico Nacional, sección Universidades, legajo 4303, expediente 7), tuvo que ser matriculado por un amigo o conocido, el cual lo hizo «por orden», sistema que le ocasionó algún que otro contratiempo, a juzgar por un escrito dirigido al rector en octubre de 1890 en el cual señala que «no habiéndose encontrado en Madrid al hacer la matrícula» el encargado de realizarla en su nombre cometió un error, por lo que solicita un cambio de firmas.

hacia aquella mujer debió de acrecentarse considerablemente durante esta expedición por tierras asturianas y gallegas. Tantas horas pasadas en los agrestes parajes cantábricos, todo cielo, todo valles, todo montañas, con la sola presencia de sus dóciles monturas, y por única compañía la de aquella mujer portadora de tanta reflexión, estudio y experiencia en sus alforjas, debieron convertir los meses así vividos en lo que bien parece resultó un viaje iniciático para el joven Carlos. Se había criado en un ambiente liberal; su padre era masón; su madre asumía roles que no eran habituales en las demás mujeres de la época, pero ahora estaba solo con Rosario de Acuña, todo un símbolo de libertad. Aquella mujer joven aún, pues frisaba los cuarenta, había renunciado a todo lo que la cuna tenía para ella reservado; se había rebelado ante la ofensa del marido y ante quienes consentían las mentiras y la hipocresía; se había alejado del aplauso fácil y el halago vacuo; había bajado a la arena pública para combatir en pos de la regeneración patria. Y ahora allí estaba Carlos, solo con ella. La seguiría adonde ella fuera.

Carlos estaba presente en las primeras páginas de *El padre Juan* y es muy probable que también lo estuviera en el estreno de la obra, que acudiera en compañía de algunos de sus amigos del Ateneo Familiar, que todos ellos fueran a buscar a la autora para llevarla ante el público que la aclamaba en el teatro Alhambra, y que fuera él quien por todo saludo dijera aquello de «¡Al teatro! ¡Pronto, pronto que el público está delirante aplaudiendo y esperando!»<sup>187</sup>. Y es que, además de ocuparse de los manuales de Civil, Internacional, Mercantil y Hacienda Pública, el joven estudiante no podía dejar de estar pendiente de todo cuanto le sucediera a aquella mujer que se había convertido en su referente y guía. Gozaría al verla cosechando los aplausos en el escenario, y con ella se indignaría al enterarse de la prohibición gubernativa del día siguiente.

La vida de Carlos se había visto sensiblemente alterada en los últimos tiempos. El estudio había dejado de ser el centro de interés de sus días. Todas las emociones vividas en los meses pasados habrán de cobrarse la pertinente factura cuando en junio obtenga el primer fracaso en sus estudios: suspenso en Derecho Civil. «¡Ponte a estudiar!» Aquel año parece que no hubo viaje a caballo. Al fin, llegado septiembre se pudo remediar el asunto. Para el curso siguiente se matriculó de tres de las cuatro asignaturas que le quedaban para terminar la carrera y las cosas tampoco rodaron bien. Por entonces Rosario cae gravemente enferma, víctima de unas fiebres palúdicas que la ponen al borde de la muerte. Sus allegados, Carlos lo era, la convencen para que deje su quinta de Pinto y se instale en Madrid, donde estaría mejor atendida. En junio solo pudo aprobar una asignatura, pero para esa fecha la enferma estaba bastante recuperada; en septiembre aprobó las otras dos. Solo quedaba Derecho Procesal de la que se matriculó en Enseñanza Libre en enero de 1893, aprobándola en la convocatoria del mes siguiente. Acto seguido, la inscripción para los exámenes del grado, que supera el

---

187 Carta a don Antonio Zozaya, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 25-4-1891.

17 de abril tras defender ante el tribunal un tema sobre los montes públicos convirtiéndose, al fin, en licenciado en Derecho.

En el verano del año anterior Rosario de Acuña había publicado el cuento titulado *La abeja desterrada*<sup>188</sup>, que iba precedido de una agradecida dedicatoria al doctor que la atendió en su grave enfermedad, en donde anuncia que está pensando seriamente en marchar por largo tiempo, quizás para siempre, a orillas del Océano. Sabemos que, efectivamente, tan pronto como pudo tenerse en pie marchó a Galicia donde pasó algunos meses devolviendo la fortaleza a su debilitado cuerpo. Quizás esperó hasta el mes de septiembre para que Carlos pudiera acompañarla, de lo que sí tenemos certeza es que ésta no fue su estancia definitiva a orillas del mar de la que ella hablaba. Volvió a Madrid y en diciembre de 1893 presentó el que habría de ser su último estreno: *La voz de la patria*. Tiempo después se alejó de Madrid, ahora para siempre, y en este viaje sí llevó consigo a Carlos de Lamo Jiménez, por entonces más unido, si cabe, a quien era su guía, mentora y compañera, pues poco tiempo atrás había ingresado en la Logia Española nº 176, con el nombre simbólico de Michelet<sup>189</sup>.

Primero en Cantabria y finalmente en Asturias, donde la muerte de la librepensadora romperá definitivamente aquella unión, Carlos será el fiel acompañante de la escritora. A su lado recorrerá los valles cantábricos, ascenderá cumbres, soportará murmuraciones y calumnias, compartirá ilusiones, penará en el exilio portugués... Al fin y al cabo, como él mismo llegará a escribir, durante casi cuarenta años fue «el compañero de todos los minutos de aquella mujer extraordinaria»<sup>190</sup>. Rosario, por su parte, recordará en su vejez la generosidad de quien «sacrificando su carrera, sus naturales talentos, su porvenir y hasta su fama, ha sabido, con paciencia generosa, atenuar el *vía crucis* de quien, siendo mujer, se atrevió, en España, a vivir como *persona* y por su cuenta»<sup>191</sup>.

Carlos, que durante años ha estado al lado de quien legalmente aún es la esposa de Rafael de Laiglesia, lo estará también en aquel mes de enero de 1901 cuando se entere de que la muerte del antiguo militar y entonces director bancario la ha convertido en viuda, legalmente viuda. Ninguna ley le impide entonces volver a casarse, si esa fuera su voluntad, pero no lo hace ni entonces ni en el futuro. La relación que mantiene, sea ésta cual fuera, está basada en la firme voluntad de ambos de seguir juntos. Además, como viuda tenía derecho a una pensión a la que, en esos años en que su economía

---

188 *Heraldo de Madrid*, 27-6-1892.

189 En noviembre del año 1895 su nombre ya figura en el cuadro lógico, según consta en su expediente personal conservado en el Archivo General de la Guerra Civil Española (sección Masonería, expediente 31, legajo 306).

190 Regina de Lamo (ed.): *Rosario de Acuña en la escuela*, p. 253.

191 Carta a Fernando Mora, publicada en el diario *El Noroeste*, 1-9-1915.

no era para nada boyante, pues dependía de los beneficios que le proporcionaba la granja avícola que con su esfuerzo trataba de sacar adelante, no podía renunciar. Por otra parte, si en algún momento hubiera pasado por su cabeza la posibilidad del matrimonio para asegurar a su compañero un futuro menos incierto cuando ella faltara, tal eventualidad quedó resuelta cuando dos años después de ocurrida la muerte de su madre redacta el que será su último testamento. En el documento ológrafo fechado en la ciudad de Santander el veinte de febrero de mil novecientos siete declara como único heredero a

...don Carlos Lamo y Jiménez, abogado, mayor de edad, a quien lego todos mis bienes muebles o inmuebles, en una palabra, todo cuanto posea en la fecha de mi fallecimiento, salvo las mandas que a continuación expresaré. Y es mi voluntad terminante que nadie le dispute la herencia ni en total, ni en parte, pues quiero y mando que todo sea para el dicho don Carlos Lamo y Jiménez<sup>192</sup>.

No cuesta mucho trabajo pensar que la convivencia entre Rosario y Carlos daría mucho que hablar. A pesar de que la pareja solía vivir en lugares un tanto alejados de las ciudades, su presencia no pasaba inadvertida, pues la escritora seguía publicando artículos y asistiendo a algunos actos públicos. Por si esto fuera poco, su fama la precedía. Estuviera donde estuviera siempre habría un periódico que alabaría su tenacidad en defensa de la libertad y otro, de signo contrario, que desdeñaría su labor como escritora y pensadora. ¿Quién era su acompañante? A poco que se indagase, se podría saber que la autora había estado casada, pues había firmado libros con el apellido de quien fuera su marido. Además, aquel hombre que vivía en su casa era bastante más joven que ella, diecisiete años más joven. A Rosario no parece que la opinión de la gente sobre el particular le inquietara gran cosa y cuando tenía que referirse a él tanto le llamaba «amigo», «pariente» o «mi compañero»<sup>193</sup>. Otros, sin embargo, utilizan el calificativo de «sobrino» para justificar su presencia al lado de la librepensadora madrileña. En Santander ya era sobrino, pero entonces lo era de su madre<sup>194</sup>. Muerta doña Dolores Villanueva, pasó a ser sobrino de su hija, y en Gijón así fue comúnmente conocido, pues la prensa local utilizaba sistemáticamente este supuesto parentesco

---

192 Transcripción realizada por Luciano Castañón en «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña».

193 «Mi compañero» es el término que utiliza en «Servando Bango en El Cervigón», (*El Noroeste*, 18-4-1917); «pariente» y «compañero», en la carta que le envía a Roberto Castrovido relatándole los registros de su casa durante el verano de 1917 (*El País*, 5-6-1918).

194 Según cuenta el corresponsal de *El País* en Santander, el cadáver de doña Dolores Villanueva y Elices, fallecida el 19 de junio de 1905 a los 77 años de edad, «fue acompañado solamente del doctor Toca y del sobrino de la difunta don Carlos Lamo, por voluntad expresa de la finada» (*El País*, 1-7-1905).

para referirse a Carlos, tanto en vida como tras la muerte de su compañera. Sobrino era el que en enero de 1923, se encontraba en la casa colaborando en el auxilio de los naufragos de una goleta que había encallado en las proximidades; sobrino el que agradeció a los gijoneses las manifestaciones de pésame recibidas tras la muerte de la pensadora; sobrino el que preside los actos de homenaje póstumos que se llevan a cabo en el ateneo de la ciudad... Tantas fueron las veces que sobrino le denominaron «...que muchos consideraron su sobrino, quizá por ser más joven que la escritora»<sup>195</sup>.

Si como sobrino presentaba el periódico reformista al compañero de aquella vecina de El Cervigón, sobrina habría de ser la hermana de aquél, Regina, quien, como ha quedado dicho, tenía dos años menos que su hermano, estaba casada y era madre de dos hijas, Carlota y Enriqueta. Con ellas pasaría algunos veranos en la casa gijonesa en la que viven Carlos y Rosario, a quien Regina conocía desde los dieciocho o diecinueve años, y con la que compartía muchos puntos de vista e inquietudes, que, por cierto, no duda en hacer públicas desde las mismas páginas en las que habitualmente colabora su *tía*. El derecho al voto de la mujer, las ventajas de los bancos populares de crédito o la defensa de los animales son algunos de los temas tratados por aquella otra *sobrina* en los artículos que desde el verano de 1920 publica de forma esporádica *El Noroeste*. Las visitas a Gijón se repiten; las colaboraciones periodísticas se suceden. La complicidad entre las dos escritoras es muy alta, no solo en lo que respecta a la emancipación de la mujer, a la llamada cuestión social, al gusto por la poesía, sino también en lo que se refiere a su gran amor por los animales: Regina estará en los inicios de la Federación Ibérica Protectora de Animales y Plantas, desde donde luchará contra las corridas de toros y contra todo acto que pueda suponer sufrimiento para los animales, objetivo que comparte con Rosario de Acuña, quien durante toda su vida había demostrado un gran amor por las animales, de los que siempre quiso estar acompañada, ya fueran caballos, a los que personalmente cuidaba, gallinas u otros habitantes de su corral. De su cariño hacia estos seres dejó cumplida muestra en su testamento donde no se olvida de encargar a su único heredero «que cuide de los animalitos que haya en mi casa cuando yo muera, especialmente mis perros, y sobre todo mi pobre Tonita, que *no los maltrate* y les proporcione una vejez tranquila y cuidada...» Las coincidencias entre Rosario y Regina no se limitan al campo de las ideas que defienden (la necesidad de avanzar en la situación social de la mujer, la defensa del librepensamiento, la importancia de la educación de las nuevas generaciones, el papel protagonista que ha de jugar el proletariado español en la regeneración patria...); además las dos se caracterizan por poseer una fuerte personalidad: ambas tienen decisión, voluntad y coraje para pelear por la consecución de sus ideales. Lidia Falcón, sobrina-nieta de Carlos, no duda en incluir a Rosario entre las mujeres de su familia,

---

195 Elvira Pérez-Manso: *Escritoras asturianas del siglo XX: entre el compromiso y la tradición*, p. 55.



caracterizadas todas ellas, según dice, por la fortaleza de espíritu, el pundonor y la capacidad de lucha: Rosario lo ha demostrado fehacientemente a lo largo de su vida; Regina lo hará en las múltiples iniciativas que va a emprender hasta el momento de su muerte ocurrida en 1947; sus hijas Carlota y Enriqueta tendrán ocasión de poner a prueba estas cualidades familiares con ocasión de las calamidades que habrán de soportar durante el tiempo de la cainita guerra –y posguerra– que dará comienzo en el treinta y seis<sup>196</sup>.

Aunque por entonces eran frecuentes las visitas de Regina, el sábado cinco de mayo del año veintitrés no se encuentra en Gijón. Ese día únicamente está Carlos, solo con su compañera, en la casa del acantilado donde han pasado los últimos años, y más solo aún se va a quedar cuando ésta lo abandone para siempre antes de que el día finalice. Nada hacía prever tan súbita despedida; Rosario se sentía fuerte y así lo había hecho saber unos meses antes a sus lectores, en una carta que había enviado con motivo del homenaje a José Nakens, director de *El Motín*: «dada la fortaleza y agilidad corporal que tengo y la integridad de mis facultades mentales [...] a no ser por un golpe de mano, todavía he dar alguna guerra...»<sup>197</sup>. Nada hacía sospechar que la muerte llamara a la puerta, pero durante la tarde de aquel sábado nefasto Carlos se quedó finalmente solo. Todo lo que tenía se difuminó con su inesperada marcha: desde mediados de los ochenta, su vida había girado en torno a aquella mujer. Durante los últimos cuarenta años no había hecho otra cosa que seguirla allá donde ella fuera, cuidarla, darle apoyo y compañía, y admirar todo lo que hacía. Su presencia había llenado su vida desde que la conociera apenas iniciada la veintena y ahora todo se había esfumado de pronto. ¿Y mañana? Mañana, ¡nada!

Todo habrá de cambiar para él, pues Rosario había sido durante todos estos años el centro de su vida. Fuera de ella, poca cosa. Tanto tiempo ocupando un segundo plano, a la vera de su ilustre compañera, que tan solo ha permanecido el leve rastro de su pertenencia a la masonería: en septiembre de 1921 ingresa en la logia Jovellanos de Gijón procedente de la española nº 176, de Madrid<sup>198</sup>. Ni siquiera existe constancia de que tuviera ocupación remunerada alguna, lo que explicaría que la pareja pasase de vivir

---

196 La primera, convertida en viuda prematura del capitán de aviación Virgilio Leret que había sido fusilado en Melilla en los primeros momentos de la guerra, penará en la cárcel las opiniones vertidas en la prensa en los años anteriores. La segunda se verá obligada, en un largo exilio interior, a luchar por su supervivencia y la de su pequeña hija, ocultando sus antecedentes familiares y su matrimonio con César Falcón, destacado militante comunista y director de *Mundo Obrero*.

197 Alguna guerra dio en ese tiempo ciertamente, y lo hizo hasta pocos días antes de su fallecimiento, pues el 29 de abril, el domingo anterior, apareció en la prensa local una carta suya en la que denunciaba los molestos ejercicios de tiro que realizaban tropas del ejército en las inmediaciones de su casa. Fue su último escrito.

198 Archivo General de la Guerra Civil Española, expediente 31, legajo 306.

con cierto desahogo en los primeros años de convivencia, a vivir con apuros económicos en los últimos tiempos, pues el capital que Rosario aún conservaba cuando residía en Pinto no pudo resistir los contratiempos con los que se encontró en el camino: la quiebra del proyecto de Ciudad Lineal, primero, el desahucio de la granja de Cueto, después, y los dos años de exilio en Portugal, finalmente, se llevaron por delante la mayor parte de la herencia familiar. Fueron muchos los años en los que en casa únicamente entró el dinero de la pensión de viudedad que tenía concedida. ¡Menos mal que no había cambiado de estado civil! A pesar de las estrecheces finales, Rosario de Acuña y Villanueva se resistió a deshacerse de nada de lo que aún conservaban: todo sería para él cuando ella faltara.

## Las mujeres: sus hermanas

MUCHAS DEBIERON DE SER LAS MUDANZAS que durante los siete años de convivencia matrimonial se produjeron en el pensamiento de Rosario de Acuña y Villanueva; al menos eso es lo que evidencian los escritos que publica tras la ruptura con su marido: ya no pinta cascadas de espuma en las crestas del embravecido mar, ni tañe perdidos suspiros que escuchar pudiera una viajera golondrina, ni entona sus pobres cantares que en el espacio se pierden y en el olvido se acaban... No; bien parece que lo que ha vivido y ha visto a lo largo de estos años le han agrietado un tanto el alma, y su pluma, romántica y esperanzada en otro tiempo, no está ya para dulces cantilenas. Ya no era aquella que prometió amor eterno en solemne ceremonia religiosa, que aceptó las condiciones de una unión desigual en la que la mujer quedaba subordinada al hombre por la ley y las costumbres, que dejó todo para acompañar a su marido allá donde la superioridad les había destinado... Indudablemente, la visión que nuestra protagonista tiene ahora de la mujer y del papel que la sociedad le tiene reservado es bien diferente de la que tenía aquel sábado 22 de abril cuando en la parroquial de Santa Cruz se convirtió en señora de Laiglesia. Ahora, ocho o nueve años más tarde, bien puede decirse que, en lo tocante a la por entonces denominada «cuestión de la mujer», nuestra protagonista mantiene posiciones de vanguardia, combatiendo –según sus propias palabras– a cuantos se oponen a la ilustración y a la dignificación de la compañera del hombre. No serán pocos los escritos y las conferencias que desde mediados de los ochenta hasta el momento de su muerte tengan a las mujeres por destinatarias, cuando no por protagonistas, pero los principios fundamentales de su discurso sobre la cuestión ya están claramente definidos en los textos que hace públicos entre 1885 y 1888.

Aquella mujer ya no era la misma. Como si quisiera recuperar el tiempo perdido, se nutrió velozmente de tanta conciencia feminista que apenas pasados ocho años explotaba con una declaración tan cruda como la siguiente:

Y vosotros, los adalides del harén o del gineceo, que pretendéis para la mujer el yugo de la bestia; vosotros que queréis cerrarla todas las puertas del progreso, dándola para su trabajo una rueca, para su placer vuestra sensualidad, para su fin la multiplicada gestación de vuestros hijos; vosotros que intentáis hipertrofiar su inteligencia con el vaho de la cocina doméstica, y encallecer su corazón con el apartamiento de las cuestiones científico-sociales; vosotros, los que pregonáis al sol de la trompeta de vuestro amor propio

que la mujer es un puñado de células nerviosas, que solamente pueden vibrar en el lecho nupcial, en el parto o en el trabajo de la lactancia...<sup>199</sup>

Sus habituales lectoras de *El Correo de la Moda* debieron de sentir el traqueteo de las hojas que la rotundidad de aquellas palabras había provocado. En pocas líneas la todavía joven escritora (no tenía aún los treinta y cinco años) había trazado una imagen que no se aleja mucho de la que los estudiosos del tema nos describen acerca de la situación de la mujer en la España de entonces: confinada entre las paredes del hogar, entregada al bienestar del marido y de su prole, alejada de los asuntos sociales, privada de la posibilidad de desarrollar sus capacidades intelectuales... Nunca antes se había expresado con la contundencia que muestran los escritos de los años ochenta, en los cuales no solo va a denunciar la situación en la que viven sus congéneres, sino que también combate con contundencia los argumentos que se aducen para justificar la supuesta inferioridad de la mujer, sean estos cuales sean. Tal sucede, por ejemplo, cuando sale al paso de aquellos que la sustentan en el exceso de sensibilidad femenina, aquellos que afirman que las mujeres son inferiores porque son más sensibles que los hombres:

Pensad fríamente en esos lastimeros asertos, y veréis de qué modo se achica, se reduce, se empequeñece, se anula esa pretendida inferioridad, cuando solo se funda en el predominio de nuestras condiciones sensitivas. Todos los grandes hombres, todos los genios poderosos que, cual piedras miliarias, van marcando a través de los siglos las grandes conquistas del pensamiento humano, han sido siempre, y en todas ocasiones, los que han tenido más exquisita y delicada sensibilidad. ¿Qué se desprende de esto? Que toda organización dispuesta a percibir y emitir la verdad ha de tener como esencial e imprescindible una bien templada y vibrátil sensibilidad; mejor dicho: que todo ser llamado a desempeñar trascendentales misiones en el concurso humano ha de estar dotado de las más selectas condiciones sensitivas. De modo que véase por su base destruido el axioma de que la mujer es imperfecta e inferior por exceso de sensibilidad; si dijeran que lo es por defecto, ya sería otra cosa; pero fundar como causa de su insignificancia intelectual lo que podría ser origen de su importancia, es un visible desconocimiento de las leyes fisiológicas<sup>200</sup>.

La tesis inicial sobre la que construye su discurso feminista es –como no podía ser de otra forma– la negación de la inferioridad de la mujer con respecto al hombre, es decir, su oposición a admitir como cierto el pensamiento dominante, según el cual el varón es superior por su propia naturaleza, por voluntad de la divinidad, tal y como

---

199 «Resumen», *El Correo de la Moda*, 10-1-1885.

200 «El trabajo. El arte», *El Correo de la Moda*, 26-6-1884.

viene defendiendo la Iglesia desde los primeros tiempos. Por lo que respecta a quienes echan mano de argumentos anatómico-fisiológicos, (especialmente los aportados por la frenología) para justificar la inferioridad intelectual de la mujer, no tiene más que seguir el sendero ya trazado años atrás por Concepción Arenal arremetiendo contra las tesis del doctor Gall y sus aventajados discípulos que atribuyen la superioridad masculina a la mayor capacidad craneal de los hombres<sup>201</sup>. Así lo hace en 1881 cuando publica «Algo sobre la mujer», su primer escrito sobre el tema, un tanto conformista y timorato:

No se me venga con la fisiología a probar, como dos y dos son cuatro, que nuestro cerebro, en cantidad y calidad, es infinitamente inferior al del hombre e igual casi al del hotentote, último ser de la escala racional, el más inmediato al cuadrumano, porque a esto respondo yo que órgano que no se utiliza concluye por atrofiarse y que, si desde nuestras más remotas abuelitas se nos vino relegando al pasivo papel de los irracionales, nada tiene de extraño que las nietas de tantas generaciones de necias tengan en su masa encefálica una infinitesimal cantidad de sustancia gris y un escasísimo volumen de cerebello<sup>202</sup>.

Está convencida y así lo proclama a los cuatro vientos de que, con la adecuada formación, la mujer puede llegar a ocupar cualquiera de las tribunas que hasta entonces han estado monopolizadas por el hombre. No hay razón alguna para que así ocurra, y para demostrarlo no tiene más que echar mano de su propio ejemplo. Ella fue quien en la primavera de 1884 se convierte en la primera mujer en subir a la tarima del Ateneo de Madrid. Los versos que allí recita ceden todo el protagonismo a su propia presencia, a la presencia de una mujer, en aquel «templo de la sabiduría». Entonces los cronistas, como señala Ángela Ena, apenas se fijaron en el contenido poético de la obra recitada, pero todos destacaron «su admirable modo de leer» y «la voz femenina, vibrante y conmovida de la autora». En efecto, lo que allí había sucedido trascendía la poesía para convertirse en un hito en la historia de la sociedad ateneísta, tal y como se encargaron de resaltar los periódicos, los cuales se mostraron coincidentes a la hora de destacar que la celebración de la velada había supuesto una derrota para cuantos se oponían a la entrada de la mujer en el Ateneo<sup>203</sup>. La justificación de tal oposición quizás habría

---

201 Este asunto de la frenología debió suscitarle gran interés, pues, en una carta publicada el 5 de octubre de 1886 en el diario madrileño *El Resumen*, afirma disponer en su biblioteca varias obras especializadas en la materia «aumentadas con las que va produciendo la ciencia europea en este género de conocimiento». Según confiesa en la citada carta, el análisis del referido tema tiene para ella la finalidad de «hacer el estudio comparativo entre el hombre y la mujer y como uno de los elementos primordiales para testificar *mi razón* cuando el asunto se trate en límites extensos», dado que lo que está en juego es, precisamente, la capacidad de raciocinio de la mujer.

202 «Algo sobre la mujer», en *Tiempo perdido*, p.63.

203 Ángela Ena: «La mujer en el Ateneo: una visión histórica», p. 16.

que buscarla en el temor que sintieron algunos socios a que, tras Rosario de Acuña, hubiera otras mujeres que siguieran sus pasos, como así sucedió<sup>204</sup>. Su ejemplo, y el de otras que como ella dedican sus esfuerzos al trabajo y al estudio, es la mejor refutación a cuantos pretenden justificar la inferioridad intelectual de la mujer con argumentos anatómicos. No es cuestión, asegura, de la diferente naturaleza de los sexos, sino del diferente nivel de formación que se le permite a uno y a otro: «Insuficiencia por medios, no inferioridad por origen; he aquí todo». Así de rotunda lo afirma ante las mujeres que asisten a la conferencia que con el título «Consecuencias de la degeneración femenina» pronuncia en el mes de abril de 1888 en la sociedad Fomento de las Artes de Madrid<sup>205</sup>. Coincide con Concepción Arenal en su diagnóstico sobre las causas de la inferioridad femenina; también lo hace a la hora de proponer soluciones: ambas consideran ineludible dotar a la mujer de la educación más completa posible. En la medida en que así se produzca, habrá de mejorar su situación y, como consecuencia, la de la sociedad en su conjunto, que buena falta le hace.

\* \* \*

La regeneración social le preocupa especialmente: ¿qué hacer para mejorar la sociedad en la que vive?, ¿qué hacer ante lo que sus ojos, libres ya de las llagas lacerantes, no ven más que como un organismo decrepito, corrompido por la vanidad, la envidia y los convencionalismos? No es posible permanecer impasible, pues «quien observa y siente, por fuerza ha de lamentar esa degradación paulatina que, como frío sudario, envuelve nuestras juventudes»<sup>206</sup>. Es esta una visión que, con mayor o menor intensidad y con los necesarios matices, comparte con algunos de sus compatriotas que se levantaron en el sesenta y ocho contra la sociedad isabelina o que se resisten a aceptar de buen grado el restaurado conformismo del setenta y cinco: aquello no va bien y España necesita más escuela y menos superstición. Tras el diagnóstico coincidente, Rosario sugiere el tratamiento que considera más eficaz: nada se puede hacer si no se empieza por la familia, por el hogar familiar, dominio asignado a la mujer.

---

204 En 1887 será Emilia Pardo-Bazán la que pronuncie su primera conferencia en los salones del ateneo madrileño. A partir de esta primera intervención, la escritora gallega desarrollará una gran actividad en la Sociedad como conferenciante y, posteriormente, como profesora de su Escuela de Estudios Superiores. Cuando en el año 1895 el Ateneo decida aceptar el ingreso de las mujeres, ella será la primera en obtener el carné de asociada. A finales de siglo los salones de la sociedad ateneística son frecuentados por un nutrido grupo de escritoras y periodistas entre las que podemos destacar a Concepción Jimeno, Blanca de los Ríos o Sofía Casanova.

205 *Las Dominicales del Libre Pensamiento* publicó con fecha 25 de abril un número extraordinario en el que se reprodujo el texto íntegro de la conferencia.

206 «Cuatro palabras de prólogo», *El Correo de la Moda*, 11-3-1882.

Son las mujeres, pues, el primer instrumento del cambio, las verdaderas protagonistas de la regeneración social: «la sociedad tiene que regenerar por vosotras», les dice más de una vez a sus lectoras de *El Correo de la Moda*. Coincide en otorgar a la mujer el protagonismo en la regeneración patria con los planteamientos del movimiento krausista, algunos de cuyos integrantes llevan años dedicándose con afán a la mejora de su educación<sup>207</sup>, convencidos como están no solo de que el país no puede prescindir de la mitad de su población, sino también de que la higiene, la salud y la educación de los futuros ciudadanos comienza en el entorno familiar, comienza por la educación materna.

En los primeros años ochenta, cuando retorna a Madrid tras su estancia en Zaragoza, su mirada no parece la misma. No le gusta lo que ve, no le gustan ni la hipocresía, ni la vanidad, ni la falsedad que impregnan la vida de las ciudades: la patria, su querida patria, necesita una cura... España no va bien y algo hay que hacer para enderezar su rumbo. Toca tiempo de reflexión, de leer y releer a quienes hablan de regenerar la patria. En su opinión, todo intento de regeneración debe pasar por la mujer, sin ella cualquier cambio es imposible. Desde que se instalara en su quinta campestre situada a las afueras de Pinto, y hasta el mismo momento de su muerte, las mujeres se convertirán en las principales destinatarias de sus propuestas para regenerar la patria; junto a ellas, sus hermanas, caminará en busca de esa sociedad justa, regida por la Verdad que, diez o veinte generaciones más adelante, habrá de alumbrar el porvenir.

Está convencida de que el alejamiento de la Naturaleza y de los principios que la rigen es la causa primordial de la degeneración social que se observa en la vida ciudadana, razón por la cual propugna una vuelta al campo como elemento de primer orden en el necesario proceso de regeneración patria:

En vano es que los moralistas pretendan la regeneración colectiva, si la de la familia y la del individuo no se realiza; y ésta, forzoso es decirlo, jamás ha de verificarse en los grandes centros, donde se amontonan las pasiones bastardas, las ambiciones mezquinas, los pensamientos innobles...<sup>208</sup>.

---

207 Tal es el caso de Fernando de Castro, promotor de las Conferencias Dominicales para la Educación de la Mujer, impartidas por reputados profesores universitarios, influyentes políticos y distinguidos profesionales de la medicina, la ingeniería o la abogacía. De las razones que lo animan da cuenta en el discurso inaugural, que tiene lugar en la primavera de 1869, donde afirma que «el fin general de perfeccionarse y de realizar la naturaleza humana obliga lo mismo al hombre que a la mujer». Animado por los resultados obtenidos, da un paso más y toma la iniciativa de poner en marcha la Asociación para la Enseñanza de la Mujer que queda constituida en el año 1871 bajo su presidencia con un objetivo primordial: «Contribuir al fomento de la educación e instrucción de la mujer en todas las esferas y condiciones de la vida social».

208 *Influencia de la vida del campo en la familia*, p. 5.

Es preciso volver al campo, para crear allí el nuevo germen que, andando el tiempo, sea capaz de regenerar la patria. Y esta labor únicamente la pueden realizar las mujeres, pero no todas:

...faltaría a mi deber de sincera, si no dijese que no han de venir los remedios ni de las altas esferas donde la indiferencia se anida, ni de las nulidades medias que pasan su vida intentando, siquiera sea aparentemente, figurar en las posiciones superiores. En una palabra, y de otro modo dicho, no escribo ni para la aristocracia ni para las vulgaridades: las unas saben lo que conviene hacer para preparar el camino a las sociedades futuras... no lo hacen... por apatía, por falta de necesidades, por educación... y por cálculo; las otras ignoran lo que es el deber, no tienen noción del sentido natural, el espíritu de imitación es solo lo que las domina, viven petrificadas entre la rutina y la superstición...<sup>209</sup>.

Dicho y hecho, cada cierto tiempo tendrá una cita en las páginas de *El Correo de la Moda* con aquellas lectoras más dotadas de espíritu de observación y de análisis, con la esperanza de que sus apuntes puedan ayudarlas a la hora de tomar parte activa en la labor de regeneración a la cual están invitadas «puesto que la sociedad tiene que regenerar por vosotras, que en vez de dar jimios como los que se dan desdichadamente en los planteles de la familia contemporánea, tenéis que formar hombres dignos de la supremacía de sus destinos sobre la tierra y del altísimo cumplimiento de sus deberes racionales».

Solo las mujeres pueden regenerar la sociedad patria y para ello necesitan huir del mundo de las apariencias y de las sensualidades y dedicarse al estudio y al trabajo. Esa es la receta que prescribe insistentemente a quienes la leen en aquella revista destinada a las mujeres que cuentan con cierta formación, las únicas que por entonces cree capacitadas para iniciar el proceso de regeneración que habrá de cimentar la sociedad del porvenir. Eliminadas las aristócratas, que saben lo que conviene hacer para preparar el camino a las sociedades futuras, pero no lo hacen por apatía, por falta de necesidades, por educación...y por cálculo; eliminadas también las vulgares que «no tienen noción del sentido natural, el espíritu de imitación es solo lo que las domina, viven petrificadas entre la rutina y la superstición...», son las ilustradas lectoras de aquella revista las elegidas. Entre ellas las hay que intuyen que aquello no va bien y estarían dispuestas a realizar el esfuerzo que se les pide para lograr un futuro mejor para sus hijos. A ellas les dice que sin educación no hay nada, que sin formación no puede haber emancipación de la mujer:

---

209 «Cuatro palabras de prólogo», *El Correo de la Moda*, 11-3-1882.



El camino de vuestra regeneración es éste, única y exclusivamente éste; el hogar, la familia, descentralizada de la ciudad por medio de la quinta o casa de campo. Los que pretenden llevaros por otro camino están locos, y es más, no conocen ni penetran toda la espantosa degradación física y moral que nos acosa, a pesar de nuestro conocimiento del francés, de la música y de otras quisicosas por el estilo. ¿Sabéis lo que pedís, emancipadores de la mujer, repartidores de doctorados y tribunales del sexo femenino? ¿Queréis, sin educarnos, llevarnos a la cátedra y la academia? Ni hablo de las excepciones ni creo que deban mentarse en estas cuestiones de escuelas. ¿Sabéis lo que haréis al darle a la mujer una muceta y una toga? Ponerla en sus manos un medio más de colocarse el pelo a lo Virgen o a lo Valliero; entregarle una prenda más con que recrearse en su figura, haciendo dengues delante del espejo; darle un pretexto más para que arruine el templo de la familia, al abandonar su culto entre criados mercenarios o fondistas especuladores; inclinarla con más fuerza a que arroje a sus pequeños hijos en colegios o instituciones, donde, como en manada, les den el alimento del cuerpo y de la inteligencia; y ponerla en peligro más eminente de materializarse, de petrificarse en un egoísmo *infecundo*, en medio del cual vea a sus padres como enojosa carga, al matrimonio como feroz tiranía, a la maternidad como repugnante impedimento; ponéis a su alcance todas las armas, no para defenderse, sino para suicidarse; todo esto quieres hacer, escuela de emancipadores, al pretender, con la imaginación desbordada por el entusiasmo, esos encumbramientos de la mujer, que *no está en disposición de desempeñarlos más que con toda la dignidad necesaria*, y los cuales solo acarrearán una reacción lamentable, que acaso la volvería a encerrar en la oscuridad asoladora de los serrillos orientales<sup>210</sup>

Esta cita expresa bien a las claras cuál es su visión en estos años ochenta. Convencida de la superioridad moral de la mujer con respecto al hombre, cree que todo intento de virilizarla supone su precipitación al nivel de degradación en que se encuentra el otro sexo. Antes que nada, la educación: «¿Queréis, sin educarnos, llevarnos a la cátedra y la academia?». Parece tener miedo de que la igualación que proponen «los emancipadores de la mujer» sin la previa y necesaria formación suponga a la postre un retroceso, y que tras la inconsistente elevación, perdidos en el trayecto los valores que ella ve como propios, quede aún más postrada e indefensa. No; ese no es el camino adecuado. Andando el tiempo tendrá ocasión de explicar qué entiende por verdadera emancipación de la mujer: la que le permite liberarse del servilismo de la conciencia. Ahora, desde las páginas de *El Correo de la Moda*, lo que ocupa sus esfuerzos es trasladar a sus lectoras la imperiosa necesidad de alejar a sus familias de las artificiosas banalidades de la vida urbana y dedicarse a la propia formación y la educación de los suyos en contacto con la Naturaleza.

---

210 «Resumen», *El Correo de la Moda*, 10-1-1885.

\* \* \*

Sus ataques contra quienes defienden la supuesta inferioridad intelectual de la mujer se intensifican contra aquellos que la envuelven con buenas maneras cortesananas, con las deferencias, con los modales condescendientes:

¡Justicia es lo que necesitamos, no galantería! Que la mujer tenga conciencia de sí misma; hacedla inteligente. Para que tenga inteligencia, desarrollad su organismo con elementos iguales que aquellos que rigen la educación del varón<sup>211</sup>.

No es original en esto. Hay otras mujeres, como Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán o Sofía Tartilán, que mantienen puntos de vista semejantes en cuanto a la exigencia de igualdad en materia de educación entre hombres y mujeres. No ocurre lo mismo en otros puntos. Tal sucede con respecto al papel que la Iglesia ha venido ejerciendo durante siglos en el sometimiento de la mujer: he ahí uno de los rasgos distintivos del pensamiento feminista de Rosario de Acuña. Si en otros aspectos (contestación de las tesis que justifican la supuesta inferioridad de la mujer, atribución al hombre de su postergación social, reivindicación de acceso a la más amplia formación posible...) coincide con otras contemporáneas que cuentan con una clara conciencia feminista, será en la lucha contra el que considera pernicioso control de las conciencias femeninas por parte de los clérigos católicos donde su discurso se habrá de distinguir nítidamente. Para ella es la Iglesia católica la principal responsable de la postergación que sufre la mujer, y lo es por suministrar a la sociedad el soporte ideológico y moral que avala la dominación del varón:

¡Sí, hermanas mías! El catolicismo, rigiendo la sociedad, es la esclavitud, el rebajamiento y la humillación para la mujer; los varones, dentro de esta secta, podrán acaso individualmente (aunque es difícil), por causas ajenas y aun contrarias al dogma que profesan, considerar a la mujer como su semejante, ¡alto ideal que toca a nuestro sexo defender, aun a costa de cien siglos de tormento! Pero la doctrina, la esencia, *el alma católica*, nos lleva a ser montón de carne inmunda, cieno asqueroso que es necesario sufrir en el hogar por la triste necesidad de reproducirse. ¡He aquí el destino de la mujer católica! Fuera sofismas ridículos y necias exclamaciones del idealismo cristiano. La mujer, en la comunión de esta Iglesia, es solo la *hembra* del hombre...<sup>212</sup>.

---

211 «Consecuencias de la degeneración femenina», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 25-4-1888.

212 «A las mujeres del siglo XIX», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 10-12-1887.

Que las mujeres piensen por sí mismas: esa es su obsesión y su objetivo. Y para conseguirlo no solo es de todo punto imprescindible apartarla de la nefasta influencia que sobre ella ejerce la larga sombra del confesionario sino que, además, es preciso evitar que sucumba a los cantos de sirena que adulan y adormecen: «No esperemos nada de la piedad de hombre, jamás seremos su mitad siendo sus libertas». La mujer es la única que con su esfuerzo puede salir de la situación de inferioridad en que se encuentra tras siglos de dominación masculina. Duda de aquellos hombres que, al calor de la disputa ideológica, se muestran partidarios de conceder en la tribuna pública lo que, en la mayoría de los casos, niegan en el hogar. Si no se dan previamente las condiciones necesarias, el espejismo de la emancipación que por entonces algunos enarbolan puede suponer un serio retroceso para la situación de la mujer y así se lo advierte en abril de 1888 a las que acuden a la sociedad Fomento de las Artes de Madrid para escuchar sus palabras:

...solo en virtud de sus propios esfuerzos ha de reconquistar su sitio en el concurso social, [...] todo engrandecimiento que le llegue a la mujer en el orden social por determinación del hombre, solo servirá para especificar más claramente su inferioridad, verificándose de este modo una apariencia de regeneración, [...] Nosotras no debemos esperar nada sino de nosotras mismas, no por terquedad de rebeldía orgullosa, sino por convencimiento de razones deductivas. Nosotras no podemos intentar otro valer que el alcanzado por aquellas condiciones que poseemos, bien que sean latentes, perfectamente dispuestas para nuestra progresión<sup>213</sup>.

\* \* \*

Mientras se aplica a mostrar a las de su clase y condición cuál ha sido el camino que ella ha seguido para liberarse del destino que como mujer se le había asignado, a las de condición más humilde les habla de los asuntos que estima son más acuciantes para ellas: a las unas, sobre cómo combatir la miseria y suciedad que inunda sus hogares; a las otras les dirige unas palabras de apoyo en su lucha contra el alcoholismo que arruina la vida de los suyos:

¡Mi pensamiento está a vuestro lado, mujeres del pueblo! Os veo sumidas en una desesperación amarga y profunda: amáis a vuestro hombre, vuestro, ¡solo vuestro! Os casasteis con él para formar una sola vida; privaciones juntos; alegrías juntos, miserias y abundancias siempre juntos; [...] De pronto se interpone entre vosotros dos el enemigo: la mujer se pregunta por qué ya no es el mismo su hombre. Llega a dudar de sí misma,

---

213 «Consecuencias de la degeneración femenina», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 25-4-1888.

porque, ¡oh mujer!, ¡criatura más cercana que ninguna de la suprema verdad, tú dudas de ti misma antes que dudar de aquellos a quienes amas! La mujer se hace más hacendosa, aconseja más, economiza más: ¡todo inútil! Su trabajo no merece un signo de aprobación, su consejo fastidia, su economía enoja: ¡es que el vicio, al encontrarse con la virtud, se siente humillado y la echa en cara su humillación! Más tarde la mujer comienza a mirar la realidad: la taberna ya no le roba solamente el marido sino el pan de la familia: el jornal viene más que mermado al peculio del hogar. La mujer lucha aún; primero llora, luego amenaza. ¡Ay de aquellos que hacen amenazar al débil! La violencia de la ira extiende su fatídica sombra alrededor de la familia, el insulto despiadado rompe la monotonía de la miseria; no solo se sufre hambre, sino injurias. Acaso el palo se enarbolaba y manejado por la mano del borracho, consciente o inconsciente, cae de lleno sobre la mujer, los hijos o los padres, sobre los débiles que, sin embargo, ante la Razón Suprema, tal vez serán los fuertes...<sup>214</sup>.

Cuando las mujeres del pueblo llano empiezan a organizarse, cuando las socialistas asturianas ponen en marcha las primeras agrupaciones femeninas, allí está ella para manifestarles su apoyo. Así lo hace en el mes de junio de 1919 cuando no duda en desplazarse hasta Turón, en el valle minero del Caudal, para asistir a los actos de inauguración de la Agrupación Femenina Socialista. En junio, según cuenta *El Socialista*, está formalmente constituida e integrada «por un centenar de decididas compañeras» que «trabajan por las ideas que han de redimir las de la esclavitud de que vienen siendo víctimas»<sup>215</sup>. Una de sus primeras iniciativas consiste en la organización de una jira prevista para el 22 de junio. Entre las personas invitadas al acto figura Virginia González, dirigente nacional del PSOE que tuvo una actuación destacada durante la huelga de agosto de 1917, a resultas de la cual fue encarcelada y sometida a consejo de guerra junto a otros líderes socialistas.

El sábado 21, el día anterior a la jira, el salón de la Casa del Pueblo de Turón se hallaba abarrotado de un público deseoso de escuchar las palabras de Virginia González. La mayoría de quienes allí se encontraban eran mujeres y a ellas se dirigió la oradora para hacerles ver «la necesidad que tienen de luchar en el terreno socialista para combatir a las instituciones sostenedoras de la burguesía, del ejército, del clero, magistratura y policía». Del acto da cumplida cuenta *El Socialista*; también de la inesperada presencia entre los asistentes de una conocida mujer:

Como acto de verdadera significación fue la presencia inesperada de la ilustre escritora madrileña doña Rosario de Acuña, que, deseosa de abrazar a nuestra compañera Virgi-

---

214 *Discurso de doña Rosario de Acuña leído en el Ateneo Obrero de Gijón*, p. 11.

215 *El Socialista*, Madrid, 18-6-1919.

nia, no reparó en las pocas fuerzas que disfruta para hacerlo, pues tal era su deseo. Este hecho hizo que el público se desbordara en entusiasmo<sup>216</sup>.

Sabía bien quién era la protagonista de aquel evento, pues ha dejado escrito que por aquel entonces solo leía la prensa portuguesa y *El Socialista*. Su deseo de abrazar a Virginia González, su deseo de participar en aquel acto organizado por las mujeres de Turón, tuvo que ser intenso, tanto como para superar el esfuerzo que suponía desplazarse hasta allí. Según cuenta el cronista de *El Noroeste*, llegó de Gijón en ferrocarril a la estación de Santullano y desde allí «se impuso el sacrificio de venir andando». De las dificultades del recorrido –unos seis kilómetros de distancia– nos da cuenta ella misma:

...pisé las escorias incendiadas; me libré, con inverosímiles quiebro para mis huesos de setenta años, de las vagonetas que se precipitaban por los rieles; mi garganta se contrajo con el polvo negro y los humos fétidos; mis oídos se atronaron con las estridencias de las maquinillas carboneras, el chirriar de los cables y el tableteo de los lavaderos...<sup>217</sup>

Aquella conferencia de Virginia González era el preámbulo de la jira prevista para el día siguiente. Y Rosario de Acuña se quedó. Y tomó parte en el mitin que dio comienzo a las tres de la tarde en la explanada situada frente a la Casa del Pueblo. Ante varias miles de personas (las crónicas dicen que entre cinco y seis mil) los distintos oradores van turnándose en la tribuna. Tras los discursos de algunos dirigentes locales, toma la palabra la escritora para dar lectura a unas «magníficas cuartillas doctrinales», a cuyo término los presentes aplaudieron con gran entusiasmo sus palabras. Le sigue en el uso de la palabra el destacado dirigente socialista regional Wenceslao Carrillo, cerrando el acto Virginia González.

Rosario de Acuña tenía ganas de conocer a la dirigente socialista («Tuve la satisfacción y la alegría de conocerla. Supe que iba a hablar en Turón, un hermoso valle de estos incomparables montes astures, y allá me fui»)<sup>218</sup>, y ambas aprovecharon su estancia en aquel lugar para conocerse, para intercambiar puntos de vista sobre las vicisitudes de la pasada huelga general, sobre el papel de la mujer en la sociedad o sobre el futuro inmediato de España. La conversación tuvo continuidad en los días siguientes, pues Virginia acudió a Gijón para participar en otros mítines que tenían a las mujeres como principales destinatarias. Rosario de Acuña tenía ganas de conocerla y en el artículo «A Virginia González», nos ha dejado constancia de cómo la conoció en aquel mitin que tuvo lugar en Turón un fin de semana del mes de junio del año 1919.

216 *El Socialista*, 27-6-1919.

217 Así lo cuenta en el artículo «Virginia González» publicado en *El Socialista*, 1-5-1920.

218 *Ibidem*.

Su testimonio alimentó durante años la esperanza de muchas mujeres; y muchas fueron las que públicamente agradecieron su valentía. Las páginas de *Las Dominicales* son buena prueba del entusiasmo que despertó entre las librepensadoras su adhesión a la causa. Pero no solo fueron ellas; hubo otras, –ya fueran socialistas o anarquistas, ya fueran «despreciables e ignorantes mujeres» que luchaban por acabar con la postración social en la que se encontraban– que leían, estudiaban y debatían muchos de sus escritos. En España y en América.

Un ejemplo de la amplia repercusión que tuvo el testimonio de Rosario de Acuña lo encontramos en *La Voz de la Mujer*, una publicación editada en Buenos Aires a finales del siglo XIX que «aparece cuando puede», teniendo los primeros ejemplares periodicidad mensual. La reacción a aquella iniciativa de tan combativas mujeres no se hizo esperar. Ellas mismas lo cuentan en el siguiente número, publicado el día 31 de ese mismo mes de enero:

Apareció el primer número de *La Voz de la Mujer* y claro, ¡allí fue Troya!, «nosotras no somos dignas de tanto, ¡ca!, no señor», «¿emanciparse la mujer?», «¿para qué?», «¡qué emancipación femenina ni qué ocho rábanos!», «¡la nuestra, venga la nuestra primero! y luego cuando nosotros, “los hombres”, estemos emancipados y seamos libres, allá veremos».

La lucha sería larga, no les cabía duda alguna. No había más remedio que prepararse para una larga contienda; que pertrecharse bien pertrechadas con cuantos argumentos pudieran utilizarse en la batalla, también ideológica, que cada mujer debía de entablar en cada hogar. Toda ayuda era poca, toda luz insuficiente; razón por la cual no dudaron en echar mano de aquella que alumbraba en la distancia, al otro lado del océano. Y así fue como en ese mismo número dos que salió a la calle a finales del mes de enero de 1896, ocupó las páginas de *La Voz de la Mujer* un texto de Rosario de Acuña bajo el título «A los críticos».

Está claro que las editoras de aquella publicación conocían bien su obra, al menos lo suficiente como para elegir de entre sus escritos alguno que viniera a consolidar su propia visión de la situación de la mujer. Optaron por utilizar un fragmento de un artículo titulado «A Lo Anónimo», publicado en España unos años antes<sup>219</sup>, para lanzarlo contra quienes habían criticado su posición y el propio nacimiento de aquel órgano de expresión. Lo encabezaron como sigue: «A los críticos. Para que se vea que no solo

---

219 Fue publicado en una hoja adicional al número de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* del 3 de mayo de 1885. Al mes siguiente apareció en dos entregas consecutivas en el semanario barcelonés *La Luz del Porvenir*, las correspondientes a los días 4 y 11 de junio.

nosotras, sino muchas más, comprenden el triste estado y pésima condición de la mujer», y ahí continúa el testimonio, la visión de Rosario de Acuña sobre la situación de la mujer que ellas hacen suya:

...mujeres bárbara y miserablemente oprimidas por leyes arbitrarias y costumbres en pugna con los principios de la pura moral; inspiradas y protegidas por una secta farisaica que, nombrándose pomposamente emancipadora de la mujer, no intenta otra cosa que sumirla en la mansedumbre y en la resignación de los siervos; anulando su voluntad con torpes halagos; embruteciendo su entendimiento con viles concesiones; empequeñeciendo su espíritu con groseros artificios; llevando sus aspiraciones hacia todo lo mísero, lo vano, lo inútil, y haciéndola temer, o despreciar, todo lo positivo, lo trascendental, lo beneficioso; entregándosela al hombre, no como su compañera, sino como su hembra, y para mayor escarnio recomendándole la consideración hacia ella ¡Como si en un concubinato, y lo es la unión de dos almas *desemejantes*, pudiera haber otra cosa que tirano y siervo!<sup>220</sup>

Aquel texto venido del otro lado del océano no solo servía para utilizarlo como arma arrojadiza contra los «falsos anarquistas», a quienes se les llena la boca de libertad y en el hogar quieren ser unos zares; también habría de servir para fortalecer los ánimos de las mujeres, para abastecer de pertrechos ideológicos, de argumentos a sus lectoras.

\* \* \*

La lucha por la eliminación de toda traba que impida a la mujer su desarrollo como persona tiene para Rosario de Acuña y Villanueva una sola limitación: las obligaciones que a las madres impone la Naturaleza. Es probable que esta supeditación de la mujer a las obligaciones maternas, sin apenas matices, sea también deudora de una cierta sublimación de la maternidad por quien queriendo ser madre no lo fue. Aquel fracaso quizás haya propiciado el enaltecimiento de la mujer-madre hasta dominios propios de cierto misticismo, nada extraño en ella, que la llevan a realizar afirmaciones como la siguiente: «Todo mi hijo es mío: toda yo soy mi hijo. He aquí el principio y el fin del amor materno; en este círculo, solución de continuidad, están encerradas todas las palpitations del alma femenina amor materno»<sup>221</sup>. En varios de sus escritos podemos observar esa tendencia casi automática a identificar mujer con madre («en toda mujer

---

220 *La Voz de la Mujer*, Buenos Aires, 31-1-1896.

221 Carta enviada a los responsables del Círculo La Constancia de Cuenca, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 24-1-1891.

hay una madre»), pero quizás sea en aquellos referidos a su público madrinazgo de un soldado español combatiente en la Guerra Mundial donde se vea con mayor claridad. Detengámonos, pues, en contar brevemente esta historia. En diciembre de 1916, coincidiendo con una campaña abierta por el semanario *España* a favor de los voluntarios españoles que, enrolados en el ejército francés, combaten a las tropas alemanas, nuestra escritora envía un paquete conteniendo varios productos que, sin duda, habrían de reconfortar al anónimo combatiente español: una botella de Jerez, una libra de chocolate asturiano, unos cigarros, unos calcetines, un libro de Galdós o una caja de turrón levantino. El envío incluía además una larga carta en la que, tras una larga presentación, su autora se ofrece para amadrinar al desconocido soldado. En la misiva le habla de su frustrada maternidad: «No tuvimos hijos; al principio lloré el fracaso de mi feminidad; toda mujer-madre es inmortal», por más que, según dice, en ocasiones y viendo el producto de las entrañas de otras madres, llegase a encontrar cierto consuelo en no haberlo sido: «¡Ah!, ¡no!, bien muertos están los senos de mis entrañas si hubieran de tener hijos decrepitos en su juventud, pueriles en sus orgullos, viciosos en sus costumbres...»<sup>222</sup>. No obstante, aquella maternidad no realizada parece haberla rondado largo tiempo. El destinatario del paquete, un joven voluntario de una ilustre familia malagueña, aceptó gustoso el madrinazgo ofrecido y mantuvo con ella regular correspondencia. En otro escrito referido a su ahijado que nuestra escritora hace público meses después, vibra una vez más con la maternidad compartida no solo con sus congéneres, sino también con todas las madres de todas las especies animales de la tierra:

Sí, lloro, tiemblo, me estremezco de que carne humana, hecha en mayor parte de carne de mujer, puesto que la madre es la que pone más intensamente, más cotidianamente y más abnegadamente su alma y su cuerpo en la procreación... yo, como todas las madres (en toda mujer hay una madre), tiemblo y me espanto con tus sufrimientos, con las agonías de esos terribles instantes en que todo tu ser ha de vibrar de horror al sentirte Acción Viva en el combatir de esas trincheras... Mas, por encima de mi llanto, de mis sufrimientos, arde la mente racional, encadenando el instinto de la maternidad, galardón también de las madres de todas las especies animales de la Tierra. Y yo, madre humana, madre racional, madre que me elevé sobre la pantera en su cubil de parida, sobre el nido de la alondra cuando incubaba en el surco sus guacharros, sobre la ensenada del mar polar, donde la ballena pare y amamanta a su hijo con amor incomparable...<sup>223</sup>

222 «Carta a un soldado español voluntario en el ejército francés durante la Gran Guerra». El texto fue publicado en forma de folletín en el periódico *El Pueblo*, Tortosa, del 19 al 29 de diciembre de 1916.; en 1930 se incluyó en el volumen *El secreto de la abuela Justa* que publicó la Editorial Cooperativa Obrera, junto a otros dos escritos...

223 «Una ofrenda. A la memoria de Emilio Corral Díaz», *El Noroeste*, 9-5-1917.



El pensamiento feminista de Rosario de Acuña mantiene, por tanto, ciertos elementos coincidentes con el que por entonces expresan otras compatriotas que tienen reconocido el mérito de haber sido pioneras del feminismo en España (rechazo de la inferioridad intelectual de la mujer, conciencia de la marginación en la que se encuentran, imputación a los hombres de la situación de inferioridad en la que viven, importancia de la educación como medio para sacudirse la postración social...), al tiempo que difiere en algunos otros (otorga prioridad a la función maternal sobre cualesquier otras que pueda realizar; imputa a la Iglesia la responsabilidad de aquella situación de oscurantismo, ignorancia y superstición en que vive la mujer en España; prescribe el cultivo de la razón como medio para lograr su emancipación...). En cualquier caso, parece claro que la conciencia feminista arraiga en el pensamiento de Rosario de Acuña y Villanueva – con los matices que se quieran hacer al respecto – antes de haber cumplido los cuarenta y que desde entonces su pluma y su voz siempre estarán prestas a defender a las mujeres donde fuera necesario, sin importarle en demasía las consecuencias que tal postura pudiera ocasionarle, aunque éstas fueran graves. Así sucederá a finales de 1911, cuando no puede menos que subir a la palestra para protestar airadamente contra el comportamiento de «unos caballeros estudiantes que se pusieron en acecho, a la salida del claustro, para insultar de palabra, y hasta de obra, a unas jóvenes estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras»<sup>224</sup>. Y se armó una buena: manifestaciones de universitarios, huelgas, asambleas, protestas, intervención de la fiscalía... No tuvo más remedio que huir antes de ser detenida, convirtiéndose en la primera mujer que, por utilizar un lenguaje viril en defensa del derecho de sus congéneres a recibir la más completa educación posible, tuvo que exiliarse, pasando dos largos años vagando por las tierras portuguesas.

A su regreso a la casa gijonesa del acantilado, tras reponerse un tanto de las heridas de aquella desigual batalla, decide seguir viviendo, decide seguir luchando, a pesar de sentir sobre sus hombros el peso de los años, a pesar del cansancio acumulado por tanta lucha baldía, a pesar de la postración económica en que se encuentra tras los obligados dispendios del exilio... A pesar de todo, no escatima esfuerzos en apoyo de sus compañeras, «pues toda mujer que trabaja y piensa lo es mía». Y así lo hace, cuando en el mes de junio de 1919 se desplaza, como ya se ha contado, a Turón para asistir a los actos de inauguración de la Agrupación Femenina Socialista y lo seguirá haciendo con sus integrantes en el futuro<sup>225</sup>. En aquella ocasión fue su voz, en otros será su pluma.

224 «La jarca de la universidad», *El Progreso*, Barcelona, 22-11-1911.

225 La comunicación con las socialistas turonesas se mantendrá en el tiempo, pues consta que, meses después, volverá a prestarles su fraternal apoyo enviándoles unas cuartillas para que fueran leídas en una velada literaria organizada por la recién creada agrupación (*El Noroeste*, 10-10-1919). Sabemos además que tras su muerte, Carlos de Lamo se desplazará a la localidad para dar lectura a un escrito en el transcurso de un acto organizado en honor de la fallecida (*El Noroeste*, 1-8-1926).

Tal sucederá cuando salga en apoyo de una convecina, una joven gijonesa que decide casarse ante un juez ignorando las presiones que recibe de su entorno para que lo haga como Dios manda, ante un sacerdote: «Usted, religiosamente o civilmente casada lo estará igual si está usted bien unida, en cuerpo y alma, al varón con quien se concordó para vivir la vida; y esto sí que es matrimonio»<sup>226</sup>. Para el caso, bien podría haber echado una mirada al pasado y encontrar parecidas palabras puestas en boca de Isabel de Morgovejo: «Ramón será mi esposo, según estaba convenido, mediante el matrimonio civil; el religioso le hicieron nuestras almas al darse juramento de amor»<sup>227</sup>. Pero en vez de mirar hacia atrás, sus ojos se fijan en el futuro, que encuentra más venturoso para el porvenir de la mujer, aunque sea por coyunturas tan amargas como aquella guerra que asola el continente europeo. Así se lo transmite a las mujeres que asisten al mitin organizado por la Unión Republicana de Gracia:

En cuanto al problema feminista, que hoy empieza a debatirse en España, en el que estriba, acaso, la libertad de conciencia para nuestra patria, hay que dejarle andar su camino, ayudando sabiamente a que tomen interés por él el mayor número de mujeres. La revolución mundial que está iniciándose en la terrible guerra europea, traerá grandes sorpresas. La progresión creciente de la mortalidad e invalidez en los hombres europeos –tal vez de la Tierra entera– va a entregar a la civilización futura a un matriarcado positivo, activo, consciente, que, bien sea reconocido por las legislaciones, o bien sea abominado por ellas, nada ha de importar si se impone en los hechos; y si ya los tiempos no pueden retrogradar a que el nombre quede atado a la puerta de la choza, para asegurarse la reproducción, como lo fue la mujer en tiempos prehistóricos, para asegurarse de su reproducción y descendencia, de tal manera la escasez de varones y la inutilidad de los más para sostener las necesidades familiares se va a imponer en la nueva edad que se avecina, que será la mujer una verdadera señora ama del hogar, dirigiendo y dominando hijos y familia con soberanía indiscutible; siendo trascendental su responsabilidad como reformadora de generaciones que han de nacer dañadas y perturbadas, demostrando así, en una o más centurias, como la demostración del andar se prueba andando, que todos los raciocinios, conocimientos y energías cogen y son fecundos en el cerebro femenino, de igual manera que cogen y son fecundos en el del hombre<sup>228</sup>.

Como ella anticipa en aquellas cuartillas manuscritas, los conflictos bélicos posibilitarán que las mujeres ocupen espacios más amplios en la vida colectiva. Así ocurrió en las dos guerras calificadas como mundiales: las necesidades bélicas obligan a los países contendientes a acudir a las mujeres para sustituir a los hombres que combaten

---

226 «Carta abierta. A la señorita María Oliva Riestra Rubiera», *El Noroeste*, 11-5-1916.

227 *El padre Juan*, p. 18.

228 «Discurso para el mitin femenino de la Unión Republicana de Gracia», *El Noroeste*, 7-6-1917.

en los frentes. Ellas ocupan sus puestos de trabajo, administran sus granjas y mantienen sus familias. Su concurso se hace imprescindible para que la sociedad siga funcionando; la victoria también es suya. Así las cosas, cuando la paz llega ¿quién puede mantener la afirmación de que la mujer solo puede ser esposa y madre? La Nueva Edad que vislumbraba al final de aquella primera gran guerra quedó más cerca, ciertamente, pero hasta ella solo llegó un lejano destello de aquel tímido avance, pues pocos años después de escritas aquellas frases su vida se apagó.

\* \* \*

El día de su entierro fueron numerosas las mujeres que, abandonando su reducto doméstico, se echaron a la calle para testimoniar su gratitud a aquella compañera que había peleado los últimos cuarenta años de su vida por la dignidad de todas ellas. Algunas crónicas no dejan de mostrar su sorpresa al comprobar cómo la lluvia, que incesantemente caía aquel sábado de mayo, no había impedido que fueran numerosas las mujeres que acompañaron su cadáver hasta el cementerio civil. Allí estaban sus convecinas, gijonesas apenadas y agradecidas. Probablemente, de haber podido, muchas otras venidas de todos los rincones de su querida España se habrían unido a aquella comitiva para testimoniarle el dolor que sentían ante su partida, como antes lo habían hecho por escrito agradeciéndole tantos años de lucha, incansable lucha, en su misma trinchera. Lloraban por el dolor de la partida, pero también por la orfandad en que todas ellas quedaban: se iba la luz que las guiaba. Se iba, sí, aunque a todas ellas les dejaba el testimonio de su vida, un largo camino de trabajo, estudio y lucha, de perseverante batallar frente a quienes habían sumido a la mujer en la oscuridad de la ignorancia y la superstición. Se fue, pero quedan sus discursos, sus artículos, sus lecciones, sus apoyos... Permanecen las mujeres de sus dramas: seres fuertes, vigorosos, con esperanza.

## La granja avícola de Cueto

AQUEJADA DE UN INCIPIENTE, y entonces leve, proceso palúdico, desoyendo su instinto, partidario desde el principio de combatir la enfermedad con pequeñas dosis de quinina y un cambio de aires, acepta abandonar su quinta de Pinto y trasladarse a Madrid para ser tratada de forma conveniente por la ciencia médica. Recluida en aquel espacio urbano del que hace años huyó, su estado se complica. Los episodios febriles, que en las etapas iniciales se repetían en ciclos de tres días de duración (tercianas), se agravan. La semilla inoculada por el *Plasmodium* sigue actuando activamente: períodos de frío, con malestar general, dolores musculares y escalofríos, a los que suceden etapas febriles, con subidas de temperatura que pueden llegar a los cuarenta o cuarenta y un grados, y, cerrando el ciclo, fases de sudoración, con descenso de temperatura, abatimiento y somnolencia. A pesar del tratamiento de choque, la malaria pasa de la fase aguda a la fase crónica, la caquexia palúdica, caracterizada por un deterioro general del organismo, con anemia y afectación del bazo, que experimenta un agrandamiento o esplenomegalia. Fueron varios meses de «agonía perpetua» durante los cuales la evocación de los espacios naturales por ella tan bien conocidos, tan bien disfrutados, ejercían en su organismo un efecto reconstituyente que le daba fuerzas para batallar contra aquel mal que la tenía postrada en cama. Su deseo de volver a los campos, a las montañas, a las costas, insuflaba en sus venas ansia de lucha, ansia de guerrear contra aquel mal. La esperanza de poder volver a contemplar los «acantilados ciclópeos sacudidos por las rompientes del Océano» resultaba la mejor pócima para su postración. Al fin, su firme voluntad de vivir, el cariño y cuidado de los suyos y las atenciones médicas recibidas obtienen sus resultados. Rosario de Acuña sale de esta larga enfermedad con la firme voluntad de huir de nuevo de la ciudad, del insano Madrid que hace enfermar hasta a los mismos personajes de su último drama.

Está tan sensibilizada con la insalubridad de las ciudades que no dudará en prestar toda su atención y apoyo a cuantos proyectos tiendan a mejorar la insana vida de quienes, por poco tiempo, han vuelto a ser sus convecinos. Así sucederá en el caso del ingeniero Arturo Soria y Mata, quien por entonces está promoviendo la construcción de una nueva trama urbana, utilizando palabras que le han de sonar muy bien a la regeneradora dama: como alternativa a las monstruosas ciudades «obra instintiva del rebaño humano en los pasados siglos, y aceptada sin reflexión en el presente», opone la ciudad lineal, «producto del cálculo y la reflexión». La luz de la razón al servicio del bienestar de los humanos: construir una ciudad nueva con calles anchas, manzanas de viviendas aisladas y separadas unas de otras por una masa de vegetación, «canalizaciones de agua, luz, calor, fuerza

y electricidad», espacios reservados para los edificios de carácter colectivo, y perfectamente estructurada por una doble vía de ferrocarril que la habrá de unir al centro de Madrid. El proyecto de Arturo Soria debió de resultar muy interesante para quienes como ella habían optado por una alternativa a la forma de vida que ofrecían las ciudades de entonces. Por eso, no es de extrañar que, de no haber podido asistir, abonase los cincuenta céntimos del folleto con el texto de la conferencia que sobre el tema pronunció el ingeniero en el Ateneo de Madrid el 14 de mayo de 1894. Debió de quedar gratamente convencida de lo que allí se contaba, pues metió parte de sus ahorros en la Compañía Madrileña de Urbanización, la sociedad que se iba encargar de poner en marcha la Ciudad Lineal<sup>229</sup>.

Mientras ese nuevo futuro que Arturo Soria auguraba para Madrid se abría paso, Rosario de Acuña se mostraba decidida a abandonar una vez más sus calles para sentir el abrazo de la naturaleza. De nuevo el campo se abre paso frente a la ciudad: la promesa vivificadora frente a la amenaza de la enfermedad. A finales del mes de junio del año 1892, el periódico *Heraldo de Madrid* publica su cuento *La abeja desterrada*, que va precedido de una nota de agradecimiento dedicada al médico que la atendió durante los agónicos meses, el doctor Aramendia, catedrático de la Facultad de Medicina, en la que anuncia su próxima partida hacia un lugar a orillas del Océano:

Señor: Su ciencia y su bondad me devolvieron la salud cuando hacía meses que luchaba contra el veneno de extenuantes fiebres infecciosas. El destino le trajo a mi hogar a tiempo de sacarme de una horrible agonía, ya iniciada en larguísimas horas de caquexia palúdica. Salud y vida le debo, y es bien cierto que, de existir el milagro, fuera uno de ellos el que vos hicisteis. Mi cerebro, luchando por secundar vuestra ciencia, no pudo, hasta hoy hacer otra cosa que reconcentrar energías contra el enemigo que lo asediaba. Dada ya de alta y próxima a marchar por largo tiempo, quizás para siempre, a orillas del océano, el sencillo cuento que sigue es el primer viaje de mi imaginación por el mundo de la idea; se lo ofrezco, no por lo que vale, sino porque es la aurora de un alma que, merced a vuestra admirable solicitud, vuelve a la primavera del vivir, desde la fría invernada de la muerte y, ¿qué aurora, por muy pálida que sea, no trae alguna belleza?<sup>230</sup>

---

229 Tal y como nos cuenta años después, no pudo recuperar el capital allí invertido: «recién llegada del extranjero [del exilio portugués], la suspensión de pagos de la Ciudad Lineal, donde tenía el resto de mis pesetas, hizo total la quiebra de mi hacienda» (Carta a Roberto Castrovido, *El Motín*, 24-4-1920). Y es que una cosa son los proyectos y otra, muy distinta, la ejecución de los mismos. Aquel proyecto de la Ciudad Lineal no fue todo lo bien que auguraba el señor Soria, y al final muchas familias se quedaron sin la vivienda que esperaban y sin el dinero depositado. Juan Montseny, padre de quien con el tiempo llegará a ser ministra de la Segunda República, nacida en una de las viviendas construidas por la Compañía Madrileña de Edificación, acusó públicamente a los promotores de fraude, lo cual, tras el largo proceso judicial entablado por la Sociedad, le ocasionó una condena de veinte años de destierro (Federica Montseny: *Mis primeros cuarenta años*, p. 14).

230 «La abeja desterrada», *El Heraldo de Madrid*, 27-6-1892.

Dicho y hecho. Nada más tenerse en pie, sin atender a otro tipo de razones, movida tan solo por el deseo de marchar a los campos, a las costas gallegas, a los acantilados oceánicos que reciben las salutíferas corrientes del Mar de los Sargazos, «acribillándome yo misma a inyecciones de quinina para no decaer en mi resolución», corrió a Galicia con el firme convencimiento de que en aquellas tierras alejadas de los ponzoñosos vientos cortesanos, encontraría la curación para el cuerpo y la tranquilidad para el espíritu. Allí, en la tierra galaica, en algún lugar de la costa pontevedresa entre el cabo Silleiro y la desembocadura del Miño<sup>231</sup>, recibirá, al fin, los bienes que la Naturaleza le tiene reservados:

Al pisar la primera aldea gallega de aquellas costas se me cortó la fiebre; al mes empecé a sentir la vida y la fuerza en mi agotado organismo; y a los tres meses me movía ágil, fuerte y sana por las rocas, devorando mariscos vivos que llevaban a mi sangre ríos de hierro y fósforo<sup>232</sup>.

Los paisajes gallegos no le son para nada desconocidos, pues, como ya se ha comentado, cabalgó por ellos en alguna de sus anuales expediciones, recorriendo las sendas costeras, las paradisíacas vegas, los umbríos bosques y sus viejas laderas. Ésas eran las imágenes que había estado evocando durante los largos meses que estuvo postrada en la cama: ansiaba volver a disfrutar de las brisas marinas y de los vientos oceánicos que encrespan las olas, para recuperar así su salud, para relamer sus últimas heridas.

Tanto lo deseó y tanto el beneficio encontrado, que allí quiso terminar sus días. No obstante, alguna decepción la hizo mudar pronto sus propósitos. Poco sabemos del asunto en cuestión, tan solo algún comentario realizado años después, asentada ya en Cantabria, en el que se lamenta amargamente de las deslealtades padecidas en Galicia. Parece ser, por tanto, que fueron las debilidades de los personajes, que no el escenario, quienes obligaron a la escritora a buscar en tierras cántabras lo que no pudo conseguir en las galaicas: habitar en un aislado lugar de la costa, en una casa «aislada por todos lados del contacto social, tan humilde que solo me diese albergue de noche, y tan metida en el mar, que sus espumas salpicaran los techos...»<sup>233</sup>.

Será, pues, en la Montaña donde vaya a dar comienzo una nueva etapa de su vida, cada vez más alejada de la gran urbe, cada vez más convencida de las bondades de la vida en el campo. Claro está que las cosas han cambiado mucho desde que, allá en los

---

231 Gracias a las informaciones aparecidas en la prensa, sabemos que su lugar de destino es la localidad pontevedresa de Oya: «Ha llegado a Santa María de Oya (Pontevedra), procedente de Madrid, la escritora doña Rosario de Acuña, con objeto de restablecer su quebrantada salud», *La Correspondencia de España*, 8-4-1895.

232 «Conversaciones femeninas. XIV. Los enfermos», *El Cantábrico*, 2-6-1902.

233 «Conversaciones femeninas. XVI. Pequeñas industrias rurales», *El Cantábrico*, 4-8-1902.

primeros años ochenta, se fuera a vivir a Pinto. Desamparada del padre protector, desasistida de la mercenaria servidumbre que apechugaba con los quehaceres domésticos, y desprovista de la pasada fortuna que aseguraba su ilustrada vida campestre, debe ahora poner en práctica todo lo que antes ha predicado, y debe hacerlo obligada como está por los avatares de la vida. Parece ser que cuando ya llevaba un tiempo residiendo en tierras cántabras algún lance imprevisto precipitó los acontecimientos: «una catástrofe de fortuna que me puso a las puertas de la miseria». No hubo más remedio que echar ingenio a la situación y pensar en cómo ganarse la vida cada día para ella y para quienes la acompañan en aquella tierra: su madre y Carlos Lamo, su joven y fiel compañero. A su cabeza acude el ejemplo de aquella viuda que conoció en su juventud, durante los meses de estancia en el sur de Francia. Aquella mujer que, viéndose joven aún con dos hijos que mantener y una modesta pensión, decidió emprender una nueva vida en la Bayona francesa donde puso en marcha una pequeña granja avícola que, atendida con inteligencia y esmero, aportaba las ganancias suficientes para que la viuda y sus hijos pudieran llevar una vida desahogada. Ahora, que la situación económica de Rosario se asemejaba a la de la viuda, a pesar de no contar con pensión alguna por modesta que ella fuera, aquella experiencia se mostraba ante sus ojos como la mejor iniciativa a seguir, pues las cuentas parecían claras:

Tuve ocasión de ver sus libros de contabilidad, y por ellos comprobé que aquella granjita le dejaba más de cuarenta duros mensuales libres de todo gasto, que, con los treinta que ella tenía de pensión, habían resuelto el problema económico de su vida<sup>234</sup>.

Convencida de la bondad de aquellas tierras montañosas para que tan lucrativa industria tuviera éxito, inició los preparativos pertinentes para emular a la viuda normanda. No tenía duda alguna de la viabilidad del proyecto, contando como contaba con la ventaja adicional que brindaba aquella paradisíaca tierra «cuyos vientos saturados del acre yodo y del purificador sodio, vierten a raudales el vigor y la templanza». Así pues y como primera medida, se puso en contacto con quien por entonces más sabía de avicultura en España: Salvador Castelló Carreras, quien tiempo atrás había puesto en funcionamiento en Areyns de Mar una explotación avícola<sup>235</sup>. La decisión estaba tomada: corría el año 1898 y en la finca que tenía arrendada en las proximidades del faro de Cueto, por entonces una aldea que distaba algunos kilómetros del centro de Santander, instaló convenientemente varios lotes de gallinas puras del Prat, de

---

234 «Patos y gallinas», *El Cantábrico*, 25-4-1901.

235 El señor Castelló, a quien se le considera el introductor de esta industria ganadera en el país, puso en práctica en su finca Paraíso los conocimientos que sobre zootecnia había aprendido en el Instituto Agronómico de Gembloux (Bélgica).

andaluzas negras, de *brahma-pootra* armiñadas, de andaluzas azules..., la mayoría de las cuales habían sido compradas en la citada explotación catalana por una cantidad elevada de duros. Adquirió también varias parejas de patos Rouen importados directamente de Francia, con la intención de diversificar la producción de aquella granja que iniciaba su andadura en los años postreros del siglo diecinueve.

Todo estaba listo para la nueva aventura. El tiempo de predicar las bondades de la vida en el campo a las mujeres de la burguesía pudiente había pasado a la historia. Ahora se trataba de vivir del producto de su trabajo, pues había invertido en aquella empresa unas dos mil pesetas, la mayor parte de los restos del que en tiempos pasados fuera un cuantioso capital. Con aquellas selectas razas, con una completa y moderna maquinaria para la cría artificial, con la obra *Avicultura* de Salvador Castelló Carreras como libro de cabecera y con la determinación de no escatimar esfuerzo alguno para que la iniciativa saliera adelante, comenzó a poner en práctica la teoría que iluminaba el proyecto: crear una casta de gallinas rústicas, «ponedoras excelentes (de huevos gordos), fuertes, resistentes a las crudezas atmosféricas, de polladas sanas y fáciles de criar». La teoría hablaba por entonces de la pureza de razas como línea a seguir en la selección de las especies. Rosario, sin embargo, echaba mano de sus conocimientos de Darwin, de la importancia de la variabilidad genética en la evolución de las especies que había escuchado decir a su abuelo materno siendo una niña, y de sus muchas horas de observar pausadamente cómo en la lucha por la vida acababa triunfando el mestizaje. El plan de la naturaleza es crear, crear hasta lo infinito: «la selección, sí, pero antes la variabilidad; sigamos humildemente a la Naturaleza, que para seleccionar mezcla antes siempre». Frente a la línea «oficial» optó, pues, por la mezcla de cuatro o cinco razas de las llamadas «puras».

No sin dudas, se adentró por aquel camino que se había marcado con la sola ayuda ocasional de una niña de pocos años, que sumaba a sus limitadas fuerzas su buena voluntad. Ocuparse de la granja sin desatender las ocupaciones domésticas, la abundante correspondencia, la escritura de artículos, la cotidiana lectura de un buen libro o la prensa de cada día, suponía que sus jornadas se alargaran lo indecible, comenzando a las tres y media de la mañana y concluyendo a las nueve de la noche. Poco más de seis horas de reparador sueño para comenzar al día siguiente con la alimentación de animales, el cuidado de las cluecas, la cura de las aves enfermas, la selección de los huevos, según sea para la venta, la incubación o el consumo, etcétera. Trabajo interminable y metódico, pues no falta cada noche a su cita con los diferentes cuadernos de gastos e ingresos, el libro de puesta y el de alza-baja de pollitos, así como la anotación en cada uno de los huevos de la fecha de su puesta y la raza de la gallina ponedora. No tardando mucho, el tesón va consiguiendo sus frutos y la pequeña empresa avícola empieza a recibir las alabanzas de quienes comprueban la calidad de sus huevos y la productividad de sus gallinas ponedoras. Su fama trascendió los límites de las localidades próximas



y su granja debió atender encargos de casi todas las provincias españolas y algunos países americanos como México y Argentina: «en un solo año vendí catorce mil huevos para incubación»<sup>236</sup>. Al final, el éxito parece querer premiar la constancia y tesón del trabajo realizado, quedando ya en el olvido «la sátira, el desprecio, la sonrisa de conmisericordia ultrajadora» con que fue recibida su experiencia de mestizaje de razas cuando acudió a la ciencia titulada en busca de consejo y estímulo. El reconocimiento de sus productos en el mercado cántabro la anima a divulgar su experiencia con intención de que su raza de mestizas y su trabajo como avicultora «rinda a la masa general del pueblo aldeano mayores productos que los acostumbrados»<sup>237</sup>. Las páginas de *El Cantábrico* acogen varios artículos dedicados a mostrar las bondades que para el desarrollo económico de la región representa la práctica racional y metódica de la avicultura. El mismo periódico inserta en diferentes días un anuncio que, bajo el título «Huevos para incubar», enumera los productos que la granja tiene a la venta: huevos de las distintas razas de su gallinero y de patos mixtos del país y de Rouen.

Parece que las cosas marchan sobre ruedas y en 1902, cuatro años después de haber iniciado aquella aventura, obtiene el espaldarazo definitivo en la Primera Exposición Internacional de Avicultura celebrada en los jardines del Buen Retiro de Madrid desde el primero de mayo. La Sociedad Nacional de Avicultores Españoles, a cuyo frente se encuentra precisamente el señor Salvador Castelló, consigue reunir a casi cuatrocientos expositores, de los que cien eran españoles, y un total de más de dos mil ejemplares de aves y demás animales de corral procedentes de Alemania, Bélgica, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Suecia, Noruega y España. La muestra supuso todo un acontecimiento con seguimiento destacado por parte de la prensa diaria de Madrid y de la especializada desde el mismo momento de la inauguración oficial, que contó con la asistencia de Alfonso XIII y de la reina regente, de miembros del Gobierno y de varios representantes extranjeros<sup>238</sup>. A la hora del reparto de galardones, Rosario de Acuña y Villanueva obtuvo una de las medallas de plata otorgadas por un jurado compuesto

---

236 «Avicultura», *El Noroeste*, 21-11-1916.

237 Los «finos productos» de su granja son alabados en las páginas de la prensa santanderina. Tal sucede, por ejemplo, en la serie de artículos que con el título «La agricultura en la Montaña» publica Carlos Lastra en el diario *El Cantábrico*. La segunda serie de reseñas que realiza sobre las granjas avícolas cántabras se inicia con la que regenta Rosario de Acuña. El texto es una continua alabanza a la dedicación, limpieza y calidad de los ejemplares obtenidos, pues, como allí se afirma, en la granja de la señora viuda de Laiglesia «la verdad y la razón se han abierto paso entre la ignorancia del pueblo que no creía que una de estas razas era capaz de devolver a su dueño el importe de lo que consumían en su alimentación» (*El Cantábrico*, 22-4-1902).

238 *La Avicultura Práctica*, revista mensual de la Sociedad Nacional de Avicultores que dirige el señor Castelló, publicó un número extraordinario con 64 páginas dedicadas íntegramente a la Exposición (nº 65, mayo 1902).

por destacadas personalidades de la avicultura europea. Con tal distinción se pretende premiar no solo la calidad del lote de andaluzas azules presentado a concurso, sino también su labor de divulgación de la avicultura que ha venido realizando a través de los artículos publicados en *El Cantábrico*.

Aquel reconocimiento público venía a compensar los esfuerzos y los sinsabores de los años pasados. Atrás quedan las burlas de los sabios titulados, a quienes dedica un soneto que con el título «Los seudo-sabios» aparece en la prensa santanderina («Parásitos de sabios verdaderos/ pululan cual langosta de la ciencia,/ y a fuerza de aguzar la inteligencia/ suelen lograr prestigios y dineros...»)<sup>239</sup>; también los disparos que se vio obligada a realizar al aire para amedrentar a alguno de sus vecinos que pretendía acrecentar sus míseras rentas con productos de su corral<sup>240</sup>. Es hora de sacar pecho y de contarle a quien todavía no lo sepa: el anuncio de su granja que de vez en cuando aparece en la prensa incluye la mención al premio recibido; *El Cantábrico*, que se apresura a dar cuenta en sus páginas del galardón madrileño del cual, asegura sentirse copartícipe («participamos, pues, nosotros, aunque sea en proporción muy insignificante, de la honrosa distinción alcanzada en Madrid por nuestra ilustre colaboradora»), saca a la calle *Avicultura*, una pequeña publicación con los artículos premiados; Salvador Castelló y Carreras, que ya había publicado con anterioridad alguno de sus escritos en su revista, le solicita por carta permiso para incluir en *Avicultura Práctica* los mencionados artículos, a lo cual ella accede enviándole además una carta que puede servir de prólogo.

\* \* \*

La granja, las cartas, los artículos...: la actividad cotidiana de Rosario de Acuña era incesante. Salvo las seis horas reglamentarias de sueño y el preceptivo descanso de un par de horas en las tardes del domingo, durante las cuales solía sentarse en un acantilado próximo a su vivienda para contemplar la inmensidad del mar, el resto estaba perfectamente minutado: la atención a la granja, los cuidados de la casa, la lectura, la correspondencia y la escritura de algún artículo, actividad ésta que nunca dejó de realizar desde que a mediados de los ochenta tomase la decisión de convertir su pluma en ariete de su pensamiento. Durante los años de residencia en las tierras cántabras, sus trabajos aparecen con cierta asiduidad en *El Cantábrico*, «un diario ajeno a luchas

239 *El Cantábrico*, 23-1-1902.

240 La edición de *El Cantábrico* correspondiente al sábado 10 de marzo de 1900 relata así el suceso: «Anteanoche se intentó cometer un robo en el pueblo de Cueto, en la casa-quinta que habita Rosario de Acuña. Esta señora notó que dos hombres habían penetrado en la huerta de la casa y forcejeaban para romper la verja, que separa dicha huerta de la portalada. Inmediatamente la dueña de la casa, dando muestras de gran presencia de ánimo, disparó dos tiros que hicieron huir a los ladrones. Después se vio que había desaparecido una pequeña cantidad de leña, que se cree llevaron los ladrones».

de partidos y de ideas que tiene por lema la democracia, el propagar y extender entre la gran masa del pueblo toda clase de cultura y conocimientos»<sup>241</sup>, y, de forma más esporádica, en *El Ideal Cántabro*, de tendencia republicana y anticlerical, así como en el semanario socialista *La Voz del Pueblo*; a *Las Dominicales* envía algún que otro escrito, aunque lo hace de forma esporádica, coincidiendo con alguna efeméride o hecho de cierta relevancia<sup>242</sup>. De la colaboración con la primera publicación, que dirige el periodista José Estrañi<sup>243</sup>, hemos de destacar sus *Conversaciones femeninas*, serie de artículos que fue publicada con periodicidad semanal a lo largo de varios meses del año 1902. Los escritos, que están dirigidos a las mujeres montañesas, giran en torno «a la costumbre arraigada en nuestra sociedad de preferir la vida ciudadana a la vida en el campo». Un tema clásico en la obra de la escritora. No obstante, hay cambios notables con respecto a los publicados casi veinte años antes en *El Correo de la Moda*. Quien emite el mensaje no es la ilustrada y desengañada joven que quiere convencer a lo más selecto de sus lectoras para que la sigan en la necesaria tarea de regenerar aquella sociedad que se pudre por los efectos de apariencias, vanidades, envidias y sensualidades vanas; se trata ahora de una mujer que tiene como único recurso lo que obtiene de su trabajo como avicultora. El sector de mujeres a las que destina sus escritos se amplía de manera sustancial, pues ahora no se dirige a la minoría selecta y urbana que frecuentaba aquella revista de modas, sino que lo hace a todas las que puedan leer las páginas de un diario popular. En cuanto al contenido, ya no trata de la labor de la mujer en la villa campestre, sino de una visión completa de la vida cotidiana en contacto con la naturaleza: la infancia, la juventud, la vejez, la enfermedad, la educación, la vida en la aldea... De todos los artículos que componen la serie, quizás sea el titulado «Pequeñas industrias rurales» el que mejor represente esta nueva etapa. A lo largo de varias entregas<sup>244</sup>, va mostrando a sus lectoras las diversas posibilidades de producción con

241 *Avicultura*, p. 51.

242 El semanario ha experimentado en los últimos años algunos cambios. Tras la muerte en 1893 de Ramón Chies, Fernando Lozano se convierte en su director único. Años después, muda su cabecera, convertida ya en *Las Dominicales*. La otrora asidua firma de Rosario de Acuña tan solo aparece en contadas ocasiones. Tal sucede, por ejemplo, en septiembre de 1902 cuando envía una carta de adhesión al Congreso Universal de Libre Pensamiento que se celebra en Ginebra (*Las Dominicales*, 3-10-1902).

243 José Estañi y Grau (Albacete, 1840-Santander, 1919) destacó como periodista y dramaturgo. Hijo de un trabajador de una empresa de diligencias, fue director y editor de varios periódicos en León, Valladolid, Madrid y Santander. En esta ciudad trabajará primero en *La Voz Montañesa*, pasando posteriormente a dirigir *El Cantábrico*, actividad que desempeñará hasta su fallecimiento. En ambos periódicos se hicieron famosas sus «Pacotillas», mezcla de verso y prosa, de contenido humorístico y satírico, que gozaron de gran popularidad entre los lectores. Es conocida la estrecha amistad que mantuvo con Benito Pérez Galdós, surgida en las primeras estancias veraniegas del novelista en tierras cántabras.

244 *El Cantábrico*, 14 y 21 de julio; 4, 11 y 18 de agosto de 1902.

que cuenta cualquier explotación rural por pequeña que ésta sea: la cría del gusano de seda, la elaboración de quesos y mantequilla, la producción de miel, las conservas de frutas y legumbres o la producción de flores.

Sigue manteniendo, pues, su apuesta por la defensa de la vida rural aunque, como queda dicho, lo haga ahora desde posiciones sensiblemente diferentes a las que defendía en los tiempos en los que residía en su quinta pinteña. Y es que, desde entonces, han sido muchas las cosas que han cambiado en su vida y entre éstas, la de tener que vivir del fruto de su trabajo no es la de menor importancia, pues la actividad desarrollada en la granja le confiere un determinado lugar en las relaciones productivas que la acercan más, si cabe, al mundo de los trabajadores; de manera tal que si en el año 1888 se dirigía a los obreros gijoneses como una trabajadora intelectual, «una obrera como vosotros»<sup>245</sup>, ahora es, además, una obrera manual. La vida de esta mujer, «nacida en las cumbres de la burguesía», se ha ido acercando de tal manera a la de quienes viven del diario trabajo, bien sea por propia decisión, por los avatares de la vida o por ambas cosas a un tiempo, que no puede resultar extraño que empiece a colaborar con dirigentes y sociedades obreras. Sabemos, por ejemplo, que Isidoro Acevedo<sup>246</sup>, destacado dirigente socialista que por entonces dirige el semanario *La Voz del Pueblo*, solicitaba de vez en cuando algún que otro escrito para su publicación. También sabemos de su participación en las conferencias científicas y culturales que, con la intención de elevar el grado de instrucción del proletariado, programa la Federación Local de la UGT santanderina en el año 1902 y en las cuales se trataron diversos aspectos de historia, medicina, filosofía, física, higiene o derecho<sup>247</sup>. La conferencia que pronunció Rosario de Acuña con este motivo tuvo lugar el 23 de abril y lleva por título «La higiene en

---

245 *Discurso de doña Rosario de Acuña leído en el Ateneo-Casino Obrero de Gijón en la noche del 15 de septiembre de 1888*, p. 4.

246 Isidoro Rodríguez Acevedo (Luanco, Asturias, 1867-Moscú, 1952) militó en el Partido Socialista Obrero Español, desde que ingresara en la Asociación Arte de Imprimir, organización sindical que fue el germen del PSOE y en la que llegó a ocupar el cargo de secretario en 1896. Colaboró, junto a Pablo Iglesias, en el periódico *El Socialista*, máximo órgano de expresión del partido, hasta que en 1900 pasa a dirigir *La Voz del Pueblo*, primer periódico socialista de Santander; posteriormente será el responsable de *La Lucha de Clases*, de Bilbao, y, desde 1914, de *La Aurora Social*, de Oviedo. En estas localidades desarrolló una intensa labor sindical y política, ocupando el cargo de teniente de alcalde en el Ayuntamiento de Bilbao y presidente de la Federación Socialista Asturiana; en 1921 se integrará en el Partido Comunista de España.

247 El programa de conferencias sigue la estela de la Extensión Universitaria de Oviedo en sus pretensiones de acercar el saber a los obreros. Sus títulos nos hablan bien a las claras de los objetivos que persiguen los organizadores: Síntesis de la historia de España, Tratamiento de las complicaciones de las heridas en general, Idea de la constitución de las sociedades humanas y explicación de las formas de gobierno, El alcoholismo, Origen de los fenómenos físicos, Educación moral y jurídica de la mujer, Higiene en la familia obrera y Derecho positivo (Antonio Santoveña: *UGT en Cantabria. 1888-1937*, p. 66).

la familia obrera». Sus palabras, expresamente dirigidas a las mujeres, van desgranando algunos de los negativos aspectos que presenta la vida en las ciudades, tanto más nociva cuanto más lúgubre es el ambiente en el que se vive. Puesto que algunos no tienen más remedio que vivir en ellas, al menos es preciso que en las viviendas de los obreros reine la limpieza más exquisita y que en sus habitaciones circule el aire, el agua y la luz. Tras los oportunos consejos acerca de cómo llevar a cabo algunas de las cotidianas tareas, comenta que le bastará para sentirse satisfecha con su intervención «que todos vosotros abráis las ventanas de vuestras casas así que amanezca, que todos vosotros lavéis vuestras manos y rostro dos veces al día»; que los hijos sean lavados y bañados diariamente; que las casas estén limpias, «olientes a cal», aireadas por todas partes<sup>248</sup>. A lo largo de su intervención no puede menos de hacer también mención a los demoledores efectos que el alcoholismo reserva a sus víctimas y de destacar los positivos beneficios que a todos los presentes les puede deparar la contemplación y disfrute de las bellezas incomparables de la Naturaleza. Nada nuevo: se trata del mismo discurso higienista que lleva realizando desde hace bastantes años, por más que el escenario sea ahora bien diferente y el gabinete, el estudio o el tocador de las quintas de las burguesas ilustradas de otro tiempo, hayan sido sustituidos por los lúgubres y reducidos habitáculos en que sus hermanas proletarias ejercen la sagrada misión que tienen encomendada.

No le costaba trabajo alguno el hecho de coger la pluma y trazar un renglón tras otro para comunicarse periódicamente con las personas de su interés. El retorno al campo, a los dominios de la Naturaleza, que ella preconizaba, no era óbice para mantener una comunicación fluida con el resto de los mortales: no quería huir de las personas, sino de la telaraña de hipocresía y vanidad que envolvía las aglomeraciones urbanas. Cuidaba la relación con sus semejantes, al menos con aquellos que recibían de buen grado sus palabras, y no eran pocos, razón por la cual reservaba un tiempo en sus actividades cotidianas para atender la correspondencia, la que mantiene con sus anteriores amistades y la que inicia con otras nuevas en tierras cántabras. Entre éstas últimas encontramos al conocido científico González de Linares<sup>249</sup>, con quien mantuvo una intensa amistad, hasta el punto que ella fue una de las personas que estuvo a su

---

248 *La higiene en la familia obrera*, p. 20.

249 Augusto González de Linares (Valle, Cabuérniga, Cantabria, 1845-1904) fue un conocido naturalista ligado a la Institución Libre de Enseñanza, de cuya primera Junta Directiva fue miembro activo, que difundió con entusiasmo el darwinismo en España, lo cual le llevó a perder en 1875 su cátedra de Historia Natural en la Universidad de Santiago, que lograría recuperar seis años más tarde. En 1886, tras conseguir la excedencia y fijar su residencia en Santander, pone en marcha la Estación Marítima de Zoología y Botánica Experimental, germen del Instituto de Oceanografía que será fundado en 1914 por su colega –y compañero de expediciones científicas– Odón de Buen.

lado en el momento de su muerte<sup>250</sup>; al doctor Madrazo<sup>251</sup>; al avicultor Pablo Lastra y Eterna, para quien no tiene más que elogios<sup>252</sup>; al periodista Luis Bonafoux, con quien es probable que coincidiría en alguno de sus viajes a la región, habida cuenta de que éste mantenía lazos familiares en Campoo, lugar del cual era originaria su mujer, Ricarda Valenciaga; así como a los también periodistas, anteriormente citados, Isidoro Acevedo y José Estraña. Matilde Camús incluye en esta lista de amistades a la escritora Concha Espina<sup>253</sup>, quien en los primeros años del siglo veinte estaría dando a la imprenta sus primeras obras. Es probable que, a la luz de sus escritos, también hubiera que citar al novelista, y luego miembro de la Academia, Ricardo León<sup>254</sup>.

\* \* \*

---

250 De esos momentos, y también de las presiones a las que tanto el moribundo como su mujer fueron sometidos por los enviados del obispo de Santander para conseguir que retornara a la fe católica, da cuenta en un artículo que envía a París, para que su amigo Bonafoux lo publique: «Sabio y piadoso, filósofo y humano: cuatro extremos en oposición constante para la mayoría de los mortales, entre los cuales caminaba este hombre que hoy bajan al sepulcro [...] ejemplo gráfico, vivo, elocuentísimo de cómo se puede vivir y morir bajo los cánones de la razón y del sentimiento» («Linares y el clero santanderino», *Heraldo de París*, 27-5-1904).

251 Enrique Madrazo y Azcona (Vega de Pas, 1850-Santander, 1942) se convierte en profesor de la facultad de Medicina de Barcelona, tras realizar sus estudios en Madrid y completarlos en Francia y Alemania. En 1894 regresa a su villa natal donde abre un sanatorio; dos años más tarde instala en Santander el primer centro sanitario con el que contará la ciudad. Los títulos de alguna de las obras que publica dan fe de su compromiso con el espíritu regeneracionista *El pueblo español ¿ha muerto?*, publicado en 1903 y cuya lectura fue prohibida por el obispo de Santander Sánchez de Castro, *El cultivo de la especie humana*, *El destino de la mujer*, *Pedagogía y Eugenesia*, *Papel social de la mujer*... Una carta suya dirigida a Regina de Lamo y que ésta publica en *Rosario de Acuña en la escuela*, da público testimonio de su relación con nuestra protagonista, «de las conversaciones y cartas mediadas durante nuestra vieja amistad».

252 A él se refiere en algunos de sus escritos, en los cuales hace público reconocimiento de su valía como avicultor: «aprovecho esta ocasión para reconocer en el señor Lastra preeminente en esta ciencia, pues con sus escritos sobrios y técnicos puede hacer de Castelló montañés, es decir, de autoridad irrefutable en Avicultura» («Conversaciones femeninas. Preámbulo», *El Cantábrico*, 19-2-1902).

253 Matilde Camús: *Historia del lugar de Cueto*, vol. II, p. 153.

254 De la admiración que Ricardo León sentía por nuestra protagonista dan buena prueba las elogiosas palabras a ella dirigidas y que Regina de Lamo incluye en *Rosario de Acuña en la escuela*, así como el párrafo que le dedica en su novela *Cristo en los infiernos* («dama roja, pero de ilustre linaje y varonil talento literario [...] conocí a la autora de *Rienzi* ya al cabo de sus estrépitos, vieja y triste, retirada en el campo, consagrada al cultivo apacible de la avicultura...», p. 90). Es probable que fuera por entonces cuando se conocieran, pues a principios de siglo el joven escritor se encuentra en Santander trabajando en la delegación del Banco de España, y en 1904 participa, junto a Rosario de Acuña, Madrazo o José Estraña, en la edición especial que lanzó *El Cantábrico* con ocasión del fallecimiento de Augusto González de Linares, ocurrida en el primero de mayo.

Artículos en la prensa, conferencias, anuncios publicitarios de su granja, premios en la Exposición de Avicultura...Tantas apariciones en la palestra pública, y tan seguidas, no hicieron ningún bien a la granja avícola que con tanto sudor había puesto en marcha; antes al contrario. Llegado el verano, la avicultora anuncia que el futuro de la empresa se presenta bastante sombrío: «por motivos de salud mía y de mi madre, y por otras causas ajenas al asunto, mi modesto corral, está próximo a liquidar todas sus existencias»<sup>255</sup>. Y es que, al parecer, la dueña de la finca donde estaba instalada la explotación, «feligresa muy amada de un canónigo de la catedral de Santander», se dio por enterada de quién era su inquilina y la obligó a desalojar su propiedad, al sentir «terrores de conciencia por tener alquilada su finca a una hereje»<sup>256</sup>. Una cosa es que su nombre aparezca de vez en cuando en *El Cantábrico*, que se toleren sus sonetos y sus «conversaciones femeninas», y otra, muy distinta, que, sin más ni más, su granja avícola se convierta en aventajada competidora de aquellas otras administradas por los ortodoxos fieles de don Vicente Santiago Sánchez de Castro, obispo de Santander durante treinta y seis años –de 1884 a 1920– y luchador tenaz contra la «mala prensa»<sup>257</sup>.

Menos mal que aquel fue también el año en que verá reconocido su derecho a recibir una pensión de viudedad. Una real orden, inserta en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* del día 21 de enero, concede a Rosario de Acuña y Villanueva, viuda del comandante de Infantería de la Escala de Reserva Rafael de Laiglesia y Auset, una pensión anual de mil ciento veinticinco pesetas. Como quiera que la resolución establece que los efectos económicos de la misma se inician al día siguiente del fallecimiento del marido y dado que ya han pasado dos años desde entonces, la primera paga que recibiría será de unas dos mil doscientas cincuenta pesetas, cantidad similar a lo que le habría costado la instalación de la granja que ahora tiene que abandonar.

Parece ser que el desahucio no acaba con el proyecto avícola, sino que volverá a renacer poco tiempo después en otra finca de la misma localidad, pues existe constancia escrita de que en el año 1904 allí sigue con sus gallinas. Con fecha 10 de abril de ese año le envía desde Cueto una carta a Tomás Costa, por entonces jefe provincial de Fomento en Toledo así como presidente del Consejo de Agricultura y Ganadería de la misma provincia, aunque es más conocido por ser hermano de Joaquín, uno de los más ardientes defensores del regeneracionismo finisecular. Gracias a esa misiva y a la que

---

255 *Avicultura*, p. 79.

256 «Avicultura», *El Noroeste*, 21-11-1916.

257 Para don Vicente la lista de periódicos prohibidos era larga: *El País*, *El Imparcial*, *El Liberal* o *El Heraldo*, «y los demás de su clase», pues no solo deben prohibirse «aquellas publicaciones que impugnen la religión en su totalidad», caso de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* o *El Motín*, «sino que basta la impugnación habitual de cualquiera de sus dogmas o preceptos», tal y como recuerda en la carta pastoral en la que comunica a sus fieles la prohibición de leer *La Montaña* y *El Cantábrico* (*Boletín Oficial Eclesiástico*, 14-7-1906).

recibe en respuesta de la misma, podemos confirmar que en ese tiempo Rosario continúa dedicándose a la avicultura en Cueto. Según parece, durante una de sus habituales estancias veraniegas en Santander llegó a manos del señor Costa uno de los ejemplares de *Avicultura* y, tras su lectura, encargó varias docenas de huevos para incubación en la finca de doña Rosario. Enterada ésta de quién era el destinatario de tal pedido, «congratulándome de que un producto de mi granja haya ido a parar a la familia que es honra de España y galardón de la Humanidad», no dudó en enviarle la referida carta con toda suerte de recomendaciones para que el proceso al que iban destinados los huevos se desarrollara eficazmente.

Será en 1905 cuando se produzca el final de esta segunda etapa de su experiencia como avicultora. En la madrugada de una primaveral noche, su granja es asaltada por unos ladrones que se llevan treinta aves, entre gallos y gallinas de raza. La pérdida es muy grande para aquella pequeña explotación, el beneficio de muchos meses: «lo que con mi trabajo gano al año en mi pequeña industria agrícola». La propietaria, que está convencida de que los autores de tal fechoría son vecinos suyos «muy enterados y conocedores de todo lo que había en el gallinero», ofrece diez duros de gratificación a quien facilite informes que conduzcan a la recuperación de los animales. La oferta no tiene el éxito esperado, pues los ladrones están amparados por la complicidad y el silencio de la mayoría. Ésa es la conclusión a la que llega cuando en el mercado de Santander compra dos de las gallinas sustraídas sin que «a pesar de la buena fe que parecen tener los vendedores de aves, se haya podido dar con los que las vendieron». La indignación de la avicultora es tan grande que este incidente fue el detonante que la llevó a alejarse unos pocos kilómetros de Cueto para establecerse en el pequeño pueblo de Bezana, lugar donde está datado el escrito de 17 de abril en el cual insta a la Sociedad de Avicultores a «cortar este verdadero río de robo de aves que abastece los mercados de la provincia, pues no hay afición avícola que resista la cría de aves para nutrir ladrones»<sup>258</sup>. Una nueva mudanza, y ya van unas cuantas<sup>259</sup>. Ya se va cansando de tener que hacer reformas en casi todas y ellas para mejorar las condiciones de habitabilidad de la vivienda.

A la vista está que el año no va nada bien para ella, pero aún se ha de poner peor, pues antes de que finalice se producirá la muerte de su madre. En efecto, Dolores

258 Carta dirigida a José Estraña firmada en «Bezana-Igollo» (*El Cantábrico*, 18-4-1905).

259 Con motivo del fallecimiento de Pereda la prensa nacional se hace eco del homenaje que le tributa la escritora cuando la comitiva pasa por las cercanías de su nueva casa: «Al pasar el cortejo fúnebre por el pueblo de Bezana, se hallaban cubiertos con crespones los balcones de la finca que habita Rosario de Acuña. La ilustre escritora al pasar el féretro arrojó sobre el furgón un cesto de flores y laurel, y entregó a los periodistas, para depositarla en el panteón, una preciosa corona de flores naturales y laurel con la siguiente inscripción: De las flores de sus *Peñas arriba*, a Pereda. Rosario de Acuña» (*El Imparcial*, 4-3-1906).



Villanueva y Elices, falleció el 19 de junio de 1905 a la edad de setenta y siete años. Era viuda y vivía desde hace años en compañía de Rosario, su única hija, y de Carlos, quien pasaba por ser sobrino de la difunta. Nacida y criada en una familia católica, con un hermano de probada fidelidad al sector más integrista del catolicismo español, en su fe católica educó a su hija Rosario. Y católica era... hasta que dejó de serlo. Católicas eran las dos, hasta que las dos dejaron de serlo. Lo más probable es que fuera Rosario la primera que dio el paso: fue a finales del año 1884 cuando hizo pública su adhesión al librepensamiento, convirtiéndose desde entonces en una activa luchadora contra el clericalismo. Lo de su madre, cabe suponer, que acaeciera por influjo del testimonio de su hija. Lo cierto es que, Dolores Villanueva y Elices mudó sus creencias, hasta el punto de que sus últimas voluntades, claras y contundentes, tuvieron eco en la prensa madrileña:

Sea mi entierro sin aparatos ni fatuidades, y con la mayor sencillez se celebre de madrugada, sin acompañamiento, y déseme sepultura en el cementerio civil. No se ostente signo alguno de religión de clase alguna. Dejo preparada mi mortaja: una sábana para el cuerpo y un velo para la cara<sup>260</sup>.

Así se hizo. Fue enterrada en el cercano cementerio de Ciriego, donde su hija compró una sepultura a perpetuidad<sup>261</sup>. Quiso que estuviera situada al lado de la que ocupaban los restos de su amigo el científico Augusto González de Linares, fallecido un año antes, el primero de mayo de 1904. Allí reposarían los restos de su querida madre y allí quería Rosario que reposaran los suyos, razón por la cual compró un terreno al lado de su tumba<sup>262</sup>. Aquella definitiva separación, que truncaba los últimos veintitantos años de diaria convivencia, acercó de nuevo la muerte a su vida y, viéndola cerca, decidió escribir su última escena, aquella que habría de seguir al fin de su existencia. Con la serenidad que, parece ser, dan los años, redactó su última voluntad en un testamento escrito de su pluma y letra, al que puso firma en la ciudad de Santander el veinte de febrero de 1907. En él hay un recuerdo para su difunta madre: «Si muero en Santander entiérreseme en el panteón donde yacen los restos de mi madre, y donde hay nicho para mí ya comprado, y cuando yo muera póngase sobre el sepulcro de mi madre una losa de mármol con el siguiente soneto:

---

260 *El País*, 1-7-1905.

261 *Boletín Oficial de la Provincia de Santander*, 11-8-1905.

262 En sesión celebrada el 27 de diciembre de ese mismo año, el Ayuntamiento de Santander acuerda «conceder a doña Rosario de Acuña una ampliación de terreno en el cementerio civil» (*Boletín Oficial de la Provincia de Santander*, 25-4-1906).

Ya estoy contigo, madre; nuestras vidas  
caminaron por sendas diferentes,  
llegando, al fin, cansadas y dolientes,  
a dormir en la muerte, confundidas.

Por filial y materno amor unidas,  
queden en paz eterna nuestras mentes,  
cual dos opuestas ramas o corrientes  
de un solo tronco o manantial nacidas.

¡No despertemos nunca, madre amada!  
¡Mas si al mandato del poder divino  
el yo consciente surge de la nada,

uniendo tu destino a mi destino,  
llévame entre tus brazos enlazada  
y sigamos las dos igual camino!

El epitafio habría de iniciarse con el siguiente texto: «Dolores Villanueva, viuda de Acuña, aquí yacente desde 1905»; el nombre de la hija y el año de su muerte figurarían tras el último de los catorce versos. Y hasta que el momento de ese reencuentro anunciado tuviera lugar, la tumba se cubrió con una lápida, necesariamente provisional, que tenía por única inscripción un escudo «Espera».

No fue en Santander, sino en Gijón donde una embolia cerebral acabó con la vida de doña Rosario de Acuña y Villanueva el cinco de mayo de 1923. Y fue Carlos de Lamo Jiménez quien cumpla la voluntad de aquella mujer extraordinaria con quien había vivido durante casi cuarenta años. Será su fiel compañero –a quien algunos llamaron *sobrino* de la madre, primero, y de la hija, después– quien haga realidad el deseo de Rosario. En el verano que siguió al de la muerte de su hija, ya está dispuesta para su traslado al cementerio santanderino la lápida de mármol italiano en la que un artesano local ha cincelado los versos que fueron escritos con esa finalidad, al tiempo que Ignacio Lavilla, pintor y periodista, se ocupó de grabar a la cabeza del soneto la flor preferida por la escritora, el pensamiento, y, tras el último verso, el dibujo de su firma y su rúbrica. Para hacer frente a los gastos ocasionados, Carlos obtiene la ayuda de algunos amigos de Galicia, Extremadura y Santander así como de las logias Numancia y Alona. La lápida se coloca sobre la ya existente, aquella en la que figura el provisional «Espera». Cumplida queda su voluntad.

## Gijón: el compromiso social

EN EL VERANO DE 1909 la prensa gijonesa informa a sus lectores de la presencia de tan ilustre escritora en la villa, así como de las gestiones que está realizando con el fin de construir una vivienda en los alrededores. La ciudad, que no le es desconocida, pues ha estado en ella en diversas ocasiones (la última, el año anterior, cuando pasó varios meses en el más absoluto anonimato)<sup>263</sup>, se presenta ante sus ojos como el lugar ideal para pasar la última etapa de su vida: es una población pequeña, pues cuenta aún con menos habitantes que Santander; entre sus gentes se encuentran «algunos entusiastas de la razón y la libertad» que llevan tiempo insistiendo para que fije su residencia en la ciudad; y en sus alrededores se hallan rincones encantadores donde el embravecido mar no se cansa de rugir frente a los abruptos acantilados. Será en uno de estos lugares, un tanto alejado del centro de la población, donde encuentre el terreno sobre el que edificará su morada. Se trata de una finca de unos dos mil quinientos metros cuadrados situada sobre uno de los acantilados de la zona conocida como El Cervigón, a una distancia de unos cuatro o cinco kilómetros de las calles más céntricas. Después de mirar y remirar parece ser que encuentra un lugar que la satisface y acepta pagar los cuatro mil reales que piden por él. Cuenta con un pequeño capital que, probablemente, proceda de la herencia de su madre, y se muestra decidida a emplearlo en la adquisición del terreno y en la construcción de su propia casa, harta ya del peregrinaje al que se ha visto obligada en los últimos años «haciendo cocinas en casi todas las casas que alquiló, y que por cierto quedaron en beneficio de las propietarias»<sup>264</sup>.

\* \* \*

Recordando –sin duda– que el eco de su premio en la Exposición de Avicultura de Madrid fue la causa que, al fin y a la postre, la obligó a abandonar la vivienda que había ocupado en Cueto, prefiere que su instalación en su nueva residencia gijonesa se realice de la forma más discreta posible. Quizás sea ese el objetivo del suelto que publica *El Noroeste* el último día de agosto de 1909 en el que informa de la inmediatez

263 Así lo hace saber la interesada en una carta que envía a la prensa local pocos días de haberse informado de su presencia en la villa gijonesa: «Medio año estuve entero el pasado 1908 en esta ciudad, sin que nadie notase mi presencia (lo que era de mi mayor agrado)...», *El Publicador*, Gijón, 26-10-1909.

264 Carta dirigida al señor D. M. S. de A., firmada en Bezana el 22 de mayo de 1905 y publicada en *El Cantábrico* al día siguiente.

del inicio de las obras de construcción de un chalé «que se proponen habitar varias personas familiares de doña Rosario de Acuña, y no esta ilustre escritora», como se recogía, con todo lujo de detalles, en la edición del día anterior. No sería de extrañar que, puesto que la casa iba a estar a nombre de Carlos de Lamo, el periódico accediera a matizar la información. Los deseos de la escritora de llevar en su nueva residencia una vida retirada se ponen una vez más de manifiesto con ocasión de la entrevista que concede, un tanto a su pesar, a un redactor del diario gijonés *El Publicador* que acude al teatro Jovellanos para interesarse por el próximo estreno de *La voz de la patria*. De la conversación mantenida durante un descanso de los ensayos que la propia autora dirigía, el periodista saca la conclusión de que «doña Rosario de Acuña prefiere que se la dé por muerta...que nadie hable de ella»<sup>265</sup>.

Otra persona en su lugar, una vez cerrada la compra y realizado el encargo para la construcción de la vivienda<sup>266</sup>, quizás esperaría pacientemente a su terminación o, como mucho, visitaría de tanto en tanto las obras. Ella no. Se instala en una céntrica pensión y se dedica a supervisar los pormenores que afectan a la construcción de su casa. Conociéndola como ya la vamos conociendo, es de imaginar que las instrucciones dadas al constructor serían muy precisas ya que sabía perfectamente lo que quería al respecto, pues no en vano se había cansado de predicarlo durante años a las demás mujeres. Una casa de un solo piso, «que no sobresalga del nivel de la tierra más que cincuenta centímetros rellenos de piedra y de cal»; situada en un alto, con la fachada hacia el sol del mediodía; «que el sol bañe las paredes por los cuatro costados». En el centro de la casa, una galería «que *lo sea todo en la casa*; mejor dicho, que sea la *casa entera*», con elevados techos y suelo entablado, que cobije la biblioteca, la mesa de estudio y la de la comida y en donde confluyan el resto de las estancias; las habitaciones, espaciosas y aireadas; en uno de los extremos de la galería, la cocina, «amplísima, radiante de luz, de agua, de ambiente, con bruñidos suelos y techo elevadísimo y amplia salida de humos por alta chimenea». Las paredes de la casa blancas por dentro y por fuera; las del exterior «dispuestas a la enjalbegadura de cal en cada estación; lavado purificador de las miasmas y microbios». Y, por supuesto, un edificio anexo al principal en el que tengan cabida las estancias necesarias para los animales domésticos y de corral, así como para almacenar los aperos utilizados en el huerto y en la elaboración de los productos artesanales.

Mientras se concluye su nueva residencia, la escritora va tomando poco a poco contacto con la ciudad, ocupando de forma esporádica la tribuna de la prensa local. Si *El Publicador*, periódico de orientación republicana, es el primero en recoger sus palabras, pues a la entrevista referida le seguirá la publicación de una de sus poesías y algún

---

265 *El Publicador*, 25-9-1909.

266 El Ayuntamiento, en sesión celebrada el mismo día en que se publica la entrevista con Rosario de Acuña, concede licencia a don Carlos Lamo Jiménez para «cerrar una finca y levantar una casa en Somió».

que otro artículo, serán las páginas de *El Noroeste* las que elegirá para dar a conocer sus ideas y opiniones. También será en ellas donde nos enteremos de que en el verano siguiente ya se encuentra en su nueva vivienda, como bien atestigua la datación de su escrito «Una dama cristiana» «En mi casa del Cervigón (Gijón) 1º de julio de 1910». La información acerca del lugar, inusualmente completa<sup>267</sup>, parece obedecer más a la satisfacción de la autora por el logro conseguido (al fin está en «su casa», su retiro soñado), que un supuesto interés en facilitar públicamente su dirección, pues no tiene deseo alguno de que nadie fuera a turbar la paz de aquel lugar, como bien hace saber mediante un cartel que, al parecer, colgó a la puerta de su nueva morada advirtiéndole de la inutilidad de llamar, ya que no se tenía intención de abrir a nadie.

Ya está en la casa del acantilado, ya puede disfrutar de todo lo que ha proyectado. Queda ahora por saber cómo será su vida en esta nueva etapa. Lo de la avicultura como ocupación profesional pertenece al pasado; ya no tiene edad para aguantar aquel exigente trabajo ni para soportar los sobresaltos de la etapa cántabra. Parece decidida, por tanto, a vivir con los únicos ingresos que le proporciona la pensión de viudedad que recibe cada mes y con los productos que obtiene de su finca. Pero claro, para persona tan acostumbrada a largas jornadas laborales, dedicarse tan *solo* al cuidado de la casa y a atender el huerto y el corral le habrá de dejar más tiempo libre que el que había disfrutado en los pasados años. Y ese tiempo lo ha de emplear en otras actividades: la lectura, la escritura, alguna que otra salida para recorrer las tierras asturianas, y la colaboración con los grupos más dinámicos de la sociedad gijonesa. A pesar de su voluntad de mantenerse un tanto alejada de la curiosidad de la gente, a pesar de buscar el retiro y el abrazo de la Naturaleza, muy pronto comenzará a colaborar con el Ateneo Obrero de Gijón, sociedad que se había fundado en el año 1881 como instrumento de promoción de la clase obrera y con la que ya había mantenido contactos en el pasado; con los reformistas gijoneses que tenían a Melquíades Álvarez como su líder natural<sup>268</sup>; y, por supuesto, con la masonería local.

---

267 Fuera de éste, la información acerca del lugar en el cual firma sus escritos suele ser más escueta: al principio los data en «El Cervigón» o en «El Cervigón (Somió)»; más tarde ni siquiera eso, tan solo su nombre y sus apellidos.

268 Melquíades Álvarez González (Gijón, 1864-Madrid, 1936) nace en el seno de una familia humilde que hubo de trasladarse a la vecina ciudad de Oviedo tras la muerte del padre. Allí se ve obligado a ayudar a su madre en la atención a los huéspedes que tienen alojados en casa, al tiempo que inicia los estudios de Derecho, de los que se graduara en 1883. Años después consigue la cátedra de Derecho Romano de la universidad ovetense, al frente de la cual se mantendrá unos años, hasta el momento en que decide dedicarse a la política. En las elecciones de 1901 obtendrá un escaño en el Congreso de los Diputados, donde habrá de permanecer durante varias décadas, llegando a desempeñar el cargo de presidente. En 1912 promueve la fundación del Partido Reformista, en el que asumirá un claro liderazgo que habrá de continuar cuando en 1931 se transforme en Partido Republicano Liberal Demócrata.

Si hubiera que definir la etapa gijonesa con pocas palabras, éstas tendrían que referirse al decidido apoyo que dispensa a los más necesitados: los presos, las mujeres agredidas, los niños sin futuro, los trabajadores, los pescadores abandonados a su suerte, los soldados que combaten en trincheras africanas o europeas... El discurso que ha venido dirigiendo a las mujeres en los últimos años acerca de la importancia que el retorno de las familias al abrigo de la naturaleza debe jugar en la necesaria regeneración de España, va a ir cediendo espacio en esta última etapa de su vida a otro más utilitario e inmediato. Sus escritos de otro tiempo, acerca de las ventajas que para las familias y para la patria representa la vida en el campo, serán sustituidos por los que desde ahora dedica a apoyar a los necesitados, a quienes las calamidades del día a día parecen cegar toda promesa de futuro: la construcción de un mañana mejor debe comenzar por atender las exigencias más apremiantes del presente.

Los obreros son sus primeros destinatarios: en diciembre de 1909 publica «La vuelta de los reservistas»<sup>269</sup>, un artículo en el cual muestra su alegría por el regreso a casa de los soldados que habían sido enviados a Marruecos para defender la ciudad de Melilla, tras el ataque que las cabilas rifeñas habían llevado a cabo el verano anterior. Entonces la movilización de los reservistas había desatado muchas protestas, hasta el punto de convertirse en el detonante de la Semana Trágica, pues al realizarse por regimientos y no por quintas obligó a embarcarse con África por destino a antiguos soldados que tenían la vida ya hecha, con trabajo y familia. Los jirones producidos con su partida y el recuerdo de los que no pueden regresar harán brotar de su pluma palabras contundentes: «hagamos resurgir de aquellas cenizas un grito de maldición hacia las guerras, que entenebrece los horizontes del planeta y van trazando surcos de lágrimas sobre las generaciones humanas», pensamiento bien opuesto al belicismo romántico de sus años juveniles. En la primavera siguiente, con ocasión de la fiesta del Primero de Mayo escribe un artículo en el que, al saludo de «¡Proletario del mundo!»<sup>270</sup>, augura la victoria de las «huestes proletarias que enarbolan los grandes emblemas de la verdad, la razón y la justicia» sobre un pasado que extendió la injusticia entre los hombres dividiéndolos en «amos y esclavos, en tiranos y oprimidos, en verdugos y víctimas». Su apoyo a la causa de los trabajadores no se va a limitar a los artículos que por entonces publican los periódicos gijoneses, sino que también acudirá a cuantos actos se realicen en el mismo sentido. Así sucede, por ejemplo, en la velada que se celebra a finales de marzo de 1911 en un teatro gijonés en solidaridad con los dirigentes obreros

269 *El Publicador*, 12-12-1909.

270 «El Primero de Mayo», *El Noroeste*, 1-5-1910.

que habían sido detenidos con ocasión de un atentado sufrido por un dirigente patronal. En esa ocasión, tras la lectura de unas palabras de apoyo que habían sido enviadas por Galdós y Pablo Iglesias, la escritora cierra el acto con unas poesías colmadas de espíritu solidario.

Al prestigio que había conseguido como luchadora tenaz en pro de la libertad de conciencia, se sumaba ahora la defensa pública de posiciones que estaban bien próximas a las defendidas por las fuerzas proletarias. No es de extrañar, por tanto, que los anarquistas gijoneses vieran de buen grado que fuera ella quien pronunciara un discurso en la ceremonia inaugural de la Escuela Neutra Graduada de Gijón, proyecto que contaba con su apoyo y con el de los reformistas. La pertenencia a la masonería de algunos de éstos, el propio Melquíades Álvarez entre ellos, y de algún destacado miembro del obrerismo gijonés, como es el caso de Eleuterio Quintanilla<sup>271</sup>, va a facilitar la conjunción de ambas organizaciones en la puesta en marcha de esta escuela que hará de la aconfesionalidad su principal seña de identidad. El 29 de septiembre de 1911 Rosario de Acuña compartirá la mesa presidencial junto a otros oradores para cerrar el acto de inauguración de la Escuela con el discurso titulado «El ateísmo en las escuelas neutras»<sup>272</sup>.

Ese frente, el de la defensa de la razón frente a los dogmatismos religiosos, había constituido un elemento fundamental de su pensamiento desde hacía varias décadas y no lo iba a abandonar en su etapa gijonesa: estaba ahora en la tribuna de aquella fiesta racionalista, exhortando a las madres para que llevaran ilusionadas a sus hijos a la nueva escuela neutra, y había estado meses atrás manifestándose por las

---

271 Eleuterio Quintanilla Prieto (Gijón, 1886-Burdeos, 1966) empezó a trabajar como aprendiz de chocolatero a la edad de trece años, después de haber acabado sus estudios primarios. En 1909 comienza su relación con el movimiento libertario gijonés colaborando en el periódico *Solidaridad Obrera*; más tarde fundará junto a Ricardo Mella, quien habría de influir hondamente en su formación, *Acción Libertaria*. En 1915 empieza a trabajar en la Escuela Neutra, de la cual será su director durante casi dos décadas. Intervino en la preparación de la huelga de 1917, como miembro del comité asturiano. En 1919 participa en el Congreso Nacional de la CNT celebrado en el teatro de La Comedia, donde defenderá la unidad de acción con la UGT, la creación de federaciones nacionales de industria y la negativa al ingreso de la CNT en la III Internacional por considerar que el comunismo era contrario a las ideas bakunistas. Durante la guerra civil desempeña diversos cargos en el ámbito de la protección a la infancia evacuada, tras lo cual se exilia en Francia donde vivirá hasta su muerte. Sobre su vida y sus actividades educativas y sindicales puede consultarse el trabajo de Ramón Álvarez Palomo: *Eleuterio Quintanilla (vida y obra del maestro)*.

272 Tal fue el interés que despertaron sus palabras, que el discurso fue ampliamente difundido por obra y gracia de un grupo de gijoneses que, no contentos con la publicidad que realizó *El Noroeste* publicando el texto íntegro en dos números sucesivos (2 y 3 de octubre de 1911), realizaron «una profusa edición para lanzarla fuera de la provincia, y hasta para atravesar los mares en busca del nuevo continente» (*El Noroeste*, 23-10-1911).

calles gijonesas en apoyo del Gobierno de Canalejas que, mediante la conocida como «Ley del candado», prohibía la creación de nuevas fundaciones religiosas hasta que fuera aprobada una nueva ley de asociaciones. La reacción de los sectores confesionales ante lo que consideraban una injerencia intolerable en los asuntos eclesiásticos no se hizo esperar: por todo el país se sucedieron manifestaciones multitudinarias en contra de la medida. En un intento de contrarrestar los efectos de estas clamorosas protestas, se organizan otras de sentido contrario, de apoyo a la medida gubernativa. El domingo 3 de julio de 1910 millares de personas recorren las ciudades y pueblos del país reclamando del Gobierno «el cumplimiento de su programa democrático». Si las mujeres ocuparon un lugar preeminente en las protestas contra el Gobierno, también hubo mujeres que lo hicieron en su favor, como sucedió en el caso de Gijón donde se manifestó un importante número de ellas, entre las cuales se encontraba, cómo no, Rosario de Acuña, quien ya días antes había enviado al diputado Benito Pérez Galdós un telegrama de adhesión a los actos organizados en Madrid con la misma intención de apoyo a los proyectos gubernamentales, en el que sacó a relucir pedigrí de gran altura para compensar la alta alcurnia de las que se oponían a Canalejas: «Como dama española, pues cuento en mi ascendencia de cuatrocientos años, reinas, obispos, conquistadores y santos, me adhiero a la manifestación del domingo...»<sup>273</sup>.

Durante estos primeros meses parece sentirse satisfecha en su nueva residencia, al menos así lo hace saber por entonces cuando afirma que desde mucho antes, casi desde la niñez, había deseado «vivir y morir en esta Asturias, a la que conozco palmo a palmo»; que había soñado con vivir en una casa como la que ahora tiene, sobre un acantilado, frente al solemne mar, abrigada por la soledad de la naturaleza; lejos del imperio de las vanidades y los oropeles ciudadanos. Allí estaba, por fin. Dicen que en la puerta de aquella casa lució durante un tiempo un cartel que decía «Inútil llamar: no se recibe a nadie», pero aquella advertencia estaba destinada a desalentar a los curiosos; el resto tenía franco el camino. Hasta allí acudían con cierta frecuencia antiguos y nuevos amigos entre los que se encuentran dirigentes obreros, jóvenes estudiantes, periodistas... Ella, por su parte, visita con cierta frecuencia el Ateneo Obrero, entidad con la que colabora en cuantas actividades le son solicitadas; asiste a los actos en los que interviene Melquíades Álvarez por el que muestra admiración públicamente («Me enorgullece ser conciudadana de quien ha sabido de un modo maravilloso defender la majestad de la Justicia y la supremacía de la Razón»<sup>274</sup>... Apenas un par de años después de su llegada podemos decir que está perfectamente instalada en su nueva

---

273 *El Noroeste*, 2-7-1910.

274 Carta a Melquíades Álvarez publicada en *El Noroeste*, 3-4-1910.



residencia: lejos de la insana vida urbana, pero conectada con aquellos que se afanan en buscar una luz en el porvenir. Parece que todo va razonablemente bien; se siente querida y respetada: «apenas llegada tengo que agradecer cortesías y obsequios que me prueban no haberme equivocado»<sup>275</sup> Todo marcha por donde debe, hasta que algo se tuerce a finales de 1911...

\* \* \*

El miércoles 22 de noviembre de ese año, en la primera página del periódico barcelonés *El Progreso* aparece un artículo titulado «La jarca de la Universidad», en el que la escritora denuncia un suceso que ha ocurrido un mes antes y del que ha tenido noticia por la información publicada en el *Heraldo de Madrid* el día 14 de octubre. Seis chicas, dos españolas, dos francesas, una alemana y una americana, que cursaban en la cátedra de Literatura General y Española en la Universidad Central, fueron agredidas verbalmente por algunos de sus compañeros. Ante la actuación del resto, los agresores no tuvieron más remedio que refrenarse en los días siguientes. No obstante, en cuanto se les presentó mejor ocasión tomaron a una de ellas por objeto de sus ofensas: «la rodearon, vejándola con un vocabulario de burdel e intentando ofenderla también de obra». El cronista del periódico madrileño dice no saber en qué hubiera acabado aquel asunto si no hubiera acertado a pasar por aquel lugar tan concurrido un arriero con su carro, el cual «se entró, dando codazos y empujones, por el corro» haciendo huir a aquellos «tenorios vergonzantes». La pluma de la señora viuda de Laiglesia traza sobre el blanco papel palabras fuertes y gruesas:

Nuestra juventud masculina no tiene nada de macho. Como la mayoría son engendros de un par de sayas (la de la mujer y la del cura o el fraile) y de unos solos calzones (los del marido o querido), resultan con dos partes de hembra o, por lo menos, hermafroditas (por eso casi todos hacen a pluma y a pelo). Tienen, en su organismo, tales partes de feminidad, pero de feminidad al natural, de hembra bestia, que sienten los mismos celos de las perras, las monas, las burras y las cerdas, y ¡hay que ver cuando estas apreciables hembras se enzarzan a mordiscos; las peloterías suyas son feroces...! ¡Ahí es nada!, ¡no morder aquellos *estudiantitos* a sus compañeras! Sus órganos semifemeninos les hacen ver una competencia desastrosa, para ellos, con que las mujeres vayan al alcance de sus entendimientos de alcancía rellena de ilusiones, de doctorados, diputaciones y demás sainetes sociales.

---

275 «Carta a los señores que han mandado imprimir, en tirada especial, numerosísima, mi discurso sobre El ateísmo en las escuelas neutras», *El Noroeste*, 19-10-1911.

Se despachó a gusto, no cabe duda alguna, pero el texto por sí mismo no explica la trascendencia que a la postre tuvo el artículo. Es preciso, por tanto, analizar las circunstancias en las que se produjo su publicación, pues artículos tan duros en el fondo y en la forma como éste habían sido publicados con anterioridad sin que sus autores hubieran de sufrir consecuencias tan graves como las que le esperaban a doña Rosario. En efecto, aquel era un mal momento y, como la propia autora escribió años después, es probable que la reproducción del artículo en *El Progreso* obedeciera a estrategias inconfesables, ya que el destino de aquellas cuartillas no era el «Diario autonomista de Unión Republicana» dirigido por Alejandro Lerroux, sino que en éste se reprodujo el artículo que días antes había publicado *El Internacional*, periódico editado en español en París, del que era director su amigo Luis Bonafoux.

Aquel era un mal momento por varias razones: a) por entonces se celebraba en Madrid una Asamblea Escolar que había reunido a representantes de todas las universidades españolas para debatir las reivindicaciones que pretenden presentar al Gobierno. Entre los asistentes hay quienes están muy descontentos con los dirigentes ministeriales, así, por ejemplo, los estudiantes de Comercio están soliviantados porque su título no les permite desempeñar determinados empleos en la Administración; b) en la primera manifestación de estudiantes contra el artículo de Rosario de Acuña, la que tiene lugar en Barcelona, algunos de los presentes, inopinadamente, utiliza armas de fuego que dejan heridos a algunos manifestantes; c) *El Progreso*, echa más leña al fuego del descontento estudiantil al editar de nuevo el artículo en cuestión y al referirse al tiroteo de la manifestación afirmando «que en el asunto han intervenido los socialistas»; d) *El Radical*, periódico de Lerroux al igual que el anterior, arremete contra Rosario de Acuña calificando su escrito de «artículo repugnante», aportando más argumentos a la polémica<sup>276</sup>. A todas estas circunstancias habría que añadir otro hecho, no por casual menos importante, como bien señalaba la prensa de entonces: la proximidad de las vacaciones navideñas incitaba a algunos a mantener artificialmente la tensión con el objetivo de prolongar la huelga de estudiantes hasta el inicio de las vacaciones navideñas.

---

276 Ya entonces se manifestaron dudas acerca del papel desempeñado por Alejandro Lerroux en todo este asunto, a juzgar por los comentarios aparecidos en algunos periódicos. Tal es el caso de *La Campana de Gracia*, semanario que en su edición del 2 de diciembre publicaba lo siguiente: «¿Casualitat? Serà lo que sigui, pero el fet es que' l disabte, dia de la famosa batalla del hospital Clinic, conseqüència més o menys directa d' una brutalitat d' El Progreso, en Lerroux no era a Barcelona y don Emiliano havia sortit cap al estrange. No es el nostre proposit trure d' aquesta doble ausencia deducció de cap classe, pero tampoc volem estarno de ferla constar». Las mismas reticencias mostraba otras publicaciones catalanas al enterarse que, en una reunión con una comisión de estudiantes, el político cordobés había señalado a Emiliano Iglesias, su lugarteniente en la ciudad condal, como único responsable de la publicación del escrito, al tiempo que aseguraba que «si él hubiera estado en Barcelona no se habría publicado el artículo» (*Diario de Gerona*, 22-12-1911).

Muchos elementos coincidentes y todos actuando en el mismo sentido; demasiados, quizás, para ser fruto de la casualidad. Tampoco lo vio claro entonces la propia interesada, quien años después llegó a decir sobre el asunto que «...no parecía sino que las huestes demócratas, estaban interesadas en entregarme como Judas a Jesús, al escarnio y despedazamiento de las muchedumbres irreflexivas»<sup>277</sup>.

Pues bien, si la intención era calentar el ambiente, no hay duda que se consigue: la noticia se extiende por todas las universidades españolas; en Madrid, los estudiantes reunidos en la Asamblea Escolar deciden suspender la ceremonia de clausura, redactar un escrito de protesta contra el artículo en cuestión y «declarar la huelga general en toda España, como solidaridad con los estudiantes barceloneses». El conflicto se generaliza; institutos y facultades se quedan vacíos; rectores y profesores se unen a las protestas<sup>278</sup>. Los estudiantes barceloneses solicitan la destitución del Gobernador Civil y se muestran decididos a presentar querellas contra *El Progreso* y contra Rosario de Acuña. El fiscal del Tribunal Supremo, por su parte, considera que el artículo «es, por su fondo y por su forma una grosería tal, que no es posible consentirlo sin mengua del decoro público...».

A todo esto, la autora de aquellas ácidas palabras, «de lenguaje viril», como ella misma las calificaría tiempo después, no podría menos que sorprenderse por la trascendencia que tomaba aquel asunto, pues en las más altas instancias del país se estaban adoptando las medidas pertinentes para satisfacer a los ofendidos estudiantes: se dice que el ministro de Instrucción pública se ha reunido con el fiscal del Supremo y que éste ha teleografiado al de la Audiencia de Barcelona. Al final, la Fiscalía de la capital catalana interpone una querella contra la autora del artículo por un delito de calumnias. Mientras tanto, en la prensa nacional no dejan de aparecer escritos que, en cuanto a ofensas, no se distancian mucho del que tan acaloradamente critican. Así, por ejemplo, en *Madrid Cómico* del 2 de diciembre se publican unos «Couplets de actualidad con música de “La gatita blanca”», en los cuales el autor no puede menos que recurrir al castizo repertorio que santifica la domesticidad de la mujer para atacar a doña Rosario («¡Tire usted la pluma, / haga *usté* el favor / que *zurciendo calcetines*/ estará mucho mejor!») y, por extensión, a todas las que osan salir del confinamiento doméstico («Las

---

277 Carta al señor don Fernando Mora, *El Noroeste*, 1-9-1915.

278 Algún escrito apareció por entonces señalando que Unamuno fue uno de los escasos profesores universitarios que apoyó a Rosario de Acuña en este asunto. No obstante, el propio don Miguel aclara tal extremo en una carta fechada en Salamanca el 3 de diciembre y dirigida al ministro de Instrucción que fue publicada por algún que otro periódico, en la cual, entre otras cosas, señala lo siguiente: «Solo tengo que decirle que ni he leído el tal artículo, ni lo pienso leer, y que, por lo tanto, mal puedo ni hacerme de él solidario, ni de él protestar. Los que lo han leído me dicen que es groserísimo, y con los estudiantes de toda España han protestado los de esta universidad, y entre ellos dos de mis propios hijos...» (*El Imparcial*, 5-12-1911).

mujeres literatas/ me molestan sin querer; /como esposa y como madre/ me entusiasma una mujer/»<sup>279</sup>. Palabras más gruesas se vierten en el artículo que con el título «Los estudiantes y la Rosario» publica ese mismo día el semanario *Cataluña*. Ernest Homs, colaborador habitual del periódico y a la sazón estudiante de Derecho, firma un escrito plagado de duras palabras hacia la escritora, a quien empieza aplicando el tan usado calificativo de histérica, para proseguir en escala ascendente con los de alcohólica, cretina y degenerada y terminar con los llamativos «harpía laica», «chantajista de sufragio universal» o «trapera de inmundicias»<sup>280</sup>. Menos mal que la destinataria de tales epítetos no llegó a leerlos, puesto que, a la vista de cómo se estaban poniendo las cosas, había tomado ya la decisión de abandonar su casa y buscar un lugar seguro para cobijarse. De tal manera que cuando el primer día de diciembre acude a su casa una pareja de la Guardia Civil con el consiguiente exhorto judicial para proceder a su detención, se encuentra con que no estaba. En la casa no había nadie. La prensa afirma al día siguiente que «hace días que había marchado a París».

No fue a la capital francesa adonde dirigieron sus pasos Rosario y Carlos, su fiel acompañante, sino a Portugal, la tierra de la que siglos antes habían partido los antepasados de la escritora. Dejando a un lado este lejano vínculo con el país vecino, lo cierto es que esa tierra y sus gentes cuentan con el aprecio y el cariño de la pareja, como bien han dejado patente años atrás, con ocasión del Ultimátum británico de 1888, cuando ambos se apresuraron a escribir manifiestos en solidaridad con el pueblo portugués y a colaborar en cuantos actos se celebraron entonces con el mismo objetivo. Además, el país vecino resultaba ahora aún más atractivo para quienes, como ellos, llevaban tiempo enarbolando la bandera de la libertad de pensamiento, pues el Gobierno de la recientemente proclamada república lusa había dado pasos decisivos para poner fin a la confesionalidad del estado: se disolvieron las órdenes religiosas, se instauraron fiestas civiles en sustitución de las religiosas, se procedió a la supresión de la

---

279 Quien toma la pluma en esta ocasión ni es joven, ni universitario. Se llama José Jackson Veyán, cuenta con cincuenta y nueve años y ha sido padre de unos veintidós hijos, cinco en su primer matrimonio y los restantes en el segundo. Es jefe del centro telegráfico de Valladolid; ha escrito unas decenas de libretos de zarzuelas, la última, que lleva por título *La fresa*, tiene música de Amadeo Vives; y colabora en periódicos y revistas, en cuyas páginas era habitual encontrar algunos de sus versos.

280 Con palabras menos gruesas pero de igual contundencia se despachan algunos periódicos católicos que, como *El Defensor de Córdoba* o *El Restaurador*, de Tortosa, incluyen en lugar destacado las crónicas firmadas por Pascual de Zulueta quien desde Barcelona no duda en reclamar la repulsa de todas las mujeres hacia la autora del artículo: «Unánime debiera levantarse contra ella el sexo femenino en España para declararla indigna de figurar entre quienes, como la mujer española, delicadeza e hidalguía, ternura de corazón y moralidad de sentimientos, constituyen característica de raza». Probablemente el autor sea Juan Luis Pascual de Zulueta, quien tiempo atrás había dirigido el diario barcelonés *La Dinastía* y por entonces era director de la subagencia de Prensa Asociada que sirve información telegráfica a los diarios conservadores.

enseñanza religiosa en la escuela, se clausuró la Facultad de Teología de la Universidad de Coimbra, se dio vía libre al divorcio, se secularizaron los cementerios... Por tanto, muchas de las cosas por las que nuestra propagandista lleva tiempo luchando, las reformas que ella anhela ver implantadas en España, ya se han logrado en Portugal, un país que ya será para ella «esa admirable nación que supo, de una manotada, quitarse de encima Iglesia, Monarquía y oligarcas...»<sup>281</sup>

Lo más probable es que atravesara la frontera por Tuy, pues sabemos que una vez en tierra lusa decidió instalarse en la vecina localidad de Valença do Minho, en el hotel O Valenciano. Debió de pensar que aquel era un buen lugar para esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos: estaba en otro país, libre de la justicia española; pero estaba cerca de casa, cerca del regreso<sup>282</sup>. Si en un principio pensó que su estancia en Portugal era cosa de poco tiempo, las informaciones que habría de recibir no tardarían en moderar su optimismo. A finales del mes de enero debió de enterarse de que el juez del distrito del Hospital en Barcelona la ha citado a declarar en dicho juzgado por la causa que se sigue contra ella por un delito de escándalo público. Un mes después se sabe que el diputado Álvaro de Albornoz realiza una pregunta al Gobierno acerca de su caso, denunciando el hecho de que se publiquen edictos interesando la busca y captura de Rosario de Acuña «solo porque se acusa a ésta de un delito de injurias que no tiene prisión preventiva»; censura también en su intervención que, siendo como es un delito solo perseguible a instancia de parte, la iniciativa haya sido tomada por el Ministerio Fiscal. Es seguro que de estas y otras actuaciones recibiera información puntual por parte de algunos correligionarios que, procedentes de diferentes localidades gallegas, la visitan en Valença. A mediados del mes de marzo del año 1912 abandona la localidad fronteriza para, según informa un diario local, dirigirse a Lisboa<sup>283</sup>. Han pasado ya más de tres meses y no se vislumbra el final de su obligada estancia en Portugal. ¿Qué hizo a partir de entonces? Tal vez se instaló en las inmediaciones de la capital

---

281 «Avicultura», *El Noroeste*, 21-11-1916.

282 Estaba en otro país, pero se mantenía muy al tanto de lo que sucedía en el suyo. Una prueba de ello la encontramos con ocasión de la muerte del doctor José María Esquerdo, acaecida el 30 de enero de 1912. Entre los numerosos telegramas de condolencia que recibió su familia no faltó el de la procesada Rosario de Acuña y Villanueva (*La Noche*, Madrid, 1-2-1912).

283 *Noticiero de Vigo* publica el último día del mes de febrero de 1912 un suelto un tanto enigmático acerca de sus propósitos en tierras portuguesas. Tal parece que hay quien sigue pensando en las labores conspirativas que le achacaron veinticinco años atrás, cuando tuvo que declarar ante el juez de Barco de Valedoras: «¿Qué hace Rosario de Acuña en Valença? ¿Huir solamente de los procesos que aquí se la siguen? ¿Podrán contestarnos los que a su casa van y vienen desde Vigo, Orense, Tuy y Pontevedra?...». Un par de semanas después, el periódico *O Valenciano*, publicado en la localidad portuguesa, da cuenta en su edición del 17 de marzo de la partida de la conocida propagandista a Lisboa, «*depois de se ter demorado algunos mezes nesta villa*».

o, por el contrario y con mayor probabilidad, quizás adquirió dos buenos caballos y, acompañada de su inseparable Carlos de Lamo, se dedicó a recorrer el territorio portugués, como si se tratara de uno de los largos viajes que antaño solía realizar por las tierras españolas.

Sea como fuere, estuviera donde estuviere, de seguro que a sus oídos llegan noticias acerca de las gestiones que algunos están realizando al objeto de lograr un indulto para ella. Tal es el caso de los integrantes de la gijonesa logia Jovellanos, quienes en reunión celebrada el 25 de octubre de 1912 acuerdan dirigirse al Gran Consejo de la Orden instándole a realizar las gestiones que considere pertinentes a fin de conseguir la promulgación de una medida de gracia para todos los condenados por delitos políticos y de imprenta. Con este objetivo se envían dos cartas al venerable maestre del Grande Oriente Español. En la primera de ellas se exponen claramente las intenciones: «Trátase de conseguir un indulto general por delitos políticos y de imprenta», para, de esta forma, lograr que unos puedan salir de las cárceles y otros, regresar a España. De entre todos los posibles beneficiados por esta medida, los masones gijoneses se refieren especialmente a Rosario de Acuña, de cuya suerte se muestran preocupados pues «aquí (donde solía residir) se susurra entre el elemento reaccionario que se redactará el indulto de manera que no pueda ella aprovecharlo». En la segunda, enviada dos días después, apuntan el argumento en que se podría basar tal petición: desde hace diez años no se ha concedido ningún indulto, mientras que entre 1898 y 1902 hubo tres<sup>284</sup>.

El momento político parece favorable a la medida, razón por la cual en los primeros días del año 1913 los diputados Morote, Roberto Castrovido y Melquíades Álvarez visitan al conde de Romanones, nuevo presidente del Gobierno, con objeto de solicitarle la concesión de un indulto para los procesados y condenados por delitos políticos y sociales y de prensa. Al parecer, el presidente del Consejo de Ministros se mostró dispuesto a acceder a lo demandado, pues quería contribuir con la medida a mantener el estado de tranquilidad que por entonces existía en España<sup>285</sup>. El caso es que unos días después de la entrevista, coincidiendo con la onomástica del rey, se promulga un real decreto por el cual se concede un «indulto total a los que hubieren sido condenados, cualquiera que sea el Tribunal o jurisdicción que hubiere impuesto la condena, por los delitos cometidos por medio de la imprenta, el grabado u otro medio mecánico de publicación o por medio de la palabra hablada en reunión o en manifestación pública

---

284 Archivo General de la Guerra Civil Española, Sección Masonería, C. 737, expd. 4, subexp. 9.

285 Es probable que fuera en esta ocasión cuando el conde habría pronunciado el comentario que se le atribuye en relación con el indulto de la librepensadora: «¡Qué, Rosario de Acuña, que debe tener más años que un palmar, ha de volver rápidamente a la patria, porque es una figura que la honra y enaltece!» (Regina de Lamo: *Rosario de Acuña en la escuela*, p. 235).

o en espectáculo con fin político...»<sup>286</sup>. Parece claro que Rosario de Acuña es una de las indultadas y puede regresar cuando quiera, pues, días después, la *Gaceta* publica unas instrucciones en las que, entre otras cosas, confirma que la medida tiene plena vigencia desde el día siguiente al de su promulgación. No obstante, el retorno de la escritora no se produjo de inmediato; ni siquiera cuando, a primeros de abril, la Audiencia de Barcelona hizo público una disposición que deja sin efecto la orden de captura que había dictado contra la escritora a finales del año 1911, por estar, efectivamente, comprendida su causa en el indulto de enero<sup>287</sup>. Debió de demorar el regreso a la casa de El Cervigón hasta finales de ese año, pues, según sus propias palabras, fueron dos los años que pasó de emigración en Portugal<sup>288</sup>, y existe constancia de que en los primeros meses del año catorce ya se encuentra en Gijón<sup>289</sup>.

---

286 *Gaceta de Madrid*, 25-1-1913.

287 En el mes de febrero de 1913 ya se conocen en Gijón las primeras noticias acerca de la decisión de la Audiencia de Barcelona de sobreseer la causa que se sigue contra ella (*El Noroeste*, 28-2-1913). El 8 de abril la prensa local publica el contenido de un despacho telegráfico fechado el día anterior en Barcelona, en el que se da cuenta del acuerdo de la Audiencia barcelonesa y de su posterior traslado al juzgado de Gijón (*El Noroeste*, 8-4-1913).

288 Carta a Fernando de Mora, *El Noroeste*, 1-9-1915.

289 El 7 de abril de ese año, el gijonés diario *El Comercio* señala, en una información relativa a la muerte del «conocido obrero gijonés Rafael Díaz Secades», que sobre el féretro se veía una corona de flores que había enviado doña Rosario.

## Una obrera como vosotros

UNA VEZ RETORNADA A GIJÓN, instalada de nuevo en su casa del acantilado, recomfortada por el inmenso mar, por las aguas que contornean la punta del cabo de San Lorenzo sobrevoladas por las grandes gaviotas blancas y grandes cuervos negros que «matizan el horizonte con rasgos de luz y sombra», pasa los días en compañía de su inseparable Carlos relamiéndose las heridas que ha dejado en su cuerpo aquella obligada ausencia. Ha regresado más vieja, más desengañada y bastante más pobre pues, como es de suponer, durante este tiempo, huida de la justicia como estaba, no podría cobrar su pensión de viudedad, sus únicos ingresos, razón por la cual no tuvo más remedio que gastarse una gran parte de sus ahorros: «la mitad de mi modesta fortuna», lo que había podido conservar «de la pequeña herencia de padres y abuelos». Mermado su capital en más de la mitad, se encuentra en el umbral de la miseria, lo cual la va a obligar con sesenta y tres años ya cumplidos «a fatigosos y rudos trabajos domésticos para no deber nada a nadie y comer lo preciso». Escarmentada por el comportamiento de quienes con ocasión de la publicación de aquel artículo solo buscaron satisfacer sus intereses, y sin poder olvidar el papel «cínico, inicuo y bajuno» que jugaron los periódicos del señor Lerroux, está firmemente decidida a alejarse de la palestra pública: nada de escritos, nada de conferencias, nada de actos públicos<sup>290</sup>. Tan solo la soledad de su casa, la compañía de sus animales, la de su compañero y la de las amistades más íntimas.

Aquella casa del acantilado, alejada del bullicio urbano, alejada del diario batallar humano, parecía recobrar entonces todo el esplendor de la leyenda:

Un día que pasé por delante de su puerta vi colgado del muro este cartel: «Es inútil llamar, no se abre a nadie» Algo parecido se encontró el Dante a las puertas del Infierno –dije para mí– y en esto bien se echa de ver el poco espíritu comercial que posee esta señora. Si fuera tan lépera como algunas de sus colegas podría explotar el fenómeno poniendo a peseta la entrada, lo cual la enriquecería, porque acudirían a verla y a oír la gentes de todos los vientos.

---

290 En los días previos a la celebración del Primero de Mayo de 1914, la Juventud Socialista Gijonesa toma el acuerdo de realizar diversos actos en los cuales esperan contar con la presencia de Rosario de Acuña. No obstante, como quiera que su ánimo no está por entonces para ningún acto público, la Juventud Socialista, accediendo a su petición, «aplazó el acto para cuando haya recobrado por completo su salud la valiente y culta escritora que siempre ha sabido poner su pluma al servicio de toda causa noble y progresiva» (*El Noroeste*, 13-4-1914 y 17-5-1914).



Para nadie, en efecto, se han abierto jamás aquellas puertas, ni para los ahitos ni para los hambrientos, ni para los dichosos ni para los infortunados. El que se aventurase a llamar podía correr el riesgo de ser destrozado por un perrazo enorme que de día y de noche vigilaba la entrada. Era el Cancerbero de aquella pavorosa mansión<sup>291</sup>.

La utilización del adjetivo «lépera» lo delata, pues en Cuba se utiliza como sinónimo de «perspicaz». El astuto autor de los párrafos anteriores es un escritor nacido en el asturiano concejo de Tineo que en Cuba ejerció de periodista. Se llamaba Manuel Álvarez Marrón, y de su pluma salió un artículo en el cual se afirmaba que Rosario de Acuña era bruja, que salía todas las noches por el tejado a hacer mal de ojo a los aldeanos, que vivía en una *casuca* miserable a cuyo alrededor no crecía ni la hierba.

Aunque la leyenda (negra; «negra jesuítica» diría la interesada), pintaba aquella casa con lúgubres colores, lo cierto es que el hogar de doña Rosario tenía las puertas siempre abiertas. Claro es que no para todos. Faltaría más.

Hasta allí sube con cierta frecuencia el periodista Antonio L. Oliveros, quien, según sus propias palabras, aceptó la dirección de *El Noroeste* por consejo de su anfitriona; también acude de vez en cuando el maestro Luis Huerta, con quien la escritora mantiene largas conversaciones acerca de la maternidad, la naturaleza y las nuevas generaciones. Hasta El Cervigón se acerca algunas tardes José Díaz Fernández, un joven periodista que gustaba de charlar largo y tendido con su anfitriona, a pesar de que a ella no le gustaran ni el cine ni sus poesías. Tampoco se olvida de visitar a la escritora el joven marino Fernando Dicenta quien, habiéndola conocido en su niñez, no dudaba en pasar por su casa cada vez que arribaba a puerto. Además de estas amistades que han dejado rastro escrito de sus visitas, sabemos que también eran asiduos algunos otros conocidos gijoneses como Benito Conde, profesor de la Escuela Industrial y distinguido republicano; Lucas Merediz, uno de los más destacados militantes del Partido Reformista gijonés que será nombrado delegado regio de Primera enseñanza de la provincia en 1919; Eduardo García, presidente del Ateneo Obrero de Gijón cuando la escritora llegó a la ciudad; Javier Aguirre de Viar, agente de Cambio y Bolsa y sucesor del anterior en la presidencia de la citada sociedad; y otras personas menos conocidas, pero no por eso menos apreciadas en la casa de la anciana librepensadora. Entre éstas últimas, es preciso destacar a las hermanas Rosario y Aquilina Rodríguez Arbesú, con quienes mantuvo una relación bastante estrecha.

---

291 «La casa del diablo» fue publicado originariamente en el *Diario de la Marina* de La Habana el 7 de marzo de 1912. Años después, en carta dirigida a José Nakens, director de *El Motín*, la interesada se ofrece a enviarle el citado artículo «para reproducirlo y se vea la tolerancia que se usa». Dicho y hecho: en el número siguiente, correspondiente al sábado 24-4-1920, el texto de Álvarez Marrón ocupa la primera página del semanario.

Parece, pues, evidente que, en contra de lo que se afirma en el artículo publicado por Álvarez Marrón en el *Diario de la Marina*, las puertas sí que se abren, de par en par, para muchos de los que hasta allí se acercan. La mayoría pasan en su compañía unas horas en animada conversación. Otros hay que, llegados desde más lejos, se alojan en la casa de El Cervigón unos días, disfrutando de la tranquilidad, de las incomparables vistas que el lugar ofrece y de las atenciones que les brindan sus anfitriones.

Tal es el caso del escritor Joaquín Dicenta Benedicto de quien sabemos que en alguna de sus visitas a Gijón estuvo allí alojado. También de varios miembros de la familia portugaluja Conde-Pelayo con la cual doña Rosario mantuvo relación<sup>292</sup>, tanto con Volney, como con su hermano Ángel y su cuñado, el actor y músico José Tejada, quienes en el verano de 1917 pasaron unos días en El Cervigón. Y ya en los últimos años, era habitual la visita veraniega de Tito y Esperanza, hijo y nuera de quien fuera presidente de la Primera República. Exoristo Salmerón García era uno de los hijos de don Nicolás, nacido en el exilio parisino –de ahí el nombre– y un notable ilustrador y caricaturista que, como ha dejado escrito Carlos de Lamo<sup>293</sup>, acudía en compañía de su mujer, siempre en agosto, a aquella cita anual que tenía en la «casa del diablo», a la cual y al decir de algunos, nadie se atrevía a entrar.

\* \* \*

Tras el exilio portugués, vuelve a la casa del acantilado con la conciencia de haber sido víctima de los cambalaches políticos urdidos por algún republicano de moral acomodaticia y lo hace, además, con la bolsa de los ahorros casi vacía. Las penurias que habrá de soportar desde entonces la sitúan, efectivamente, muy cerca de los que menos tienen, de aquellos a los que tiempo atrás se había empeñado en redimir de las miserias en que estaban atrapados. La burguesa de otro tiempo, tan sensibilizada con los padecimientos de la clase obrera, se encuentra ahora compartiendo con los más necesitados las estrecheces de la vida cotidiana. Si en el pasado fueron razones de justicia social las que la acercaron a los más humildes, en este momento es su propia experiencia, su propia necesidad, la que la aproxima a sus hermanos proletarios. No estamos ahora, por tanto, ante una burguesa con sensibilidad de intelectual regeneracionista que pretende abordar armada de pluma y papel todo lo que concierne a «la cuestión social»

No. Las cosas han cambiado bruscamente. Cuando, tras su exilio portugués, retorna a Gijón, consumida gran parte de los ahorros familiares y teniendo como único ingreso los escasos diecinueve duros mensuales de su pensión de viudedad, su vida

---

292 Acerca de esta familia se encuentra información detallada en *Portugalete en el recuerdo: los Conde-Pelayo* de Leonor Tejada Conde-Pelayo, Iñaki Reguera, Roberto Hernández Callejones y otros.

293 «Hechos», *La Luz del Porvenir*, Gracia, Barcelona, octubre de 1926.

cotidiana se asemeja cada vez más a la de aquellos obreros que antaño se empeñara en aconsejar. Más cerca que nunca de los desamparados, de los que carecen de todo, no es de extrañar que el primer escrito que publica desde su regreso aparezca en *La Aurora Social*, «órgano de las Agrupaciones socialistas de Asturias», que desde unos meses atrás dirige Isidoro Acevedo, un viejo conocido de la etapa santanderina. El semanario socialista incluye en el número correspondiente al 3 de septiembre de 1915 una carta suya de apoyo a la causa socialista, en la que muestra su confianza en el papel que ha de jugar en el inmediato futuro la clase proletaria: «solo ustedes, los desheredados de todos los bienes materiales y morales de la existencia llevan en sus espíritus la energía de la especie»; así como su admiración por el trabajo que los dirigentes socialistas realizan «en su labor tremenda de hacer racionales y puras a las muchedumbres inconscientes de España, entontecidas por todas las supersticiones y rutinas». Por entonces comienza a colaborar en *Acción Socialista*, «revista semanal ilustrada», órgano del grupo de igual nombre constituido por militantes pertenecientes a las Juventudes Socialistas Madrileñas. En la portada del número del 31 de octubre se publica su soneto «¡Por saturación...!» y unas semanas después un artículo titulado «Los deportes del porvenir».

A pesar de no considerarse socialista en sentido estricto, a pesar de que «no rinde la integridad de su razón a nadie ni a nada», sí que ha confesado ansiar «la hora solemne en que a las cumbres suban los miserables y bajen a las honduras los ensoberbecidos»; también su simpatía por algunos dirigentes socialistas: desde tiempo atrás Isidoro Acevedo<sup>294</sup>, no tardando, Teodomiro Menéndez o Virginia González, así como por el propio del líder del socialismo español:

Pablo Iglesias, como otra escasísima porción de hombres de España –unos muertos ya y olvidados, y otros vivos aún, pero olvidados también– representará en la historia de nuestros últimos días la sagrada hueste que quiso –y vivió y trabajó para lograrlo– rehacer en lo posible la personalidad recia, honrada, valiente, sensata y digna que tuvimos... (y perdimos, creo que para siempre) los españoles<sup>295</sup>.

---

294 La colaboración de la escritora con Acevedo se remonta –como queda dicho– a los primeros años del siglo cuando este destacado militante socialista dirigía en Santander *La Voz del Pueblo*. Según sus propias palabras, por entonces «requería el concurso de su pluma –y en alguna ocasión el de su palabra hablada– para asociarla a determinadas tareas de nuestra obra colectiva», y ello a pesar de que tal colaboración no fuese por entonces bien vista del todo por Pablo Iglesias, quien en carta fechada el 4 de enero de 1901 llegó a recomendar a su amigo que no contara con ella «para trabajos que tengan *fondo* y que encuadren con nuestras ideas» (Pablo Iglesias: *Escritos*. v.1, p. 318). Aquella opinión no supuso impedimento para que Acevedo, a quien gustaba su «estilo literario, vigoroso y brillante», requiriera de nuevo sus escritos para publicarlos en *La Aurora Social*, el semanario ovetense que le habían encomendado dirigir.

295 *Acción Socialista*, Madrid, 26-12-1915.

Ciertamente, han cambiado muchas cosas para ella. Desde que diera por terminada su experiencia como avicultura, en su casa solo se ingresa el dinero de la pensión de viudedad, que volvería a recibir tras el indulto. Tras los gastos extraordinarios que acarreó su exilio portugués, la situación económica en que se encuentra la acerca más aún a los más humildes de sus convecinos. El proceso de acercamiento progresivo a la clase trabajadora, iniciado en tierras cántabras, es ahora, mucho más evidente. No es solo por justicia social; no. Es más bien una cuestión de esperanza. Lejos han quedado aquellos tiempos en que confiaba que la regeneración patria podía venir de la mano de aquellas mujeres ilustradas que, abandonando la enfermiza vida urbana e instaladas en sus nuevas residencias campestres darían a luz a una nueva sociedad ilustrada y racionalista. Su esperanza está ahora depositada en la clase trabajadora; anhelaba que los más concienciados pudieran guiar al resto por la senda del progreso. No podía menos que confiar en quienes eran capaces de, hurtando horas al merecido descanso tras las largas jornadas de trabajo intenso, acudir a las clases nocturnas que organizaba el Casino-Obrero de Gijón en sus distintas sucursales: «No hay espectáculo más soberanamente hermoso, que ver a los hijos del pueblo ansiosos de ilustrarse»<sup>296</sup>; no podía menos que confiar en los carreteros que no dudaban en salir en defensa de quienes son injustamente tratados por «esos hijos espurios, amamantados en los hogares de la clase burguesa española, todos ellos convertidos en beaterios, alcahuetes de vicios y crápulas...»; no podía menos que confiar en quienes se rebelan contra «el endiosamiento de unos pocos sobre la sumisión de muchos». Ahora más que nunca se siente cerca de los desheredados, de los que sufren y padecen, de los que se retuercen ante las iniquidades de la sociedad.

Las dificultades económicas por las que atraviesa en los últimos años de su vida van a situarla al lado mismo de los que más carecen, con quienes compartirá estrecheces y penalidades, anhelos e ilusiones. Lejos quedan los tiempos en que, pudiente y sensibilizada, enarbolaba banderas de justicia y solidaridad en apoyo de sus hermanos proletarios. No; ahora nos encontramos ante una anciana y menesterosa mujer, que por avatares de la vida, por opciones personales, pero, también, por decisiones ajenas, ha pasado a integrarse en alguna sección de la extensa nómina de españoles que necesitan estirar sus reducidos ingresos para ir malviviendo. Como prueba de las penurias pasadas, baste saber el camino que siguieron las mil pesetas correspondientes al Premio Ayuso que recibió de manera inesperada en 1920<sup>297</sup>: los primeros cincuenta

296 Carta remitida al presidente de la sucursal del Ateneo Obrero en el barrio gijonés de La Calzada (*El Noroeste*, 21-10-1911).

297 De acuerdo con las disposiciones testamentarias del librepensador malagueño Antonio Martín Ayuso, cada año se entrega esa cantidad de dinero a aquella de las personas propuestas que se encontrara en una situación de mayor necesidad. En esta ocasión la persona elegida es Rosario de Acuña, cuya candidatura fue presentada por José Nakens en virtud de su larga trayectoria en defensa de la libertad de pensamiento (*El Motín*, 10-4-1920).

duros los utilizó para rescatar unas alhajas familiares que tiempo atrás había empeñado; treinta y cinco duros, a pagar los réditos de la hipoteca a la que se vio obligada a recurrir tras el exilio portugués; sesenta duros, para saldar las deudas contraídas con quienes le habían vendido comestibles al fiado; y diez duros más para carbón vegetal, «el combustible que gasto en un año». Total, que, después de comprar algo de jabón y unos zapatos «que ya andaban los pies con vergüenza de las zapatillas de invierno», de los doscientos duros llovidos del cielo, al final le quedan libres unos cuarenta que le servirán para alargar durante un tiempo las mil y pocas pesetas que recibe de pensión cada año<sup>298</sup>. No es, pues, una cuestión retórica lo de su proximidad a los «hijos del pueblo»; más que próxima, está entre ellos o, mejor, se siente una de ellos y como muchos de ellos tiene depositadas sus esperanzas en las fuerzas políticas de izquierda. Mantiene su admiración por Melquíades Álvarez y sus propuestas reformistas, pero, según sus propias palabras, es lectora habitual de *El Socialista*. Es ahí, en lo que por entonces se denomina «las izquierdas» donde parece encontrarse cómoda: cerca de los líderes obreros y de los republicanos reformistas. Es firme partidaria de la confluencia estratégica de las fuerzas de izquierda, y no desaprovecha ocasión para exhortar a la unidad a cuantos luchan por la libertad y la causa proletaria: «¡que honda satisfacción causa verlos unidos, juntos, todos unos, en solidaridad fraternal, bajo la bandera de la libertad, contra la enseña de la tiranía!»<sup>299</sup>. Parece sentirse cómoda en ese entorno social y político, tan cómoda que, a pesar de su avanzada edad, no duda en tomar el tren y desplazarse a Madrid para acudir al mitin que en apoyo de los aliados habían organizado los partidos «de izquierda». Allí recibirá el público reconocimiento de los presentes, tras ser saludada desde la tribuna por Roberto Castrovido, uno de los oradores de aquel multitudinario acto<sup>300</sup>.

A estas alturas de su ya dilatada vida, no es su propaganda librepensadora la que puede ocasionarle algún problema, sino su posicionamiento político. En efecto, será su llamada pública a la unión de las fuerzas «de izquierda» lo que en 1917 parece

---

298 Ése ha sido el destino de las mil pesetas recibidas, tal y como relata en la carta de agradecimiento dirigida a José Nakens (*El Motín*, 17-4-1920). Y no fueron las únicas que llegaron a sus manos aquel año: sus penurias económicas debían de ser de dominio público pues, unos meses después recibe 250 pesetas que le envía un ferviente admirador residente en Cuba (*El Motín*, 18-9-1920).

299 Carta al director de *El Noroeste* adhiriéndose a las protestas de las fuerzas de izquierda gijonesas que consiguieron vencer las trabas existentes para que el cadáver de un joven de la ciudad fuera enterrado en el cementerio civil (*El Noroeste*, 19-12-1915).

300 El hecho, que quedó convenientemente referido en las crónicas periodísticas del acto (también en la titulada «Ráfagas de huracán», escrita por nuestra protagonista y publicada en las páginas de *El Motín* en su edición del siete de junio), fue recogido con cierta extrañeza por Wenceslao Fernández Flórez: «El señor Castrovido saludó con chillidos enérgicos a la señora doña Rosario de Acuña, lo que no dejó de tener trascendencia en un acto de esta índole» (*Acotaciones de un oyente*, t. I, p.281).

inquietar a las autoridades provinciales, recelosas ante todo lo que pueda estar relacionado con la convocatoria de una huelga general, de la que no se deja de hablar desde que la UGT y la CNT acordaran coordinar sus actuaciones en un pacto alcanzado en la primavera de ese año. Los informadores de Gobernación conocen que no solo defiende esa unidad en sus escritos de manera reiterada, sino que la refrenda con su asistencia a actos conjuntos de «las izquierdas», como sucediera con el mitin aliadófilo de Madrid, ya referido. Durante el verano el ambiente está muy caldeado, y las autoridades están tan nerviosas que en la madrugada del 24 de julio las fuerzas del orden se presentan en El Cervigón con la orden de efectuar un registro minucioso en la vivienda de la escritora. A pesar de no haber encontrado absolutamente nada tras varias horas de revolver todas sus pertenencias, hay quien sigue recelando de su papel en todo lo relacionado con los preparativos de la huelga, pues el 22 de agosto, cuando en Asturias hace ya nueve días que el paro es general, la Guardia Civil vuelve a su casa para efectuar un nuevo registro<sup>301</sup>.

Se presentaron dos de Orden Público y dos policías que, previa exhibición, exigida, del carné de identidad y la orden judicial militar de registro domiciliario, pasaron adelante. Al verlos bajé rápidamente. Se explicaron y portaron como personas correctas. Venían a buscar las proclamas de Marcelino Domingo que, en aquellos días se encontraban en Gijón hasta en las soperas y en el cuartel se recibían a centenares. [...] Pasan unos días. Segundo aporreamiento del portón a las cinco de la mañana. Cinco guardias civiles, uno de ellos vestido de paisano, con pico y azadón. Preséntanse, también, correctísimamente, y dentro de la férrea disciplina que los sujeta –más como a fieras que como a hombres–, se les veía violentos, contrariados, al tener que hacer lo que se les mandaba. Venían a levantar el prado, en los alrededores de la casa, en busca de un enterramiento de bombas, armas, municiones y papeles que «habían visto que habíamos escondido»<sup>302</sup>.

Aquel atropello saltó a las páginas de la prensa amiga y, tras conocerse, no faltaron las muestras de apoyo y solidaridad, como la recibida por parte de la Agrupación Femenina Socialista Madrileña<sup>303</sup>. A pesar de no sentirse sola, aquellos dos nuevos sobresaltos constituyeron para nuestra protagonista la confirmación de que figuraba en el punto de mira de las autoridades, razón por la cual, una vez concluida aquella huelga

---

301 *El Noroeste*, 31-8-1917.

302 Carta a Roberto Castrovido, *El País*, 5-6-1918.

303 «Considera esta entidad un atropello incalificable los registros que en vuestro domicilio se practicaron [...] Arbitrario es el recurso de los mantenedores del orden interpretando las ideas progresivas como un hecho escandaloso, admitido como está el librepensamiento, pero lo que más subleva el ánimo es considerar lo injusto del atropello, pues no ostentaba la sujeción a un partido de clase...» (*El País*, 19-7-1918)

general en la que, según parece, había puesto grandes ilusiones, decide alejarse de la primera línea de confrontación que había venido ocupando durante los meses anteriores. No obstante, antes de replegarse a su retiro de El Cervigón deberá saldar una deuda de solidaridad con los miembros del comité de huelga que habían sido encarcelados. Con ese objeto acudirá de nuevo a Madrid para sumarse a los miles de manifestantes que el 25 de noviembre reclaman la amnistía para los encarcelados<sup>304</sup>.

Tal y como se había propuesto, consigue pasar un tiempo alejada (a lo largo de 1918 apenas aparecen escritos suyos en los periódicos en los que colabora habitualmente), pero no puede vivir ajena a lo que sucede a su alrededor y no tarda en comparecer de nuevo. En 1919 se celebran elecciones al Congreso y Teodomiro Menéndez, un socialista con el que mantiene relación de amistad desde tiempo atrás, presenta su candidatura por la circunscripción de Gijón. Pues bien, la escritora abandona su retiro para apoyar públicamente al candidato asistiendo al mitin de cierre de campaña<sup>305</sup>. Tras la victoria, coge la pluma y escribe una carta a su amigo, en la cual muestra su alegría por el triunfo conseguido («Y he aquí, en Gijón, hecho el milagro, que es de necesidad, se realice en toda España de unirnos, en haz apretado todos cuantos suspiramos [...] los albores de una nueva edad»), para conminarle después a trabajar duramente para conseguir el objetivo final: «¡Alerta!, mi muy estimado amigo, [...] siga recto derecho y sin más rodeos que las aparentes curvas de los atajos, que, a la postre, hacen más breve la caminata»<sup>306</sup>.

Pocas semanas después, será una de las protagonistas, inesperada participante, del acto que llevan a cabo en la mieroense villa minera de Turón varios centenares de socialistas asturianos para celebrar la fundación de la Agrupación Femenina Socialista local. Tal y como páginas atrás se ha contado, allí se presentó «la insigne escritora, gloria de las letras españolas», quien no dudó en recorrer andando los varios kilómetros que separaban la estación de ferrocarril de Santullano del lugar de la cita. Su llegada, al decir del cronista, hizo que el entusiasmo se desbordara, con «¡vivas!» hacia su persona, y a Virginia González, miembro del Comité Nacional del PSOE. Wenceslao Carrillo, dirigente socialista regional, compartiría con ambas la tribuna de oradores<sup>307</sup>.

La dirigente nacional, quien durante la huelga de agosto de 1917 desarrolló una intensa actividad, a resultas de la cual fue encarcelada y sometida a consejo de guerra

---

304 «Vino a Madrid para formar en la manifestación por la amnistía de los que constituían el comité de huelga (de la de agosto de aquel año), Julián Besteiro, Largo Caballero, Anguiano y Saborit...» (Roberto Castrovido: «Doña Rosario de Acuña». *El Noroeste*, 26-3-1924).

305 *El Noroeste*, 1-6-1919.

306 Cita recogida por Aquilino González Neira: *Rosario de Acuña. Masonería y anticlericalismo burgués*, p.360.

307 *El Noroeste*, 24-6-1919.

junto a Largo Caballero, Besteiro, Anguiano y Saborit, se había ganado la admiración y el respeto de los trabajadores. El prestigio que gozaba por entonces justifica la presencia de las miles de personas que allí habían acudido a escucharla en su primera visita a Asturias. También la de Rosario de Acuña, quien nada más llegar al lugar de la convocatoria muestra deseos de conocerla. El contacto entre ambas mujeres se mantuvo durante un tiempo, pues Virginia se desplazó a Gijón para participar en, al menos, cinco actos diferentes desarrollados a lo largo de una semana, que culminará el domingo día 6 de julio con un mitin celebrado en la plaza de toros, en el cual participa junto a Eleuterio Quintanilla, prestigioso anarquista y profesor de la Escuela Neutra Graduada de Gijón. Gracias a las crónicas publicadas al respecto sabemos que doña Rosario acudió, por lo menos, a uno de aquellos actos, al finalizar el cual, se acercó a la tribuna para entregar a la oradora un ramo de flores. Seguidamente, y ante la insistencia de los presentes, subió al estrado fundiéndose en un afectuoso abrazo con su nueva amiga. La amistad surgida durante el verano de 1919 entre ambas mujeres se mantendrá hasta la muerte de la escritora<sup>308</sup>, momento en el cual Virginia González se apresura a poner por escrito algunos de sus recuerdos de aquellos días, que luego serán recogidos en *Rosario de Acuña en la escuela*:

Sabíamos que la puerta de la casita solitaria, situada en un alto a orillas del mar, que nunca se abría a ninguna visita convencional, quedaba de par en para cuando se aproximaban a ella los obreros. Tardes inolvidables, en las que, cogidas del brazo, marchábamos por aquellos acantilados hablando de tantas cosas. Hablando del problema social, como una iluminada, profetizaba el gran cataclismo que pondrá fin al régimen capitalista. La gran escritora ha muerto pobrísima, ha sido perseguida y ultrajada por la prensa burguesa. Por decir grandes verdades ha sufrido grandes amarguras. ¡Descansa en paz, mujer admirable! El cataclismo social que predecías se está realizando, y el mundo cambiará de estructura, haciendo a los hombres más buenos, más inteligentes, más libres. Es una pena que ni tú ni yo podamos asistir al alumbramiento de la nueva vida.

Virginia González, convertida por entonces en una destacada dirigente del Partido Comunista, había recogido en aquellas palabras de recuerdo y despedida la predicción de su amiga acerca del gran cambio que vislumbraba para su patria: «el gran cataclismo que pondrá fin al régimen capitalista», la revolución del proletariado que habría de sanear aquella sociedad enferma. Lo venía diciendo a lo largo de los últimos años: «Todo cuanto vemos, y padecemos, a nuestro alrededor, ha de derrumbarse». Tal parece que hubiera abandonado toda esperanza en las medidas paliativas y pensara en

---

308 La de Virginia González tuvo lugar pocos meses después, pues falleció en Madrid el 16 de agosto de 1923, a los cincuenta años de edad.



otras más contundentes. Si no es posible que la patria, alejada de las sabias enseñanzas de la Naturaleza, recupere el camino de las glorias pasadas; si no es posible que la luz de la libertad y la razón ilumine el futuro ennegrecido por el fanatismo y la superstición; quizás sea preciso poner todo patas arriba para eliminar el mal que impide a la nación avanzar con confianza hacia el porvenir. Puesto que por la vía de las reformas no parece que se consigan los resultados apetecidos, puesto que no se puede reparar lo que está tan carcomido, quizás haya que acabar con todo para, desde las cenizas, empezar a construir aquella sociedad ¿utópica? en la cual habrá la Libertad y la Verdad. El tiempo apremia y se hace necesario realizar una profunda limpieza para evitar el final desolador al que llegó «El país del sol» por no haber tenido su pueblo el coraje de hacerlo que han hecho aquellos otros que aún *viven*:

El pueblo del *País del Sol* hacía caso omiso de toda labor decantadora que, en el orden histórico de la humanidad se verifica por medio de revoluciones más o menos asoladoras, tempestades purificantes para el mundo de las almas que saben hacer los pueblos que *aún vive*. Pero este pueblo chupado, desgarrado, aplastado por los tres Monstruos que de él se nutrían iban metiéndose lentamente en un fangal sorbedor de sus esencias espirituales, y no preparaba ni *cimentaba* ningún porvenir claro, preciso, fecundo, como podría hacerse con el *afán del presente*...<sup>309</sup>

Desde que volviera del exilio, la revolución va ganando terreno entre sus propuestas de regeneración patria. En los escritos de los últimos años la «gran hora», la «hora suprema», asoma por el horizonte, anunciando la proximidad de una sacudida, de una nueva catarsis, de un airado vendaval que venga a eliminar la densa neblina que impide a los rayos del beatífico Sol iluminar su gloriosa tierra. Cuando llegue el momento, lo más selecto del pueblo trabajador, aquellos que, huyendo de los vicios que se expanden por la hipócrita sociedad, llevan tiempo preparándose para la ocasión, tomarán las riendas del mañana prometedor. Mientras tanto, los trabajadores asturianos saben que allá en El Cervigón, en la casa del acantilado, hay una luz amiga que ilumina el sendero que aún queda por recorrer. Desde que la Juventud Socialista Gijonesa decidiera incluir en los actos del Primero de Mayo de 1914 la celebración de un té fraternal presidido por la ilustre pensadora<sup>310</sup>, la clase obrera gijonesa no se olvidó de aquella veterana luchadora en las celebraciones sucesivas<sup>311</sup>. Durante los últimos años de su vida, la

309 *El país del Sol*, p. 8.

310 *El Noroeste*, 13-4-1914.

311 Su testimonio fue una referencia para muchos socialistas, de ahí que no debe de resultar extraño que su obra *Cosas mías* sea una de las publicaciones que se pueden adquirir en la administración de *El Socialista*, en la cual se admiten pedidos «acompañando a su importe cuarenta céntimos para certificado y franqueo».

ilustre librepensadora recibía en esa fecha tan señalada a las decenas de trabajadores que hasta su casa se acercaban para interesarse por su estado y mostrarle su respeto. Así sucedió, por última vez, el martes primero de mayo de 1923, cuando los obreros, en grupos pequeños y distanciados, «se dirigieron a saludar a la eximia escritora doña Rosario de Acuña y Villanueva, interesándose por su salud durante la visita, y dándole singulares pruebas de cariño y admiración»<sup>312</sup>. Por suerte, contamos con un escrito de Manuel Tejedor, uno de los excursionistas de aquel día, en el cual ha quedado constancia de algunas de sus palabras, del último testimonio de aquella gran mujer:

A ver, amigos socialistas –nos decía–: únanse ustedes los socialistas, los comunistas, los sindicalistas, los anarquistas, todos los verdaderos liberales; únanse en bloque ante esa avalancha que se nos echa encima en todos los países, que es el fascismo, que aquí lo componen los jesuitas, el clero, la Acción ciudadana, los sindicatos católicos, los libres, los mauristas, los conservadores; en fin, todos los que sostienen este podrido régimen, que se tambalea, y un simple soplo sobraría para echarlo abajo...<sup>313</sup>

---

312 *El Noroeste*, 2-5-1923.

313 Manuel Tejedor: «La solitaria de El Cervigón», *El Socialista*, 19-5-1923.

## La despedida

Aquel sábado 5 de mayo de 1923, Gijón se despertó con el cielo teñido de gris plomizo y con escasas novedades informativas, a tenor de lo que cuentan los periódicos locales del día: nada nuevo sobre las responsabilidades militares derivadas del Desastre de Annual; alguna referencia a los acostumbrados rifirrafes entre los miembros del Gobierno de concentración liberal presidido por García Prieto; la crónica de la visita del jefe del Estado a Bélgica. En cuanto a la actualidad regional y local, también lo habitual: huelgas que se inician y otras que se acaban; desahucios; la crónica de algún mitin; unos cuantos hechos vergonzosos; el tráfico portuario; vapores que anuncian su próxima partida hacia América; los habituales anuncios de Hipofosfitos Salud, de los polvos antisépticos Calber, del purgante Yer o del depurativo Richelet...

Ninguna novedad. Nada hacia presagiar que ese día iba a tener lugar el fatal desenlace. O quizás sí... a juzgar por las palabras que Carlos de Lamo dejó escritas tres años después. Al referirse a la repentina muerte de quien fuera su compañera de vida durante varias décadas, hace hincapié en dos hechos que para él adquirieron relevancia tras aquel fatal desenlace. El primero se refiere a las semanas precedentes, en las que –según cuenta– «casi todas las noches me recomendaba el cuidado cariñoso de nuestra leal e inteligentísima perrita si ella desaparecía»; el segundo, a las vísperas de aquel primer sábado del mes de mayo:

El anterior, el 4, me entretuve yo largamente, y en tonto, en el pueblo. Vivíamos siempre en el campo, en los alrededores de las villas. Al volver a casa me riñó con toda justicia, y terminó suplicándome: ¡Mañana, no vayas al pueblo!<sup>314</sup>

¿Presentía doña Rosario de Acuña, como insinúa Carlos, lo que iba a suceder al día siguiente? ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que aquel sábado plomizo, el primero de los del mes de mayo del año 1923, una de sus arterias cerebrales se obstruye, dejándola al borde de la muerte cuando, al parecer, trajinaba por la cocina, preparando algún cocido o guiso, alguno de los deliciosos platos de dulce de los que habla José Loredó Aparicio<sup>315</sup>, quizás esas sardinas rellenas de las que nos ha dejado cumplida receta. Presentida o no, la muerte la halló trabajando en la casa, cosa nada extraña pues dadas las penu-

314 Carlos de Lamo: «Hechos», *La Luz del Porvenir*, Barcelona, octubre de 1926.

315 José Loredó Aparicio: «El alma de una mujer», *El Noroeste*, 7-4-1922.

rias económicas que soportó en la etapa final de su vida, a pesar de la edad y de los achaques, ella era la que se ocupaba de todas las tareas domésticas. Presentida o no, el médico que acude a socorrerla no puede hacer más que acompañarla en sus últimas agónicas horas y certificar que el fallecimiento se produjo a las dieciocho horas, a causa de una embolia cerebral<sup>316</sup>.

Antonio L. Oliveros, director de *El Noroeste* por entonces, había acudido a la casa del acantilado nada más conocer el estado de gravedad en el que se encontraba su amiga. Tras el fallecimiento, su primera intención fue dar cuenta de la triste noticia, pero se le ruega que respete las disposiciones testamentarias de doña Rosario: «Prohíbo terminantemente todo entierro social, toda invitación, todo anuncio, aviso o noticia ni pública ni privada, ni impresa, ni dada de palabra que ponga en conocimiento de la sociedad mi fallecimiento...». A pesar de que así se hizo, a pesar de que los periódicos locales no publicaron referencia alguna del fallecimiento, en la mañana del domingo la noticia se difunde de boca en boca por la ciudad. El desapacible día, con lluvia persistente, y la lejanía de la casa no fueron obstáculos suficientes para evitar que numerosas personas, a título individual o en representación de diversas sociedades, acudieran a El Cervigón para dar un último adiós a quien fuera durante los últimos años una personalidad significada en la vida gijonesa, cúmulo de virtudes para algunos y personificación de la maldad y el pecado para otros.

La representación de aquel acto debía de atenerse fielmente al guión que la dramaturga había escrito casi dos décadas antes. Carlos de Lamo se encargaría de cumplir las indicaciones que la escritora había dejado escritas para esta ocasión. La escena debía estar acorde con la austeridad de la muerte: su cuerpo habría de ser depositado «en la caja más humilde y barata que haya» y conducido en el coche más pobre, «en el que no haya ningún signo religioso ni adornos o gualdrapas, de ninguna clase». Lo que ella no había previsto es que el humilde coche que esperaba en las proximidades de la casa resultara innecesario, pues el ataúd fue «sacado a hombros de obreros, que se disputaban ese honroso tributo». A decir del cronista<sup>317</sup>, el féretro, que fue portado a hombros durante el largo trayecto, era seguido bajo una lluvia incesante por un numeroso cortejo fúnebre en el que destacaba la presencia de «caracterizados elementos obreros y otras representaciones del proletariado», además de dirigentes del Círculo Melquiadista, de las logias Jovellanos y Riego, del Ateneo Obrero y otras sociedades gijonesas. Una vez en el cementerio civil, tras escuchar con atención las últimas palabras que se pronunciaron en el acto, la comitiva despidió por última vez a quien había sido su ilustre vecina. Allí, en el otro extremo de la ciudad, en una sepultura en la que no habría de haber «más que un ladrillo con un número o inicial», reposarían para siempre los restos de esta mujer ejemplar.

316 Registro Civil de Gijón, Folio 243, Tomo 44, Sección 3.

317 *El Noroeste*, 8-5-1923.

Aquel domingo, día de culto para la mayoría católica de la población, debió de permanecer largo tiempo en el recuerdo de los gijoneses. La nutrida manifestación de duelo, recorriendo las calles de la villa tras la humilde caja que envolvía los restos de la eximia pensadora, hubo de suponer un acontecimiento para aquella población de poco más de treinta y seis mil habitantes y su recuerdo perduró en la memoria colectiva. Diez años después, el periodista Mario de la Viña publica «La fosa de Rosario de Acuña»<sup>318</sup>, un artículo en el que, entre otras cosas, describe cómo vio aquella multitudinaria ceremonia.

Su entierro se realizó bajo una lluvia incesante, lenta y melancólica. Era domingo, y una muchedumbre espesa y silenciosa se congregó en las cercanías de la casa de la muerta. [...]

Las escasas palabras que sonaban caían temblorosas y profundas, empapadas de pena y de dolor muy grandes...El cadáver, guardado en una caja humilde, fue sacado de la casa a hombros de obreros y bajado así hasta la carretera. Allí esperaba la carroza fúnebre, toda negra, negra; pero resultó innecesaria, porque el pueblo, el pueblo auténtico, los bajos, los últimos, los que viven al día de su trabajo de todos los días, luchaban y se disputaban el honor de sentir sobre sus fuerzas el peso de aquel tesoro caído, que le había dedicado los frutos mejores de su talento y de su vida larga y penosa.

Iban también en el acompañamiento mujeres y familias enteras de labradores que vivían por aquellos contornos y sabían de las bondades y de la excelsitud ejemplar de la finada.

Tras su muerte, Carlos de Lamo puso todo su empeño en mantener vivo el recuerdo, el testimonio vital, de quien durante tantos años había sido su compañera. A tal fin y coincidiendo con la fecha del aniversario del fallecimiento, organizó unas veladas literarias para honrar la memoria de la difunta<sup>319</sup>. Por lo que respecta a aquella disposición testamentaria según la cual doña Rosario encomienda a don Carlos de Lamo Jiménez, con la ayuda de don Luis París y Zejín<sup>320</sup>, la publicación de todas sus obras,

---

318 *La Libertad*, 28-4-1933.

319 En 1926, coincidiendo con el tercer aniversario, Carlos no puede organizar el esperado acto en memoria de doña Rosario, razón por la cual encarga la inserción en las páginas de *El Noroeste* de una esquila-recordatorio en la que señala que: «por causas inesperadas y ajenas a su voluntad no le es posible realizar la velada de aniversario que, con tanta insistencia y reiteración, le han solicitado cariñosamente repitiese en éste como en los dos años anteriores»

320 «...y encargo a don Luis París y Zejín que ayude a ordenar, coleccionar, corregir y publicar (poniéndole prólogo a la colección) a don Carlos de Lamo y Jiménez todas mis obras literarias publicadas o inéditas, en prosa o en verso, recomendándole que para la publicación se atenga al orden de las fechas, con lo cual podrá seguirse la evolución de mis pensamientos» (Testamento ológrafo firmado en Santander el 20 de febrero de 1907, según la transcripción realizada por Luciano Castañón y recogida en «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña»).

las ya publicadas y las inéditas, la iniciativa la toma Regina de Lamo, que poseía, sin duda, un carácter más intrépido que su hermano<sup>321</sup>. Elegida vicepresidenta del Ateneo Socialista de Barcelona en noviembre de 1928, organiza antes de que el año acabe una velada para honrar la memoria su amiga Rosario<sup>322</sup>. Será por entonces cuando ponga en marcha la Editorial Cooperativa Obrera, Publicaciones ECO, que editará la colección La Novela Blanca con una periodicidad quincenal. Las dos primeras entregas están dedicadas por entero a Rosario de Acuña: el número uno contiene los cuentos titulados *El secreto de la abuela Justa*, que da título al volumen, y «El pedazo de oro», así como «Carta a un soldado español voluntario en el ejército francés durante la Gran Guerra»; en el número dos, titulado *El país del Sol*, se incluye un cuento homónimo y «¡España! (Estudio sobre España hecho para América)».

El empeño de Regina y Carlos para evitar que el olvido se apoderara de la memoria de quien fuera amiga y compañera se va a ver reforzado con el cambio de régimen político. Tras la proclamación de la Segunda República se toman diversas iniciativas para recordar a la ilustre librepensadora, cuyo nombre pasa a ocupar un puesto en el callejero de diversas ciudades españolas: Valladolid, Madrid, Gerona, Santander, Barcelona... que se unen de esta forma a Tarrasa, que lo mantenía desde 1923, y a Gijón, que lo recupera por entonces. Pero no solo fueron calles, también hubo colegios que pasaron a ostentar su nombre de manera oficial: así sucedió en Madrid, donde en 1933 la Junta Municipal de Enseñanza, a propuesta de Andrés Saborit, acordó que uno de los grupos escolares de nueva creación fuera así conocido oficialmente. El 11 de febrero, con la asistencia de Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, y Pedro Rico, alcalde de Madrid, se inaugura el grupo escolar Rosario de Acuña, establecido en la calle de España, en el distrito de La Latina, que inicia su andadura con siete unidades: cuatro de niños y tres de niñas. Coincidiendo con la inauguración, el Ayuntamiento madrileño reparte con profusión un folleto, en el cual, a modo de presentación para alumnos y vecinos, se recogen las elogiosas frases que sobre la pensadora pronunciaron en su momento algunos de sus contemporáneos: Joaquín Dicenta, Benito Pérez Galdós, Luis Bonafoux, Roberto Castrovido, Virginia González, José Nakens, Ricardo León, Carmen de Burgos, Enrique Madrazo, Ramón de Campoamor... Un año después el Ayuntamiento de Valladolid sigue la estela de la capital y toma el acuerdo de asignar a algunos de los colegios de la ciudad su nombre y el de otras mujeres destacadas en el mundo de la cultura o de la política.

---

321 Así parecen probarlo las palabras escritas años después por una de sus nietas: «aquella atractiva jovencita de finales de siglo, perteneciente a la generación del 98 [...] se dedicó, apasionadamente, al activismo sindical y cooperativista, a la difusión de una nueva cultura revolucionaria que defendía el amor libre, la contracepción, la eugenesia, la eutanasia, el aborto...» Lidia Falcón: *op. cit.*, p. 9.

322 *La Vanguardia*, Barcelona, 28-12-1928.

Por esas fechas Regina de Lamo se embarcará en un nuevo proyecto editorial que tendrá a los niños por principales destinatarios, pues la publicación tiene el confesado objetivo de convertir los textos elegidos en material de lectura y reflexión para los escolares españoles. En 1933 ve la luz *Rosario de Acuña en la escuela*, en cuyas páginas los artículos, diálogos teatrales, cuentos o poesías de la escritora comparten espacio con algunas de las frases que algunos de sus contemporáneos habían pronunciado elogiando su vida y obra, la mayoría de las cuales ya habían aparecido en el folleto editado por el Ayuntamiento de Madrid al inaugurarse meses atrás el grupo escolar que lleva su nombre. Sin embargo la empresa no debió ser nada fácil, a tenor de lo manifestado en sus páginas por los hermanos Lamo: «...los mismos obstáculos, desdenes, trabas, zancadillas con que aquellos amargaron su vida, se han levantado ahora al paso de Regina Lamo», afirma Carlos refiriéndose a las dificultades encontradas por su hermana para llevar a cabo la publicación de la obra. Regina, por su parte, señala:

Siempre vivas y laureles acumulados flor a flor, rama a rama, en acarreo tenacísimo, por voluntad voluntariamente sostenida contra viento y marea. Contra propios y extraños. Despreciando calumnias e insidias, que trataban de presentar mi propósito como manobra de lucro personal. Con lágrimas, y sonrisas de dolor y desprecio, las regué y mantuve erguidas, laureles y siempre vivas con que fabricar el pórtico a estas obras de Rosario de Acuña, que ahora veré publicadas, como un sueño realizado a tanta costa...<sup>323</sup>.

A pesar del descontento que manifiesta Carlos de Lamo en las páginas finales de la publicación, afirmando que el ambiente intelectual de la República «es tan hostil a la figura y la obra de Rosario de Acuña como lo fue en tiempos de la monarquía y el clericalismo triunfantes», no se puede decir que no haya habido quien se preocupara de enaltecer su trayectoria vital, como bien se puso de manifiesto a lo largo de 1933, en que se cumple el décimo aniversario de su muerte. Sea por la mayor importancia que se suele otorgar a determinados números, dicen que redondos, o sea por la razón que fuere, lo cierto es que ése, el décimo, se muestra pródigo en iniciativas tendentes a honrar su memoria. A la edición de las dos publicaciones ya comentadas, al grupo escolar inaugurado y alguna que otra calle, hay que añadir, al menos, dos homenajes: el primero en Madrid, organizado por la Sección de Pedagogía del Ateneo, entidad que, además, pone a disposición del Ayuntamiento gijonés un busto de la escritora realizado por el escultor Palma, con el fin de que pudiera formar parte de algún monumento que la corporación decidiera dedicarle; el segundo en Gijón, a iniciativa del Comité local del Partido Republicano Democrático Federal, que decide convocar a las diferentes organizaciones ciudadanas al objeto de saldar la deuda contraída con «aquella santa laica

---

323 Regina de Lamo (ed.): *Rosario de Acuña en la escuela*, pp. 30, 253.

que desterrada por el clericalismo imperante, pasó los últimos años de su existencia en la soledad de su casa costera»<sup>324</sup>. A la llamada republicana acuden diversas asociaciones culturales, sociedades obreras y agrupaciones políticas que acuerdan abrir una suscripción popular para erigir un mausoleo a la «insigne escritora»<sup>325</sup>.

Por lo que respecta al deseo de la difunta de que sus obras fueran convenientemente publicadas, poco se ha avanzado al respecto. El proyecto *Rosario de Acuña en la escuela* queda truncado: el volumen que se había publicado en 1933, anunciado como «Tomo I», se convierte en «tomo único», pues no tiene la prevista continuidad, quedando así la iniciativa frustrada<sup>326</sup>. A pesar de todo, Regina debió de seguir porfiando en su intento de dar a conocer sus obras, de tal forma que es probable que tuviera algo que ver en la nueva edición de *El padre Juan* que se realiza en el año 1938: en la ciudad de Valencia la editorial Guerri, que por entonces firma sus volúmenes con el añadido «colectivizada», publica la que para algunos es su obra más emblemática, y lo hace con prólogo de la propia Regina de Lamo. Seguro que no habría sido su último intento para cumplir la voluntad testamentaria de su amiga, pero el desarrollo de los acontecimientos lo hizo imposible.

¡Lástima de artículos diseminados por los múltiples periódicos en los que nuestra escritora colaboró! ¡Lástima de apuntes de viaje en los que consignaba todas las peripecias que le sucedían en sus innumerables jornadas por la geografía hispana! ¡Lástima de ese anunciado *Asturias y Galicia: diez meses de viajes a caballo y a pie por las provincias de Oviedo, Lugo, Coruña, Pontevedra y Orense*! ¡Lástima de ese drama inédito titulado *Los escoriales*, del que tan solo sabemos que su autora leyó una escena en el Círculo de la Unión Mercantil! ¡Lástima de cartas, innumerables cartas intercambiadas con ilustres personajes de la sociedad de la época!... Algunas de esas obras parecen irremediablemente perdidas; aunque nunca se sabe: en los últimos tiempos he tenido

---

324 *El Noroeste*, 11-11-1932.

325 A la convocatoria efectuada por el Partido Republicano Democrático Federal acuden el Ateneo Obrero, diversas sociedades de Cultura e Higiene, La Constancia (asociación de las cigarreras locales), representantes de la masonería gijonesa, Agrupación Comunista, Partido Republicano Liberal Democrático, Federación Socialista Asturiana, Partido Republicano Radical Socialista y la Federación Local de Sociedades y Sindicatos Obreros de Gijón (*El Noroeste*, 2-12-1932).

326 De las dificultades encontradas por aquella empresa puesta en marcha por Regina de Lamo puede ser buen ejemplo la nula receptividad que encuentra en el Ayuntamiento gijonés, tan dispuesto en otras ocasiones a secundar iniciativas en memoria de quien fuera su ilustre vecina. Poco tiempo después de publicada la obra, la editora se dirige a la corporación municipal dando cuenta de aquella publicación destinada a los colegios de primera enseñanza: «...y teniendo en cuenta los muchos años que aquí residió voluntariamente dicha señora y las muchas simpatías con que en Gijón cuenta, vea el Ayuntamiento el número de ejemplares que desea adquirir para los escolares gijoneses». Pues bien, trasladada la propuesta a la Comisión de Instrucción Pública, y siendo su dictamen contrario a la adquisición, la Corporación desestima la solicitud. (*La Prensa*, Gijón, 29-10-1933).



noticia de algún que otro anuncio de venta de manuscritos, al parecer obra de nuestra escritora, por los que se piden varios miles de euros. En cualquier caso, ni Carlos de Lamo, ni Luis París pudieron cumplir con el encargo testamentario de publicar su obra completa, tal y como les había encomendado. Más tenaz se mostró Regina de Lamo, a quien debemos, como ya he contado, la publicación de algunas pequeñas obras. La violencia desatada en los años treinta en aquella España que, al final, terminó por fracturarse en dos por la fisura que clericales y anticlericales se habían empeñado en construir durante años, se llevó por delante la continuación de la ingente empresa apenas iniciada.

\* \* \*

Cautivo y desarmado uno de los dos grupos contendientes en aquella larga disputa que enfrentó a los españoles, las autoridades del nuevo Estado se dedicarán con afán a borrar todo atisbo de duda sobre la posición hegemónica que la Iglesia católica desempeñará en España desde el primero de abril de 1939: la nación ha recuperado en el campo de batalla la unidad religiosa perdida setenta años antes en las páginas de un texto constitucional. El artículo primero del concordato de 1851 recupera todo su esplendor: «La religión católica apostólica romana, que con exclusión de cualquier otro culto continúa siendo la única de la Nación española...». Quienes habían defendido durante años otras posiciones bastante tenían con llorar a los que se habían quedado en el camino y con intentar sobrevivir en las difíciles circunstancias en las que se encontraban.

No eran tiempos para enarbolar el estandarte de heterodoxia alguna; no eran tiempos para reivindicar la memoria de quien, como Rosario de Acuña y Villanueva, se había caracterizado por combatir la visión del mundo que entonces se había convertido en hegemónica. Así las cosas, sin nadie que la pudiera agitar convenientemente para que se dispersase, la neblina fue cubriendo poco a poco su recuerdo. Su nombre se cayó de casi todas las calles en las que había figurado, de las páginas de los periódicos, de los comentarios... de la mutilada memoria colectiva. Tan solo unas flores rojas colocadas en su tumba cada cinco de mayo, día de su muerte, y cada primero de noviembre, aniversario de su nacimiento, y unas pocas páginas amarillentas de algún que otro libro al alcance de unos pocos, podrían evitar que cayera en el ostracismo.

En los años sesenta, cuando el desarrollismo hizo inevitable que entrara luz por las rendijas, iluminando rincones que habían permanecido en la oscuridad durante tanto tiempo, eran pocas las personas que tenían noticias ciertas acerca de una persona que, en otro tiempo no tan lejano, había dado nombre a calles y colegios. En Gijón, donde su cuerpo había sido acompañado cuarenta años atrás por una fervorosa multitud en

su definitivo traslado hacia la tumba, «Rosario Acuña» (o mejor aún, «Rosarioacuña») era para la gran mayoría de sus habitantes tan solo una referencia geográfica, un lugar situado junto al mar al que, de, cuando en cuando, se iba caminando. Tantos años de silencio habían terminado por difuminar su recuerdo. Lejos de la patria, sin embargo, hubo quien porfiaba por mantenerlo vivo. Tal es el caso de Amaro del Rosal Díaz, un asturiano exiliado en México antiguo dirigente del sindicato de banca de la UGT, director general de la Caja de Reparaciones durante la Guerra, que conoció a la libre-pensadora poco antes de su muerte y que ahora, en la década de los sesenta, se muestra decidido a recopilar todo tipo de materiales relacionados con la escritora, al objeto de publicar un libro que rescatase del olvido su vida y su obra. Luciano Castañón, uno de sus colaboradores en España, le informa por entonces que ha localizado en Gijón a una anciana que, en su juventud, había sido amiga suya. Se trata de Aquilina Rodríguez Arbesú quien, a pesar de la diferencia de edad, había mantenido una estrecha relación con doña Rosario, por quien sentía tal veneración que llegó a guardar durante décadas algunas de sus cartas, recortes de periódico, fotografías y otros variados recuerdos entre los que se encontraba su famoso testamento ológrafo. Aquella octogenaria, que durante tantos años había acudido por lo menos dos veces al año a depositar un ramo de flores en la austera tumba de su amiga, se había convertido en el último fulgor que aún podía iluminar el difuso recuerdo de una vida que se hallaba cubierta por la persistente neblina. Entusiasmado con aquella buena noticia, Amaro del Rosal le envía una carta solicitando su colaboración:

Sabemos que obran en su poder algunos materiales, fotografías, artículos, folletos escritos (...), no nos guía otro propósito que el de sacarla del olvido y darla a conocer a la juventud de hoy que tanto necesita de un ideario de libertad, de justicia y de humanismo, que son las tres palabras a las que Rosario de Acuña dedicó su vida...<sup>327</sup>

---

327 Fragmento de la carta que Amaro del Rosal le envía a Aquilina Rodríguez Arbesú (Luciano Castañón: «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña», p. 158). Como posteriormente se demostraría, el señor Amaro estaba bien informado. Aquilina tenía un verdadero relicario en su casa: recortes de prensa con algunos de los artículos de su amiga o con escritos a ella dedicados; copias manuscritas que ella había realizado de algunas de sus poesías; alguna carta; varias fotografías (en dos de ellas aparecía delante de una tienda de campaña acompañada por su criado Gabriel; en otra estaba montada a caballo), un ejemplar de *El padre Juan...* Tanta debía de ser la admiración que por ella sentía que conservaba hasta varios mechones del cabello de su amiga. Toda esta colección de recuerdos le fue entregada en el año 1969 a Amaro del Rosal Díaz, quien lo fue incrementando con nuevos materiales: más artículos de prensa, copias mecanografiadas de algunas obras, fotografías de la que había sido la casa de doña Rosario en El Cervigón... En la actualidad, todo este material forma parte del archivo Amaro del Rosal (AADR) que se encuentra depositado en la Fundación Pablo Iglesias.

Por estos mismos años, la curiosidad por desvelar quién se escondía tras aquel topónimo, tan habitual en las conversaciones de los gijoneses, azuzaba a los vecinos más curiosos. Tal fue el caso de Patricio Adúriz (cuyo interés por el pasado de su ciudad lo convertirán años después en cronista oficial), a quien lo primero que se le ocurrió fue acudir al cementerio local esperando encontrar allí la tumba de quien suponía había sido una persona notable. Después de mucho buscar, tan solo encontró una sobria y menuda lápida en la que, además de su nombre y los años entre los cuales transcurrió su vida, figuraba una escueta mención: «escritora ilustre». No era mucho, pero serviría para comenzar el rastreo por cuantas enciclopedias se pusieran a su alcance. Sin embargo, no fueron los libros su mejor fuente de información; tuvo la fortuna de localizar a alguna de las personas que conocieron en vida a la escritora, entre ellas a Aquilina Rodríguez Arbesú: «Llegamos justo a tiempo. Unos cuantos años más y entonces sí que afirmo que no habríamos conseguido nada». Como quiera que el proyecto de Amaro del Rosal iba para largo, fue Patricio Adúriz el primero en dar cuenta pública de estos hallazgos y lo hizo a lo largo de cinco entregas semanales que publicó el diario gijonés *El Comercio* en los meses de febrero y marzo de 1969. En aquellas cinco páginas de periódico empezó, al fin, a asomar la estela de una mujer sorprendente. Allí se aportaron datos biográficos ciertos, se da cuenta del testamento escrito por su mano en 1907, se reproducen algunos de sus sonetos, las cubiertas de varios libros y seis fotografías de la escritora, entre las que se encuentra la que resultó ser la última, pues fue tomada cuatro días antes de su muerte, cuando una delegación de obreros acudió a saludarla en la ya tradicional gira que, con motivo del Primero de Mayo, realizaban las sociedades obreras cuyos miembros se acercaban hasta su casa para testimoniarle su afecto y admiración.

En 1973, año en el que se cumplía el quincuagésimo aniversario de su fallecimiento, la escritora retorna de nuevo a las páginas de la prensa: *Asturias Semanal* publica un amplio reportaje de Javier Ramos con el testimonio que le había facilitado una mujer de ochenta y tres años de edad llamada Aquilina Rodríguez Arbesú, ilustrado con las fotografías del testamento ológrafo y de una de las copias del discurso pronunciado en la ceremonia de inauguración de la Escuela Neutra Graduada de Gijón. Cabe pensar que el carácter regional de la revista pudiera haber contribuido a amplificar el eco que había tenido la anterior publicación de Adúriz en un diario local. Lo que parece indudable es que ambos se convirtieron en referencia obligada para cuantos desde entonces se deciden a indagar acerca de quien durante décadas permaneció en el olvido. No es de extrañar, por tanto, que fuera en Asturias donde surgieran los primeros interesados en continuar investigando en torno a la atractiva figura que se adivinaba entre las sombras en las que aún estaba sumida.

En 1976, Amaro del Rosal incluye en una obra que publica por entonces una referencia a esta socialista-humanista, cuya memoria pretende recuperar para las nuevas generaciones: la única española a la que se puede comparar con Flora Tristán<sup>328</sup>. Un año después, en *Gijón y los gijoneses* el escritor Mauro Muñiz, recogiendo parte de la información ya conocida y añadiendo algún que otro recuerdo personal o familiar, convierte la presencia-ausencia de la escritora de El Cervigón en recuerdo de una generación que, aunque no la conoció, notó su presencia cada vez que caminaba por las proximidades de la que fuera su casa: «Rosario Acuña es como un mito, una leyenda, un ser transferido al Gijón ideal y al de los sueños, tan real muchas veces como el que existe físicamente»<sup>329</sup>.

A las aportaciones biográficas, que, poco a poco, van dando forma humana al frío topónimo, se suman las primeras incursiones que se realizan en torno a su obra: en 1983, la profesora Sara Suárez Solís realiza una aproximación a su producción dramática en «Una obra de teatro olvidada *Rienzi el tribuno* de Rosario Acuña», en donde confiesa las dificultades que ha encontrado para localizar sus libros pues «acabó con ellos nuestra secular manía de limpieza moral y religiosa. Desaparecieron prácticamente de las bibliotecas públicas, y apenas en las privadas puede espigarse alguna de sus obras». Para intentar remediar esta carencia evidente, el Ateneo Obrero de Gijón reedita en 1985 *El padre Juan*, con unas breves notas biográficas de J. Bolado. Al año siguiente, Luciano Castañón, uno de los primeros en conocer el testimonio de Aquilina Rodríguez Arbesú, se decide, al fin, a publicar parte de la información que lleva recopilando desde los sesenta. En «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña», que se incluye en el número 40 del *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, traza las líneas maestras de la biografía de la escritora: nos habla de su presencia en Asturias, de su amistad con Aquilina y del testamento ológrafo otorgado en Santander en 1907, que transcribe íntegramente.

A partir de este momento el interés por Rosario de Acuña trascenderá los límites de la tierra en la que decidió pasar sus últimos años, sumándose investigadores de otras regiones a la labor de recuperación de su memoria que se había emprendido en Asturias. Tal es el caso de Pedro Álvarez Lázaro quien lleva un tiempo indagando todo lo relacionado con su proceso de iniciación en la masonería, del cual nos da cumplida cuenta, documentos inéditos incluidos, en su obra, ya clásica, *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración*, que aparece en 1985. También en Cantabria empiezan por entonces a preocuparse por quien fuera una de sus más entusiastas avicultoras, al tiempo que comprometida publicista. En diciembre de 1988

---

328 Amaro del Rosal: *La violencia, enfermedad del anarquismo: antecedentes e historia del movimiento sindical socialista en España: siglo XIX*, p. 43.

329 Mauro Muñiz: *Gijón y los gijoneses*, p. 264.

aparece en el diario *Alerta* el artículo «Rosario de Acuña, librepensadora y masona», firmado por José Ramón Saíz Viadero, en el cual se trazan los hitos y los rastros de su presencia en tierras cántabras: «Su estancia en Santander dejó tal huella, pese a la brevedad de su paso, que el Ayuntamiento acordó durante la II República dedicar la calle de Carlos III a la memoria de Rosario de Acuña...»<sup>330</sup>. Apenas dos años más tarde, Matilde Camús le dedica un destacado espacio en *Historia del lugar de Cueto*, donde nos cuenta algunas de las peripecias que le ocurrieron durante el tiempo que vivió en esa localidad. Será, sin embargo, María del Carmen Simón Palmer quien terminará por situar a Rosario de Acuña en el punto de mira de los investigadores nacionales e internacionales al reeditar en un volumen aparecido en 1990 dos de sus obras más emblemáticas, *Rienzi el tribuno* y *El padre Juan*, precedidas de unas notas introductorias, las cuales, a pesar de la brevedad, contribuyen a contextualizar convenientemente tanto a la autora como a su obra, de manera tal que el conjunto resulta un sugestivo punto de partida para quienes se han sentido atraídos por mujer tan poco conocida. Una nueva aportación de la prolífica investigadora publicada un año después vendrá a aportar nuevas y valiosas informaciones que contribuirán a allanar el camino a futuros investigadores: se trata de *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, donde Simón Palmer incluye una exhaustiva relación, la más completa hasta entonces, en la que da cumplida referencia de los escritos de nuestra autora: libros y folletos, veintitantas poesías, treinta y dos artículos, así como varias colaboraciones en obras colectivas...<sup>331</sup> Ese mismo año, Elvira María Pérez-Manso realiza en *Escritoras asturianas del siglo XX* la primera aproximación crítica al conjunto de su obra, analizando la mayoría de los volúmenes publicados (cinco de teatro, tres de poesía y dos colecciones de artículos). En 1992 el Ateneo Obrero de Gijón prosigue su labor de divulgación, iniciada con la reedición de *El padre Juan*, editando un pequeño volumen en el que se recogen siete de sus escritos, entre artículos y cuentos, que habían recuperado la luz en los últimos tiempos, así como la trascripción de su testamento.

---

330 *Alerta*, Santander, 18-12-1888.

331 No han sido pocos los investigadores que han llegado al conocimiento de Rosario de Acuña a partir de los trabajos de María del Carmen Simón Palmer, como bien se puede comprobar por las citas que se incluyen en cuantas publicaciones se refieren a la librepensadora. No faltan tampoco quienes resaltan tal protagonismo como sucede con el hispanista David T. Gies, profesor de la Universidad de Virginia, quien en el I Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX, celebrado en Barcelona en 1996, pronunció estas palabras de reconocimiento: «En otros lugares he analizado brevemente varias obras de dramaturgas decimonónicas como la conocida Gertrudis Gómez de Avellaneda, la hora conocida (después del trabajo de Simón Palmer) Rosario de Acuña» (David T. Gies: «Mujer y dramaturga: conflicto y resolución en el teatro español del siglo XIX»).

Así pues, se puede decir sin excesivo riesgo de equivocarse que la situación ha mejorado de forma ostensible. A principios de los noventa, desempolvados algunos de los libros que habían permanecido medio olvidados en los viejos anaqueles, la figura de Rosario de Acuña y Villanueva empieza a emerger del olvido, gracias a los esfuerzos de quienes en los años precedentes se han visto atraídos por el tenue rastro que aún da cuenta de su pasada existencia. Su nombre no solo recupera espacios en las nuevas ediciones de historia de la literatura española (Zavala, 1994; Huerta, 2003...) y tiempos en los congresos del ramo (Ayala, 1995; Santaolalia, 2000), sino que también ocupa lugar destacado en cuantos estudios sobre las mujeres se realizan por entonces (Bolado, 1999; Martínez, 2000; Álvarez, 2003<sup>332</sup>; Fernández Vargas, 2004...). Cada vez es más frecuente encontrarnos con sus poesías o sus cuentos en alguna antología (Kirkpatrick, 1992; Correa, 2000; Sánchez Llama, 2000; Reina, 2002; Fuentes, 2005; Díez, 2006); con algún estudio sobre su vida o su obra en las páginas de revistas especializadas de ámbito nacional (Lacalzada, 2002, 2003; Pineda, 2002; Valladares, 2002) o internacional (Sánchez Llama, 2004; Zaplana, 2005; Arkinstall, 2005, 2006). El interés por esta mujer no solo ha llegado a universidades europeas o norteamericanas, sino también a otras más alejadas geográficamente como la neozelandesa de Auckland. En cualquier caso, se trata todavía de comentarios sobre alguna de sus obras o reflexiones acerca de determinados aspectos de su polifacética e intensa vida. Será en el año 2000 cuando aparezcan los primeros trabajos que, recogiendo los datos parciales que han ido apareciendo hasta entonces, nos muestran el primer bosquejo de una imagen global de la recuperada autora, quien todavía tiene que compartir espacio con otros biografiados. Habrá que esperar algo más para que aparezcan las primeras obras que se ocupen de manera monográfica de nuestra escritora. Tal sucederá en 2005 cuando salga a la luz mi primera obra a ella dedicada: *Rosario de Acuña en Asturias*, a la que meses después seguirá *Rosario de Acuña: masonería y anticlericalismo burgués*, de Aquilino González Neira y, al año siguiente, *Rosario de Acuña. Literatura y transgresión en el fin de siècle*, de Marta Fernández Morales.

A medida que se va teniendo noticia de la recuperación de nuevos datos acerca de la vida y obra de Rosario de Acuña, una parte de la sociedad, aquella que se siente más identificada con los testimonios que van apareciendo, se va a ir incorporando a la tarea de recuperar su testimonio. Será en Gijón donde se den los primeros pasos

---

332 La periodista y escritora María Teresa Álvarez se ha interesado en más de una ocasión por la trayectoria vital de quien decidiera pasar los últimos años de su vida en un lugar no muy alejado de su Cándás natal. Si en 2003 la incluye en su obra dedicada a «las mujeres que han hecho historia contra viento y marea», años antes la convirtió en protagonista de uno de los documentales de la serie *Mujeres en la historia* que emitió la televisión pública española.

para la (re)incorporación de la ilustre pensadora a la memoria colectiva: un acuerdo municipal de 1990 otorga su nombre a la avenida que se encuentra próxima a la que fuera su última morada, recuperando así la presencia que tuvo en el callejero gijonés durante breves meses en los veinte y algunos años en los treinta; poco tiempo después, tras la adquisición municipal de la casa que la escritora había decidido construir en un acantilado de El Cervigón, se inaugura una escuela taller de medio ambiente con su nombre; en 1994, las autoridades competentes acuerdan conceder la misma denominación a uno de los institutos de la ciudad, accediendo con ello a la solicitud que en este sentido había realizado la comunidad escolar del citado centro educativo<sup>333</sup>. Nuevos grupos ciudadanos seguirán el mismo ejemplo: una asociación coral, una escuela de verano feminista, una logia masónica... La recuperada presencia de quien hizo de la libertad de pensamiento su guía, se convierte también en estandarte de otros colectivos de ámbito regional, entre los que destaca la Asociación de Viudas de la República que con su nombre al frente ha visto varias veces premiada su labor en pro del reconocimiento y la dignificación de estas mujeres. Otras localidades españolas a las que Rosario de Acuña estuvo muy vinculada no tardarán en tomar iniciativas para recordar su antigua presencia. Si en Santander su nombre retorna al callejero y su memoria a las páginas de libros y periódicos, en Pinto llevan camino de convertirla en una de sus vecinas más ilustres. En esta villa madrileña, en la que algunos insisten en situar su nacimiento, se han venido sucediendo diversos actos encaminados a «recuperar la figura y la obra de la dramaturga, poetisa y articulista» desde que en 2003 el pleno municipal aprobara por unanimidad una moción en ese sentido...<sup>334</sup>

El año 2009 va a resultar especialmente relevante en cuanto a la recuperación de su testimonio se refiere, pues será entonces cuando vean la luz dos obras que, de forma paralela, llevan gestándose desde tiempo atrás. José Bolado edita las *Obras reunidas*, cinco volúmenes en los que se recogen los numerosos escritos que, tras trabajosa labor

---

333 El interés de la comunidad escolar de este instituto de bachillerato gijonés por la figura de la librepensadora madrileña no termina cuando adopta oficialmente su nombre. En el año 1999 pone en marcha el Premio Rosario de Acuña para trabajos de investigación sobre temática gijonesa o asturiana, habiéndose convertido, tras dieciocho ediciones, en uno de los más prestigiosos de la región. En el año 2000 organizó unas conferencias dedicadas a la escritora, contando con la participación de María Teresa Álvarez y Lidia Falcón. A este primer ciclo le han sucedido otros con la intervención de algunos estudiosos de la vida y obra de doña Rosario de Acuña y Villanueva.

334 Cuatro años antes José Luis Esparcia, uno de los concejales integrantes de Juntos por Pinto, el grupo que presentó la moción a la consideración del pleno municipal, había publicado *Aproximación a Rosario de Acuña*, un breve trabajo de divulgación de apenas sesenta páginas que pretende mostrar a sus convecinos el rostro que se oculta tras aquel nombre rotulado en la calle Rosario de Acuña.

de búsqueda, ha conseguido rescatar de bibliotecas y hemerotecas<sup>335</sup>. Casi al mismo tiempo, cuando me llegan noticias de que van a salir los dos primeros volúmenes de las *Obras reunidas* consigo, al fin, publicar *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato*, un extenso trabajo de investigación acerca de su vida y obra al que llevo dedicado tanto tiempo. Se trata de una obra que pretende dar respuesta a buena parte de las preguntas que permanecieron sin contestar durante tanto tiempo. La historia de una mujer que, renunciando a los privilegios de su confortable cuna, emprendió una larga y desigual batalla en defensa de la Verdad y de la Libertad en una época en la que en España, la España del Concordato, se estaban consolidando los dos bandos antagónicos que, siendo incapaces de tolerarse, no habrán de tardar en llevar sus antagonismos hasta los campos de batalla.

\* \* \*

Pasados ya unos años desde que aparecieran estas dos obras, parece que el calor va disipando poco a poco la niebla, que la luz retorna suavemente al País del Sol, que la figura de quien un día decidió cambiar el rumbo de su vida para dedicarse a buscar con afán la Verdad se abre paso entre los vahos de oscuridad que la han abrigado durante tantos años.

El proceso de divulgación de la vida y obra de la ilustre pensadora no cesa. Ni se detiene, ni se limita a utilizar un solo formato. El que se ha dado en llamar «digital» multiplica las posibilidades de difusión de cuanto allí se publica. La Red –excelente aliada en este propósito, como he podido comprobar por los miles de visitas que han

---

335 A pesar del inconmensurable trabajo de búsqueda realizado durante años por Bolado, las *Obras reunidas* constituyen un «conjunto amplio, pero no completo», tal y como el autor advierte en el Preámbulo. A esa ingente relación de obras le faltan escritos que aún permanecen olvidados en alguna estantería. Por suerte para todos nosotros, algunos se han ido recuperando desde entonces y gracias a la existencia de internet podemos darlos a conocer de una forma mucho más rápida que si hubiera que esperar a reunirlos en un nuevo libro, en un nuevo volumen. La posibilidad de contar con un espacio en el cual se pudieran ir añadiendo todos cuantos escritos fueran apareciendo, fue el motivo principal que me llevó en el año 2009 a poner en marcha el sitio *Rosario de Acuña. Vida y obra*: ahí publiqué todas aquellas obras, todos aquellos escritos que había ido encontrando tras años de búsqueda; ahí sigo publicando los que he ido conociendo con posterioridad. Aunque a la hora de la lectura soy de los que prefieren el libro en papel, no por ello creo que haya que desdeñar las posibilidades que nos brinda la publicación digital. Ambos formatos pueden ser perfectamente compatibles y contribuir a la consecución de un mismo objetivo, que en este caso no es otro que la divulgación de la obra de doña Rosario de Acuña y Villanueva. A tal fin, cuantas personas interesadas visiten la página *Rosario de Acuña. Vida y obra* ([www.rosariodeacuna.es](http://www.rosariodeacuna.es)) encontrarán debidamente señalados aquellos escritos que no aparecen en la *Obras reunidas* y que, por lo tanto, no podrán leer en formato papel. Todos suman. Cada nuevo texto recuperado nos acerca más al objetivo; como afirma José Bolado: «cada nueva incorporación será un síntoma de que el Tiempo, por fin, comienza a ser favorable a una escritora que no lo fue en sus días a la autora».



recibido tanto Rosario de Acuña. Vida y obra ([www.rosariodeacuna.es](http://www.rosariodeacuna.es)), como Rosario de Acuña y Villanueva. Comentarios ([www.rosariodeacu.blogspot.com.es](http://www.rosariodeacu.blogspot.com.es))– cuenta ya con nuevos espacios dedicados a nuestra ilustre librepensadora. En el mes de febrero de 2010 su nombre se incorpora al elenco de pensadores hispanoamericanos incluidos en el Proyecto Ensayo Hispánico, ambiciosa y estimulante iniciativa puesta en marcha en 1997 por José Luis Gómez Martínez, profesor emérito de Ensayo Hispánico en el Departamento de Lenguas Románicas en la Universidad de Georgia, con el objetivo de difundir la cultura hispánica. Le seguirá la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que en febrero de 2013 abrió un portal a ella dedicado, con lo cual nuestra protagonista pasa a compartir espacio con otras destacadas escritoras del diecinueve como Concepción Arenal, Fernán Caballero, Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán o Gertrudis Gómez de Avellaneda. Por lo que respecta a la Wikipedia, la enciclopedia digital, políglota y de acceso libre, que se ha convertido en uno de los diez sitios más visitados de internet, cuenta con un espacio en el cual se facilita una información que, tras las sucesivas correcciones que sus redactores han ido efectuando, puede considerarse correcta y fiable.

A pesar de que aún quedan aspectos de su biografía por perfilar acerca, por ejemplo, de su exilio en Portugal, su llegada a Cantabria o su participación en el proyecto de la Ciudad Lineal; aunque es bastante probable que la lista de sus obras se pueda ver incrementada en los próximos años con la recuperación de algunos escritos que amarillean en las páginas de periódicos por descubrir; bien podríamos decir que se ha logrado el objetivo; que gracias al esfuerzo colectivo, iniciado por Regina de Lamo a finales de los años veinte del pasado siglo, hemos conseguido rescatar del olvido el testimonio vital de nuestra protagonista; que, tal y como afirma Elena Hernández Sandoica, Rosario de Acuña y Villanueva «ha sido reencontrada por la historia. Ya no es ni podrá seguir siendo la desconocida ni olvidada del todo...»<sup>336</sup>.

---

336 Elena Hernández Sandoica, *op. cit.* p. 171.



## Su vida año a año

1850

- ◆ El 1 de noviembre ve la luz por primera vez en el domicilio familiar situado en la madrileña calle de Fomento.

1854

- ◆ Cuando contaba con tres o cuatro años, le diagnostican una conjuntivitis escrofulosa, dolencia que la acompañará durante toda su infancia y juventud, dejándola casi ciega durante largos periodos de tiempo.

1865

- ◆ Felipe de Acuña y Solís, a la sazón inspector del ferrocarril Madrid-Zaragoza, sufre un ataque de apoplejía. La prensa informa que se encuentra fuera de peligro (junio).

1866

- ◆ Pasa una temporada en Gijón en compañía de su padre. Durante el viaje de ida, una partida carlista asalta el tren en el que viajaban, suceso éste que narrará años después en un artículo titulado «Un recuerdo de mis quince años».

1867

- ◆ Visita la Exposición de París en compañía de su madre y de su padre (septiembre).

1868

- ◆ Su padre es nombrado inspector jefe administrativo y mercantil de Ferrocarriles.

1870

- ◆ De este año data su artículo «Una lágrima», el más juvenil de todos cuantos aparecen en *La siesta*, volumen publicado en 1882 con los escritos de su primera época.

1873

- ◆ Reside durante una temporada en el sur de Francia. En este tiempo publica en Bayona *Un ramo de violetas* dedicado a la exiliada reina Isabel II. Su poesía «A una golondrina» (incluida en *Ecos del alma*) está fechada en «Bayona, 25 de julio 1873».
- ◆ Muere en Baeza su abuelo paterno Felipe de Acuña y Cuadros (2-IX).

1874

- ◆ Rafael de Laiglesia y Auset, subteniente del segundo batallón de África y su futuro marido, es herido en Borriol durante una escaramuza contra los carlistas. Antonio Acuña y Solís, tío de Rosario y gobernador de Castellón por entonces, le aloja en su casa durante su convalecencia (8-V).
- ◆ Publica en *La Ilustración Española* su poema «En las orillas del mar» (22-VI).
- ◆ Pasa la temporada de verano entre Gijón (donde escribe «A las niñas del Sr. D.B.D.G») y Panticosa.

1875

- ◆ Tanto su padre como su tío Antonio Acuña y Solís, gobernador de Castellón, son declarados cesantes (5-I).
- ◆ Protagoniza una velada poética en el Liceo Piquer de Madrid (30-I).
- ◆ Su tío Antonio Benavides es nombrado embajador extraordinario cerca de la Santa Sede (24-III).
- ◆ Estancia primaveral en Andalucía: Córdoba (donde escribe «La vuelta de una golondrina»), Baeza («A una flor»), Navalhiguera («Correspondencia de Andalucía»), Solana del Tamaral («Las tres ilusiones», «Los dos ángeles»).
- ◆ Su tío Francisco de Paula Benavides, obispo de Sigüenza, es nombrado Patriarca de las Indias (24-V) y Vicario general de los Ejércitos (8-VI).
- ◆ Pasa unos meses en Italia en la residencia oficial de Antonio Benavides. Varios escritos están fechados en «Roma, setiembre 1875»: «Ante el sepulcro de Rafael», «Al niño Manuel Baldasano y Godinez», «Una ramilletera en Venecia»...
- ◆ Es recibida en audiencia por el Papa Pío IX.
- ◆ Publica *La vuelta de una golondrina*.

1876

- ◆ Estrena *Rienzi el tribuno*, su primer drama (12-II).
- ◆ Se casa con Rafael de Laiglesia y Auset (22-IV). Tras la boda, la pareja parte hacia Andalucía.
- ◆ Publica *Ecos del alma* (El prólogo está firmado el 20 de abril, dos días antes de su boda).
- ◆ Se traslada a vivir a Zaragoza, ciudad a la que es destinado su marido.

1877

- ◆ Se traslada a Valladolid para dirigir los ensayos de su drama *Rienzi el tribuno*, cuya representación tiene lugar en el teatro de Calderón en los primeros días del mes de abril.
- ◆ Estrena en Zaragoza *Amor a la patria* (27-XI).

1878

- ◆ La *Gaceta de Madrid* publica la orden por la que se procede a jubilar a su padre por enfermedad (18-V).
- ◆ A los 86 años de edad fallece en Madrid Polonia Elices, su abuela materna (finales de agosto).

1879

- ◆ Se pone a la venta en las principales librerías de Madrid *Amor a la patria* (15-I).
- ◆ En el homenaje al actor Julián Romea que tiene lugar en el madrileño teatro de La Comedia, se da lectura a su poesía «A Romea» (17-II).
- ◆ En el transcurso de una función celebrada en el teatro Español de Madrid al objeto de recaudar fondos para socorrer a las víctimas de las inundaciones de Murcia, se procede a dar lectura a su poesía «Una limosna para Murcia» (4-XI).
- ◆ La prensa madrileña se hace eco de la publicación de *Morirse a tiempo. Ensayo de un pequeño poema imitación de Campoamor* (22-XI).

1880

- ◆ Rafael cesa en su destino anterior y pasa a la situación de reemplazo; poco después, en la misma situación, es autorizado a residir en Madrid (16-I). El traslado no es inmediato, pues hay escritos fechados en Zaragoza en abril y mayo de ese año.
- ◆ Estrena *Tribunales de venganza* en el madrileño teatro Español (6-IV).

1881

- ◆ En los primeros meses del año Rosario y Rafael se instalan en Pinto.
- ◆ Su marido pasa a la situación de supernumerario en el Ejército, integrándose en la plantilla del ministerio de Fomento como visitador de Agricultura e integrante del equipo de *Gaceta Agrícola*, publicación en la cual ella colaborará (enero).
- ◆ Su tío Francisco de Paula Benavides es nombrado Arzobispo de Zaragoza (10-V).
- ◆ Rafael obtiene una licencia de cuatro meses, de julio a octubre, para realizar un viaje por diversos lugares de España y Francia al cual, probablemente, le acompañaría Rosario, pues por estas fechas escribe el artículo que lleva por título «Desde Pau a Panticosa» que está firmado en la población francesa.
- ◆ Publica *Tiempo perdido*.

1882

- ◆ Inicia sus colaboraciones en *Gaceta Agrícola*, revista del Ministerio de Fomento en cuyo equipo se ha integrado su marido, con la publicación de *Influencia de la vida del campo en la familia* (febrero).

- ◆ Se inicia la publicación en *El Correo de la Moda* de su serie de artículos titulada «En el campo» (marzo).
- ◆ Fallece de forma repentina su abuelo materno (15-V).
- ◆ Durante el verano, pasa una temporada en Burdeos.
- ◆ Se edita *La siesta*, un volumen con una selección de sus artículos, algunos ya publicados y otros inéditos (diciembre).
- ◆ Hace pública convocatoria de un premio dotado con mil pesetas que se adjudicará en concurso público a la mejor memoria escrita sobre medicina legal (31 de diciembre).

1883

- ◆ Rafael cesa en su puesto como visitador de Agricultura; también como integrante del equipo de *Gaceta Agrícola*.
- ◆ Fallece su padre (27-I).
- ◆ La separación del matrimonio se hace efectiva: Rosario deja escrita la fecha (27 de abril de 1883) en una quintilla; su marido se traslada a Badajoz para trabajar en la sucursal del Banco de España en esa ciudad (21-V).
- ◆ Con la publicación en noviembre del artículo «A mis lectoras» reanuda su colaboración en *El Correo de la Moda* que había interrumpido tras la muerte de su padre.
- ◆ *La Ilustración Ibérica* publica su cuento «El pedazo de oro» (1-XII).

1884

- ◆ Muere su tío Antonio Benavides y Fernández Navarrete (23-I).
- ◆ Se convierte en la primera mujer que ocupa la tribuna del Ateneo de Madrid, desde la cual procede a dar lectura a su poema «Sentir y pensar» que ha sido editado semanas antes (19-IV).
- ◆ Protagoniza una velada poética en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, en el transcurso de la cual lee varios poemas, una escena del drama *Rienzi* y otra de uno nuevo que está terminando titulado *Los escoriales* del cual, por cierto, no tenemos más noticias (21-XI).
- ◆ Ante la posibilidad de que los estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, que por entonces estaban en huelga, perdieran la matrícula de honor, hace pública su voluntad de costear los gastos de matriculación del estudiante que más adelantado esté en la carrera y que cuente con mejores notas (7-XII).
- ◆ En el transcurso de una comida a la que había invitado al catedrático Miguel Morayta y a una comisión de estudiantes universitarios, adelanta a los presentes su intención de adherirse a la causa del librepensamiento (15-XII), que hará pública mediante una carta que publicará *Las Dominicales del Libre Pensamiento* posteriormente (28-XII).

- ◆ Hace pública su intención de premiar con mil pesetas al autor de la mejor memoria acerca de la «irresponsabilidad del loco lúcido».

1885

- ◆ Un grupo de librepensadores albaceteños la agasaja durante una estancia de varios días en la ciudad (febrero).
- ◆ El jurado otorga el premio por ella convocado al doctor Escuder (3-III).
- ◆ El oftalmólogo Santiago Albitos realiza una exitosa operación que la libera de las complicaciones oculares que había padecido desde niña (9 de junio).
- ◆ Escribe cinco sonetos que dedica a su oculista, el doctor Albitos, en agradecimiento por «haber recobrado la vista». Sus títulos: «Al doctor Albitos», «Sombra», «Miedo», «Luz», «A la ciencia».
- ◆ Como integrante de una comisión que había conseguido formar en Pinto, recorre las calles de la localidad recaudando fondos para los damnificados por la epidemia de cólera que asola la huerta murciana (2-VII).

1886

- ◆ Ingresa en la masonería tras la ceremonia de iniciación que tiene lugar en la Logia Constante Alona de Alicante (15-II).
- ◆ Protagoniza una velada literaria en el teatro Principal de la capital alicantina (17-II).
- ◆ Asiste a diario a las sesiones del juicio que se sigue en relación con el caso conocido como «crimen del cura Galeote».

1887

- ◆ Su marido, de quien vive separada, se convierte en director de la sucursal del Banco de España en Guadalajara (2-I).
- ◆ En compañía de su criado Gabriel realiza durante varios meses un viaje a caballo por tierras de León, Asturias y Galicia.
- ◆ Participa en una velada literaria-musical en el casino de Lúcar (13-VIII).
- ◆ Es seguida por la Guardia Civil y posteriormente puesta a disposición del juez de Barco de Valdeorras con la acusación de conspiración (octubre).
- ◆ Viaja por Sierra Morena (noviembre).

1888

- ◆ Pronuncia la conferencia titulada «Los convencionalismos» en el Fomento de las Artes de Madrid (14-I).
- ◆ Muere en Baeza (Jaén) su tío Cristóbal de Acuña y Solís, XI Señor de la Torre de Valenzuela (29-I).

- ◆ En carta enviada a su presidente (Carlos de Lamo), acepta la presidencia de honor del Ateneo Familiar (31-III).
- ◆ En el Fomento de las Artes de Madrid pronuncia la conferencia que lleva por título «Consecuencias de la degeneración femenina» (21-IV).
- ◆ En su casa de Pinto tiene lugar una «fiesta del librepensamiento» en la que participan los miembros del Ateneo Familiar (27-V).
- ◆ Participa en la ceremonia de inauguración del Colegio del Gran Oriente Nacional de España ubicado en Getafe (24-VI).
- ◆ Pronuncia un discurso en el acto de instalación de la logia Hijas del Progreso.
- ◆ Publica *El crimen de la calle de Fuencarral*.

1889

- ◆ Se lee una carta discurso suya en la velada fúnebre organizada por el casino de Unión Republicana de Gijón en honor del general Villacampa (2-III).
- ◆ Carlos de Lamo Jiménez se convierte en su acompañante en un viaje de varios meses por Asturias y Galicia.
- ◆ Durante una visita a Gijón es agasajada por un grupo de simpatizantes.
- ◆ Su marido toma posesión de la dirección de la sucursal del Banco de España en Alicante (7-XI).
- ◆ Publica *La herencia de las fieras-Misterios de un granero*.

1890

- ◆ Su firma encabeza el escrito «La Logia 6 de abril del 88 al pueblo portugués», un manifiesto de apoyo al país vecino con ocasión del Ultimátum británico (8-III).

1891

- ◆ Estreno en el teatro Alhambra de Madrid de *El padre Juan* (3-IV). Al día siguiente la autoridad gubernativa prohíbe la continuidad de las representaciones.
- ◆ Su tío Antonio Acuña y Solís es nombrado gobernador de Salamanca (23-V).

1892

- ◆ Padece unas fiebres infecciosas que se agravan hasta producirle una caquexia palúdica que la sitúan al borde de la muerte.
- ◆ Publica en *El Herald* el cuento «La abeja desterrada» en cuya dedicatoria comenta que «está próxima a marchar por largo tiempo, quizás para siempre a orillas del Océano» (27-VI).



1893

- ◆ Carlos de Lamo concluye sus estudios de Derecho al superar los ejercicios del grado de licenciado (17-IV).
- ◆ Estrena *La voz de la patria* en el madrileño teatro Español (20-XII).

1895

- ◆ Fallece su tío el cardenal Francisco de Paula Benavides (30-III).
- ◆ Pasa una temporada en Oya, una pequeña localidad pontevedresa «al objeto de restablecer su quebrantada salud» (abril).

1898

- ◆ Se instala en Cueto en compañía de su madre y de Carlos de Lamo. Pone en marcha una granja avícola que no tardará en adquirir notoriedad.

1901

- ◆ Fallece en Alicante su marido Rafael de Laiglesia y Auset (16-I).
- ◆ El diario santanderino *El Cantábrico* publica varios artículos suyos sobre avicultura.

1902

- ◆ Le conceden una pensión de mil ciento veinticinco pesetas anuales como viuda del comandante de Laiglesia (21-I).
- ◆ Se publica en *El Cantábrico* su colección de artículos titulada «Conversaciones femeninas» (febrero-agosto).
- ◆ Pronuncia en el Centro Obrero de Santander una conferencia que lleva por título «La higiene en la familia obrera» (23-IV).
- ◆ Obtiene una Medalla de Plata en la Exposición Internacional Avicultura de Madrid (mayo).
- ◆ Se edita el volumen *Avicultura*, que recoge los artículos sobre este tema, y *La higiene en la familia obrera*, con el texto de la conferencia del mismo título.
- ◆ Su casera, al enterarse de su condición de masona y librepensadora, rescinde el contrato, por lo cual debe abandonar la finca que ocupaba en Cueto.
- ◆ Desde Santander envía a Fernando Lozano una carta de adhesión al Congreso Internacional de Librepensadores que se estaba celebrando en Ginebra (15-IX).

1903

- ◆ Reinicia su actividad como avicultora en otra finca situada también en Cueto.
- ◆ Reanuda su colaboración con *Heraldo de París* que dirige su amigo Luis Bonafoux.

1905

- ◆ Tras las pérdidas ocasionadas por el robo de varias decenas de aves decide abandonar Cueto e instalarse en Bezana (abril).
- ◆ Fallece su madre (19-VI).

1906

- ◆ Rinde homenaje a Pereda cuando el cortejo fúnebre pasa cerca de su casa en Bezana (marzo).

1907

- ◆ Firma en Santander su famoso testamento ológrafo (20-II).
- ◆ Asiste en Madrid al estreno del drama *Daniel*, de Joaquín Dicenta (7-III).

1908

- ◆ Reside discretamente durante seis meses en Gijón, «sin que nadie notase mi presencia».

1909

- ◆ Participa en la manifestación contra el gobierno de Maura que tiene lugar en las calles de Madrid (28-III).
- ◆ Compra un terreno en las afueras de Gijón donde construirá la vivienda en la que pasará los últimos años de su vida.
- ◆ Dirige los ensayos de su drama *La voz de la patria*, que se va a estrenar en el teatro Jovellanos de Gijón y que días antes se había representado en Lueca.
- ◆ Aprovechando su presencia en la ciudad, la prensa local publica una entrevista con la escritora, la única de la que tenemos constancia.
- ◆ Asiste al mitin contra el gobierno de Maura que se celebra en la plaza de toros de Gijón (24-X).

1910

- ◆ Participa en una manifestación por las calles gijonesas en apoyo de la llamada «Ley del Candado» (3-VII).

1911

- ◆ Recibe la visita de Joaquín Dicenta, con quien se desplaza a Santander (26-VIII).
- ◆ Pronuncia un discurso en la ceremonia de inauguración de la Escuela Neutra Graduada de Gijón (29-IX).

- ◆ *El Progreso* de Barcelona publica «La jarca de la Universidad» (22-XI). Comienzan las protestas de los estudiantes. La fiscalía presenta una demanda contra ella. La Audiencia de Barcelona dicta una orden de busca y captura.
- ◆ En compañía de Carlos de Lamo se instala en la población portuguesa de Valença do Minho.

1912

- ◆ El juzgado de instrucción del distrito del Hospital en Barcelona, dicta un auto de procesamiento contra la escritora por el artículo publicado en *El Progreso* (finales de enero).
- ◆ El diputado republicano Álvaro de Albornoz interpela al Gobierno en el Congreso sobre la situación de Rosario de Acuña. Argumenta que no puede decretarse su busca y captura «por un delito de calumnia contra una clase que no es del Estado» (febrero).
- ◆ Abandona Valença do Minho para dirigirse a Lisboa (marzo).
- ◆ Los masones gijoneses solicitan al Gran Oriente Español la realización de gestiones con el fin de conseguir su indulto (28-X).

1913

- ◆ La prensa informa de que su casa gijonesa ha sido objeto de apedreamientos en distintas ocasiones (31-III).
- ◆ La Sección Tercera de la Audiencia de Barcelona dispone que quede sin efecto la orden de busca y captura que pesa sobre ella por haber sido incluida en el indulto del 23 de enero (abril).
- ◆ A finales de este año o principios del siguiente regresa a Gijón.

1914

- ◆ La Juventud Socialista Gijonesa toma el acuerdo de invitarla a las ceremonias de celebración del Primero de Mayo.

1915

- ◆ Desde las páginas de *El Noroeste* reclama «la unión de las izquierdas» (19-XII).

1916

- ◆ Publica un encendido artículo con ocasión del Primero de Mayo.

1917

- ◆ En un artículo publicado en *El País*, Roberto Castrovido propone su candidatura para ocupar un asiento en la Academia.

- ◆ Asiste al mitin aliadófilo que se celebra en Madrid (27-V).
- ◆ Las fuerzas del orden realizan dos registros en su vivienda (24-VII y 22-VIII).

1918

- ◆ La revista *Los Aliados* de Madrid publica dos sonetos suyos en apoyo de quienes en las trincheras europeas «defienden el Progreso y la Justicia» (16-XI; 30-XI).

1919

- ◆ Apoya con su presencia en los mítines la campaña del candidato socialista Teodomiro Menéndez (1-VI).
- ◆ Pronuncia junto a Wenceslao Carrillo y Virginia González un discurso en el transcurso de un mitin celebrado en Turón (Asturias), con ocasión de la fundación de la Agrupación Femenina Socialista de la localidad (22-VI).

1920

- ◆ Recibe las mil pesetas con que está dotado el Premio Ayuso, instituido para galardonar a un escritor anticlerical.
- ◆ Varias sociedades de la localidad de Portugalete le rinden un homenaje en el transcurso del cual se puso en escena su drama «El padre Juan». Días después *El País* publica la carta de agradecimiento que la escritora envió a los organizadores.
- ◆ Escribe el cuento titulado *El País del Sol*.

1922

- ◆ Publica tres artículos en los cuales reclama justicia para los responsables de la muerte de miles de soldados en Marruecos, uniéndose así a la indignación que las filtraciones del Informe Picasso habían desatado en la opinión pública (7/9-XII).

1923

- ◆ Un texto suyo es incluido en el número extraordinario que *El Motín* dedica a José Nakens (1-I).
- ◆ El diario valenciano *El Pueblo* publica su artículo «Castañas asadas» (13-IV).
- ◆ En las páginas de *El Noroeste* aparece la que será su última publicación: un escrito de protesta contra los ejercicios de tiro que los soldados realizan en las inmediaciones de su vivienda (29-IV).
- ◆ Con motivo del Primero de Mayo los obreros gijoneses realizan una gira hasta su casa para testimoniarle su gratitud y respeto.
- ◆ Cinco días después fallece en El Cervigón (5-V).

## Selección de textos

### EDUCACIÓN

[...]

Hacedles arrodillar sumisos ante la belleza grandiosa del universo sensible; y que reconociéndose, no como árbitros de la Naturaleza sino como humildes servidores suyos, tiendan a comprenderla, amándola primero, ya que jamás la dominaron; y que en la comprensión de ella; en la sumisión a sus leyes incontrovertibles e inmutables, vean la única felicidad posible para el linaje humano, para esta familia de seres que poblamos la tierra, estación de los cielos, que arrastrando sus humanidades por los espacios sin fin, reúne las armonías de todos sus placeres y todos sus dolores, en una sola nota agregada al concierto de la pluralidad de mundos. Hacedles comprender la felicidad que dimana de procurar el bien a todas cuantas criaturas hallen en su camino; y si así contestáis a sus preguntas; si así despertáis sus sensaciones; si además les obligáis con dulce rectitud, a la sinceridad constante de decir cuanto sientan y piensen, ¿qué falta les hará entonces llevar al fondo de sus corazones otra religión ni otra moral?... ¡Ah! Sí; aún habrá quien proteste: necesitan la ternura de los santos, el consuelo de la oración en las grandes tormentas de la vida. ¡Madres!, responded aun depositando en el alma de vuestros hijos, con vuestro amor por ellos y vuestra bondad hacia todos los seres, su veneración hacia vosotras mientras viváis a su lado y su veneración hacia vuestro recuerdo cuando los dejéis en la tierra: haceros los santos y las oraciones de vuestra descendencia. « ¡Madre, madre!». Que esta frase sublime arrancándose del fondo de sus entrañas sintetice lo teológico de su religión. Y así ascenderá el mancebo la cuesta de su existencia, preparado a toda lucha, no con armas enroñadas por los viles manejos de hipócritas servidores del error, sino con los bien templados aceros de los sentimientos generosos y de las ideas levantadas; y así no vacilará en seguir caminando sin el terror a lo desconocido; y leyendo hoja por hoja en el sublime libro de la Naturaleza, se esforzará en traer la paz a la tierra, con la amistad incondicional de todos los hombres coaligados en contra de todas las tiranías... Vosotras, asociaciones fecundas en bienes, tenéis en vuestra mano el porvenir de la humanidad; no retrocedáis ante ningún sacrificio, porque seréis responsables en el tribunal de los siglos que han de venir de no haberles entregado una generación sabia, prudente, valerosa, dueña de sí misma, firme contra las sugerencias del vicio; despreciadora de toda idolatría; sintiendo en su alma una fe invencible: la fe en la Naturaleza; y en su corazón, un amor sublime: el amor a la ciencia; generación sobria, activa trabajadora, libre de la repugnante carcoma del

escepticismo y del enervador narcótico de la superstición; generación que no contraría la ley de la vida, que es ley de avance, de afirmación, de lucha, y de triunfo; ley que aun a pesar de toda ciencia, y apoyándose sobre ella, se cumple a través de los tiempos, que así como derribaron los mitos del paganismo derribarán las mistificaciones católicas.

[...]

«Escrito para ser leído en la velada conmemorativa  
del aniversario de la fundación de la Escuela Laica de Zaragoza»

*La Unión Democrática*, Alicante, 24-2-1886

\* \* \*

[...]

Es preciso que la niñez aprenda a conocer *motu proprio* cuanto a la naturaleza y a la agricultura se refiere y que lo aprenda *sintiendo* el acicate de la curiosidad; que estudie la Zoología y la Botánica sin bostezar de hastío e insuficiencia al verlas en el indigesto libro; que le sean asimilables estas ciencias al encontrarlas sin la terminología pedantesca. Que busque el hormiguero y se extasíe, tendido sobre el blando césped, al ver a esos maravillosos insectos ordenar sus rebaños de pulgones, sacar las cunitas de sus hijos al sol del mediodía, acometer a tribus débiles para esclavizarlas en servidumbre sumisa. Que siga a la oveja por los altozanos del monte y la vea, al asomo del peligro, palmotear sobre la tierra con su pezuña, avisando a sus compañeras; que le entienda el balido de dolor si olfatea el lobo, el balido de alegría si barrunta a su corderillo. Que escuche a los cuervos cuando, al amanecer, en las umbrías serranas, gritan, citándose unos a otros, para luego marchar en huestes hacia los cuatro vientos a buscar la pitanza. Que vea la labor de la abeja obrera, y conozca el régimen de la república autoritaria del colmenar que no quiere más que una reina, a la cual mata así que la considere inútil para su misión engendradora. Que observe las orugas procesionarias que cambian de árbol siguiéndose la una a la otra a través del pinar y, si se las corta bruscamente la ruta y se les deshace el rastro, empiezan a trazar círculos extensivos hasta que al fin dan con las huellas de la vanguardia y continúan su procesional marcha.

Que vaya a buscar, sobre las ásperas escolleras, la atmósfera saturada de sodio y del yodo del mar, y salte, sobre las rocas descubiertas al bajar la marea, hasta encontrar los charcos de agua recogida en las grietas y cavidades de los peñascos, esmaltados con las incrustaciones de los erizos, orlados por los diáfanos flecos de las anémonas. Que allí, extasiado ante aquellos océanos en miniatura, estudie el hábil y diminuto ermitaño, de formidable cabeza y blando cuerpo, buscando al caracol confiado, para sacarlo con sus pinzas de la concha, metiendo en ella la parte débil de su organismo y, así resguardado,

asomar la temible cabeza, pronta a coger el tenue pececillo; y que lo vea caer, preso e impotente, cogido por los flexibles látigos de las nacaradas anémonas que, como red delicada con hilos de purpúreo cristal tejida, envuelven y aprisionan al pobre ermitaño hasta sacarlo de la usurpada concha, devorándolo, con placer de sibaritas, después de amortajarlo con orlas gelatinosas. Que mire, entre las pequeñas algas festoneadas con tornasoles de esmeralda y zafiro, el cangrejo emboscado, con cautela de pirata, para coger al barbillo, que se desliza apaciblemente entre la floresta, sin imaginar que ésta oculta las pinzas del terrible carnívoro, que, a su vez, celado solapadamente por el insaciable pulpo, apenas tiene tiempo de saborear su presa cuando se siente cogido y aplastado por el tentáculo absorbente y desmenuzador que tritura su coraza y amasa en pastoso jugo sus entrañas... Que pregunte y conozca la causa de esta lucha sangrienta, que no tiene más límite que la armonía y el equilibrio de la potencia creadora de la vida.

Que se deleite viendo cómo se pliegan sobre sus ramillas las hojas de la acacia, así que la noche extiende su capuz, durmiéndose apaciblemente, hasta que las ráfagas de la aurora la bordean con perlas de rocío. Que mire las raíces de la hiedra trepar hacia la luz desde las grietas más sombrías. Que contemple los pistilos de las flores, sacudiendo su polen sobre las alas de las mariposas que, cual mensajeros de amor, lo llevan a otras flores lejanas...

Y cuando todo este torrente de vidas que cruza palpitante la tierra y se extiende desde el liquen microscópico que afianza su raicilla en el duro granito, hasta el águila real que gira soberana por el espacio azul; cuando todo ese universo animal y vegetal haya entreabierto sus decálogos ante las curiosidades infantiles, que nuestros niños escuchen, de labios de sus madres, con ellas vivientes en medio de los campos, la necesidad de amar a ese mundo, la necesidad de respetarlo, de estudiarlo, de comprenderlo, para que la inteligencia se eleve en poder y el corazón se afine en ternuras.

Y cuando ya nuestra niñez regenerada comience a sentir las grandes energías, los grandes deberes; cuando la pubertad, primavera sublime del hombre, extienda sus brisas sobre estos niños nutridos con todas las purezas y vigores de los campos, el genio de nuestra raza íbera, despertando del ensueño melancólico en que yace agobiado por las futilidades de nuestro existir, irradiará en la frente de estas juventudes robustas para dotarlas de aquella indómita energía, de aquella inteligencia poderosa que, durante siglos enteros, pobló el mundo de héroes y la humanidad de sabios.

«Conversaciones femeninas. La infancia»

*El Cantábrico*, Santander, 21-4-1902

[...]

En el orden del valor humano los *buenos* deben pasar delante de los *sabios*, porque si bien es posible que la bondad, con todas sus atribuciones, exista sin la sabiduría, es absolutamente imposible que la sabiduría, si ha de cumplir su misión de impulsadota de la Humanidad, exista sin la bondad. Pues la bondad (que es una ampliación de todos nuestros pensamientos y voliciones generosas, que se extiende fuera de nosotros mismos para beneficio de nuestros semejantes), si la bondad puede actuar con los elementos de una inteligencia corta y de una ilustración escasa, la sabiduría no puede realizar su destino sin valerse de la generosidad y de la condescendencia más intensas. Y por esto repito que, en el orden de las capacidades, el ser capaz de bondad debe estar siempre más considerado que el ser capaz de sabiduría; y he aquí la responsabilidad tremenda de las madres humanas que se olvidan de que la vida, al ofrecerlas en la criatura infantil un bosquejo del hombre, espera de ellas la consagración de su destino progresivo, que es alcanzar el supremo grado de bondad, sinónimo, en concepto absoluto, de la suprema sabiduría!

Sin embargo, la mujer, con raras excepciones, ansía, sobre todo, hacer de los hijos entidades sabias. Que el hijo brille por la sabiduría (¡quien sabe si en esto se esconde el refinado egoísmo de suponer que el hijo, por serlo suyo, no puede menos de ser bueno!). Que el hijo adquiera socialmente categoría de sabio, las más de las veces sin pararse a elegir en estas categorías la del oro o la del cobre (casi siempre le son iguales si brillan) ¿Será posible que se den cuenta de tal error a que las conduce el amor materno?

El hombre y la mujer *buenos*: he ahí el ideal de toda la filosofía humana; el ideal de todo régimen social, de todo propósito científico, de toda voluntad racional, del esfuerzo entero de la Humanidad pasada y presente; la criatura humana buena en gradación ascendente, desde el equilibrio perfecto en la organización física hasta la suprema actividad moral de la conciencia.

¡Cuán fácil y hacedero sería el estado social, hoy tenido por utópico, si cada individuo estuviese regido por las leyes de la sanidad física y psíquica! ¡Qué pronto, faltas de base, se disiparían en un nirvana absoluto, leyes, códigos, autoridades, privilegios, tiranías, dominios, injusticias y dolores, si se llegase a formar una inmensa mayoría de individualidades, cuya bondad, trascendiendo a toda relación social, familiar y humana, hiciese de la salud, de la verdad, de la razón, los únicos nortes de la existencia! ¡Cuán pronto la Humanidad llegaría a esa meta de paz y de ventura, que hoy apenas se vislumbra a través de las luchas feroces que emprenden las pasiones sombrías!

Guiemos a la niñez y a la juventud por el camino de la bondad. Cuando en sus almas hayan germinado todas las condescendencias y las generosidades; cuando hayan



comprendido toda la grandeza de la creación, midiendo el modesto lugar de toda sabiduría que busca sinceramente la verdad; cuando sepan aquilatar los conocimientos humanos en su valor relativo, puesto que toda la ciencia acumulada de los hombres apenas ha logrado desdoblarse una página del gran libro del Universo; cuando, modestos y tranquilos, ansíen saber para otorgar a sus semejantes un beneficio, una virtud, una verdad; dejémosles expedito el camino de la ciencia, seguras de que, por muy altas que asciendan las individualidades sabias, no serán pérdidas para el progreso y la civilización de la especie, pues ellas condensarán los principios que constituyen el perfeccionamiento humano, que son la bondad y la sabiduría.

«Conversaciones femeninas. Buenos y sabios»

*El Cantábrico*, Santander, 12-5-1902

\* \* \*

[...]

La escuela neutra deslinda el campo de las creencias; a un lado todos los que moldean y sistematizan la divinidad; del otro lado la ciencia donde las almas que pueden ver y oír encontrarán fácilmente a su Dios. Esta escuela, por lo tanto, no es atea, coloca al hombre en el camino de la fe: el estudio de las leyes de la naturaleza es una oración clarividente al Sumo Hacedor. Conocer a Dios en su ser nos es imposible, admirarlo en sus obras es la obligación de toda alma racional y ¿qué es si no una admiración profunda y avasalladora el conocimiento de las leyes que rigen la Tierra y la vida, el cuerpo y el alma? Yo, por mí, sé decirlos que, cuando en los linderos de mi niñez, asomé mis ojos a un anteojo en el observatorio astronómico de París y vi pasar ante mi vista el planeta Venus en su plenilunio, con sus polos brillantes, y su ecuador ceñido de plateadas nubes, fue tal mi emoción de amor al creador de tan hermoso astro, que mis pupilas se anegaron de lágrimas y se grabó en mi mente la firme creencia en su existir y su poder. Y cuando, en otra ocasión, estudiando la vida de los insectos vi, en el microscopio, el tenue embrión de un huevo de hormiga, me arrodillé fervorosamente enviando al autor de tal maravilla la más incondicional sumisión... ¡Este es el ateísmo de la escuela neutra! Ella le dice al niño: «Mira, oye, observa, estudia y deduce».

La química y la física al descomponer y componer ante su vista todos los elementos de los cuerpos, al descubrirle sus energías pesándolas y midiéndolas, al enseñarle todas sus transformaciones y propiedades, le hacen tener conciencia de la soberanía de su entendimiento, obligándolo a mayor responsabilidad en sus acciones. La fisiología y la higiene, escarpando músculos y nervios, analizando vísceras, exponiendo la maravillosa organización de los seres y dándole reglas invariables para la conservación de

la vida y la salud, hacen volar su imaginación hacia el maravilloso artífice engarzador de tantas filigranas.

La astronomía y la geología, las dos ciencias madres de la razón del hombre, abren ante el niño páginas sublimes, que, al descubrirle en el cielo miríadas de mundos, al señalarle en el planeta miríadas de siglos y transformaciones, al hacerle ver la similitud de las leyes que rigen los astros y la Tierra, inician en su inteligencia el concepto de entidad. alma única, eterna e infinita, de la creación.

La geografía y la historia, al hacerle sentir bajo sus pies las realidades de su morada y al llevar su razón a los primeros pasos de la especie, lo colocan en aptitud de caminar sereno por entre dolores y placeres, con esa fortaleza y serenidad que nos da el conocimiento de nuestra insignificancia individual ante la muchedumbre de pueblos y la multiplicidad de siglos.

La historia natural, al exponer a su contemplación ese hermoso mundo de las plantas y los animales, que ha sido en la Tierra el precursor de nuestra fuerza, de nuestra agilidad, de nuestras costumbres, mundo admirable de bellezas, que nos acompaña, nos sirve, nos viste y alimenta, se nos somete y nos descansa, nos sigue y a veces nos flagela, acaso para hacernos salir pronto de sus límites; ese mundo que nos demanda respeto y ternura, facultades necesarias en el alma de los niños para que la sombra de la garra que aún fluctúa en ellas se cambie en caudales angélicos...

La agricultura, esa ciencia de agónico vivir en la patria, que existe en la mayoría de nuestros campos con una rutina prehistórica, al presentársele al niño en la escuela neutra, coloca enfrente de él uno de los problemas más transcendentales de su futura vida, puesto que sin agricultura científica, racional, ilustrada, amada y enaltecida, jamás la civilización florecerá en nuestro pueblo, jamás el alma española sentirá la fe en el trabajo, en la fraternidad y en la democracia.

La moral universal, enseñada al niño, es una derivación de todas las ciencias exactas, una condensación que los sabios y los buenos de todas las razas y de todos los siglos han hecho de la justicia, de la verdad y de la belleza, para dotar con ella la especie humana; es una flor espléndida nacida en los vergeles de la sabiduría y de la virtud, de pétalos multicolores que se yergue en los campos de la civilización para extender su perfume celeste a través de los mares y de los continentes llevando, de raza en raza, el polen fecundo del amor fraternal. Del conocimiento de la moral universal nacerá en el corazón de los niños la raigambre de todas las tolerancias, de todas las misericordias, de todos los altruismos...

[...]

¡Quién osa calificar de atea esta enseñanza de la escuela neutra! ¿Qué templo puede compararse a esa iniciación de Dios que se le ofrece al niño al abrir, ante su instinto investigador, las páginas de la Creación?

¡La enseñanza de las ciencias positivas no son embolismos creados por las mentes de hombres enfermos de atavismo que, evocando las edades viejas, se postran ante el rayo, divinizan el tronco o la piedra suponiéndoles poderes sobrehumanos y ponen en la boca de los muertos la moneda y el signo cabalístico para que pasen, libres de tributos, al recinto de la gloria. La enseñanza de las ciencias positivas no radica ni se sustenta en las palabras de los hombres, manera pueril de inculcar la fe muy usual en España, donde todavía se siente el horror a la *funesta manía de pensar*, única *manía* que emancipará el rebaño humano de las dentelladas del lobo.

[...]

«El ateísmo en las escuelas neutras»

*El Noroeste*, Gijón, 2/3-10-1911

[...]

Mi vieja vida de larga experiencia ha tenido ocasión de acercarse y observar a muchas madres de la especie humana. Casi ninguna de las que conocí y traté en esta España –llena de anormales, descentrados, caducos y delirantes– sabía aplicar al cuidado de sus hijos en mantillas aquellas maravillas de conocimiento que en sus almas RACIONALES debían sustituir a las maravillas del instinto animal.

En unos sitios vi dar a niños de tres meses sopas hechas con chorizo, y al preguntarles yo con tono de admiración: «Pero ¿cómo le da usted al niño eso?», me contestaban: «No es chorizo picante.» Como si solo con no ser picante el chorizo bastara para no ser dañoso. Es más: he visto cómo atascaban la boquita de otros niños con galletas mojadas en vino, que ellos retiraban con un gesto de asco; pero el empeño de la madre lograba que la cuchara homicida entrase en la boca para embucharle la ración [...] A otros he visto darles castañas, almejas y percebes [...]

Es posible que la madre humana haya perdido el instinto animal: lo comprendo, y aunque no lo comprendiera, lo creo porque lo he visto. Pero ¿y el entendimiento? ¿Por qué no lo adquirió la madre racional? ¿Qué es preciso para que la madre racional tenga entendimiento? ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo se logrará desarrollar en la naturaleza de estas madres ese quid divino que hace a la mona y a la gallina apartar al hijo del alimento inadecuado?

[...]

«Ni instinto ni entendimiento»,

Texto incluido en la obra de Luis Huerta *Eugénica*.

Valencia: Talleres tipográficos La Gutemberg, 1927 (2ª ed.), pp. 51-57

\* \* \*

[...]

...si es cierto eso de que una juventud (¡ay, si fuera de «machos» y de «hembras»!), cual escuadrón serafinesco de esa trinidad, comienza ya a sentirse abnegada, generosa, entusiasta, activa, leal y racional (como debe ser toda juventud normal, veladora de que la estirpe española no regrese, en vertiginosa caída hasta dar en las jaulas de los micos, sirviendo de chacota a las *nurses* y «bebés» europeos); si es verdad que una corriente seleccionada comienza a circular sobre «nuestras juventudes», haciéndoles sentir la necesidad de alzarse del légamo de la insania hacia elementos de salud, aun a trueque de cambiar por la esperanza de vivir la disgregación de la muerte, que vale más la muerte por alcanzar la perfección que gozar la vida en cubil de bestias...; si al unísono de la marcha que la especie humana sigue, con esfuerzos titánicos, para librarse definitivamente de sus restos de animalidad, nuestras juventudes regulan el paso y empiezan a derribar chirimbolos apolillados, a pulverizar nidos de lechuzas, madrigueras de ratas, rinconadas de sucios bichos, propulsores de pestes, agazapados en todos los escondrijos de la patria; si es cierto y «posible» que esas juventudes, tan deseadas y esperadas por cuantos miraron con inteligencia y amor los destinos de España, están ya con los puños cerrados y los brazos en alto próximas a ejercer de Themis implacable, en el sumarísimo juicio a que la vida, la razón y la historia nos están llamando...; si están conscientemente resueltas a raer las roñas de la Inquisición que, ¡todavía!, procrea legiones microbianas de su puerca estirpe sobre nuestro desventurado Estado español, ¡pobre mosca sin alas y con las patas rotas, envuelta en las tenebrosas telarañas frailescas, monjiles, «vaticanoloyolescas» y «beatificoaustriacas»! Si al fin se revuelven las juventudes [...] a la gigante reconquista de España, volviéndola al estado de civilidad racional que tuvo en tiempos asaz remotos, emancipándola de tutelas místicas, idiotas, simples, mercantilistas, crueles, faranduleras y fanáticas...

[...]

«Ensueño senil»,  
*El País*, Madrid, 27-8-1918

## ESPAÑA

[...]

El aspecto general de estas ruinas es la imagen del general aspecto de las clases privilegiadas en la época presente. Por fuera aún están *derechitas*; desde lejos parecen *algo*. Cuando se las ve entre los relumbrones de sus preseas, acicaladas, compuestas, retocadas, llenas de blasones y penachos, tienen una severidad de líneas que impone. Cuando se las contempla en sus salones, –dorados, brillantes, llenos de las chucherías nimias del arte moderno, y de las suntuosidades pretenciosas del arte antiguo, y se las ve culebreando con esas monerías de la ilustración *a patrón* –perfilada, relamida, rutinaria, con ribetes de naturalismo, pero siempre falsa y vana, lo mismo cuando denigra que cuando enaltece–, entonces, cuando se las ve así, con estos prestigios de *forma* que conservan maravillosamente, –transmitidos, si no por la sangre, por la educación que dan a su progenie–, parece que aún son *algo* y los ojos que no miran sino el exterior aún se deslumbran ante la aparatosa prosopopeya de estas ruinas. Pero así que se mira adentro, están como los torreones de sus castillos, llenas de maleza y de escombros; sin derechos más que para el aparato, sin distinguos más que entre los vanidosos, esconden debajo de los rimbombantes escudos el moho de cien y cien generaciones hundidas, por las garras de todos los vicios, en las bajezas de lo inútil y de lo despreciable.

[...]

«Las ruinas de un castillo feudal»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 12-11-1887

Muchas plazas de toros donde chilla  
muchedumbre de brutos sanguinarios,  
juventud de maricas o sectarios;  
infancia que en pedreas acribilla.

Taifa que vive bien de lo que pilla;  
los que mandan, legión de rutinarios;  
turba de jesuitas y falsarios  
que envuelta en oro deslumbrante brilla.

La envidia en trono; el ocio a sus anchuras;  
tribus de prostitutas y de ratas;  
hambre, ignorancia, piojos, salvajismo;

fango en las cumbres, cieno en las honduras;  
muchos frailes, mendigos y beatas...  
¡Así camina España hacia el abismo!

«España a fines de siglo» (1900)

*Heraldo de París*, 8-12-1900

\* \* \*

[...]

¡Y tú, Trabajo bendito! ¡Genio divino que por voluntad omnipotente riges los destinos de nuestro planeta, vertiendo la miel de la dicha sobre las hieles de todos los dolores humanos! ¡Por ti solamente pudo librarse la especie racional de los instintos crueles de fiera! ¡Tú eres el salvador del hombre, porque sin ti nuestra frágil naturaleza jamás hubiera subyugado las enormes fuerzas de la Naturaleza terrenal!

¡Bendito seas mil veces, Trabajo redentor! ¡En todas nuestras tribulaciones enciende en nuestros pechos el foco de llama divina, y que jamás, ¡jamás!, nos encuentren cansados tus mandatos! ¡Que a todas las horas del día y de la noche tu voz nos halle listos y alegres para la faena, porque las almas que te rinden culto amoroso, las que no huyen nunca de tu yugo bendito, llevan en sus hombros el sagrado tesoro de la felicidad, astro diamantino que, en el remoto porvenir de la vida, regirá la existencia de los hombres! ¡Feliz mil veces quien no tiene más aspiraciones que cumplir tus preceptos y vivir y morir en tu regazo!

«Hacerse rico para no trabajar»: esta máxima de nuestro pueblo produce sus efectos en dos órdenes de ideas. Primero: nuestra masa popular desprecia toda clase de ocupación que le haga rico. Segundo: nuestro pueblo no llama rico al que trabaja. De estos dos modos de ser se conforma la vida española y ¡así estamos de lucidos! Por todas partes y de todos modos se busca la fortuna rápida y grande. Los medios para conseguirla importan poco. La fortuna es la holganza y, para lograrla, se echan los bofes, física y moralmente hablando. De aquí esa emigración endémica de nuestro pueblo, emigración que no lleva nuestras grandezas a otras regiones, ni trae otras grandezas a nuestra patria; emigración que va a ejercer de bestia en otros países con las esperanza de hacer fortuna. ¡Cuántos mueren con el fardo a la espalda soñando con volver a su tierra hechos *indianos*! De este dogma de *hacerse rico* surge esa inmoralidad administrativa que nos roe como cáncer asqueroso y que, cuando no puede por el chanchullo coger un millón, se conforma con cinco duros o una fanega de garbanzos. Porque en las almas de los hombres, una vez perdida la virginidad de la moral,

caben todas las prostituciones. De este dogma de *hacerse rico* surge, en las últimas gradaciones de nuestras desdichas, nuestro pueblo rural, ignorante, rutinario, fatalista, el cual se desprecia a sí mismo al verse sujeto al terruño y a un trabajo constante y, según él, improductivo, que jamás lo saca de pobre. De aquí el atraso de nuestra agricultura y de todas sus derivadas industrias rurales; de aquí el refrán repetido en toda la Península por nuestro pueblo campesino: «Ave de pico no te hará rico». Como se ve, hasta el fondo de la vida rural descende el deseo feroz, insano y anticristiano que rige y gobierna nuestras multitudes.

[...]

¿Será posible que nuestra masa popular reflexione alguna vez sobre lo que positivamente le conviene? Lo dudo mucho, porque desde las alturas bajan las corrientes que la corrompen. Si alguna esperanza hay de que despierte del sopor de muerte que la invade, esa esperanza radica solo en estas vertientes pirenaicas, desde cabo Ortegal hasta cabo Higueras: las razas que habitan estos valles y estas sierras son de lo más puro que existe en la Península; el suelo mismo del cual se nutren ejerce sobre ellas misión redentora; todavía, a través de sus embrutecimientos; a pesar de su alcoholismo, casi crónico, se ve flamear en estos pueblos el destello bravío, sobrio y activo de los indómitos celtíberos. Si en el seno de esta raza logran prender las enseñanzas de las ciencias positivas, acaso la reconquista para la razón y el progreso del país íbero volviera a verificarse partiendo de las selváticas umbrías de las montañas cántabras...¡Esperemos!

«Avicultura popular»

*El Cantábrico*, Santander, 4-7-1901

\* \* \*

[...]

¡Ay, amigo Bonafoux, qué pena haber nacido en España!, ¡qué pena morir en ella! ¡Esto es horrible! ¿Cuándo sonará la hora de la justicia para todos los que, en el Estado Mayor o entre los bagajes del ejército intelectual, caminamos hacia la finalidad humana, hacia el libre y soberano dominio sobre la propia conciencia? Aquí no se puede ser nada, ni sabio, ni bueno, ni genial, ni culto, ni útil, ni feliz, si no se mete uno en el redil católico, apostólico, romano, *ibérico*. Porque el caso es que ya no nos basta con ser *romanos*: hay otro catolicismo más fino (heredero directo de Torquemada), que es el ibérico, el español, el patrio, éste que ya no le deja a usted vivir, ni morir, si no envolviéndolo, como una ciruela pasa, en estampitas de San Expedito o del sagrado corazón. ¡Qué va a ser de nosotros!, ¡Dios eterno!, cuando esta legión de frailes sin cerquillo y monjas sin

hábito que forman la nación española, no se detiene ya ni ante la respetabilidad de un hombre como Linares, que tuvo a gala (y por causa de su filosofía) hacer alarde de una tolerancia quintaesenciada. ¡Cuarenta días ha durado la dolencia del sabio muerto!, y sería cosa de escribir un tomo con lo que se ha maquinado en este tiempo para lograr *cogerlo*. Mal o bien convencido, el caso es que fuera allí, a su paraíso, a ese paraíso imbécil donde toda la felicidad se reduce a chuparse el dedo en estática contemplación... ¡Dios de Dios!...

[...]

«Linares y el clero santanderino»

*Heraldo de París*, 27-5-1904

\* \* \*

[...]

No hay, en la redondez del planeta, rincón alguno donde la naturaleza haya vertido con más generosidad sus fecundantes dones que en este riñón rocoso desprendido del Atlas africano, desgajado de la sumergida Atlántida, que avanza hacia el gran océano como graciosa perla colgante de la diadema europea.

[...]

Todavía la naturaleza, pródiga con este rincón florido de España, la quiso dotar con inestimables preesas al henchir las entrañas de sus cordilleras con metales preciosos y depósitos inmensos de carboníferas masas, por entre las que corren regueros de aguas minerales cual ninguna región del mundo las posee; y aún le entrega su más preciado beso de amor haciendo fluir hacia ella las tibias ondas de la corriente ecuatorial del golfo mejicano; río cálido que atraviesa el océano y, bañando las Islas Afortunadas, ricas perlas de la corona española, lanza sus aguas al noroeste peninsular, dejando en las ensenadas de nuestras riberas septentrionales el torrente creador de todas las especies marinas, que las convierten en las pesquerías más apreciadas; extendiendo al mismo tiempo sus tibiezas como edredón mágico por nuestro norte, transformado en la comarca más suave y fecunda de Europa.

No lloremos por este pobre presente, al parecer sombrío; en nosotros se encierran virtualidades de resistencia capaces de un renacimiento maravilloso. Esta disgregación que sufre nuestro linaje, esta desviación de todo progreso y solidaridad que nos aqueja, es el contragolpe de mil años de luchas y heroísmos; el germen de nuestra definida personalidad latina late poderoso en el corazón de nuestro pueblo. Sobre todo pantano infecto el rodar de los días trae abrasadoras ráfagas que lo desecan y sanear. ¡Qué de riquezas brotan entonces en el fondo de aquel légamo! ¡Qué de gérmenes



vigorosos arraigan en la despreciada ciénaga! ¡Qué transcurra un siglo y una floresta exuberante de hermosuras, aromas y frutos será el manto preciado que cubra, para siempre, el antiguo fangal! Bajo el cieno de nuestra superficie nacional, el alma íbera esparce potentes semillas. Que el viento abrasador de las revoluciones sople en la superficie del pantano, secando el detritus de nuestros cansancios. Que se abrasen las zonas pestíferas, donde todos los degenerados de la patria bullen y triunfan, y los gérmenes de nuestra raza, arraigados en el légamo, libres, por los vientos de libertad, de la estancada linfa, se extenderán de nuevo poblando la patria con las florestas hermosas, perfumadas y fecundas del progreso.

Nada importa que las merodeadoras razas septentrionales intenten poseernos, ellas serán las poseídas. Cuanto más enteras, metodizadas, previsoras y frías vengan a nosotros, con más impetuosidad serán dominadas por las corrientes de nuestra sangre latina, y cuando estén más seguras de habernos conquistado, el genio español, desplegando rápidamente sus alas de alondra inmortal, se alzarán de los surcos de su decadencia para llenar el mundo con los ecos de su canto triunfante, ebrio de amor y de espiritualismos.

Dejémonos seducir por los enamorados que atrae la belleza de nuestro solar; nos hace falta beber en la copa del septentrión las heces de sus egoísmos. Estamos necesitados de amargos revulsivos que encrespen en nuestra sangre todas las mieles de que nos dotó la naturaleza. Esperemos serenos al invasor, sea el que fuere; venga como quiera, que en nuestro lecho de flores, bajo nuestro radioso cielo, aspirando las brisas de nuestros fecundos mares, se dormirá conquistador para despertarse vencido, y España, *la bien amada del sol y del mar, los dos colosos engendradores de la vida*, volverá a colocarse en la vanguardia humana llevando al templo de la inmortalidad la gloriosa enseña de su estirpe latina.

«España (Estudio de España hecho para América)» (1907)

*El país del sol*. Barcelona: Editorial Cooperativa Obrera, 1930

\* \* \*

[...]

La ciencia lo dispone: hay que desentumecerse, tonificarse; hay que dar al organismo vigor, resistencia, inmunidad al dolor, la fatiga y las crudezas atmosféricas; hay que equilibrar el alma con el cuerpo por medio del salto, el encogimiento, la distensión, las subidas y las bajadas, la carrera, la pirueta y las casi inverosímiles contorsiones a que obligan todos los juegos enumerados, añadidos a la equitación, la natación, el baile, el

patinaje y demás *sports* a que se dedican fervorosamente las juventudes masculinas y femeninas de la burguesía.

Perfectamente; no hay fin más sublime, alto, religioso y racional que hacer del ser humano una criatura fuertemente dispuesta a todas las vicisitudes por que ha de pasar en el planeta, dándole un largo, saludable y útil vivir...

Mas siempre que he visto las cuadrillas de señoritos y señoritas entregados a las delicias de estos quehaceres del deporte, no he podido menos de pensar lo bien que se equilibrarían las fuerzas de toda la humanidad si estas agrupaciones de entretenidos para bien suyo se dedicaran a otros similares entretenimientos, no solo para bien suyo, sino también para bien ajeno.

Si a las clases burguesas les sobra mentalidad y les faltan músculos, a las clases proletarias les sobran músculos y les falta mentalidad.

[...]

¿Dónde hay jugada, de ninguna clase de juego, que vigore los músculos y descargue de fuerza mental como coger un pico de minero y ponerse boca arriba en un socavón a desconchar una veta? Pues, ¿y la elasticidad, la gracia y la fuerza que da al organismo femenino empujar una vagoneta por las galerías o cargar sobre la cabeza un cesto de mineral? [...] ¿Y dónde se queda la fuerza medular que se adquiere al estarse ocho o nueve horas en equilibrio, doblando el cuerpo por los riñones, cuando se coge la hoz del segador para derribar las mieses? ¿Y atar las rubias espigas en haces y trincarlas luego en alto para subirlos a la triunfal carreta?

Y a todo esto, ¡venga sudar y sudar y, sin depurativos ni Archenas, dar salida a todas las podres con que suele estar mezclada la sangre de los hartos! Pues ¿y subir y bajar por los andamios de un edificio en construcción y acoplar con argamasa un sillar pendiente de las tenazas de la grúa?... ¡Me río yo de todos los alpinismos ante la firmeza de músculos y la serenidad del mirar a que obliga cualquier obra de albañilería!...

Y ¡menuda felicidad para la trabajadora gente si al empezar la tarea se presentase la cuadrilla deportista diciéndoles!: «Vayan, hermanos nuestros, a descansar a casa por una semana...»

[...]

Y no digo nada cuando una pandilla de damiselas se decida, en una buena mañana de diciembre, a entrar en los lavaderos y, muy bonitamente, riéndose a carcajadas al mirarse los dedos engarabitados por el frío, mandar a sus casas a todas las lavanderas, donde tan bien aprovecharían las pobres proletarias el tiempo remendando las ropas de sus hombres o de sus rapaces, ínterin las esbeltas deportistas paleaban sábanas, calzoncillos y refajos, torciéndolos, tendiéndolos y luego recogiendo en sacos que, muy gallardamente, podían ellas mismas llevar a las casas de las parroquias, que, en muchas casas, serían sus propias casas.

Con todas estas maneras de dedicarse al *sport*, se conseguiría, además de vigorizar el cuerpo útilmente, cristianamente y racionalmente, una inestimable ventaja; ir acostumbándose a ciertas faenas, porque estas juventudes, o las que sigan, tendrán que realizar estos trabajos u otros semejantes.

[...]

«Los deportes del porvenir»

*Acción Socialista*, Madrid, 5-12-1915

\* \* \*

[...]

En casi todas estas expediciones fui a caballo, pues mientras pude siempre tuve en mi cuadra dos de estos nobles brutos, que procuraba fuesen fuertes y mansos, y que siempre eran cuidados por mis propias manos, con lo que conseguía que de tal manera se identificasen conmigo que, en más de una ocasión, su *fidelidad* y su *cariño* hacia mí me salvaron de graves lances; cuando mermó mi hacienda, *desmonté* e hice a pie otras expediciones. Con un escaso equipaje a la grupa y un viejo y fiel criado, obediente y respetuoso –sin lo cual no concibo tener criados– de acompañante y, más tarde, con un amigo abnegado y también respetuoso, salía de Madrid a caballo a primeros de mayo y volvía a Madrid a fin de noviembre. Entonces vivía en mi finca campestre de Pinto. En jornadas de seis a ocho leguas, todos los años recorría una parte de España; así lo hice durante once años.

¿Sabré lo que es mi Patria? ¿La habré estudiado y entendido durmiendo en sus mesones, en sus casas rurales de aldeas, míseras o en sus fondas de *tono* de sus villas? (Toro, Tordesillas, Infiesto, Pas, Lerma, etcétera) ¿Conoceré bien a mis compatriotas de todas clases y cataduras, desde los originales pastores pasiegos, en cuyas cabañas trasnoché muchas veces, estudiándolos atentamente como a fuegueses (habitantes de la tierra del Fuego) o como a los *Primitivos* de Reclús; hasta los *benaventinos*, posaderos de Castilla, con sus aires de bonachones y sus listuras de pícaros; desde las dulces, amorosas y trabajadoras hembras gallegas, todas, altas y bajas (salvo excepciones), atrailladas por el señor abad; hasta las pizpiretas camareras de las ciudades, más interesadas, como buenas hijas de la ignorancia y el vicio que corroe a la mayor parte de nuestro pueblo...

Pues bien, yo que he visto, conocido, aprendido, admirado, entendido esta tierra, cuyo terruño es el más rico, sano, fértil, hermoso y útil de todos los terruños de Europa; el más soberbiamente dispuesto para hacer la felicidad de una raza, le diría *adiós* para siempre, con alegría tan honda como es posible sentirla.

Porque esta tierra, que tiene todo esto, tan incomparable, está gran parte poblada por unos seres totalmente catequizados, sugestionados por todas las fuerzas elementales de represión, de anulación, de disgregación y de embrutecimiento, fuerzas reaccionarias que tiran hacia atrás en dirección contraria a toda selección de progreso y perfeccionamiento; fuerzas atávicas en las que renace el espíritu inquisitorial, cruel, sanguinario, de tiempos pasados; fuerzas que son cama caliente de las castas, es decir, de hombres que por la *violencia* y el *castigo* se erigen a sí mismos en superiores a los demás hombres; y cuando en una raza, nación, tribu o familia se clava la garra de la *casta*, sea sacerdotal, científica, capitalista o militar, aquella agrupación de seres humanos que se dejan clavar la garra, está irremisiblemente condenada a desaparecer de entre los seres racionales y quedan todos sus valores deshechos entre las tiranías y las brutalidades.

[...]

«El paisaje y el hombre. Carta abierta»,  
*El Noroeste*, Gijón, 29-1-1917

## LIBREPENSAMIENTO

Caminabas con la impaciencia del genio y el afán de la sabiduría. ¿Cuál fue tu delito? Nacer con un cerebro privilegiado, dispuesto a emitir torrentes de luz en el seno de otro siglo que el tuyo. Tu alma era de nosotros, de los hijos de la revolución del noventa y tres, y por eso tu cuerpo se consumió en las llamas que avivan los hijos del pontificado y de la feroz teocracia.

Nostalgia del porvenir era la intranquilidad con que marchabas sobre la tierra; no hablemos de tus doctrinas, de tus ideales; fueren los que fueren, tu corona más inmarcesible es la de mártir de la libertad del pensamiento. De tus cenizas aventadas fueron rebrotando en nuestro mundo los hombres pensadores, esa falange que, creciendo de hora en hora, arremolinó a los esbirros inquisitoriales, sumiendo en la impotencia su cruel tribunal y dejándolos reducidos a la misión de aulladores, factibles de comprarse con el oro, como esas desmelenadas lloronas de los entierros asiáticos. Sed de libertad era lo que tu alma sentía, y la buscaba de pueblo en pueblo, de nación en nación; hubieras nacido entre nosotros y tu palabra vibrante, enérgica, severa, sentida, hubiera sido el ornato de las asambleas republicanas. ¡Pero entonces! ¡Imposible! Entonces la Europa se estremecía bajo la pesadumbre de los césares pontificios; el Espíritu Santo,

al descender sobre la cátedra apostólica, se identificaba con la personalidad papal, y era lúbrico, sanguinario, avaricioso o cismático, según era de lujurioso, cruel, ambicioso o soberbio el rey de Roma; a sus pasiones servidas por la divinidad nada se resistía, porque las piedras angulares de sus poderosos baluartes eran las legiones de un pueblo embrutecido, ignorante, halagado en sus instintos crueles, y de una nobleza turbulenta, ensoberbecida por el privilegio y llena de tesoros por la rapiña. En medio de esa atmósfera turbia y pesada, donde el crimen se refugiaba tras el blasón y la estupidez sanguinaria se escondía en el fondo de las chozas, ¡cómo había de librarse de las llamas una personalidad tan definida y tan gigante como la tuya!...

[...]

«A Giordano Bruno»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 17-2-1885

[...]

Desde la hora en que hice pública mi profesión de fe (no por lo que valiesen ni la profesión ni yo, sino por la calidad de los enemigos a quienes combatía), me supuse ser objeto, o blanco, de malas artes, y serena, y resignadamente, espero, a la vuelta de cualquier esquina, una caricia vibrátil de esas lenguas de acero, tan admirablemente manejadas por la traición... ¡Todo sea por Dios! Si tengo tiempo, pediré el perdón de los que me hieran, con la mejor voluntad del mundo; si me curo, recogeré en la convalecencia datos para una obra de importancia sobre la fe católica; y si caigo sin apelación, ya no tendré nada que esperar, y entraré en las realidades de mi alma; pero de todos modos las consecuencias serían las mismas. Armarían tal revolina los librepensadores (y cuenta que hay ya muchos), que levantando mi humildísimo nombre a la categoría del de los mártires, harían de mi desaparición de entre los vivos una apoteosis de sus ideales, hasta el punto de que, lo que todavía está a medio hacer, se realizaría de un golpe, que es el triunfo del librepensamiento en la mayoría de los españoles. Porque es sabido que una víctima consagra una verdad, y, ¡figúrate qué condiciones las más para víctima!... mujer... joven... regularcita de rostro... libre-pensadora... y asesinada por el clericalismo. Nada... que sería una solemne tontería de la parte contraria que se cometiera conmigo tal desaguisado. Hay para mí, como para mis amigos, otro peligro lejano, pero no menos cierto. Según el rumbo que llevan los manejos de las alturas, asoma por los horizontes del porvenir una puntita de reacción furiosa e intransigente, y nada tendría de extraño que aquel monstruo de cien cabezas, representación viviente de todas las tiranías, estableciese una racha de inquisición jesuítica, como una última llamarada de sus ojos de basilisco; y nada tendría de extraño que se encendiesen

algunas hogueritas como las de los buenos tiempos, aunque fuera en el fondo de los conventos, con el donoso pretexto de quemar media docena de herejes para enaltecimiento de la fe...

La verdad: el fuego me espeluzna un poco... pero allá veremos... ¡con tal de que la se-  
nectud no imprima modificaciones a mí espíritu!... Aunque del dolor no se guarda me-  
moría reproductiva, puedo decirte lo que son moxas. He sentido mi carne chamusca-  
da. En las umbrías de Sierra Morena fui picada varias veces por víboras, y con un buen  
golpe de yesca ardiendo, por mi mano aplicada, cautericé la mordedura... ¡El dolor de la  
carne! Mucho lo temo, pero ya lo conozco: sé lo que son esos atenazadores demonios de  
la alopatía que se llaman revulsivos; han paseado sobre mi cuerpo. Las ampollas de las  
moscas milanesas se cortaban para aplicar sobre la desolladura otro nuevo emplasto  
de fuego; y aquí, en estos mis ojos, que están sentenciados por la lógica de los hechos  
a quedarse en completa oscuridad, he sentido el cauterio bordeando con sus caricias  
abrasadoras las ulceraciones de la córnea... ¡Vaya si sé lo que son quemaduras! Siempre  
logré paralizar el grito que me arrancaban, y que moría en un suspiro de resignación  
y en una lágrima silenciosa que resbalaba dentro de mí, hasta recogerse y embeberse  
dentro de mi propio corazón. Es, por lo tanto, casi seguro que no reniegue nunca de  
mis costumbres de sufrida; y sobre todo, esperemos que llegue el caso... ¡En cuanto a  
las quemaduras del alma!... Las más penetrantes son las que se sienten sobre el amor  
propio sutilizado por una omnímoda responsabilidad... ¡Bah! Mi condición de mujer  
dentro de estos tiempos, estas leyes y estas costumbres, me autoriza a no tenerle. A  
los siervos no se les puede herir el amor propio: o no lo tienen o lo llevan atrofiado...

[...]

«A Lo Anónimo»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 3-5-1885 (Hoja adicional)

\* \* \*

[...]

Hay que vivir en los pueblos y villorrios españoles para saber lo bien que se cumple  
el artículo once de la Constitución, que manda *no molestar a nadie por sus creencias  
religiosas*. La que esto escribe, desde que vendió su casa propia, venta obligada por la  
suspensión arbitraria (impuesta por el catolicismo) de su drama *El Padre Juan*, anda  
como el judío errante, sin hacer posible un hogar tranquilo y seguro... ¡Ah! ¡Cuántas  
veces, al oír declarar a los príncipes del republicanismo español «que es preciso gran  
respeto al orden, a las leyes y a las clases conservadoras», he comparado sus mayes-  
táticos modos de vivir con la lucha cruenta por el pan y la salud y el decoro que yo,

y conmigo miles y miles de sinceros demócratas, arrostramos en los rincones de los lugares españoles!

Fundé una industria avícola en un pueblo de la montaña de Santander. En cuanto el cura, *los notables* y algunas *santas beatas* del pueblo, cuidadosísimos todos de salvar sus almas achicharrando las del prójimo (anales del reinado de Carlos II), vieron que la obra de Satanás, es decir, la mía, prosperaba, empezó la guerra sin cuartel, y ante mi paciencia y mi silencio, pues ni provocada con tenacidad insultante, hablo yo con estos *sencillos* campesinos de nada que, ni de lejos ni de cerca, toque a religión; viendo que de ningún modo levantaba el campo, ni me hundía, pues mi trabajo resultaba fecundo y de gran cultura para la localidad y la provincia, acudieron a más finas armas. Pusieron testafierros con industrias iguales a la mía, y viendo que también en la competencia vencía, se fueron derechos a la raíz de mi hogar e industria, a mi casera: una bestia nacida en los campos, hecha señora por artes del oro indiano. Y a pesar de pagarla por su finca el diez por ciento del capital en alquiler, el manejo de los que manejan el Estado español (por debajo del artículo 100 de la Constitución), consiguió de aquel animal-hembra que me arrojase de la finca. Busqué otra, en un rincón de la montaña; suponía que entre aquellos pueblos, casi todos analfabetos, que son *kábilas* en medio de la cultura usual de España, podría pasar desapercibida, porque siendo mi filiación racionalista, solo en la región de las letras era de suponer no se enterasen en seguida de quién era yo; toda vez que en los demás aspectos de la vida soy una vulgar mujer, de pocas palabras, inaccesible a toda amistad y trato social, y que no le importa lo que hace el vecino.

Iba ya a contratar la finca buscada, asegurándola por muchos años, cuando saltaron los curas de varios pueblos de la región (éstos, así como el obispo, supongo que supondrá *La Correspondencia* que saben la Constitución), y como energúmenos enseñaron a los *sencillos* campesinos que era menester no dejarme de ninguna manera entrar en aquella tierra, y que si entraba era menester exterminarme como a Satanás. Y cuando sus sencillos oyentes tenían ya aprendida la lección, se liaron las sayas y a escape a Santander para influir con los dueños de la finca para que no me la arrendasen, y como entre los dueños había también bestizuelas-hembras (frase del doctor Madrazo en su libro *El cultivo de la especie humana*), consiguieron los sencillos curas sus propósitos, y yo he tenido que desistir de una industria beneficiosa para la patria y útil para mí, y todo porque en España, a pesar del artículo once de la Constitución, y a pesar de no usar ningún signo exterior contrario a la religión del Estado, no se puede vivir sin molestias, ni peligros para la vida y la propiedad, no siendo católico y demás ingredientes.

[...]

«Tolerancia religiosa»

*El Nuevo Régimen*, Madrid, 18-7-1905

\* \* \*

[...]

Mi granja avícola, donde durante cuatro años vertí sin economía el sudor de mi frente y los ahorros de toda mi vida, tuvo que desaparecer porque la dueña de la finca donde la tenía instalada, señora feligresa muy amada de un canónigo de la catedral de Santander, sintió terrores de conciencia por tener alquilada su finca a una hereje, y me arrojó de ella (por cierto sin darme más que quince días de término para desalojarla), sin duda para tener más seguro el paraíso, y sin que me valieran las tres mil pesetas que había gastado en gallineros, cobertizos, etcétera; y aún tuve que derribarlo todo para dejarlo a gusto de ella... y del canónigo. ¡Pobrecitas mujeres españolas, casi todas sujetas, más o menos, por las manos del clero!

[...]

«Avicultura»

*El Noroeste*, Gijón, 21-11-1916

\* \* \*

[...]

España está ciegamente abrazada a todas las eventuales, fantásticas y transformables verdades que obscurecen la Divina Verdad del amor fraternal. Nosotros, los emancipados de un ayer que se desmorona gastado por la fuerza de sus errores, no sentimos para este ayer ni odio ni deseo de aniquilamiento, al menos por mi parte lo aseguro. ¡Nada hay más admirable y digno de conservación que una ruina secular! Mas, si queremos fervientemente que el tenebroso pasado de fanatismos insanos y crueles sea despojado de todos los poderes dictatoriales que aún conserva y con los cuales estrangula y asfixia la evolución ascendente de nuestra raza, es necesario que nuestras leyes queden sin el peso muerto de toda clase de convencionalismos religiosos (como sucede en el admirado Portugal), de tal manera que podamos todos los hijos del solar español vivir *fraternalmente* pensando, creyendo y manifestando nuestros pensamientos y creencias, cada uno como quiera y según los tenga por mejores y más aptos para cumplir su PRIMER DEBER DE FRATERNIDAD; viviendo sin que el *miedo* al castigo imponga la hipocresía y sin que el castigo corporal o moral nos aniquile... ¡Ay! El castigo *moral* que cae sobre todos los librepensadores españoles es de tal manera intenso y *refinado*, que puedo asegurar que vivir en España sin profesar, o *aparentar* profesar la religión oficial es vivir en un verdadero infierno de dolores morales...

[...]

«La hora suprema»

*El Noroeste*, Gijón, 12-5-1917



## MUJER

Paréceme cosa inverosímil y absurda que en medio de este concierto en que a voz en grito se trata de las facultades, condiciones y fines de la mujer no resuene el acento de una que a mucha honra tiene el haberlo nacido, y para la que, mal o bien, se dio tormento en más de una ocasión a la famosa invención de Gutenberg. Y es el caso que, arrastrada a mi pesar en esa contienda de defensores y detractores, tengo para mí como imposible no meterme de lleno en tan asendereada cuestión y dar mi voz y voto en el asunto, si no por su valer para el caso, por la desazón insufrible que, de no hacerlo, sentiría en las profundidades de mi pensamiento.

[...]

Entremos de lleno en la cuestión y, puesto que de igualdades se trata y unos quieren propinárnosla con relación al bruto y otros la subliman hasta la naturaleza del ángel, juro y perjuro, sin que en esto haya ofensa para ninguna de las dos escuelas, que tan iguales nos hicieron nuestros padres Adán y Eva, si es que existieron tan inéditos personajes, como iguales venimos siendo a través de los siglos y a pesar de sus variables alternativas. Pues, repartido por igualdad de partes entre la raza del hombre el imperio de la naturaleza, lo que a ellos les sobró de brutalidad, nos lo pusieron de astucia y, lo que a nosotras se nos dio más de ternura, lo poseen ellos de fuerza. Y como para probarlo basta registrar los anales de la historia humana, paso a otro asunto, asentado como incuestionable verdad la perfectísima, equitativa y exacta repartición que de los reinos del sentir y el pensar nos hicieron los ilustres creadores de la raza a que pertenecemos.

No se me venga con la fisiología a probar, como dos y dos son cuatro, que nuestro cerebro, en cantidad y calidad, es infinitamente inferior al del hombre e igual casi al del hotentote, último ser de la escala racional, el más inmediato al cuadrumano, porque a esto respondo yo que órgano que no se utiliza concluye por atrofiarse y que, si desde nuestras más remotas abuelitas se vino relegándonos al pasivo papel de los irracionales, nada tiene de extraño que las nietas de tantas generaciones de necias tengan en su masa encefálica una infinitesimal cantidad de sustancia gris y un escasísimo volumen de cerebelo. Y con esto pongo el ejemplo de aquellas palomas de Darwin que nacieron con alas embrionarias solo porque a sus ascendientes se les fueron comprimiendo artificialmente tan utilísimos miembros; y añadido, para mayor abundamiento, que no se me puede argüir contra semejante ejemplo aquello de que la geología, con sus descubrimientos, ha probado el cómo siempre existió esencial diferencia entre los cráneos de los distintos sexos, porque a esto respondo que la geología, con todos sus datos y habilidosos experimentos, apenas si ha conseguido levantar una pequeñísima punta del velo que envuelve los orígenes de la vida y que, a pesar de los múltiples

ejemplares que manifiesta de tan notable inferioridad, no bastan para asentar como incuestionable verdad que, en las muchedumbres de nuestros ascendientes, apareciese marcadísima la diferencia intelectual de un sexo con relación al otro. Y sigo diciendo que como en el transcurso de los tiempos no representan nada las revoluciones que varios siglos pueden amontonar sobre los individuos de la especie humana, es muy posible que lo que en su origen fuese perfectísimo, se transformase en periodos más o menos extensos, dando lugar a modificaciones que luego sirvieron a la geología de comprobantes para que nuestros detractores se figuren asentar sobre firmes experimentos nuestra innata inferioridad. Y continuó mi relación, cuyo punto de partida es declarar la igualdad más perfecta como equivalentes en nuestro común origen, de todas cuantas condiciones físicas y morales arrastramos por este grano de tierra que rueda en las especies interplanetarias...

[...]

«Algo sobre la mujer (Apuntes)», en  
*Tiempo perdido*. Imp. de Manuel Minuesa de los Ríos: Madrid, 1881

\* \* \*

[...]

La mujer es lo que se quiera que sea; sentimiento, fuerza, imaginación e inteligencia, todo fue en ella repartido al igual que en el hombre, que para ser su mitad la formó el Creador, y no hay mitad que no participe de los beneficios del todo. Trabajos de excesiva maternidad, acarreada tal vez por intemperancia de varón, tendencias de la ignorancia hacia una soberanía excesiva y otras causas afines perdidas en el transcurso inmenso de los siglos, la rebajaron de su primitivo nivel, oscureciendo algunas de sus dotes nativas, viéndose al presente relegada a una inferioridad más aparente y aceptada que efectiva, y mucho más funesta para el hombre que para ella misma: por lo tanto, y séame permitido usar del símil, la mujer es materia dispuesta a realizar todos los fines, siempre que no se separen de aquellos que le impuso la Naturaleza al destinarla para esposa y madre del hombre; la mujer puede serlo todo menos aquello que sea incompatible con su condición de mujer: cátedras, doctorados, derechos, no niego nada, y aun es más, lo acepto, si el catedrático, el doctor y el legista pueden ser buena esposa y buena madre.

[...]

Las aptitudes de la mujer son infinitas; puede serlo todo, pero debe ser primero mujer, y la realidad es bien manifiesta, todavía no sabe lo que es ser mujer; ¡cómo, pues, enseñarla a ser hombre! Hoy por hoy, mejor dicho, desde hoy hasta los más remotos

horizontes del porvenir, no se ve otra cosa para la mujer que la familia y el hogar, con todas sus derivaciones de amor, dulzura, expansión, paz, alegría, confianza, castidad, sencillez y religión: todo cuanto se relacione con la mujer gira al presente, y girará mientras no cambien los principios sociales, sobre su misión de hija, esposa y madre; todo cuanto de ella trate estará ligado al recinto familiar, a ese santuario donde el hombre descansa, donde los hijos juegan, donde la mujer reina; imposible arrancarla de su centro sin exponerla al escarnio; imposible es procurar su elevación, si para conseguirla hay que cerrarle las puertas de su morada y sumir en la oscuridad y en el silencio la cámara nupcial... Hacer que se posea bien de su misión actual es el único medio de que avance en la senda de la perfección y del engrandecimiento; hacerla cumplir escrupulosa y noblemente sus misiones actuales es prepararla para una emancipación justa y razonable, y obligar a que las leyes le otorguen los mismos derechos concedidos a su compañero; que sepa formar hombres capaces de respetarla, y habrá dado el primer paso hacia esa igualdad de destinos y de misiones, fantasma que persigue nuestra generación con la impetuosidad de la locura. ¿Cómo llegar al fin si tener los medios? Esto es lo que al presente se intenta. Conquistar el terreno perdido sin armas de ninguna clase, escalar los primeros puestos sin tomarse la molestia de subir ningún peldaño, hacerse dueño de las alturas sin quitar los obstáculos al camino; muchas exclamaciones, mucho movimiento, mucho ruido; quererlo todo, intentarlo todo, y en realidad no hacer nada; perder el tiempo lastimosamente, y en vez de trabajar con fe y con valor, en vez de encerrarse en la oscuridad y armarse en el silencio con armas invencibles, en vez de tejer como el gusano de seda un recinto aislado donde adquirir nueva vida y brillantes alas, toda la energía se gasta en frases, en proyectos, en fastuosas exhibiciones de personalidades.

[...]

«La educación agrícola de la mujer»

*Gaceta Agrícola*, Madrid, enero-marzo 1883

[...]

Por vosotros será traída la hora feliz al seno de nuestra sociedad: tenéis la parte más positiva, más segura en este gran renacimiento que se inicia en el crepuscular ocaso del catolicismo; y solamente vosotros podéis hacerle heridas que sean imposibles de curar; su poder titánico ha estribado solo en el dominio de la conciencia; sabido es que esta función del espíritu se desarrolla lentamente al par que los huesos y las vísceras; así lo comprendió, aguijoneada por el interés, la iglesia del feudalismo y, apoyándose en las levaduras idólatras del caído imperio romano y espantando a los descendientes de los adoradores del Olimpo con los terrores del infierno católico,

logró penetrar en la familia, apoderándose primero de la mujer y luego del niño. De la mujer ya se sabe lo que ha hecho: una sierva disfrazada de libre; puesto que todas las leyes y las costumbres que rigen la constitución de la familia están inspiradas en las teorías de la Iglesia respecto a la mujer, condensadas en estas palabras de algunas de sus más grandes lumbreras: «La mujer es el órgano del demonio» (san Bernardo); «la mujer tiene el veneno de un áspid, la lengua de un basilisco, el artificio de un dragón: y la malicia de un mundo es corta, es corta en comparación a la suya» (san Gregorio); «la mujer es el camino de la iniquidad, la enemiga jurada de la amistad, el mayor peligro doméstico, y una cosa dañina, y nociva en todas las cosas» (san Juan Crisóstomo); «la mujer tiene más astucia, más ambición, más soberbia y más lujuria que el hombre» (san Agustín).

«Escrito para ser leído en la velada conmemorativa del aniversario  
de la fundación de la Escuela Laica de Zaragoza»

*La Unión Democrática, Alicante, 24-2-1886*

\* \* \*

Vosotras, que habéis sacudido el yugo de esa Iglesia, con la valentía propia del que no tema a nada más que a su conciencia, y ésta se inspira en el más puro amor a la humanidad; vosotras, que estáis enfrente del catolicismo como muralla viva, palpitante, llena de efluvios generosísimos y de abnegaciones sublimes; vosotras, que habéis levantado bandera de rebelión, ¡qué es bandera divina!, puesto que por ella ha venido subiendo la vida desde el zoófito al pájaro, desde el hotentote a Newton, desde el siervo al ciudadano, desde el instinto a la inteligencia, desde el egoísmo al amor; vosotras, que lleváis ya en vuestro cerebro el resplandor de la futura sociedad, sobre otras bases constituida y hacia otros fines encaminada; medita en la empresa, ved que en nosotras se fijan las esperanzas más grandes de la regeneración española y acudid en compacta muchedumbre a unir vuestras femeninas voces al grito varonil que la patria liberal va a levantar en son de protesta contra el mundo católico.

La libertad es nuestra redención. Este siglo XIX, servido por las ciencias físico-químicas, alentado por el gran principio de la equidad, sintiendo el amor, no en los paraísos de alucinados, sino en las supremas leyes de la Naturaleza; caminando con plena conciencia de que avanza a suprimir el dolor y a eternizar la vida, ha levantado a la mujer desde los linderos de la bestia a las fronteras del ángel. Y aquellos que mecieron la cuna de este siglo en las postrimerías de su antecesor el XVIII, aquellos que esculpieron con letras imborrables sobre el corazón de la humanidad los derechos del hombre,

los hijos del noventa y dos, levantaron a la mujer en el trono de las responsabilidades, ¡que es el trono de la libertad!, al hacer rodar las cabezas femeninas bajo el cuchillo de la guillotina, como si quisieran demostrar al mundo que aquellos cerebros que mezclaban su sangre con la sangre de los girondinos, eran capaces de mezclar sus pensamientos con todas las inteligencias varoniles del género humano. ¡Allí, sobre aquellos enrojecidos paños del cadalso de la Revolución Francesa, quedó para siempre realizada la fusión intelectual de las dos naturalezas, y desde aquellas terribles gradas por donde subieron la juventud y la ancianidad, la belleza y la gracia, la sabiduría y el candor, cantando el himno de la emancipación al marchar hacia la eternidad, corrió, ¡y aún corre!, anchísimo reguero de excelsitudes para la personalidad de la mujer!... ¡Uníos a los herederos de aquella gran epopeya, en donde comenzó a lucir el sol de un nuevo mundo, que ya no tendrá por eje la tiara, ni por secuaces las maldiciones bíblicas, ni los crímenes jesuíticos! Aquí, en nuestra patria, comienzan a estremecerse las conciencias: ya se yerguen, ya preguntan, ya analizan, ya sienten el soplo de la vida moderna aquí. Aunque ha tardado cerca de cien años en atravesar nuestras fronteras, viene henchido por las brisas meridionales de vigores irresistibles, y de energías asoladoras. Un grupo de hombres, ¡qué importa quiénes sean!, hoy empuña con mano potente la bandera de alistamiento para caminar al combate e, impulsados por la muchedumbre más bien que guiándola, llevan los ideales del siglo de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, tan pequeños individualmente considerados como grandes por lo que representan. El viento de las revoluciones acaso arranque de sus manos la enseña, pero esta ya no podrá ser jamás pisoteada por el monstruo de la reacción, si en torno de sus flotantes pliegues se agrupan, como invencible trinchera, los corazones de las mujeres españolas, de las hijas de aquellas mujeres de Sagunto, Numancia y Zaragoza, quienes, cuando ya los hombres rodaron vencidos, trémulas de espanto y de pena, pero llenas de fe y de valor, desgarrado el ropaje, sangrante el desnudo seno, apretando en sus brazos a sus inocentes hijos, supieron arrojar a las llamas, antes que entregarse al vencedor, o supieron detenerle, con un arranque heroico, levantándose sobre montones de cadáveres para hacer vomitar la metralla a los desmontados cañones... Y esta enseña que hoy se tremola bajo el lema de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, es la de nuestro siglo, la de nuestra emancipación, la de nuestra dignidad; ella nos ofrece la llave sagrada para recoger del santuario de la vida los derechos de la mujer a los dones del racionalismo.

Nada importa que la excepción individual haga de un repúblico libre-pensador (cosa difícil, si lo es en conciencia) un tirano o un impío; el dogma, la esencia, *el alma* de la libertad, lleva en su primer capítulo la consideración de la mujer como un semejante del hombre. A la doncella le dice: «No te vendas ni por oro, ni por hambre, ni por vanidad, ni por miedo, ni por holgazanería; debes *darte* por amor. La humanidad tiene el derecho a tu trabajo y el deber de remunerártelo. El estudio, la carrera, el oficio,

compatibles con tus pudores, son tuyos, exclusivamente tuyos. Tu defensa no es tu debilidad, ni tu impudicia; es tu inteligencia. El amor sexual no es tu único destino; antes de ser hija, esposa y madre, eres criatura racional, y a tu alcance está lo mismo criar hijos que educar pueblos. ¡Alza, pues, tu frente y mira el horizonte ilimitado a tu actividad de ser pensante! Tu misión es *paralela* a la del hombre: *entre los dos* tenéis que mejorar la especie, y tan necesario es que tu cerebro *piense* como que *sienta* el corazón masculino; la vida es una, repartida en los dos sexos, y jamás nacerá el hombre en el apogeo intelectual, sin que su *mitad*, que es la madre, con cuya sangre (como medio insustituible) se desarrolla, hasta llegar a ser humano el embrión de la vida orgánica, ofrezca el mayor cúmulo de perfecciones. Tienes, pues, igual sitio en las sociedades que, mal que les pese, tendrán que otorgártelo de derecho, en cuanto pongan de acuerdo sus leyes con las de la Naturaleza. Hija, no se te educará para una venta infame, sino para una existencia independiente. Esposa, serás considerada como mitad del hombre, y vuestros juramentos, tomados con igual seriedad por ambas partes, serán tenidos por valederos en el uno y en el otro, y el castigo del perjurio caerá igualmente sobre las dos cabezas. Madre, no abarcarás más fin que el mayor bien de tus hijos y, como ni te vendiste ni fuiste humillada, tus hijos ni podrán despreciarte ni compadecerte, viniendo a ser para ellos el tipo sublime de la dignidad femenina; y en el último instante de tu vida, dirás al morir: “Serví a la humanidad; le di primero mi trabajo y mi inspiración, después mi amor y mis hijos, por último mi inteligencia. He contribuido al glorioso triunfo de la vida sobre el planeta”»

He aquí la ancianidad femenina coronada por el racionalismo con diadema inmortal... Pues bien, este ideal está escrito en esa bandera que se tremola en nombre de la república y de la libertad de pensamiento, dos libertades unidas bajo un solo trono: el de la regeneración española. ¿No querréis defenderla, hermanas mías? ¡Ah! ¡Sí, ya oigo rumor de cien y cien voces dispuestas a morir antes que el enemigo llegue a tocar la sacrosanta enseña! Agrupaos en torno del ideal de nuestro siglo, no dejéis que se extiendan las sombrías nieblas que surgen del Vaticano. Protestad del pasado, del mundo viejo, del mundo podrido, que llamó a la mujer, «vaso de inmundicias»; «escorpión de cien cabezas»; «el mayor de todos los demonios», y otros mil epítetos pronunciados por las bocas de los llamados «santos padres del catolicismo». Acordaos de que hubo un concilio de eminencias de la secta, en el que, solo *por tres votos*, se aprobó que el alma de la mujer era superior a la del animal, y mandad a Roma vuestra protesta. Firmad y jurad sobre vuestra firma, arded mil veces como las numantinas, antes que rendirse al enemigo. Firmad, hermanas mías, y que este siglo que nació bautizado con la sangre de los revolucionarios franceses, confirme sus maravillosas conquistas con las energías indomables de las mujeres españolas... Algunas de vosotras, las que en repetidas ocasiones me habéis preguntado «¿Qué tenemos que hacer

para llegar al vencimiento?», he aquí mi contestación: Unirnos hoy alrededor de *Las Dominicales*, mañana en donde luzca a mayor altura y con mayor viveza el ideal que nos lleve a la dignificación; unirnos, y llevar a la práctica nuestra creencia. ¿Cómo?, me diréis... ¡Ay, hermanas mías! Nosotras, nuestras hijas y nuestras nietas morirán siervas; y es en vano que el alma suba, y el entendimiento crezca, y la voluntad se acrisole, y el corazón se abnegue; antes de que el astro de la nueva era comience a lucir en el rosado Oriente, el sudario de la tierra envolverá con sus pliegues sombríos los despojos de nuestros huesos. ¡La lucha hay que empezarla en nuestro hogar! ¡La rebelión hay que inaugurarla al lado de la cuna de nuestros hijos! Todas las amarguras, y las humillaciones, y los trabajos, y las penas, y los sacrificios, y las anulaciones, son nuestras; y todas las felicidades, y las grandezas, y los descansos, y las satisfacciones, y las glorias, y las dignidades, serán de nuestras nietas. Alejad de vosotras la más efímera y leve idea de triunfo que os seduzca con sus espejismos de dicha. Esta hora nuestra es la hora del sufrimiento; la hora de nuestras descendientes será la hora de la emancipación.

El hogar, el hombre, el padre, el esposo, el hijo, ahí está vuestro palenque; ahí está el hemicycle donde habéis de ejercitar vuestras fuerzas. No tenéis otro campo de batalla; hoy por hoy no tenéis otro sitio de mayor extensión para vuestra actividad organizada.

[...]

Venid, ¡hermanas mías!, con vuestro pensamiento a contribuir a la gran obra de la redención de la mujer... ¡Nuestro pensamiento! ¡He aquí lo único libre sin traba alguna que ha conquistado, Dios sabe a costa de cuántos martirios, la mujer del presente! Servíos de vuestro pensamiento por la escritura expresado para barrenar el inmenso talud que nos separa del porvenir. Luchemos en el seno de la sociedad con nuestra pluma, en el fondo de nuestro hogar con la perseverancia, y abramos el camino de la victoria a nuestras descendientes. Que todas las energías de nuestra alma, y todas las ternuras de nuestro corazón, y todas las altezas de nuestra inteligencia vivan solo para este ideal, y que esa mujer futura, –que como sueño de infinitas bellezas se levanta en los siglos venideros, ceñida su frente con el limbo de la racionalidad–, al volver sus ojos hacia nuestra memoria, nos salude con una bendición inmortal que, resonando en las altas cumbres del templo de la historia, reconozca al siglo XIX por el siglo de la emancipación de la mujer.

«A las mujeres del siglo XIX»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 10-12-1887

[...]

Cuando en nuestra cuna de niñas empezamos a oír la bendita y amorosa palabra de nuestra abuela, ya comenzó a iniciarse en nuestra conciencia el exclusivo fin del femenino destino. Cuando aquellas ancianas venerables que, llenas de ternuras hacia los vástagos de sus hijas, con la rueca empenachada de blanquísimo hilo finamente torcido en el huso por sus enjutos dedos, nos hacían el honor de sus consejos, de cada una de sus palabras iba surgiendo un eslabón de esa cadena hábilmente forjada por la Iglesia para constituir la familia bajo su autoridad, siquiera sea a costa de aherrojar en ella a la mitad humana: a la mujer. Criadas fuimos todas al calor de aquella ancianidad fenecida que, sin idea siquiera de su propio valer, sumisa alegremente a lo que la tradición le enseñaba por boca de la Iglesia, hubo, por lo menos de sentir una dicha: el dulce quietismo del esclavo que no concibió nunca la libertad.

[...]

De aquel profundo concepto de inferioridad, bien grabado en nuestras almas por una continua enseñanza emanada de la Iglesia sobre nuestras ascendientes, surgió en nuestros cerebros todo el poema del amor, que se apaga y se consume como fuego que ha dado de sí todo el combustible, cuando la doncella cree terminado su destino arrodillándose ante el ara matrimonial; y aquí voy a haceros notar que, hasta en el formalismo del ritual, se ha ensañado contra nosotras el espíritu opresor del mundo antiguo: mientras la cabeza del varón queda libre del yugo, la cabeza de la mujer se anula escondida bajo los pliegues del lienzo que lo representa. El amor de nuestras almas toma la misma ruta; se rebaja, anula nuestro cerebro; es imposible que veamos aquel compañero de nuestra vida sin la aureola de la autoridad. ¡Guay de la infeliz que le creyó su hermano, su mitad, para emprender unidos por mutua atracción de simultáneos deberes el camino del porvenir, donde la especie humana aguarda de sus manos un grado más de virtud, de sabiduría, de perfección! La que siguiendo el impulso de su razón, viera en el hombre la mitad de su ser y cambiando lealmente, sin subterfugios de hembra, las iniciativas de su pensamiento por las iniciativas del pensamiento masculino, creyese que aquel ameno hogar que le dicen suyo iba a ser regido por dos *voluntades, paralelas* a un solo fin, el engrandecimiento humano; la que esto creyese, sería objeto de las iras de la ley, de la religión, de las costumbres, que, vociferando como cuadrilla de energúmenos, arrojarían sobre su inteligencia racional la pesadumbre de siglos y siglos de ignorancia, de barbarie, de animalidad: esta inmensa presión externa encuentra débil nuestro corazón, torpemente engañado por un ilusionismo de amor que profana la verdadera alteza de este sentimiento con las superficialidades monerías de un coquetismo pueril, el mismo pueril coquetismo con que la esposa griega se coronaba de rosas de Alejandría, recién cortadas, momentos antes de entrar en el gineceo aquel dueño que la avisó con tiempo sus



propósito de sacrificar en aras de Venus la ofrenda de Morfeo. Desde el instante de la unión matrimonial, todo el amor de la mujer retrocede y sucumbe a los estímulos del instinto...

«Carta-discurso para ser leído en las veladas organizadas por el Círculo  
La Constancia de Cuenca a beneficio de la creación de una escuela de artesanos»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 24-1-1891

\* \* \*

[...]

Caminábamos por la provincia de Orense: llevábamos de jornada desde el amanecer, y la tarde, por avanzado el otoño, se enturbiaba, amenazando lluvia; era forzoso hallar albergue, pues nuestros caballos no podían llegar a Puebla de Trives antes de la noche; había que buscar hospitalidad en la primera aldea o caserío que se hallase. En uno de los repliegues de aquellas hermosísimas sierras, orladas de viñedos, nos deparó la suerte una aldehuela, y a ella nos fuimos. No había posada, pero nos indicaron una casa de aspectos señorial, donde, suponiendo con buen criterio que éramos viajeros inofensivos, no tuvieron reparo en darnos entrada. Descargados nuestros caballos de maletines de grupa y alforjas, enmantados y rumiando el sabroso maíz por nuestras manos servido –pues todo jinete debe cuidar *él solo* su cabalgadura– bien seguros de que nuestros fieles amigos de seis meses de jornadas a través de Galicia, quedaban convenientemente instalados para pasar la noche, nos ocupamos de nosotros mismos, subiendo mi compañero y yo a la casa vivienda que nos daba hospitalidad. Dos ancianos (padre y madre) y dos hermosas jóvenes (hijas) estaban atentos a nuestra instalación.

Confieso que mi sorpresa subió de punto al ver en aquella aldea el tipo más perfecto de la mujer agrícola, representado por las dos jóvenes. Limpia y campesinamente vestidas, aseadamente peinadas, fuera de toda ritualidad de la moda, demostraban, sin embargo, en su lenguaje y en sus ademanes, ser personas de educación y de inteligencia. Eran propietarias de algunos viñedos, y precisamente entonces empezaba la filoxera a devastar las ricas viñas del Ribeiro. Mi asombro fue enorme escuchando a aquellas jóvenes explicar que, gracias a su previsión, conocimientos y energía, su hacienda no había sufrido gran quebranto, pues al primer asomo de peligro habían traído sarmientos americanos y puestos por *ellas mismas*, por *ellas mismas* cuidados, habían ido transformando sus majuelos de cepas del país en cepas americanas, que ya empezaban a dar algún fruto, precisamente cuando sufría la comarca el peso asolador de la epidemia. Encantada de oírlas, encantada de verlas sacar del horno el pan de la

semana, encerrar en el limpio cubil la hermosa pareja de cerdos, ordeñar las lustrosas vacas y preparar para todos succulenta cena, servida por *ellas mismas* en rica vajilla sobre finísimos manteles, mi alma se regocijaba, extasiada al contemplar en aquellas hermosas jóvenes, que tenían su pequeña biblioteca bien nutrida de buenos libros, el tipo de la mujer agrícola, que tanta gloria y tanta riqueza podría dar a la patria. ¡Que estas líneas, si llegan a leerlas, les sirvan de homenaje a su virtud y a su inteligencia; se le rinde gustosa su huésped de una noche.

[...]

«Avicultura femenina»

*El Cantábrico*, Santander, 19-12-1901

\* \* \*

[...]

En cuanto a las jóvenes mujeres, me parece entender que su *colocación* significa su casamiento, y no puedo menos de preguntar: ¿el destino de la vida de la mujer, no es más que el casamiento?, ¿es *alma* antes de *hembra*, o es antes y después y únicamente *hembra*? Resuelvan el problema los sabios o los egoístas; a mi juicio está resuelto. El casamiento no es un *fin*, es un *medio* para cumplir el destino de la mujer que, como el del hombre, es conocer la mayor suma de verdad, trabajando en la medida de sus fuerzas para el engrandecimiento de la especie, no solo en cantidad, sino en calidad. El fin de la vida es, pues, lo mismo para el uno que para la otra: realizar la justicia. No veo por todo esto la necesidad imprescindible del casamiento y mucho menos que sea un imperativo categórico para abandonar la vida en los campos por la vida en la ciudad. [...]

«Conversaciones femeninas. II. El campo»

*El Cantábrico*, Santander, 4-3-1902

\* \* \*

*El Heraldo de Madrid* hizo el relato de un suceso, ocurrido a las puertas de la universidad, del que han sido protagonistas unos caballeros estudiantes que se pusieron en acecho, a la salida del claustro, para insultar de palabra, y hasta de obra, a unas jóvenes estudiantas de la Facultad de Filosofía y Letras. Un carretero, que pasaba por el sitio del escándalo, puso en fuga vergonzosa a los insultadores de aquellas mujeres. Este es el sucedido por el cual se escandalizó *El Heraldo*, llamando «jarca»

a la hueste que acometió a las jóvenes, por la sola razón de ser muchachas guapas y estudiantas...

Esto pasa en la universidad de la capital española. ¿Y qué significa esto? Pues nada más que lo siguiente: excepto unos pocos españoles, la mayor parte, perteneciente a la categoría social del carretero, y el resto de dicha parte a la categoría de los Costa, Pi y Margall, Linares, Giner y unos poquitos más, todo el resto de los españoles no son *ni machos* siquiera... ¡No!, porque ni los perros, ni los verracos, ni los garañones, ni aun los mochuelos *machos* acometen a las hembras, y hasta se dejan morder, cocear y picar por ellas, con la mayor dulzura y benevolencia; y ¿por qué?, porque son *machos*, porque tienen la conciencia de su destino, de amparadores y defensores de sus compañeras.

Nuestra juventud masculina no tiene nada de *macho*. Como la mayoría son engendros de un par de sayas (la de la mujer y la del cura o el fraile) y de unos solos calzones (los del marido o querido), resultan con dos partes de hembra o, por lo menos, hermafroditas, por eso casi todos hacen a pluma y a pelo. Tienen, en su organismo, tales partes de feminidad, pero de feminidad al natural, de hembra bestia, que sienten los mismos celos de las perras, las monas, las burras y las cerdas, y ¡hay que ver cuando estas apreciables hembras se enzarzan a mordiscos; las peloterías suyas son feroces...!

¡Ahí es nada! ¡No morder aquellos estudiantitos a sus compañeras! Sus órganos semifemeninos les hacen ver una competencia desastrosa, para ellos, con que las mujeres vayan al alcance de sus entendimientos de alcancía rellena de ilusiones, de doctorados, diputaciones y demás sainetes sociales.

¿Qué les quedaría que hacer a *aquellas pobres chicas...* digo, *pobres chicos...*, si las mujeres van a las cátedras, a las academias, a los ateneos, y llegan a saber otra cosa que limpiar los orinales, restregarse contra los clérigos, y hacer a sus consortes cabrones y ladrones, para lucir ellas las zarandajas de las modas...?

¡Arreglados quedarían entonces todos estos machihembras españoles si la mujer adquiere facultades de persona! ¿Qué va a ser ellos? ¿Amas de cría? No, no; los destinos hay que separarlos: los hombres a los doctorados, a los tribunales, a las cátedras, a las timbas y a las mancebías de machos, a ser unas veces *ellas* y otras veces *ellos*; las mujeres a la parroquia, o al locutorio, a comerse o amasar el *pan de San Antonio*; y luego, las de la clase media, a soltar el gorro y la escarcela, a ponerse el mandil de tela de colchón y alinear las alubias de la cena, a echar culeras a los calzoncillos o a curarse las llagas impuestas por la sanidad marital; si son de la clase alta, a cambiarle, semanalmente, de cuernos, al marido, unas veces con los lacayos y otras con los obispos... Éste, éste es el camino verdaderamente *derechito* y *ejemplar* de las mujeres.

¿A quién se le ocurre ir a estudiar a la universidad? ¡Dios nos libre de las mujeres letradas! ¿A dónde iríamos a parar? ¡Tan bien como vamos en el machito! ¡Pues qué! ¿Es acaso persona una mujer? ¿No andan ya los sabios a vueltas para ver si es posible

sustituirlas por engendradoras artificiales?... Además, la juventud española no las necesita; por eso anda toda ella tan rasurada: con un poco de perfume, y siendo de noche ¿qué más da *uno* que *una*?

«La jarca de la universidad»  
*El Progreso*, Barcelona, 22-11-1911

\* \* \*

A mi juicio toda esta regresión al siglo XVI radica en el estado de incultura y fanatismo de la masa femenina española. La mujer burguesa y la mujer proletaria, con raras excepciones, tienen el alma entera metida en el más brutal fanatismo. El hombre, burgués o proletario, con tal de que la mujer le deje a sus anchas y poder escapar a los vicios –casino, café, taberna, burdel o chirlata–, a trueque de pavonearse solo, haciendo lo que su real gana o calzones le inspiren, transforma a su compañera en hembra, o en trasto, o en esclava. El alma de la mujer selectísima, la voluntad de mujer potentísima y su corazón, vaso inagotable de ternura, busca para su compañía al menos macho posible, el más cercano al hombre, aunque su cercanía no sea real sino aparente... Y el sacerdote que tiene superpuestas maneras y formas suaves, dichos sutiles, paciencia de araña y voluntad de acero, templado en las piedras angulares de dogmas milenarios, recoge a las prófugas del hombre, del hombre racional, consciente y útil a la vida y a la especie...

Todas las mujeres españolas están atrailladas por la superstición y el fanatismo, teniendo la terquedad mular de no pasar a ser racionales así las aspen. Y como la mujer es la mitad humana, y en el hogar la verdadera creadora de hombres y mujeres es la mujer... nuestras juventudes son un horror: un verdadero escuadrón de vestigios escapados y redivivos y potentes, pues se apoyan en la fuerza del Estado completamente medieval.

«Revindiquemos a la mujer»  
*El Ideal*, Tortosa, 27-1-1917

\* \* \*

¡Conque a las *pobres mujeres* de la familia imperial rusa debe la *hidalguía española* ampararlas y protegerlas! ¡Conque para ellas no ha de haber justicia!

[...]

Las mujeres tenemos el derecho al cadalso. Nos lo otorgó primero la Naturaleza al hacernos pensantes, *sintientes y hacientes* (ahí van dos verbos anormalizados que no pueden chocar mucho, ahora que nuestro idioma se está haciendo híbrido a fuerza de vocablos estrepitosos); segundo, nos lo confirmó la Revolución Francesa, donde hombres y mujeres subían a la guillotina tan campantes; tercero, las mujeres de las familias reinantes son coautoras, cuando no *autoras responsables* ante la historia humana, de todo cuanto hicieron durante su reinado. Además de estos *primero, segundo y tercero* planos de razón, hay otra infinidad de ellos circunstanciales. En este caso, ¿no es esa emperatriz rusa la que conspiraba contra su pueblo, que mientras peleaba con unos era traicionado por ella con los otros? ¿No es esta emperatriz rusa la que ha visto, durante su poderío, a cientos y cientos de mujeres rusas, de todas clases y edades y de todas alturas morales o sentimentales, subir al cadalso o ser llevadas a un cadalso con cuentagotas, como era la Siberia, donde morían casi todas ellas apaleadas, ultrajadas, martirizadas, encontrando todas estas infamias muy acordes con su oficio de emperatriz? Esa esposa de *el Padrecito*, que tenía acotadas extensiones de terreno para el cultivo de violetas y rosas a fin de de que los perfumes de su tocador fueran extraídos de flores especiales..., esa emperatriz que debía ser una *madrecita*, puesto que era consorte de *el Padrecito*, ¿no sabía que mientras hacía esto y usaba abrigos de quince mil duros morían cientos de miles, súbditos suyos, de hambre y miseria? ¿Puede alguna verdadera *madrecita* hacer todo esto sin ser calificada de parricida?

[...]

Los reinados femeninos, las regencias femeninas, las consortes de reyes o emperadores, toda esta feminidad y la que rodea sus solios, si merece la guillotina, ¡jarriba con ella, si se les puede coger! ¡Es la menor compensación que pueden dar a sus pueblos destrozados por su poder! Si antes nos cogen a las de la turbamulta, ¿serían capaces *ellas*, las de las alturas, de salvarnos?... Además, las monarquías no pueden ser mayestáticas sino sobre un tablado: el del trono o el del cadalso.

[...]

«Ahí estamos»

*El País*, Madrid, 27-8-1918

## NATURALEZA

Apenas se distingue por las rendijas de las ventanas un hilo blanquecino, tenue, que oscila entre la sombra con indecisa claridad, anunciando que allá fuera irradia el día en los horizontes del Oriente. La inteligencia, el pensamiento, indeciso también como la luz por los últimos vapores del sueño, lucha entre la molicie de un adormecimiento dulce y tranquilo, y el aguijón de la voluntad que lo lleva a sacudir la letárgica somnolencia para posesionarse de la vida, de la razón y de la conciencia.

¡Momento augusto para el alma que vive en paz con los principios de la moral racionalista! ¡Amarguísimo instante para el ser que arrastra su existencia por los peligrosos caminos del sensualismo! La voluntad vence cuando el alma vive tranquila, y en vez de arrebujarse en el caliente lecho, entregándose al imperio de las idealidades soñadas, en vez de bostezar perezosamente, en vez de cerrar los ojos a la luz que intenta llegar a nuestro cerebro, la voluntad del justo, del fuerte o del resignado, sacude de la razón las sombras del sueño, y al fin se sale del lecho –donde se debe buscar el reposo y no el olvido–, para saludar la luz del sol que anuncia con sus rayos de fuego el principio del trabajo, el comienzo de la lucha, el triunfo de la vida... Abramos a sus espléndidos fulgores la cerrada ventana y, al saludarle como a mensajero de Dios, veamos lo que hay en torno nuestro. Enfrente de nuestros ojos se extienden dilatados horizontes; nada viene a cortar la línea pura de la extensa campiña, de las altas montañas o de las frondosas vegas... Estamos *en el campo*, es decir, muy cerca de Dios; allá muy lejos, la noche, empujada por la lumbrer del sol, ciñe con azulada faja el confín de Occidente; el astro del día, sobre celajes nacarados, irradia esplendoroso su fúlgida luz pintando de púrpura la verde llanura, y haciendo brillar, en destellos diamantinos, mil y mil gotas de rocío que tiemblan sobre las plegadas hojas, o las altas espigas, balanceadas por las frescas brisas de la mañana. El cielo puro, diáfano, se ofrece ante los ojos como santuario de la inmortalidad, y mientras los gorjeos de las aves saludan la llegada del día, las flores llenan el ambiente de suaves aromas; y las plantas, volviendo sus hojas ante la faz del cielo, esparcen sobre la tierra mil efluvios de vida y de salud... a espaldas nuestras, el blanco aposento nos muestra un bienestar tranquilo. Volved la mirada a ese recinto donde muy pocas veces se encuentra la dicha, y donde, sin embargo, es tan fácil de hallar, sabiéndolo defender del pernicioso influjo de la vanidad y de la soberbia. Venid, amigas mías, a ese paraíso de la tierra donde los ángeles de la vida han establecido su santuario, y donde el poder de Dios recibe el culto del alma sin aprendidas oraciones ni estudiados sacrificios; hablo del hogar. No busquéis ante vuestros ojos los fastuosos adornos de una molicie sibarítica, ni esa helada soledad llena de egoísmo, que aísla bajo un mismo techo a los esposos y a los hijos, encerrándolos en separadas habitaciones...

Así como al abrir las ventanas a la luz del día nada vino a interponerse entre vuestros ojos y la inmensidad de la tierra y los cielos, así también, al recorrer el reducido espacio de vuestra vivienda, nada se interpondrá entre la ternura de vuestro corazón y los seres de vuestra familia...

No asustaros al encontraros en medio de la naturaleza, ni temáis que los fulgores de la aurora descubran en vuestro rostro las señales de una juventud ajada; el aire de los campos tan solo quema a las criaturas que por excepción los arrostran, a las que viven en medio de ellos nunca les dañan. Fijaros al descuido en los cristales de la ventana que ha poco habéis abierto, y entre la aureola rosada en que os envuelve la luz del naciente sol, veréis vuestro rostro suavemente impregnado de grana, veréis vuestros labios encendidos por el contacto de las brisas matinales y veréis vuestros ojos, azules o negros, melancólicos o expresivos, siempre brillantes con húmedo fulgor. Acaso vuestro cutis, ligeramente sombreado por los ardores del sol, no presente esa blancura mate de la porcelana o el barro, con la cual pretende la mujer realizar el ideal de la belleza, consiguiendo únicamente aparecer como tosco idolillo malamente restaurado; ese delicadísimo matiz con que os adorna el fuego solar es un nuevo encanto de vuestra femenina hermosura, pues destierra la transparencia antinatural que os suele prestar la falta de luz, la falta de ejercicio, la falta del aire purísimo del cielo y, en muchas ocasiones, las perniciosas drogas de la especulación.

[...]

«En el campo. La aurora»

*El Correo de la Moda*, Madrid, 26-12-1882

[...]

No temamos, mujeres hermanas mías, mirad de frente estas realidades; ahondemos en ellas, saquemos las consecuencias para llevar la vida por el camino de la felicidad; además, la Montaña, esta tierra hermosísima donde la Naturaleza asalta las ciudades, *aun a pesar de los ciudadanos*, es donde se encuentra el tipo más atenuado de la ciudad, pues si la capital tiene su centro, similar a los de grandes ciudades, el prado, el maizal, el bosque y el mar la acosan y festonean de tal modo que, en su propio corazón, siente cruzar las ráfagas fecundas de las brisas marinas o selváticas...

He aquí por qué me dirijo especialmente a vosotras las montañesas. Si de todo esto hablase con una paisana mía, con una madrileña, mi lenguaje acaso le pareciera caído de la luna, pues en aquella desolada estepa donde se levanta la capital de Castilla, la mujer es rarísimo que conciba ningún género de existencia más que aquel rutinario, infecto y vanidoso propio de las grandes urbes. Aquí es distinto: podréis asombraros

de lo que estáis leyendo, pero ni una de vosotras, me atrevo a afirmarlo, ni aun la más engolfada en la vida ciudadana, dejará, ante mi palabra, de evocar en su pensamiento el dulce recuerdo de la apacible aldea, donde el alma, por los sentidos asomada, libre de las solicitudes de la vanidad y la presunción, se siente unida al Universo al mirar los distintos horizontes del cielo, de los campos y del Océano.

«Conversaciones femeninas. La ciudad»

*El Cantábrico, Santander, 10-3-1902*

\* \* \*

[...]

Desde mis cuatro años empezaron a poblarse mis ojos de úlceras perforantes de la córnea. El cauterio local, los revulsivos, las fuentes cáusticas... todo el arsenal endemoniado de la alopatía sanguinaria y cruel empezó a ejercitarse sobre mis ojos y sobre mi cuerpo. Y, si las quemaduras con nitrato de plata roían los cristales de mis pupilas y las cantáridas en la nuca y detrás de las orejas llegaban a veces a descubrir el hueso, era solo para darme algunas semanas de respiro. Un constipado, un granito de arena, un exceso de golosina infantil, volvían a entronizar el proceso ulceroso, y mis ojos tornaban a la ceguera, y el quejido del atroz dolor helaba la risa en mis labios de niña, y mis manos, *ávidas de ver*, comenzaban de nuevo a tantear objetos y muebles, siendo mi usual conocimiento de las cosas más por el tacto y el presentimiento que por la realidad de la forma y el color.

El recurso supremo para el alivio de mi estado era la sierra, el mar, el campo. Cuando todos los grandes oculistas habían desfilado junto a mi lecho, cuando toda la farmacopea había vertido su torrente terapéutico sobre mí, la voz de mi sabio abuelo materno, viajero incansable, que decía desde Londres o Viena: «¡Esa niña al campo!»; la voz de mi abuelo paterno, nobilísimo señor que pasaba la vejez en su casa solar de Andalucía y que escribía: «¡Venga esa niña al campo!», determinaban la voluntad de mi padre a usar el recurso extremo; y con un trajecillo a propósito, cortados mis cabellos, arrancados de sobre mi carne vendajes, cáusticos, emplastos y potingues, mi padre y yo montábamos en el tren andaluz hacia las posesiones de mi abuelo en pos de las valles floridos, en pos de las selváticas cumbres de la sin par Sierra Morena.

A las primeras bocanadas de aquellos purísimos aires, impregnados del perfume de los jazmines, de las adelfas y de las rosas, un escalofrío de salud iba extendiéndose por mis musculillos de siete años y, ¡bien me acuerdo!, sentía desde adentro, desde lo hon-



do, desde lo más íntimo de mi ser, un desanudarse de contracciones, de encogimientos, de pavores que iban rompiendo, quebrando, deshaciendo los atadidos del dolor y de la tristeza, de modo que, antes de llegar a posar la planta en aquellos vergeles del campo andaluz, mis ojos comenzaban a abrirse y, desligándose sobre lágrimas quemadoras de las escaras de la ulceración, se fijaban atónitos, limpios y lucientes, ebrios de alegría, al extender la potencia de sus pupilas en aquella orgía de colores y destellos que al sol de Andalucía derrama en la tierra.

Y si las garras del mal que me acosaba no se aflojaban en los primeros instantes de mi llegada al campo, no había más que montar a caballo y subir a la sierra, ascender a las umbrías de Madrona, a los llanos de Navalahiguera, a las cumbres del Tamaral, a las mesetas de la Solana; abrir allí las tiendas de campaña, descargar las mulas del hato de la expedición; sentar el rancho de los monteros y ojeadores en pleno jaral, soltar los robustos podencos de la jauría y, al alegre resonar de las caracolas, ordenadoras de la batida, empezar el ojeo a través de los bosques alcornoqueros, del frondoso encinar de los altos madroñales y de los verdes lentiscos, donde seestean los jabalíes, pacen los venados y se esconden los lobos y los gatos monteses...

[...]

En aquella Castilla de clima feroz, hube de adquirir unas intermitentes leves, de esas que, con alguna dosis de quinina y un cambio de residencia, suelen curarse. Por tolerancia hacia opiniones ajenas y por buscar eminencias médicas, en vez de huir de la corte, fui a ella con aquellas leves tercianas y, al mes, las fiebres perniciosas más horribles, con períodos de frío de ocho a diez horas, me rendían en una caquexia palúdica que me tuvo meses y meses en agonía perpetua...

[...]

[Gracias] al heroico esfuerzo de mi voluntad, secundadora de cuanto la ciencia y el cariño hacían por mi salud, pude, al fin, tenerme en pie; y así que de pie me tuve, sin oír a nadie, como sonámbula que acude a la cita sugestionadora, firme, terca, arrolladora de toda otra voluntad que no fuera realizar mi deseo de marchar a los campos, acribillándome yo misma a inyecciones de quinina para no decaer en mi resolución, corrí a Galicia, a las ásperas escolleras que se extienden desde el cabo Silleiro a La Guardia, donde viene a estrellarse la tibia corriente del golfo mejicano, saturada del yodo y el sodio del mar del Sargazo.

Al pisar la primera aldea gallega de aquellas costas se me cortó la fiebre; al mes empecé a sentir la vida y la fuerza en mi agotado organismo; y a los tres meses me movía ágil, fuerte y sana por las rocas, devorando mariscos vivos que llevaban a mi sangre ríos de hierro y fósforo.

[...]

Resuelta ya (y ahora creo que para siempre) a vivir fuera de toda ciudad, hube, en una ocasión y estando de paso en Madrid, de *coger* un catarro de esos de mano armada, que son primos hermanos de la pulmonía por su carácter de rápida combustión.

Corrí a mi casa quinta de Pinto; se aparejaron mis caballos, se metieron en el tren y antes de las veinticuatro horas estábamos, mi viejo criado y yo en Cercedilla, al pie de las cumbres del Guadarrama. Con fiebre bastante alta, con una respiración jadeante, con un escalofrío continuo y con dolores aplastantes en todas las articulaciones, monté a caballo y al paso castellano apretado me encaminé al puerto del León (Guadarrama) por trochas y veredas que desde Cercedilla llevan a la cúspide. Tenía mi propósito: quería dejar aquel maldito huésped de mis bronquios y de mi pulmón en lo alto de la cordillera Bética.

A las diez de la mañana de un espléndido día de septiembre nos apeamos junto al león de piedra; con los caballos del diestro, nos internamos en el frondoso pinar que desciende hasta El Espinar. Así que hallé un manantial cristalino y corriente mandé hacer alto. Se encendió la cocinilla de campaña, se llenó de aquella agua pura y limpia, previamente endulzada con miel y, mientras se templaba el *medicamento*, me hice un lecho de monte. Envuelta en los abrigos, en los impermeables, en las mantas de los caballos, me tendí con la cara y la respiración hacia el viento reinante, que era un Norte vivo, saturado con el aliento de los ventisqueros de Siete Picos. Después empecé a beber, poco a poco, hasta apurar cuartillos, de aquella agua tibia y endulzada. Mientras tanto el cuerpo estaba abrigado y en reposo; el corazón, a una altura barométrica de más de 1527 metros, activaba la circulación de la sangre arrastrando deprisa las escorias de la fiebre.

A las siete de la tarde, con el pulso normal, sin fatiga, sin dolores, aspirando e inspirando como émbolo bien regido, ágil, alegre, fuerte y sano, montaba a caballo para pernoctar en El Espinar y beberme tres cuartillos de leche de cabras vista ordeñar...

¡Desafío a todos los sanatorios modernos a que puedan ofrecer un *apósito* y unos *medios* de curación más seguros para librarse de un catarro pulmonar incipiente!

[...]

¡Llevemos nuestros enfermos a los campos! Que beban el aire, la luz, el agua, puros y limpios; que los miasmas de la corrupción, que se esconden en sus entrañas, en su piel, en sus ropas, se aventen con las brisas de las montañas, impregnadas del aroma de los pinares, de la salvia y del tomillo, o con los vendavales del Océano, henchidos de la sal y del yodo de las olas. Que la luz, cayendo directa desde el sol sobre los espasmodizados músculos, vaya deshaciendo las contracciones del dolor al quemar los gérmenes que enroñan la sangre y los nervios. Que el agua cristalina, casi destilada al filtrarse por entre las cumbres rocosas, llena de azoe que las presiones enormes producen, arranque de las dañadas vísceras las granulaciones, o las escaras que lo impuro

y lo fétido engendran ¡Llevemos nuestros enfermos a los campos; aunque no sea más que para liberarlos de esos sitios de sombra, de polvo, de telas, de muebles, de chirim-bolos que forman las viviendas ciudadanas!

«Conversaciones femeninas. Los enfermos»

*El Cantábrico*, Santander, 26-5-1902 y 2-6-1902

\* \* \*

[...]

Traspasamos la cumbre y entramos en la soberbia meseta central de La Nalona: una llanura de heno alpino y lastrones de piedra incrustados por los deshielos en la tierra. El cielo la limitaba por todas partes, excepto por una en que un bloque de hielo de treinta o cuarenta metros de altura, diáfano, reverberante al sol, como monolito de nácar azulado, cortaba el purísimo azul del espacio con sus aristas de iceberg terráqueo. Parecía que estábamos en una llanura de la estepa castellana, de tal modo estaba todo llano y liso, y a no ser por el heno finísimo, propio de las grandes altitudes, y por aquel promontorio de nieve deslumbradora, nada suponía estar a más de mil novecientos metros sobre el nivel del mar. Seguimos andando, siempre al Norte, y, a unos cientos de metros, se cortó de pronto la llanada majestuosa con una crestería de piedra cuyas agujas se inclinaban hacia fuera de lo que ya barruntábamos precipicio; era el balcón magnífico, maravilloso, que lanzaba una balastrada natural de rocas hacia toda la región asturiana bañada por el alto Nalón.

Un panorama de belleza incomparable se extendía delante de nosotros. Nos echamos al suelo y, a gatas, para mayor seguridad y menor riesgo de desvanecernos, fuimos acercándonos a la arista volada sobre el abismo para contemplar a nuestro sabor aquella sucesión de valles, montes, colinas, vegas y pueblos, que se derrumbaban delante de nosotros en inacabable sucesión. Estábamos sobre las mismas fuentes del Nalón. Acaso aquella nevera que dejamos a nuestra espalda, mantenía, con sus filtraciones, los manantiales múltiples que rodeaban Peñalba y Los Porrones para acrecentar la corriente del hermoso río astur.

Jirones inmensos de nieblas blancas se prendían, ondulantes, en las cabezas de los montes como cendales vaporosos de esposas de titanes. Las cascadas de los riachuelos, que rezumaban las cumbres, caían, acá y acullá, en revueltas o en líneas, unas veces argentadas por la espuma, otras como cintas de zafiro, espejos del cielo. Manchones de selvas verdes, escalonados desde el claro verdemar hasta el ensombrecido verdinegro, bajaban desde los picachos, derrumbándose por la cañadas, orlando los torrentes,

extendidas en mantos riquísimos, que la distancia transformaba en repujados de esmalte esmeraldino. Cuadros, triángulos, rombos... todas las formas de la geometría se esparcían allá abajo en las vegas: eran los prados y los maizales de verdes límpidos; y cortando los tonos armonizados en toda la gama de los verdes de la vegetación, surgían, a un lado y otro, morrones abruptos, peñascosos, de duro y bruñido color, que unas veces parecían castillos fantásticos de un feudalismo redivivo y otras, agrupaciones de ciudades con murallas, torres y minaretes. El Nalón corría allá, lejos, muy lejos, y detrás de los últimos límites, en el fondo brumoso, sobresaliendo sobre las nieblas que sacudían sus pliegues sobre vegas y picachos, cortando el esplendor de una mañana gloriosa de luz, un telón inmenso, azul cobalto oscuro, confundido en línea indecisa con el celeste del infinito, se desplegaba en el horizonte: ¡era el mar! Menudos puntos rojos, grises y blancos, en agrupaciones casi microscópicas o esmaltando el verdor de los campos, salpicaban este soberbio panorama. Eran pueblos, aldehuelas, caseríos: Tarna, Sobrecastello, Pendones, los primeros pueblos ribereños del Nalón alto.

Allí estaba Asturias. ¡La incomparable Asturias! El florón más espléndido del solar español. El rincón más hermoso, florido y fecundo de la patria, que pudiera ser, si los hijos de sus montañas quisieran, el mayor manantial de riqueza para la extenuada España, con solo ofrecerse cultamente, amablemente, económicamente, inteligentemente, a la admiración de la Naturaleza que el mundo extranjero profesa, uno de cuyos principales sentimientos educados es la contemplación de sus bellezas y magnificencias. Medio mundo vendría a extasiarse en estos incomparables paisajes astures, menos monótonos que los de Suiza, de más suave y blanda temperatura; más gráciles y más llenos de matices, con las notas de lo abrupto y rocoso, más suavizadas y esparcidas que los del Pirineo Central... ¡Ah! Sí, sí. El día en que los europeos y americanos puedan recorrer Asturias sin miedo a inculturas, con una comodidad relativa y con una economía compatible con fortunas modestas, un río de oro recorrerá por estas montañas, porque no hay nada más soberanamente bello que Asturias.

[...]

«Recuerdos de una excursión»,  
*Asturias, La Habana, Cuba, agosto de 1917*

## OBREROS

[...]

Obreros de Trubia: mis ojos se han cruzado con los vuestros; os he visto en las calles hacer un ademán de respetuoso cariño llevándoos la mano a la gorra para saludarme. Ademán paralizado por un pensamiento doloroso, el imaginaros despedidos de la fábrica y con hambre vuestros hijos. He leído en vuestro rostro lo que los labios no se han atrevido a decirme... ¡Sí!, por cierto, y más de una vez he bajado mi vista para que no observáseis en ella el húmedo rocío del llanto; he pasado por las puertas de vuestras viviendas sin atreverme a atravesar el dintel de ninguna, por miedo a que mi presencia os legase la miseria, y he visto en ellos, con mi rápida mirada, mucho que será dicho a su tiempo; he contemplado las casas-palacios de la fábrica, y el suntuoso jardín que la circunda, y mis reflexiones han establecido el contraste; he sentido en mi corazón el grito de júbilo que del vuestro se escapaba y moría, sin articular, sobre el tostado semblante, cien veces más expresivo, con sus mudos signos de entusiasmo, que todos los discursos de la elocuencia humana. Yo sé bien que no era a mi persona a quien se dirigía vuestro homenaje, también lo saben mis compañeros de redacción: nosotros no somos nadie; átomos que pasamos, acaso el torbellino inmenso que en los horizontes españoles comienza a levantarse nos arrastre en su vertiginosa carrera, haciéndonos las víctimas primeras de sus estragos, lo sabemos; tenemos conciencia del peligro que arrostramos y, por mi parte, hace ya mucho tiempo que la renuncia voluntaria de mi bien personal se ofreció en los altares de la patria. Nosotros recogemos vuestras adhesiones, no para hacerlas guirnalda de nuestras vanidades, sino corona de gloria de vuestros hijos; vuestras miradas de gratitud y de entusiasmo las mandamos de extremo a extremo de España; tendemos a haceros fuertes, así contra las aristocracias como contra las demencias.

Los que no os amen, los que busquen en vosotros el escalón primero os dirán: «¡Levantaos y rugid, que sois leones!». «¡Quién dudaría del triunfo al veros manejar la férrea maza sobre el enrojecido yunque, cien veces más resistente que los cráneos de las razas degeneradas!». Los que os amen, los que ambicionen, no para ellos sino para vosotros, la hora de la felicidad, os dirán: «Sufrid, esperad y esperad. Ninguna locura conduce a la razón; ningún camino de sangre lleva a la felicidad; ningún privilegio conquistado con violencia lleva a otro lado que a la tiranía..., pero aprended». Regeneraos, para que solo ante vuestra mirada se disipe esta caduca sociedad roída hasta la médula... Escuchad. Hay tres verdaderos enemigos de vuestra alma: el catolicismo, la vanidad y el alcohol. La Roma prostituida cuidaba de embrutecer al pueblo y le daba diversiones de balde, restos de banquetes, jirones de suntuosas vestiduras; el pueblo reía y cada vez más estúpido, cada vez más ebrio en la holganza y la ruindad, se acostumbró a ser carne podrida en

que se saciaron las huestes de Atila. Los césares, los procónsules, los de arriba, sabían muy bien lo que se hacían al decir al pueblo «diviértete, come y calla». La enervación de las mesas trae la supremacía de los impúdicos y, al final, la ruina de las naciones. No os descuidéis. ¡Huid de la vanidad!, ¡huid del vicio! Esa funesta pasividad que tiende al fatalismo –que es la esencia del dogma católico, ponzoñoso reguero de manantial impuro– es el embrutecimiento que os sale al paso; ese estímulo pernicioso que os obliga al traje con pretensión de ridícula elegancia, al estilo con ínfulas de distinción, al café o al casino, es la enervación que se os viene encima; y esa taberna horrible, donde se os ofrece con el vino la blasfemia y el crimen, es la nidada de polilla esquiladora de los jugos de vuestro cerebro, transformado lentamente por el alcoholismo en semillero de pensamientos villanos y acciones feroces... Huid de esos enemigos; haceros sobrios, fuertes, inflexibles en vuestra conciencia y en vuestra voluntad: este es el primer paso. ¿Es preciso aprender ocultándose? Pues ocultaros, pero aprended. Sed constantes; si nosotros desapareciéramos, bien porque la debilidad humana nos llevase a la apostasía, bien porque el cansancio nos condujese al silencio, bien porque el huracán nos arrojara al abismo, otros se alzarán sobre nuestras huellas; seguid siempre a los que miren más lejos. Que vuestros hijos crezcan libres; ensayad sus energías en la resistencia y en las altiveces; que prefieran ser mártires a esclavos, y así iréis preparando la hora de la justicia... Ínterin, no dudéis que mis ojos todo lo vieron, que mis oídos lo oyeron todo; de todo se hablará a su tiempo. Vuestros hermanos los mineros y vuestros hermanos los labradores, ese enjambre inmenso que pulula afanoso sobre la hermosa tierra asturiana, siempre inclinado por el cansancio de un trabajo continuo; con supersticiones en vez de creencias, con idolatría en vez de religión, con servilismo en vez de modestia, con yugo en vez de ciudadanía, irán desfilando delante de mi pluma... Ya os veréis unos a otros, y mediréis juntos este caos donde se revuelve la patria, fecunda, trabajadora, virtuosa, leal y, por arte de mutuos errores, estéril, viciosa, ignorante y humillada.

«Restos del feudalismo (Trubia)»

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 9-7-1887

\* \* \*

[...]

¡Purificar vuestra existencia, que así sanará nuestra amada España! ¡Engrandeceos para engrandecerla! ¡No olvidaos que sois, como el mar, el creador perenne de la vida! ¿Creéis acaso que de las alturas puede venir la redención? Jamás sucedió así; ¡vosotros solamente sois los árbitros del destino patrio!

[...]

¡El hogar del obrero; he ahí, hermanos míos, el hilo conductor de la regeneración social. Uniros a vuestros hogares, que vuestros goces sean sus alegrías, que vuestras ambiciones sean la felicidad de vuestras familias! Oponed firmísimo barrera de sobriedades y de sencilleces al desbordamiento de sensualidad y de soberbia que viene de las esferas elevadas de la sociedad. El obrero sano, fuerte, virtuoso y sabio... ¡sabio!, ¡sí!, ¿por qué no?, las manos no son el pensamiento; el oficio se aprende y casi automáticamente se ejecuta; las horas de la taberna dedicadas al libro; este escogido no por las escenas imaginativas que describa, sino por las leyes naturales que enseñe; las horas de huelga que sean para vosotros las horas del estudio... ¡Sol de la vida humana, que, inundando de resplandores divinos nuestros cerebros, nos hace disfrutar de dichas mil veces máspreciadas que todas las satisfacciones de los sentidos!

El día del descanso que por *ley* debe ser implantado con rigidez extrema; el día del descanso, interrumpiendo con sus doce horas cinco días de continuo trabajo; ese día, que no estará mal llamado el nombrarlo santo, y que debe ser pagado religiosamente, por cuanto en él también trabaja el *obrero* acumulando fuerzas con el reposo; ese día dedicadlo a la contemplación de la Naturaleza en sus majestuosas grandezas del campo o del mar. Muy cerca de vosotros tenéis el océano; no cansaros jamás de adorarle; id siempre, un día y otro, a contemplar vuestra propia grandeza en su serena majestad. Que las espumas de sus olas salpiquen vuestros rostros llevando el acre aroma de sus algas a los recónditos senos de vuestro cerebro; de él brotarán después fecundas ideas, porque las atmósferas del mar, como si descendiesen en ráfagas divinas, de los santuarios de Dios al saturar con sus efluvios el alma del hombre engrandecen sus pensamientos y purifican sus instintos.

Vosotros, ¡solamente vosotros!, cuando afirméis con una existencia honrada, laboriosa y culta, la *ley moral*, podréis rehacer sobre estas ruinas sociales, los códigos de la verdad, y allí donde ahora triunfa la violencia, o la astucia, se elevará la razón, y allí donde se escarnece el trabajo y la virtud, se coronará de gloria a la honradez, viniendo a ser la vida social, no un facsímil horrendo de una lucha de fieras, sino una realidad admirable de una *familia de hombres*.

[...]

«Discurso leído en el Ateneo-Casino Obrero de Gijón  
la noche del 15 de septiembre de 1888»

*El Comercio*, Gijón, 19-9-1888

\* \* \*

Oye tú, obrero; no soy de tu clase; vengo de muy alto. En mi ascendencia hubo reinas, obispos, grandes capitanes, señores de horca y cuchillo; sin entroncamientos con ruines, soy noble de sangre, de apellidos, de linaje; las onzas de oro eran moneda baldí en manos de mis abuelos, y las hembras de los míos tenían sitio escogido y aparte en la iglesia parroquial de sus pueblos para cuando se dignaban acudir a ellas. En el presente soy burguesa, desde la coronilla hasta los pies; me baño, lavo y peino todos los días; tengo abrigos para el invierno y medios de pasar fresco el verano; poseo biblioteca, muebles cómodos y ropas abundantes para mi limpieza e higiene; soy para ti una odiosa burguesa, que siempre tiene un duro en el bolsillo para un antojo y, si quisiera, podría pasar tumbada las horas del día y dormida las de la noche ¿Te enteras bien? Soy tu enemiga por abolengo, por educación, por costumbres material y físicamente. Y por esto mismo, porque no soy de los tuyos, te voy a decir una porción de verdades, que tu debes creer como la esencia misma de la verdad, porque debes ver claro que al decírtelas no arrimo el ascua para que se ase mi sardina, sino que la arrimo para que se ase la tuya. Es decir, que no gano nada ni para mi pasado, ni para mi presente, ni para mi porvenir, porque ya tengo buena porción de años y no dejo atrás de mí ningún ser mío; en cambio, te hago a ti ganar, inspirándote ideas que acaso no te hubiesen ocurrido. Y no solamente no gano nada, sino que pierdo, y puedo perder mucho; porque pierdo la estimación de los de mi clase, que no me perdonaron ni me perdonarán nunca que ande contigo al habla; y puedo perder mucho si te facilito el camino para que realices tu ideal de retorcerme el pescuezo, quitándome antes mi bienestar. Conque mira tú, y medita sobre esto, si seré yo altruista, o sea generosa, y si tendré decidida vocación de mártir, porque no necesítandote (y, te advierto, que para mi vida individual no te necesito, porque si hubiera por ahí una isla desierta comprable, me iría a ella y sembrando, labrando y cogiendo unas patatas y ordeñando unas cabras y cosiendo de sus pieles un capisayo, no me cambiaba por una emperatriz), y no teméndote, porque gracias a mi raza no sé lo que es miedo. No debiendo ni por mi ayer, ni por mi hoy, ni por mi mañana ayudarte, ilustrarte, ni hacerte caso para maldita cosa, voy a sacudir tu cerebro con una porción de argumentos que, si los tomas como consejo de enemigo –que es el único y verdadero consejo que se debe tomar en serio– te han de servir como arma poderosísima para concluir con la odiada sociedad burguesa. ¿Te enteras? Pues oye.

Eres un imbécil si crees, atento solo al triunfo de la igualdad económica, que vas a conseguir la revolución social sin atender a tu elevación moral, y no hablo de la intelectual porque intelectuales conozco más bribones que el último rufián. Dar vueltas y vueltas como burro enganchado a noria de cangilones rotos es todo ese trajín que tienes y tienen los tuyos contra patronos, propietarios y maestros. Mientras el juicio y la voluntad vuestra no se libren de esa saturación de alcohol en que remojaís el cerebro; mientras no saquéis de vuestra conciencia la obsesión de la navaja, instrumento que



ha llegado a ser una prolongación metálica de vuestro corazón; mientras el nivel moral –moral, ¿entiendes?– de vuestro entendimiento no suba un peldaño hacia la dignidad, el decoro, el amor a vuestros semejantes, el afán de la hombría de bien y de la virtud; mientras vuestra inteligencia no note el bienestar de vivir sin vino y sin navaja, aún tenéis muchos días que roer en vuestra condición de parias. Porque emborrachados... ¡Vaya si podéis hasta reventar y tirar viajes...! ¡Vaya si los tiraréis, hasta sacar las tripas a media humanidad!; pero lo que es libraros de albarda, cabezón y ronزال, lo que es eso, pasado el alboroto de la escapada, volveréis a ser burros para muchísimo tiempo. ¿Quieres un poquito de historia? Pues oye.

¿Sabes porqué las castas aristocráticas perdieron sus privilegios y su poderío? Porque se dieron a emborracharse y a asesinarse. Cada castillo, cada abadía o palacio, era una taberna de lo fino. Cada hueste, legión o mesnada de nobles, era una partida de matones con el mandoble siempre en alto. Ínterin el pechero, o sea el pueblo de entonces, bebía agua y no usaba más herramientas que las del trabajo. Mientras el noble estaba curdo, herido o hiriendo, el pechero trabajaba, estudiaba, era sobrio y casto. Y al fin, la tortilla se volvió y el pechero se cargó con el santo y la limosna del poder, haciendo una sociedad nueva, que es esta en que estamos y estaremos por muchísimo tiempo, por todo el tiempo que tarden vuestras tabernas en subirse a las casas burguesas, y vuestras navajas en meterse en los bolsillos de las levitas y de los fraques, porque –y sigo haciendo historia– el hombre (que es, ni más ni menos, un animal) desciende de las fieras, que allá en siglos remotísimos fueron sus abuelos, y su destino en la tierra es ir haciéndose mejor y más feliz a medida que se vaya librando de los restos de ferocidad y brutalidad de sus progenitores. Y el beodo tiene aún algo del buitre que ahíto de carroña se entontece y se deja amarrar como un tronco; y el matón de faca empalmada tiene todavía mucho del tigre que, al tirarse sobre la presa, se deja coger en el cepo; porque borracho y matón, transformados en carne de hospital y de presidio, son buitre y tigres cogidos, incapaces de emanciparse ni emancipar a los suyos de los dolores y las miserias. Y no le des más vueltas, obrero, tu porvenir estriba ahí: en tu virtud; y toda tu virtud está en dos capítulos: «¡Huye del alcohol!» «¡Tira la navaja!»

Si la religión (todas las religiones dogmáticas) no estuviera divorciada de la moral activa, hasta el punto de no reconocer más moral que la suya; si la religión, en vez de perder el tiempo en letanías, rosarios, trisagios, sufragios y demás *agios*, dedicase su cuerpo sacerdotal a predicar virtudes positivas y útiles; si en vez de sermones contra los herejes, la razón y la libertad, diera pláticas contra el alcohol, contra la navaja, y contra la suciedad, contribuiría a formar un pueblo sin beodos, sin matones y sin puercos. Y un pueblo que no se emborracha, que no se asesina y que se limpia, podría ser muy hereje, pero sería muy honrado y –¡qué demonio!– me parece que Dios ya le tendría algunas consideraciones... Conque a lo tuyo, obrero. Si quieres que esta sociedad

corrompida, con sus malvados burgueses, se hunda en los abismos, es menester que tú procures estar menos corrompido que ella; es menester no hacer de fiera. ¿Entiendes esto? Deja a estas huestes sociales la salsa de podre en que se consumen; tú consérvate puro, limpio, sereno. Huye de sus vicios, no dando a tus pingajos ese aspecto de modas porque te pirrias y se pirrian tus hembras... Si te hieren, déjate morir antes que matar; se necesita más valor para morir que para matar, y matando no vence la razón sino la bestia. Deja el vicio para los de arriba y para los de en medio; cuando sales de la taberna dando traspiés, con las piernas o con el juicio, pones un puntal de hierro a la sociedad burguesa. A los borrachos basta para derribarlos la zancadilla de un niño, y si con alcohol en tus venas empuñas la navaja, entonces ya no eres hombre, ni siquiera fiera, eres un monstruo, amasado con todos los escombros de las miserias y maldades humanas. Cuando vas embuchado de vino y con la faca entre tus uñas, echas un bloque de cieno sobre la causa de tu emancipación. Para limpiar la mancha de cada bloque, necesitas un siglo de sufrimientos...

[...]

[Artículo publicado bajo el título «Crónica»]

*Heraldo de París*, 5-1-1901

\* \* \*

Ya se escucha en las orillas  
el rumor de la marea;  
vendavales de dolores  
traen sus olas turbulentas.  
Son lamentos y sollozos de incontables muchedumbres  
que sufrieron el martirio bajo el yugo de la fuerza;  
viene henchida de agonías;  
¡ya se acerca!

Es el grito del espanto del minero que sucumbe  
asfixiado por el fuego, en la entraña de la tierra,  
siendo el lodo del abismo tenebroso su mortaja,  
no dejando más que el hambre  
por herencia.

Es el grito del que cae de una cumbre del palacio,  
jaspeando con su sangre el vestíbulo de piedra,  
donde luego, vanamente, clamarán sus pequeñuelos,  
cuando vayan mendigando  
por las puertas.

Es el grito sin consuelo de la inmensa desventura,  
de la virgen que se vende, de la virgen que se entrega,  
fustigada en su abandono por el látigo del hombre,  
y agobiada de cansancio  
y de miseria.

Es el llanto de amargura de la infancia sin amparo,  
que tiritita, escarchada por el hielo su cabeza,  
disputando fieramente con los perros vagabundos,  
el mendrugo enmohecido  
de la cena.

Son los ayes de los pobres desvalidos viejecitos  
que agotaron, trabajando como honrados, la existencia,  
y se mueren solitarios en rincón abandonado,  
siendo escarnio de los hombres  
su tristeza.

Son los gritos de los seres humillados y vencidos  
que formaron hondos mares con sus lágrimas de pena;  
¡hondos mares tormentosos de corrientes desbordadas!  
donde rugen huracanes  
y centellas.

Ya se escucha en las orillas  
el rumor de la marea;  
no habrá rocas, ni aun las altas,  
que resistan los embates de sus olas turbulentas;  
viene henchida de agonías.  
¡Ya se acerca!...

«La marea»

*El Porvenir del Obrero*, Mahón, 15-2-1902

\* \* \*

No hay espectáculo más soberanamente hermoso que ver a los hijos del pueblo ansiosos de ilustrarse, de elevarse, de levantar la frente desde la ergástula de la ignorancia a la serena y amplia región de la sabiduría; porque hay que desengañarse: «La liberación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos».

¡Cuando se ve qué sumas de energía pierden los hijos del trabajo en las tabernas, en los necios juegos, en las feroces disputas de carácter sexual, en diversiones soeces o sangrientas, el alma desmaya y entristece! ¡Cuando se contempla un centro de cultura donde se aprende a leer, a escribir, a razonar, la inteligencia se estremece de esperanza! Pues en vosotros, solo en vosotros, estriba que el porvenir sea de luz o de sombra.

No es posible ninguna evolución hacia la mayor suma de felicidad sobre mayor número de seres esparcida, sin que en el alma de las masas prenda el fuego de la cultura; y el hombre y la mujer, sin saber leer, sin saber escribir, sin saber contar, sin saber lo que representan las palabras que oye y pronuncia, sin saber dónde vive ni lo que hay más allá de donde vive, es un verdadero animalito, es una unidad de rebaño rumiante, que con la cabeza baja, buscando siempre el pasto, anda sumiso al mandato de los pastores, bien lo lleven estos a dehesas excelentes o bien lo conduzcan a cruentos mataderos.

«Por la cultura»

*Alicante Obrero, Alicante, 30-9-1915*

\* \* \*

[...]

Una inundación de odio se infiltra en la filosofía, en la ciencia, en la industrialización, en el arte, en el poder directivo de los Estados, en las relaciones sociales, en la familia, en la vida entera de la sociedad, en todos los valores morales del hombre. Y cuando ya ahíta de odio, Europa no sentía la necesidad del amor, cuando un torbellino de soberbia sustituía a todas las sentimentalidades abnegadas del alma, un desgraciado ser, sin duda predestinado por inescrutables leyes a ser mensajero ejecutor del juicio decretado, prendió la pira de combustible llena, y la guerra europea emprendió su galope infernal sembrando la ruina, el retroceso, el dolor y la muerte en todos los ámbitos de la tierra.

El único eco de redención, en la fragorosa tormenta que nos envuelve, es el canto de amor del Primero de Mayo. Por encima del calcinamiento de toda la civilización, que se derrumba, cruza un aura primaveral que llena los ambientes de esperanza, que mete en el corazón las ilusiones del resurgimiento. ¿Cómo será la floración de la nueva edad

que arraiga entre lagos de sangre? ¡Toda distinta a las flores del odio, de la sensualidad, del egoísmo, de la hipocresía, de la violencia, de la profanación de la religiosidad..., toda distinta de las flores que ha dado la podrida edad que agoniza! ¡Nada ha de quedar de los que subsiste, si la ley del progreso no es un delito de mentalidades enfermas!

Dejará de ser la *propiedad privada*. La tierra es del Hombre, sus frutos son de TODOS los hombres. Dejará de ser la *organización de los Estados* bajo poderes personales. Los reyes y sus similares son la organización de la ley de castas, el símbolo del prehistórico pastoreo; los hombres no son ya las pjaras, son individualidades aptas para pensar y conocer, indagando y deduciendo, por sí mismos, las leyes de la Naturaleza. Dejará de ser el *sacerdocio* de todas y cada una de las múltiples religiones del mundo. El sacerdocio no puede existir dogmático, porque la generalización de las ciencias ha hecho imposibles las afirmaciones gratuitas, y si en forjar mitos y leyendas es el hombre completamente libre, el imponérselas a su semejante bajo coacciones o por mandamientos de los poderes civiles es tan absurdo que apenas se puede concebir que haya un sitio en la tierra ¡como en España! en que esto suceda. El sacerdote no puede existir sino como un *miembro sabio* de la sociedad humana, igual a todos los demás en deberes y derechos, y únicamente tolerado como consultor o iniciador de estudios comparativos de todas las ciencias: las leyendas, tradiciones y ritos que han embaucado el pensamiento, retrayéndole de inducir y deducir, tienen que desaparecer para siempre. Dejarán de ser las *costumbres*. Todas irán cayendo, roídas por el oxígeno de la libertad, de que se va a llenar la tierra; la ciencia irá enterrándolas, poco a poco, hasta que la naturaleza humana se reintegre a su prístina pureza, a la ley de vigor, capaz de salvar los límites de esta especie y entrar en otra, de mucho tiempo anunciada por la filosofía y el saber. Dejará de ser la *familia*. No hay mayor absurdo que los ilógicos cimientos de la actual constitución familiar, basada en la testificación de un tercero, sacerdote o juez; el hombre y la mujer son un solo ser, con el niño, completo; entre ellos no puede haber nada absolutamente más que la condicional aquiescencia que da el amor sexual, mutuamente sentido y mutuamente reflejado en el hijo; amor desde la misma pubertad, en la juventud, en la vejez y aún más allá de la muerte; el símbolo inmortal del hombre *olmo* y de la mujer *vid*; cuando se enlacen por sí mismos, sin los errores a los que da lugar el monstruoso cretinismo actual que separa, desde la niñez, a estas dos mitades humanas; [...] cuando las insanias dejen de martirizar a la especie, el hombre y la mujer se bastarán el uno al otro para toda su vida: él, subiendo al cielo, poderoso y erguido, como *el olmo*, llenando de magnificencias el bosque; ella, ligada a sus brazos, como *la vid* a las ramas, extendiendo los enroscados frutos entre el pomposo follaje; ¡Jamás, jamás llegarán a separarse el hombre y la mujer, cuando las imbecilidades sociales dejen de empeñarse en unirlos! Todo cuanto vemos, y padecemos, a nuestro alrededor, ha de derrumbarse, si la evolución hacia lo más perfecto es la ley de la vida.

¡Cantad, hijos del pueblo, víctimas de seculares errores! ¡Cantad las horas futuras de libertad! ¡Pasad sobre las ruinas que vuestros opresores hicieron en la tierra! ¡Que vuestras frentes, sudorosas por la miseria y el trabajo, se alcen serenas, mirando el porvenir! ¡La legión de las futuras generaciones, que espera en los umbrales del mañana para arribar a la tierra, extiende sus manos implorantes, ansiosas de recibir los dones que vuestro llanto y vuestro sufrimiento puede otorgarle! ¡Los hijos del hombre, que están por llegar, lo esperan de vosotros todo: libertad, justicia, razón y amor! ¡Seguid cruzando por la tierra, fijos los ojos en el más allá luminoso! [...] ¡Que importa, si la vida se cierne eterna sobre el Universo, como fruto de bendición!

«El Primero de Mayo de 1916»

*El Noroeste, Gijón, 1-5-1916*

\* \* \*

[...]

Allá en Galicia, en los pazos y en las casonas próceres, donde los mayordomos reciben los tributos de los semisiervos del propietario, deben de haber crujido, con estremecimiento de cadalso, las vigas centenarias de los vestíbulos como si una ráfaga de ciclón vaticinado se hubiera metido a desbaratar la vivienda.

¡Los campesinos gallegos! ¡Qué bonitos, como complemento del paisaje, los pintan los entretenidos, con la pluma o el pincel, en las superficialidades, cuando no en las memeces de la vida!

¡Qué trágicamente se ofrecen a las almas de fino temple cuando se vive entre ellos y se les siente trabajar, sufrir, renegar, agotarse y morir, llevándose en el último recuerdo de sus vidas la visión de horas, días, años, hechos unas pobrecitas bestias de amo iracundo, ambicioso, tumbón y depreciador, que no sabe hacer con ellas más que extenuarlas!

¡Qué bien se les conoce cuando se les oye decir en el balbucear del moribundo: «Dígame ¿podré ya comer un *poquiño* de carne o un *poquiño* de chocolate?». Porque saben de siempre, de abuelos a nietos, que solo uno o dos días antes de morir «podrán» comer estos manjares... ¡Ellos! ¡Los campesinos gallegos que crían para los ingleses soberbias parejas de becerros cebados! ¡Ellos, que han hecho de todos los rincones de Galicia preseas de insuperable riqueza agrícola y de hermosuras virgilianas!...

Ya han salido las guadañas, las hoces y las piedras: las armas de la *jacquerie*, una, dos, tres veces vencidas, pero, al fin, triunfadora ante la Bastilla; y que ahora, y luego y siempre, seguirá triunfando, no importa sobre qué clase, porque su gran fin no es más que triunfar sobre las iniquidades humanas. Y el horno del odio, sin el cual no puede

haber *jacquerie*, está ya encendido. Lo soplaron los inmoderados en las opresiones y ahora llamea inmoderadamente en los oprimidos.

No vencerán enseguida; «no venceremos» los que llevamos dentro, como hilo sutil, la capacidad de la indignación ante lo inicuo. Pero ellos y nosotros no perdemos de vista la luz guiadora, y aun muriendo sin haberla alcanzado, cumplimos bien con nuestra obligación... Vencerán los que les sigan. El caso es empezar la obra; rematarla no es más que cuestión de tiempo. Y de cimientos pueden servir nuestros despojos. ¿Lo han comprendido así los campesinos gallegos? Ellos son los amos, LOS AMOS, así con letra grande. Ellos llevan el trabajo, el sufrimiento, la paciencia; los otros llevan sus vicios, sus crueldades, su soberbia. Para unos la renta, los censos, los toros; para los otros la holganza, la vanidad, las harturas. ¡Bien está!

[...]

«Las castañas asadas»

*El Pueblo*, Valencia, 13-4-1923

## RELIGIÓN

Paremos la planta en los pórticos de los templos; fijemos la mirada en las criaturas que los pueblan; analicemos con serenidad el conjunto que forman.

Aquellas damas que salen llevando el voluminoso libro y el afiligranado rosario, ¿vienen de orar o de un torneo de belleza? Los penachos que ondean sobre su frente, el raso que se pliega en cascadas sobre los encajes o el brocado de sus vestidos; los afeites que abrillantan sus rostros como si fueran de escultura retocada; los dijes y preseas que fulguran en ellas, ¿no acusan una banalidad pueril, un ferviente culto a la religión de los sentidos? Las sonrisas de sus labios, el brillo de sus pupilas, el contoneo de sus talles, hasta la suntuosidad de los códices que llevan en sus manos, ¿no descubren un espíritu solicitado por todos los placeres de la carne? ¿Y a dónde van? ¿A sus hogares? ¿A esparcir la semilla del amor, de la paz, de la sencillez?... No; van a la ocupación cotidiana: a destrozar reputaciones, a revolver escaparates, a pregonar grandezas, a ocultar debilidades, a satisfacer apetitos, a provocar envidias, a rebajar a la amiga, a vender a la rival, a festejar a la viciosa, a consultar adivinos, a fiarse de curanderos, a ostentar la caridad, a esconder el vicio, a profanar la virtud aparentando santidad. ¡Así es como pregonan las excelencias de la *tolerancia* católica!

Aquellos varones que descienden por las gradas del santuario, mostrando un acicalamiento afeminado o una severidad tan afectada como la seria parsimonia de un mal actor; aquellos que se saludan ceremoniosamente con ese atildamiento de formas que es la librea más primorosa de los lupercos de nuestras sociedades, ¿vienen de orar o de la contratación del nuevo negocio? Su cortesía gongorina, la suavidad meticulosa de sus modales mezclada con la agudeza de sus sátiras y la suficiencia de sus discursos, ¿no los denuncian como prosélitos del dios éxito, como sacrificadores en los altares del becerro de oro? Y los equívocos obscenos, si bien pulcramente vocalizados, que brotan de sus labios, y las muecas provocativas de sus rostros de comediantes, ¿no los presentan como dignos descendientes de los prevaricadores que espantaban a Loth? ¿Y a dónde van? ¿A defender los derechos del oprimido o dar apoyo al inutilizado? ¿Van al palenque de las ciencias o de las artes a testificar una verdad y promulgar una belleza? ¿Van a enseñar el código de la ley natural con los consejos de su inteligencia y el ejemplo de sus virtudes? ¿Van a esparcir entre sus semejantes la luz de la sabiduría y el fuego de la caridad?... No; van a cumplir otros deberes más imprescindibles; van a gestionar el agio, a vender la dignidad, a usurpar el privilegio, a ultrajar al caído, a profanar el arte con las diatribas de su erudición, a falsificar la historia, a escarnecer a los héroes de la libertad con falsos comentarios; a ensoberbecerse con los humildes arrastrándose ante los poderosos; a comprar sus placeres deshonorando el hogar de sus prójimos; a prostituir sus hogares en los antros del placer; a premeditar ventas de esclavos, contratas fraudulentas o compras de falsificados productos; van a estudiar trasgresiones jurídicas, acomodamientos criminales, embrollos financieros o golpes de Estado que les den las primicias del poder y los diezmos de las contribuciones; van a entablar polémicas estériles para la felicidad de su patria –las cuales pudieran llamarse «metafísica de la oratoria»–, donde, después de alambicada la frase, estrujado el concepto, ampliado el detalle y siempre enaltecida la personalidad, no se saca en limpio más que unas leyes parecidas a monstruosos engendros, una administración anómala, restrictiva y asequible a las irregularidades, y un miserable lugar entre las grandes naciones. Van a revolverse en los brazos de todas las concupiscencias y a desprestigiarse bajo el cúmulo de todos los errores, con el rostro enmascarado por una dignidad teatral, la cédula de comunión arrollada entre sus perfumados guantes y las bendiciones apostólicas irradiando sobre sus cabezas. ¡Helos ahí que salen del templo de su Dios, resumiendo la tolerancia del catolicismo!

[...]

«Ateos», capítulo tercero.

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 15-2-1885



[...]

Constancia para romper ese cerco de hierro que estruja el pensamiento del hombre, pero constancia científica, no fanática ni egoísta. Es menester que se vayan difundiendo la mayor parte de los conocimientos penosamente adquiridos por los genios de todos los tiempos y de todas las razas, porque a medida que la gran masa humana, el pueblo, el vulgo, las muchedumbres, vayan abarcando más amplio círculo de verdades, se irán separando de los exclusivismos de castas; y a medida que el hombre se aleje de lo pequeño, el confesionario irá desmoronándose entregado a la minoría más estúpida o más prostituida; porque su ciencia es vana declamación de una comedia insulsa, enfrente de la física, de la química, de la astronomía, de las matemáticas, de la fisiología y de todo el cortejo de las ciencias naturales; y en cuanto la inteligencia vislumbra la más leve partícula de alguna de ellas, la sabiduría del confesionario se queda relegada a preceptora de imbéciles, de hipócritas o de ambiciosos; en todo caso, de seres inferiores; elevándolos o redimiéndolos, a ellos o a sus hijos, se quitan piedras y argamasa a la gran trinchera, y una vez caída, los dogmas que defiende, sumiéndose como átomos leves en el concurso universal de la sabiduría, quedarán despojados de su maléfico poder, y dejarán de ser rémoras funestas al perfeccionamiento del hombre para convertirse en curiosidad arqueológica de anticuarios e historiadores.

Pero si la constancia en esparcir la verdad ha de ser una de las primeras armas contra el confesionario, no es de menor importancia la serenidad, porque ese baluarte, además de su firmeza tiene la atracción de los perfumes venenosos, que comienzan por adormecer y concluyen por matar; es menester una serenidad profunda, una fe poderosa en Dios y en la inmortalidad (sin definiciones ni exclusivismos) que se oponga dulce, pero firmísimamente, a las sugerencias del confesionario, sugerencias basadas sobre los restos de las filosofías del paganismo, que aún circulan, por la ley de herencia llevadas, en la sangre de las actuales generaciones; y todas aquellas filosofías que tendían a la comunicación individual del presente imponen la confianza, la efusión, la expansión, el deseo de expresar, a otro ser, los más íntimos de los pensamientos propios; y éstas son las *mieles* del confesionario: es hermoso, es humano, es consolador contar nuestras penas y pedir el consejo para huir del dolor; ligarse por el secreto entre dos a una seguridad de cariño... ¡Pobres moscas!... ¡Pobres seres que sienten por exceso de pesadumbre, o por flaquezas de fe, esa necesidad imperiosa de caridad, y sin darse cuenta de su sentimiento, impulsados ciegamente por una creencia impuesta y nunca examinada, van (muy convencidos de que buscan perdón) a balbucear el llanto de sus penas, para conseguir el consuelo de la lástima... apenas han vertido el fondo de sus almas, ya se anudaron a su alrededor las tenues mallas de esa red misteriosa, cuyos

anillos de sujeción están enclavados en la Roma papal, sobre los tesoros del mundo católico, y el sibaritismo de las cortes pontificias! ¡Oh!, ¡cuánta severidad y cuán profunda se necesita para atacar esa línea de defensa! ¡Cuán firmemente hemos de contener el impulso caritativo de la humana piedad, hacia tantos y tan infelices seres que, sumidos en tristezas, en amarguras o en catástrofes, nos imploran les dejemos ese recurso supremo a sus tribulaciones!

[...]

«El confesionario»

*La Luz del Porvenir*, Gracia, Barcelona, 3-6-1886

\* \* \*

[...]

Allí, en ese Catecismo, hay diez mandamientos, la esencia de *la moral que informa las costumbres de nuestra civilización cristiana*. En que se aprendan *de memoria* estos diez mandamientos estriba todo el plan de enseñanza que rige en nuestros pueblos rurales. En efecto, se aprenden, todos los aprendemos; pero eso «¿qué?», como dice la Higinia. La letra resbala sobre los espíritus incultos como resbala sobre tersa superficie de mármol la gota de lluvia, sin dejar el menor vestigio... ¿Por qué? Porque de aquellas sacristías donde se va a aprender de memoria ese Catecismo, porque de aquellos hogares donde se repiten de memoria los diez mandamientos, brota una atmósfera de letal corrupción. «Ama a Dios sobre todas las cosas»: y desde las más altas cumbres católicas, desde el mismo Vaticano, suntuosamente revestido de costosas preciosidades, hasta la más escondida sacristía donde se guarda el lujoso terno bordado, se ve, no el amor a Dios, sino el amor a los tesoros y vanidades de la sociedad.

«No jures en su nombre»: y mientras esto se aprende *de memoria*, se descubre con el entendimiento la juramentación hasta en la trivial declaración de un diputado a Cortes. Y mientras la memoria aprende que es menester «santificar las fiestas», la inteligencia contempla el domingo convertido en orgía, la romería en bacanal, la boda, el bautizo y el baile hechos un pugilato de vanidades o de lascivias, la feria transformada en semillero de engaños y de chismes, y hasta el entierro, esa melancólica *fiesta* humana, dando motivo al hartazgo y a la borrachera.

Después viene la esencial raíz de ese decálogo que no es maravilloso por haber sido inspirado –según pretende la leyenda– por este o aquel dios, sino por lo que hay en él de moral. «Honrar padre y madre» dice el cuarto mandato, y a continuación aquella niña mira en una, y en dos, y en cien familias el desprecio hacia los ancianos padres o a los que de tales hicieron veces. Los ve en mil ocasiones abandonados a la caridad

pública, mientras los hijos guardan en los atrosos la mies; y contempla los repugnantes pleitos judiciales o familiares que entablan los hijos contra los padres por cuestión de intereses, bien sobre particiones de hijuelas, gananciales, etcétera; pleitos que llegan a veces a tener el carácter de sangrienta guerra, en la cual se sacan a público juicio las más leves faltas de los padres.

«No matar», le dicen enseguida, y la silueta del sacerdote guerrillero de las contien-  
das civiles aparece en los términos de la aldea exigiendo, con el trabuco y la navaja, el oro de las arcas municipales, al servicio de bagajes o el alistamiento de mozos para la cuadrilla. Y si al invadir la aldea halla algunos reacios a sus órdenes o sospechosos de liberalismo, aquellos mismos labios sacerdotales que repitieron un día y otro «no matar» para que *de memoria* lo aprenda la infancia, dan la orden del fusilamiento contra el desgraciado que mereció sus iras.

El Catecismo sigue de este modo resbalando sobre los espíritus infantiles como una mera fórmula de vocalizar la palabra. La lujuria es el único fuego que anima la mirada de ambos sexos; el amor en nuestras aldeas toma un carácter repulsivo de *ayuntamiento*; primero se *tasa* la novia y el novio, se ve si ambas dotes pueden hacer frente a la miseria que se espera en el porvenir, y si el trato conviene se juntan los esposos mediante la fórmula canónica. Las demás relaciones entre ambos sexos son de dos clases: o de un momento de instintiva necesidad, o de un deseo semimístico de *servir* a Dios. A todo esto se sigue aprendiendo el Catecismo; se llega al séptimo mandamiento, y desde el rapazuelo que sube a los árboles del huerto ajeno a comerse la fruta madura y destrozar la verde, hasta el tabernero de la aldea, que compra un pellejo de vino y le echa otro de agua, todos le señalan a la *neófita cristiana* el camino de la realidad, opuesto diametralmente a la enseñanza doctrinal.

A todas estas contradicciones sirve de coronación la más honda, la más perturbadora del sentido moral de nuestra infancia popular. Tan sujeta en las garras del catolicismo, nuestra niñez se acostumbra a *mentir* y a *levantar falsos testimonios*, a pesar del octavo mandamiento. Desde el tenaz confesionario se le señala la ruta de la mentira, de la doblez, de la falsedad. «Dime a mí solamente la verdad; yo soy como Dios; en no engañándome a mí engaña al mundo entero.» ¡Y la verdad se oculta en la sombra, busca la rejilla medrosa de los rincones conventuales; fuera de allí no importa mentir, y el mandamiento, *de memoria* aprendido, se queda como una risible farsa en los umbrales de la sociedad popular, que miente y levanta falsos testimonios con la mayor naturalidad del mundo, como hecho sencillito, sin ninguna trascendencia!... ¡Oh! ¡La verdad! ¡Mientras ella no luzca viva y ardiente sobre todos nosotros; mientras no se sienta con la verdad, y con la verdad se hable, y con la verdad se accione, esta podrida corriente que nos invade no se detendrá nunca!... La niña aldeana puede decirse que entra en la juventud con una segunda naturaleza, con la de embustera.

El deseo de llevar la discordia a la familia ajena nace violento en su inteligencia mientras repiten sus labios el noveno mandamiento, y este deseo brota en ella porque ve que es usual y admitido el contubernio adulterino, perfectamente disculpado en el hombre y no mal visto en la mujer, si sabe desprenderse del editor *legal* de sus devaneos, sin que los ropajes sacerdotales se opongan a veces a la prevaricación. La ambición remata el aprendizaje de moral aprendida *de memoria* en el Catecismo, y el resumen que las facultades intelectuales de la niña hacen del conjunto se transforma en su resolución de salir del pueblo a servir para *sacar* a los ricos (sin duda los ricos no los toma por prójimos el pobre) con que pasar su vejez.

[...]

*El crimen de la calle de Fuencarral*

Madrid: Casa Editorial de José María Faquineto, 1888, p. 28.

\* \* \*

Por dentro sin piedad, como la hiena,  
ni un destello de amor su pecho tiene;  
por fuera, ¡con qué maña se previene!  
para lograr la estimación ajena.

Miel derraman sus labios mientras, llena  
de odio y de envidia páfida, se aviene  
a toda acción villana, si conviene  
con las horas del triduo o la novena.

Donde quiera que exista, hiere o mata;  
la ignorancia en su mente forma nido;  
lleva siempre los vicios de reata,

y el corazón por la soberbia henchido.  
¡Dios! ¿Qué Dios, es el Dios de la beata,  
tan rezado y nombrado y tan... vendido?

«La beata»

*La Dinamita*, Béjar, 19-7-1903

[...]

La que esto escribe no es evangelista. A fuerza de estudiar y analizar todas las religiones que padeció la humanidad, según la historia, desde el mito del dios Sol del pueblo ario hasta los cuentos-leyendas de los Lucas y los Marcos, se ha convencido de que toda religión formulada, metodizada, encerrada en mitos, preceptos, dogmas, métodos o dictámenes, representa al coco (misterio) en la infancia de la humanidad, de la cual aún no ha salido, y cuya edad adulta llegará con los siglos. Ya ha llegado para contadísimas individualidades humanas, del mismo modo que llega para unas moléculas antes que para otras, en el crecimiento óseo, la solidificación que luego ha de adquirir todo el sistema, dando característica al esqueleto que, ya adulto, aún ha de subsistir mucho más allá que la especie –a veces desaparecida– a que perteneció...

Los evangélicos, como todos los sectarios de todas las religiones metodizadas, llegarían a la misma brutalidad de fanatismo si el poder civil pusiera en sus manos las armas dominadoras que pone en manos de los católicos; mas no es posible negar que, hoy por hoy, en España, los evangélicos son un progreso, un paso hacia la razón, la cultura y la tolerancia hacia lo justo, medurado y consciente, pues su doctrina –tomando todo lo puro, humano y progresivo del cristianismo, que es la ley del amor fraternal entre los hombres, sean cuales fueren sus creencias–, tiende a borrar los rasgos atávicos de salvajismo de la especie humana.

[...]

«Tolerancia religiosa»

*El Nuevo Régimen*, Madrid, 18-7-1905

\* \* \*

[...]

Una de las más afiladas armas que usan las inercias (rutinas, ignorancias, soberbias masculinas, etcétera) para acorralar a las que hicieron examen de conciencia, y, con arreglo a conciencia, hablan y obra, es acusarlas de ateísmo, irreligiosidad, inmoralidad. «No creen en Dios; no tienen religión; son inmorales». Esto dicen en todas formas las huestes católicas.

Dejando a un lado la definición de la moral –arduo problema que se viene debatiendo hace siglos y aun por la misma Iglesia–, ahí está la moral jesuita enfrente de la moral de los primeros cristianos, sin que hasta la fecha se hayan puesto de acuerdo filósofos ni legisladores, por más que todos están unánimes en afirmar que la moral no tiene nada que ver con la religión. Veamos qué entienden por ateísmo los enemigos de las mujeres conscientes, racionales, pensadoras.

El ateo es el que *niega* a Dios; perfectamente; y ¿saben ellos si niegan a Dios las que no son católicas? ¿Qué concepto tienen del Universo los católicos? ¿Serán ellos, acaso, los ateos?... A mí no me duelen prendas; su Dios no satisface ni a mi razón, ni a mis sentimientos, ni a mis costumbres, ni a mis esperanzas.

Voy a imaginar, por un momento, ser la perfecta creyente que fui allá, en mi edad infantil, cuando con una pureza y una fe absorbentes, creía... Recuerdo haber pasado una noche de fervoroso arrepentimiento por haber cogido una onza de chocolate de la despensa de mi abuela; pecado horrible entonces para mi conciencia de nueve años y, por el cual, tenía la certeza de que se abrirían ante mí las puertas del infierno. ¡Ah! ¡Qué espanto cuando pienso que entonces yo veía la posibilidad del perdón de mi abuela, y no suponía fuera cosa asequible el perdón de Dios...! ¿No era yo entonces una atea? He ahí el concepto de Dios con arreglo al catolicismo. ¿Y qué idea es esa de un Dios chico, personal, ocupado en el trajín de penar culpas cometidas por sus propios hijos, Dios de minucias; administrador de premios y castigos; vengativo de peor condición que los padres y abuelos humanos, atareado, como maestro de lugar, en apuntar en la pizarra las picardigüelas de sus discípulos.

¡Con cuanto afán ahondé después, días y años enteros, en los libros llamados santos, y con cuán hondo convencimiento los relegué, al fin, en mi biblioteca como curiosidades históricas de la infantil edad humana, dando con ello mi adiós postrero a una fe incompatible con la idea de Dios; y al abandonarla definitivamente ¡cómo se plegaron las alas de mi alma a través del infinito de los cielos, en donde el corazón, tierno y piadoso, ha podido encontrar horizontes a sus ansias; en donde la mente guiada por las ciencias, registradoras de las leyes naturales, supo hallar el divino emblema de Dios, amable y sonriente, piadoso y dulce, sereno y sabio, inmedible e inanalizable, que despliega su manto de soles y de mundos en la infinidad del universo y los pétalos de las florecillas campestres en los valles y cañadas de la tierra!

Y cuando en mi ansia de obedecer y amar a Dios he ido, año tras año, peregrinando por montañas y costas, mil veces me arrodillé extasiada al alzarse ante mi vista sus majestuosos altares en los ventisqueros pirenaicos, en las crestas rocosas de las cimas cántabras o en las escolleras abruptas donde los torbellinos del mar cantan hosannas eternos... Y allí, en presencia de los grandes cuadros de la Naturaleza, donde todos los colores de la divina paleta trazan la armonía del mundo, mi alma, siempre arrodillada, siempre sumisa y piadosa, volvía sus anhelos a la divinidad desconocida y magnífica que, por decreto inescrutable, nos da ojos para ver, corazón para amar, conciencia para sentir y mente para analizar.

¡Atea! ¡Yo atea! ¡Pobres ciegos del entendimiento que saben forjar un Dios a su imagen y semejanza, Dios de odios y soberbia y no imaginan que la Divinidad pueda

ofrecerse a nosotros con otras vestiduras que aquellas pobres vestiduras tejidas por las mortales manos!

[...]

«Nuestro ateísmo»

*El Noroeste*, Gijón, 1-11-1909

¡España masculina! ¡Hombres en cuyo cerebro se enciende el rayo de la idea, en vano agitaréis su luminaria si en la oscuridad del hogar está resuelta la mujer a entenebrece el porvenir! La Iglesia y la razón, el dogma y la ciencia: este es el dilema, y para resolverlo no se puede prescindir de la mujer, porque ella representa la Iglesia y el dogma en frente del hombre, que es la ciencia y la razón; y ella, la mujer, la «gota de agua» cayendo mansa, perenne, acompasada, infiltrante, sobre toda la masculinidad española, es la que nos ha traído a esta situación anodina, incolora, rufianesca, en que se debaten inútilmente unas cuantas personalidades dignas y valientes.

[...]

Hay que haber sufrido, durante más de veinticinco años, la persecución encarnizada, tenaz, cruel, solapada, traidora y villana que vengo sufriendo yo, por haber sido de las primeras españolas que se separaron, franca y públicamente, de toda religión positiva, para darse cuenta exacta y precisa del valor que para la Iglesia tiene la mujer, del inmenso poder que con ella atesora y del pavoroso espanto que le causa el que se la quiten.

Todo, todo cuanto se haga será inútil, si no se descataloga el femenino patrio. Es menester que en el oído de nuestras mujeres no caiga ese manantial, soterrado de los confesionarios, conferencias, misiones y demás baluartes del enemigo, vomitando de continuo todos los ultrajes, infamias, calumnias y mentiras sobre los mundos de la razón, la ciencia, el pensar y el saber.

Para comprender el poder que tiene la Iglesia acodado en las nimiedades pueriles del alma femenina, hay que buscar en ellas el terror del infierno, las zozobras del purgatorio, la imbécil cobardía del «qué dirán»; causas que, unidas, son la razón de la mansedumbre borreguil de nuestras masas, de las veleidades epicúreas de nuestros intelectuales y de la sanguinaria brutalidad de nuestro pueblo.

En esa mitad humana de la península, en la mujer española, está metida la raíz de la Iglesia. ¡Jamás, jamás se verá la patria libre de la lepra que la ensucia y la ahoga, si no se extirpa esa semilla del alma femenina!

«La mujer española»

*El Radical*, Almería, 16-12-1909

\* \* \*

Detrás de cada moza, un capuchino;  
dentro de cada casa, en la cocina,  
una hermanita o dos de la Doctrina  
y haciéndose el carbón benedictino.

Infiltrada en lo humano y lo divino  
del jesuita la moral indigna,  
y, aun para hacer buñuelos o cecina,  
bendiciones de obispo o de agustino.

Bien saturada la nación de neos,  
y hallando, ¡hasta en la sopa! la cogulla,  
forzosamente empezará el descuaje...

¿Y qué podrán hacer los fariseos  
gobernantes que meten tanta bulla,  
cuando el pueblo acogote y pinche y raje?...

«¡Por saturación...!»

*Acción Socialista*, Madrid, 31-10-1915

\* \* \*

En los ligeros apuntes publicados ayer, sacados de los códigos religiosos de las grandes religiones humanas, empezando por la brahamánica, cuya existencia la calculan algunos autores en más de cuarenta mil años, *una sola verdad* diáfana, rotundamente afirmativa, sin transformación ninguna, pura, espléndida, como chispa descendida del Incognoscible Divino Verbo, brilla luminosa, a través de todas ellas, prestándoles su impulso fecundador y progresivo. Esta verdad es el espíritu de fraternidad, impuesto lo mismo por Brahma que por Zoroastro, por Odín y Moisés, que por Jesucristo y Mahoma. Y cuando se estudian las religiones azteca y peruana, las grandes religiones de las dos Américas, y las sectas derivadas de ellas y sus brotes perdidos en las islas del Pacífico; cuando se desentrañan de todos sus códigos las máximas y sentencias para todos los órdenes de la vida, se ve en ellas, también escondidas debajo de sus símbolos, leyendas y mitos (más o menos bellos, absurdos o crueles), la misma sagrada Verdad que las alumbró y engrandece a todas, al fundamentarlas sobre el AMOR



AL PRÓJIMO. Mandato incondicional, imperativamente categórico, sin subterfugio ni desviaciones en sus orígenes. ÚNICA Y VERDADERA RELIGIÓN que conduce a la especie humana a través de los siglos y sobre todas las pobres fantasías de la imaginación. Esa imaginación que se perturba cuando quiere extravasar con su poder la relatividad que le fue impuesta en el tiempo y el espacio (su *modo o medio* de acción), haciéndola perder jornadas hacia su destino sublime, no sólo en este planeta, sino en la infinitad de las *moradas* de que también nos hablan *todas* las religiones, y que no pueden ser otras que aquellos universos visibles o invisibles, que nos señala la Astro-nomía. ¡Palacios de las almas por el ejercicio de sus virtudes conquistados! *Moradas*, entrevistas por la razón inductiva y deductiva. ¡Don de Dios, otorgado a la criatura, no para que la enlode de odio, ni la desmenuce en las puerilidades, sino para que en ella encienda la antorcha de la fe y con ella derrame la esencia de la esperanza!

«La verdad inmanente de las religiones positivas»

*El Noroeste, Gijón, 26-5-1917*

\* \* \*

Al entrar en la noche de la muerte  
aún habrá luz para una noble vida,  
porque no puede ser labor perdida  
la de una vida dadivosa y fuerte.

Y si ofrece la muerte luz que advierte  
y deja a la conciencia esclarecida,  
¿por qué ha de ser la muerte tan temida  
si es, acaso, morir la mejor suerte?

No es el «ser o no ser» lo más temible,  
sino la sombra en el sendero andado,  
y si es la luz de amor inextinguible,

a morir o vivir predestinado,  
quien hallara la oscuridad terrible  
¡será el que viva sin haber amado!

«Sombra y luz»

*El Noroeste, Gijón, 1-7-1923*



## Bibliografía citada

- ACUÑA y VILLANUEVA, Rosario de: *Un ramo de violetas*. Bayona, Francia: Imp. Lamignère, 1873.
- \_\_\_\_: *La vuelta de una golondrina*. Madrid: Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1875.
- \_\_\_\_: *Rienzi el tribuno*. Madrid: Administración Lírica-Dramática, 1876.
- \_\_\_\_: *Ecos del alma*. Madrid: Imprenta de A. Gómez Fuentenebro, 1876.
- \_\_\_\_: *Amor a la patria*. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, 1877.
- \_\_\_\_: *Morirse a tiempo. Ensayo de un pequeño poema imitación de Campoamor*. Zaragoza: Imprenta de A. Gómez Fuentenebro, 1879.
- \_\_\_\_: *Tribunales de venganza*. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, 1880.
- \_\_\_\_: *Tiempo perdido*. Madrid: Imprenta de Manuel Minuesa de los Ríos, 1881.
- \_\_\_\_: «La cordobesa», en Faustina Sáez de Melgar (dir.): *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*. Barcelona: Establecimiento tipográfico de Juan Pons, s.a. [1881], pp. 94-101.
- \_\_\_\_: *Morirse a tiempo. Ensayo de un pequeño poema imitación de Campoamor*. Madrid: Imprenta de Manuel Minuesa de los Cobos, 1881, 3ª ed.
- \_\_\_\_: *La siesta*. Madrid: Tipografía de G. Estrada, 1882.
- \_\_\_\_: *Influencia de la vida en el campo en la familia*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Montegrifo y Compañía, 1882.
- \_\_\_\_: *El lujo en los pueblos rurales*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Montegrifo y Compañía, 1882.
- \_\_\_\_: *Sentir y pensar*. Madrid: Florencio Fiscowich Editor, 1884.
- \_\_\_\_: *La casa de muñecas*. Madrid: El Porvenir Editorial, 1888.
- \_\_\_\_: *Un certamen de insectos*. Madrid: El Porvenir Editorial, 1888.
- \_\_\_\_: *Discurso de doña Rosario de Acuña leído en el Ateneo-Casino de Gijón la noche del 15 de septiembre de 1888*. Gijón: Tipografía de A. Blanco, 1888.
- \_\_\_\_: *El crimen de la calle de Fuencarral. Odia el delito y compadece al delincuente*. Madrid: Editorial de José María Faquinet, 1888.
- \_\_\_\_: *Discurso pronunciado en el acto de instalación de la logia femenina Hijas del Progreso por doña Rosario de Acuña*. Avilés: Imprenta de E. Suárez Puerta, 1889.

- \_\_\_\_: «A la memoria de Mesonero Romanos después de leer su obras» en Sebastián López Arrojo (ed.): *¡El curioso parlante!... Pensamientos, poesías y artículos de costumbres*. Madrid: Imprenta de M. P. Montoya, s.a. [1889], pp. 115-117.
- \_\_\_\_: *El padre Juan*. Madrid: R. Velasco Impresor, 1891.
- \_\_\_\_: *La voz de la patria*. Madrid: R. Velasco Impresor, 1893.
- \_\_\_\_: *La higiene en la familia obrera. Conferencia dada en el Centro Obrero de Santander el 23 de abril de 1902*. Santander: El Cantábrico, 1902.
- \_\_\_\_: *Avicultura*. Santander: Tipografía El Cantábrico, 1902.
- ADÚRIZ, Patricio: «Rosario Acuña», *El Comercio*, Gijón (16 y 23 de febrero; 2,9 y 16 de marzo de 1969).
- ÁLVAREZ, María Teresa: *Ellas mismas. Mujeres que han hechos historia contra viento y marea*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.
- ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro: *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración*. Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, 1985.
- ÁLVAREZ PALOMO, Ramón: *Eleuterio Quintanilla (vida y obra del maestro). Contribución a la historia del sindicalismo revolucionario en Asturias*. México DF: Editores Mexicanos Unidos, 1973.
- ARCO BRAVO, Miguel Ángel del, «Periodismo y bohemia», en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, vol. 19, nº2 (2013), pp. 943-960.
- ARKINSTALL, Christine, «Writing Nineteenth-Century Spain: Rosario de Acuña ant the Liberal Nation», *Modern Language Notes*, 120 (2005), pp. 294-313.
- \_\_\_\_: «Configuring the Nation in fin-de siècle Spain: Rosario de Acuña's *La voz de la patria*», *Hispanic Review*, vol. 74, 3(2006), pp. 301-318.
- AYALA, María de los Ángeles, «*Rienzi el tribuno*, drama histórico de Rosario de Acuña», en Enrique Jiménez (coord.): *III Encuentro entre las universidades de Macerata y Alicante (marzo de 1994)*. Alicante: Universidad de Alicante, 1995, pp. 35-44
- BOLADO, José, «Introducción y notas bibliográficas» en Rosario de Acuña: *El padre Juan*. Gijón: Ateneo-Casino Obrero de Gijón, 1985, pp. XI-XXVI.
- \_\_\_\_: «Rosario de Acuña: Palabra y testimonio en la causa de la emancipación femenina», en José A. Ferrer Benimelli (ed.): *La masonería española y la crisis colonial del 98*. Zaragoza: CEHME, 1999, vol 1, pp. 65-81.
- \_\_\_\_: «Rosario de Acuña» en J. Bolado: *El cuerpo de los vientos. Cuatro literatos gijoneses*. Gijón: GEA Distribuciones Gráficas, 2000, pp. 32-48.
- BONAFOUX, Luis: *Bilis*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908.

- CALVO CARRILLA, José Luis: *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*. Madrid: Marcial Pons, 2008.
- CAMÚS, Matilde: *Historia del lugar de Cueto*. Santander: Ediciones Tantin, 1990, 2 vols.
- CASTAÑÓN, Luciano, «Aportación a la biografía de Rosario de Acuña», en *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, año 40, nº 117(1986), pp. 151-172.
- Concordato celebrado en el año 1851 entre Su Santidad el Sumo Pontífice Pío IX y Su Majestad Católica Doña Isabel II Reina de las Españas*. Madrid: Establecimiento tipográfico de los Hijos de J. A. García, 1902.
- CORREA RAMÓN, Amelina (ed.): *Cuentos de mujeres. Doce relatos de escritoras finiseculares*. Madrid: Clan Editorial, 2000.
- DÍEZ MÍNGUEZ, Isabel (ed.): *Antología de cuentistas madrileñas*, Madrid, Ediciones La Librería, 2006.
- DOMINGO SOLER, Amalia: *Sus más hermosos escritos*, Barcelona: Maucci, s.a. [1923?].
- ENA BORDONADA, Ángela: «La mujer en el Ateneo: una visión histórica», en *Boletín de la Biblioteca del Ateneo*, nº 10, 2001, pp. 15-20.
- ESPARCIA, José Luis: *Aproximación a Rosario de Acuña*. Pinto, 1999.
- FALCÓN O'NEILL, Lidia: *Los hijos de los vencidos (1939-1949)*. Madrid: Vindicación Feminista, 1989.
- FERNÁNDEZ de BETHENCOURT, Francisco: *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía Española. Casa Real y Grandes de España*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Enrique Teodoro, 1901, 7 vols.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *Acotaciones de un oyente*. Madrid: Librería de la viuda de Pueyo, 1962.
- FERNÁNDEZ MORALES, Marta: *Rosario de Acuña. Literatura y transgresión en el fin de siècle*. Oviedo: Milenta Muyeres, 2006.
- FERNÁNDEZ RIERA, Macrino: *La escuela neutra graduada de Gijón*. Oviedo: KRK, 2005.
- \_\_\_\_: *Rosario de Acuña en Asturias*. Gijón: Trea, 2005.
- \_\_\_\_: *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato*. Gijón: Zahorí Ediciones, 2009.
- FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina (dir.): *Memoria de mujeres en el callejero de Madrid*. Madrid: Gerencia de Igualdad de Oportunidades, 2004.
- FERRER BENIMELI, José Antonio: *Masonería española contemporánea*. Madrid: Siglo XXI, 1980, 2 vols.

- FUENTES, Víctor (ed.): *Cuentos bohemios españoles*. Sevilla: Renacimiento, 2005.
- GIES, David T.: «Mujer y dramaturga: conflicto y resolución en el teatro español del siglo XIX», en Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (eds.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona, 1998, pp. 119-130.
- GONZÁLEZ NEIRA, Aquilino: *Rosario de Acuña. Masonería y anticlericalismo burgués*. Oviedo: Eikasía, 2005.
- GUTIÉRREZ GAMERO, Emilio: *Mis primeros ochenta años*. Madrid: Atlántida, 1925.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: «Rosario de Acuña. La escritura y la vida», en Elena Hernández Sandoica (ed.): *Política y escritura de mujeres*. Madrid: Adaba Editores, 2012, pp. 171-328.
- HUERTA CALVO, Javier (dir.): *Historia del teatro español*. Madrid: Gredos, 2003.
- IGLESIAS, Pablo: *Escritos*. Madrid: Editorial Ayuso, 1975, 2 vols.
- JOVER ZAMORA, José María y otros: *España: Sociedad, política y civilización (siglos XIX y XX)*. Madrid: Editorial Debate, 2001.
- KIRKPATRICK, Susan: *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1991.
- LACALZADA DE MATEO, María José: «Mercedes de Vargas y Rosario de Acuña: El espacio privado, la presencia pública y la masonería (1883-1891)», en Amparo Quiles y Teresa Sauret (eds.), *Prototipos e imágenes de la mujer en los siglos XIX y XX*. Málaga: Servicio de Publicaciones e Intercambio de la Universidad de Málaga, 2002, pp. 41-72.
- \_\_\_\_: «Mujeres en Masonería: entre la adopción y la emancipación (1871-1936)», en *La Acacia*, nº 17 (2003), pp. 4-5; nº 18 (2003), pp. 4-5.
- LAIGLESIA y AUSET, Francisco: *Bécquer (sus retratos)*. [Madrid]: Voluntad, 1922.
- LAMO, Regina de (ed.): *Rosario de Acuña en la escuela*. Madrid: Ferreira impresor, 1933.
- LAVERDE RUIZ, Gumersindo: *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, 1874-1890*. Santander: Diputación Provincial de Santander, 1967, 2 vols.
- LEÓN, Ricardo: *Cristo en los infiernos*. Madrid: Librería General Victoriano Suárez, 1941.
- MARTÍNEZ, Cándida y otras (dir.): *Mujeres en la historia de España*. Barcelona: Editorial Planeta, 2000.
- MONTSENY, Federica: *Mis primeros cuarenta años*. Barcelona: Plaza-Janés Editores, 1987.
- MUÑIZ, Mauro: *Gijón y los gijoneses*. Salinas: Ayalga Ediciones, 1977.
- PARÍS, Luis: *Gente Nueva. Crítica inductiva*. Madrid: Imprenta popular, s.a. [1888].

- PÉREZ-MANSO FERNÁNDEZ, Elvira María: *Escritoras asturianas de siglo XX: entre el compromiso y la tradición*. Oviedo: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias, 1991.
- PÉREZ MÍNGUEZ, Fidel: *La casa de Cervantes en Valladolid*. Madrid: Imp. del Asilo de Huérfanos de S.C. de Jesús, 1905.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.
- PINEDA CACHERO, Antonio: «Propaganda y literatura: El padre Juan de Rosario de Acuña», en *Comunicación. Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*, 1, (2002), pp. 217-246, Universidad de Sevilla.
- REINA, Manuel Francisco (ed.): *Mujeres en carne y verso: antología poética femenina en lengua española del siglo XX*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
- ROSAL, Amaro del: *La violencia, enfermedad del anarquismo: antecedentes e historia del movimiento sindical socialista en España: siglo XIX*. Barcelona: Editorial Grijalbo, 1976.
- SÁNCHEZ LLAMA, Iñigo: *Galería de escritoras isabelinas. La prensa periódica entre 1833 y 1895*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.
- \_\_\_\_\_: *Antología de la prensa periódica isabelina escrita por mujeres (1843-1894)*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2001.
- \_\_\_\_\_: «La forja de la “Alta Cultura” española de la Restauración (1874-1931): una perspectiva post-isabelina», en *Hispanic Research Journal*, vol. 5 (2004), pp. 111-128.
- SANTOLARIA SOLANO, Cristina: «Rosario de Acuña: Una mujer de teatro», en Florencio Sevilla Arroyo y Carlos Alvar Ezquerria (coords.): *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Madrid 6-11 de julio de 1998*. Madrid: Editorial Castalia, 2000, pp. 395-402.
- SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio: *UGT en Cantabria. 1888-1937*. Santander: Universidad de Cantabria, Servicio de Publicaciones, 2000.
- SIMÓN PALMER, María del Carmen, «Introducción» en Rosario de Acuña: *Rienzi el tribuno. El padre Juan. Teatro*. Madrid: Editorial Castalia, 1990, pp. 7-35.
- \_\_\_\_\_: «Rosario de Acuña y Villanueva», en *Escritoras españolas del siglo XIX. Catálogo bibliográfico*. Madrid: Castalia, 1991, pp. 4-11.
- SUÁREZ SOLÍS, Sara, «Una obra de teatro olvidada: *Rienzi el tribuno* de Rosario de Acuña», en *Magíster*, 1 (1983), pp. 203-208.
- TEJADA CONDE-PELAYO, Leonor y otros: *Portugalete en el recuerdo. Los Conde-Pelayo*. Portugalete: Fundación El Abra, 2014.
- THIONSORIANO-MOLLÁ, Dolores: «La gente nueva de fin de siglo», en Florencio Sevilla Arroyo y Carlos Alvar Ezquerria (coord.): *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de*

*Hispanistas, Madrid 6-11 de julio de 1998*. Madrid: Editorial Castalia, 2000, vol. II, pp. 425-433.

VALLADARES REGUERO, Aurelio: «Consideraciones en torno a una pieza dramática estrenada en Andújar en 1867: Un problema de autoría (Mira de Amescua-Monroy), una página poco conocida en la vida de Rosario de Acuña...», en *Mágina* 10 (2002), pp. 85-95.

VÁZQUEZ CUESTA, Pilar: «Un *noventa y ocho* portugués: el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España», en José María Jover Zamora (dir.): *El siglo XIX en España: Doce estudios*. Barcelona: Editorial Planeta, 1974, pp. 465-569.

VILCHES, Jorge: «El posibilismo republicano ante el catolicismo durante el reinado de Alfonso XII. A propósito de los sucesos de *La Santa Isabel* (1884)», en *HISPANIA, Revista Española de Historia*, vol. LXXII, nº 241(2012), pp. 535-564.

ZAPLANA, Esther: «Rewriting the Patria: War, Militarism and the Feminine *Habitus* in the Writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazán», en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXII, 1 (2005), pp. 37-58.

ZAVALA, Iris M.: *Romanticismo y realismo. Tomo 5. Primer suplemento. Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Editorial Crítica, 1994



## Índice

|                                                      |     |
|------------------------------------------------------|-----|
| Introducción .....                                   | 7   |
| 1. Buena cuna, buena crianza .....                   | 13  |
| 2. A las puertas del Parnaso .....                   | 28  |
| 3. Señora de Laiglesia y residente en Zaragoza ..... | 38  |
| 4. Una nueva vida en Pinto .....                     | 52  |
| 5. Librepensadora y masona .....                     | 65  |
| 6. En la otra orilla .....                           | 78  |
| 7. La naturaleza humana .....                        | 97  |
| 8. Carlos: «un amigo abnegado y respetuoso» .....    | 107 |
| 9. Las mujeres: sus hermanas .....                   | 119 |
| 10. La granja avícola de Cueto .....                 | 136 |
| 11. Gijón: el compromiso social .....                | 151 |
| 12. Una obrera como vosotros .....                   | 164 |
| 13. La despedida .....                               | 175 |
| Su vida año a año .....                              | 191 |
| Selección de textos .....                            | 201 |
| Bibliografía citada .....                            | 263 |



